

Yo, deportista



Certamen
Relatos breves
IAD 2011



YO, DEPORTISTA

**Certamen de relatos breves
IAD 2011**

YO, DEPORTISTA
CERTAMEN DE RELATOS BREVES IAD 2011

Edita: Consejería de Turismo, Comercio y Deporte. Junta de Andalucía

Producción: Instituto Andaluz del Deporte

© 2011 - Consejería de Turismo, Comercio y Deporte. Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores

Diseño, maquetación y edición del libro electrónico: Acompañy S.C.S., S.A.

Instituto Andaluz del Deporte
Avda. Santa Rosa de Lima, 5
29007 Málaga

publicaciones.iad.ctcd@juntadeandalucia.es
publicaciones.ctcd@juntadeandalucia.es
www.juntadeandalucia.es/turismocomercioydeporte/iad

Cualquier forma de reproducción de esta obra se atenderá en todo a la legislación vigente en materia de propiedad intelectual y derechos de autor.

La Consejería de Turismo, Comercio y Deporte, a través del Instituto Andaluz del Deporte (IAD), convocó en 2011 el primer certamen de relatos breves “Yo, deportista”. Con esta iniciativa pretendía impulsar la creación literaria en relación con los valores de desarrollo personal y social vinculados a la actividad física y el deporte.

La convocatoria establecía que los relatos, escritos en lengua castellana, deberían centrarse en experiencias, situaciones, emociones o vivencias, tanto imaginarias como reales, relacionadas de algún modo con el mundo del deporte.

El jurado reunido en su día eligió por unanimidad, de entre las 94 obras presentadas, a las cinco ganadoras, y seleccionó además una serie de relatos que por su calidad fueron considerados merecedores de ser incluidos en una publicación muy especial.

Hoy tiene usted en sus manos dicha publicación: una obra colectiva –literaria– en forma de relatos breves, editada exclusivamente para lectores electrónicos.



La Consejería de Turismo, Comercio y Deporte ha apostado en sus actividades por integrar cultura y deporte, convencida de que ambos contribuyen a la formación integral de las personas. Por este motivo, el Instituto Andaluz del Deporte ha convocado este año el primer certamen de relatos breves “Yo, deportista”.

Esta iniciativa, que pretende fomentar la creación literaria relacionada con los valores de desarrollo personal y social ligados al ejercicio físico, ha querido abrirse a todo el público. De esta forma, cada uno, desde su particular visión, puede aportar sus experiencias, emociones o sensaciones, tanto imaginarias como reales, vinculadas con la actividad física.

La Consejería ha editado este libro digital, que recoge tanto los trabajos premiados como otros con la suficiente calidad literaria, en el convencimiento de que constituirán un puente de unión entre estas dos disciplinas, la deportiva y la literaria.

Felicito a todos los participantes en el certamen por la calidad de sus trabajos e invito a todos los andaluces a apoyar iniciativas como ésta, que contribuyen a impulsar la creación artística también en el ámbito del deporte.

Luciano Alonso Alonso
Consejero de Turismo, Comercio y Deporte

ÍNDICE

RELATOS PREMIADOS	Soy capaz de hacerlo	
	Antares	1
	El discóbolo húngaro	
	Santiago Casero González	8
	En los campos de deporte de Eton	
	Begoña Castillo Muñoz	13
También la muerte		
Emilia Moreno González	21	
Signos		
Ginés Mulero Caparrós	27	
RELATOS SELECCIONADOS	El trofeo	
	Manuel Aljama García	30
	Sólo un hombre bueno	
	Antares	34
	Hoy	
	Luis Berlanga de la Pascua	42
	Mecánica rutina	
	Cristina Borrero González	46
	Mi primer abrazo tuyo	
	Víctor Cárdenas Fernández	53
	Re-aprender el deporte contigo	
	Víctor Cárdenas Fernández	60
	Una carrera a deshora	
	Víctor Cárdenas Fernández	65
	Un día cualquiera en la rutina	
	Antonio J. Casares Tejada	71
	¿Quién me mandaría levantar?	
Shiva Castellanos Buedo	73	
Una esperanza para Miguel		
María de los Ángeles Coza Pérez	78	
Final de copa		
Francisco Javier Escotto Rodríguez	83	
Un amigo		
Joseba Etxebeste Otegi	90	
Sueño de estrellas		
Juan Manuel Fernández Perelló	94	
Nada		
Javier Gálvez González	101	

El penalti definitivo (galáctica de Casa de Campo)	
Antonio Jesús Gálvez Torres	107
Luchador	
José García Gómez	111
El matador imperfecto	
Alexandre García Mas	117
Agua trémula	
Julio García Sánchez	123
La forja de un sueño	
Almudena Gómez Sierra	127
El cortacésped	
Antonio Javier González Pérez	134
Desfile de modelos	
José López Falcón	138
¿Qué más podríamos necesitar?	
Rosi López Suárez	141
Hoy tengo una carrera	
Juan Carlos Macías Toro	146
El verdadero significado del deporte	
Laura Madera Gómez	148
Una parte de mí	
Silvia Madera Gómez	153
Yo, árbitro	
Daniel Madueño Silva	159
Piratas y bonobuses	
Víctor Manuel Martín Barrera	165
Sueños, recuerdos y sensaciones	
Francisco Javier Mateo Sánchez	168
Día de lluvia	
Ana Molina Ordóñez	171
La pelota	
Antonia Mora Vico	178
Un equipo para toda una vida	
M ^a Jesús Moreno Herrerías	180
El ancla	
Ginés Mulero Caparrós	183
Un paso tras otro	
Ekaitz Ortega Rodríguez	187
La nada	
Ernesto Antonio Parrilla	192
El último partido	
Julia Rincón Valadez	197
Ciclismo	
José M ^a Rodríguez Matarredona	202

Al primer palo	
Juan Antonio Román Muñoz	205
Un balón entre muñecas	
Manuela Romero Landa	210
El campeón accidental	
Pau Sandham	215
Mi deporte	
María Amparo Soto González	216
Daniel	
Francisco Javier Terenti Sánchez	219
Acero contra acero	
M ^a Teresa Toronjo Urquiza	226
Por ella	
Manuel Valero Olmedo	230

Yo, deportista

Certamen
Relatos breves
IAD 2011



Relatos
Premiados

Yo, deportista

SOY CAPAZ DE HACERLO

Antares

Me llamo Filípides, y soy capaz de hacerlo. A pesar de tanto cansancio acumulado, de tanto esfuerzo, del dolor de las heridas, soy capaz de hacerlo. Porque su vida está en mis manos. ¡Y lo haré!

Parece que hace ya mucho tiempo y sólo han pasado ocho días desde que nuestro ejército salía orgulloso de Atenas, camino de la playa de Maratón, donde nos habían informado de que Darío pensaba desembarcar desde sus más de seiscientas naves a todo el ejército aqueménida: más de cien mil hombres de a pie y más de mil de a caballo, con la intención de destruir Atenas y su orgullo de una vez por todas. Ocho días desde que mis amados hoplitas avanzaban en una dirección y yo tomaba la contraria, camino de Esparta, para pedir el apoyo de sus guerreros en la batalla que a todos nos incumbía. Los hijos de Darío ya habían conquistado Tracia y Macedonia, y nosotros, los atenienses, sólo éramos diez mil, más los mil soldados procedentes de Platea, que no parecían gran cosa, aunque luego, en el combate sobre la arena de Maratón se portaron dignamente e hicieron honor a su compromiso por la libertad.

De modo que corrí hacia Esparta, confiando en que sus homoioi serían de gran ayuda para nosotros. Esos espartanos siempre me han producido una extraña sensación. Es cierto que no son como los asiáticos, que atraviesan el mar una y otra vez con intención de dominarnos; aunque tal vez su radical visión de los hombres acabe por ser peor. Si eres espartano, y eres sano y fuerte, y si resistes todo lo que el Estado espera de ti, entonces eres digno de vivir y todo está a tu servicio, incluidos los ilotas y todo ser vivo; pero siempre la colectividad, la ciudad, la guerra, la voluntad de los que deciden por ti se impondrán a tus deseos. Y la debilidad se paga. Siempre.

Yo, deportista

De modo que, aunque son buenos para tenerlos de aliados en el combate y muy malos si se enfrentan a ti, no veo, aunque en estos momentos estos pensamientos deben quedarse para uno mismo, mucha diferencia entre ellos y los persas de Darío. Cuando todo empezó, el aqueménida hizo una propuesta que no sonaba demasiado grave, si bien se mira. La obediencia ciega a su poder y, a cambio, él respetaría todas nuestras tradiciones y costumbres, así como la autonomía de las ciudades griegas. Aunque la trampa estaba donde siempre ha estado: a cambio de la seguridad el poderoso imperio nos lo daría todo. O sea, si uno acepta la tiranía como forma de poder, no habrá problemas.

En Atenas sólo se encontró una objeción no pequeña a tal propuesta: la libertad, la verdadera libertad que uno se da a sí mismo, dejaba de existir, y la humillación y el silencio consentidor y humillante ante toda imposición del tirano serían la pauta de vida en adelante. Tal vez para un espartano esto no sería difícil de entender, salvo que un espartano sólo admite que otro espartano sea el que le mande y le domine, pero no para un ateniense, acostumbrado a pensar por sí mismo y a elegir siempre después de haber discutido los pros y los contras de las cosas. Ya tuvimos nuestros tiranos y acabamos con ellos hace unos años. Por eso, ahora, Darío llega ayudado y acompañado por Hippias, el último tirano que tuvimos, que tal vez espera volver a imponernos ese viejo régimen en el que él era el amo.

Por eso corro ahora, y no siento mayor cansancio, aunque a veces noto algunos pinchazos en el pecho; algo a lo que ya estoy acostumbrado de todas formas. Ahora se acerca un largo trecho de lomas suaves, casi todas ellas cubiertas de hierba y pequeñas florecillas amarillas, que ahora, con el sol del verano, brillan como si llegaran caídas de las guirnaldas que adornan los dorados cabellos de Afrodita. Sobre ese suelo blando y amable trataré de descansar sin parar de correr. Que es como he aprendido a descansar en otras carreras más largas. Sólo que ésta me cuesta un poco más por la herida en el codo izquierdo que me hizo un persa con una maza y que no me deja bracear a la par con el brazo derecho. Esa herida apenas duele si no muevo mucho el brazo, lo que sí molesta más es la hinchazón que se me va formando en el pecho, por debajo del corazón; otro mazazo que no conseguí detener del todo con el escudo; y fue el golpe del borde de éste contra las costillas lo que ahora hace que no siempre la respiración sea tan regular como quisiera.

Pero soy Filípides y me siento capaz de hacerlo. Y lo haré, por Atenas, y por mí.

Así que el pueblo no aceptó la generosa oferta de Darío, jaleada, eso es verdad, por muchas voces que decían que mejor vivir en armonía con los aqueménidas que no arriesgarnos a perder la vida y los bienes en una apuesta arriesgada y sin visos de triunfar. Que la paz era el bien supremo y que por él había que renunciar a los particularismos y a nuestra soberbia de considerarnos superiores. Sin embargo, nos sublevamos y no aceptamos caer en la trampa como corderos; y nuestro apoyo a la

revuelta de los jonios, y el triunfo que le siguió demostraron nuestra determinación. Luego, cuando las naves persas se hundieron por la gran tormenta frente al monte Athos, muchos pensaron que, además de la razón y la sed de libertad, los dioses nos sonreían y manifestaban a su manera que estaban con nosotros.

Maratón no está lejos de Atenas, a apenas doscientos veinticuatro estadios. Aún me queda la mitad. Lo que falta es más llano que lo que ya he pasado. Sin embargo, la respiración no acaba de normalizarse y algo como llamas me calienta el pecho por dentro. Pero no puedo detenerme. Yo he ido y vuelto a lugares mucho más lejanos. A Esparta, hace unos pocos días. Para volver de inmediato, además, con la mala noticia de que esos bárbaros no nos podían socorrer por el momento. En dos días fui, necesité uno más para presentarme a ellos y trasladarles nuestra petición de ayuda, y luego volví para encontrarme que Milciades y los hoplitas atenienses ya habían partido hacia Maratón. Así que seguí el camino por los mismos senderos que ahora desando hasta alcanzar a mis compañeros de lucha ya situados en la playa, frente a los guerreros de Darío, separados por apenas ocho estadios de arena llana y despejada.

A Esparta llegué en algo más de un día y medio, aunque en Atenas y luego en Maratón dijera que lo había hecho en uno solo. Allí les dije lo que se me había encargado decir: "Hombres de Esparta, los atenienses os piden ayuda, y os ruegan que no permanezcáis de brazos cruzados mientras la ciudad más antigua de Grecia es aplastada y sometida por un invasor extranjero; Eretria ya ha sido esclavizada, y Grecia se debilita por la pérdida de una buena ciudad". Sin embargo, los dioses espartanos son tan intransigentes como sus hombres y no hubo manera de convencerles de la urgencia. Tal vez pensaran que así, cuando Atenas ya hubiera caído ellos atacarían a Darío en solitario y le derrotarían, sobre eso ningún espartano tiene la menor duda, consiguiendo toda la gloria para sí.

En todo caso, la noticia de que los espartanos estaban celebrando la fiesta de las Carneas, y de que hasta el próximo plenilunio no se pondrían en marcha, no pareció afectar demasiado a mis hermanos, ni a Milciades, nuestro jefe. Eso no cambiaría sus planes ni nuestro destino. Y la victoria, de sernos propicio el destino, sería sólo nuestra.

No era la primera, y espero que no sea la última vez que he corrido hasta Esparta. Los caminos hacia allí son especialmente hermosos, al menos hasta que ya entras en tierra de ilotas y todo se vuelve organizado y disciplinado: sus campos regulares, los senderos rectos, las patrullas de vigilantes... Pero antes, subir desde Atenas es muy agradable y placentero; y el esfuerzo de las ascensiones merece la pena ante las panorámicas que se descubren al llegar a lo alto, cuando el sol rompe las nubes bajas y éstas dibujan senderos blancos en el cielo, que se miran con los caminos verdes trazados en la tierra. No sé por cuáles de los dos sería más hermoso correr.

Yo, deportista

En una de esas carreras entre el cielo y la tierra, hace ya unos años, fue cuando me encontré al dios Pan. En persona. Atravesaba a buen ritmo el monte Parthenium, cerca de Tegea, cuando de pronto sentí unas pisadas que se me acercaban por detrás, rápidamente, y eso que yo no corría despacio en ese momento. Vi por el rabillo del ojo la sombra de un cuerpo que se ponía a mi altura y, al mirar quién era, descubrí asombrado que el mismísimo Pan estaba compartiendo la carrera conmigo. Así seguimos un tiempo, sin ceder el paso ninguno de los dos. Sus pezuñas de chivo hacían saltar las piedras en todas direcciones y me golpeaban como pequeñas abejas en los tobillos y los muslos; pero yo no estaba dispuesto a dejarme rebasar por una especie de cabra, por muy dios que fuera.

Hasta que él me llamó por mi nombre y entonces, asustado, me detuve casi en seco. Al fin, un dios, incluso el amo de todos los faunos, merece respeto. Él pareció haberme leído los pensamientos no demasiado respetuosos y me preguntó por qué no era querido en Atenas, a pesar de que siempre había sentido un gran cariño por sus ciudadanos. No supe qué decirle y me mantuve en silencio. Siguió hablándome durante un rato y mostrándome su amor por nosotros, a pesar, dijo, de nuestro orgullo que a veces nos llevaba al descreimiento y a pensar que una gran ciudad sólo merecía a los más grandes dioses.

Me convenció, claro, ya sólo con el tono de su voz los argumentos se volvían convincentes, y le prometí que hablaría de él a la vuelta a Atenas y que haría todo lo posible por que su nombre se pronunciara con respeto por todos sus ciudadanos. Algo debí conseguir pues, tras narrar esta aventura, en la ciudad construimos en su honor el templo que hay situado bajo la Acrópolis, y también a su mayor gloria, y en recuerdo de la competición que mantuve con un dios, cada año, al anochecer, se celebra una carrera de antorchas, además de otros actos y sacrificios propiciatorios.

No puedo detenerme como quisiera, ni siquiera un momento. A pesar de que lo deseo más de lo que nunca he querido parar una vez comenzada la marcha. Apenas siento el brazo izquierdo, que está como dormido, y el bulto entre mis costillas cada vez es más sobresaliente. Sin embargo, tengo que seguir, tengo que seguir. Debo correr más que los barcos y que los caballos. Porque esa es otra de las cosas raras que ocurrieron en Maratón. Milcíades temía que Darío hubiera elegido el terreno para poder emplear a su caballería en una carga frontal sobre la arena contra nosotros. Pero no lo hizo, un día antes del combate, la reembarcó entera y aparejó las naves. Y tan pronto se vio que el enfrentamiento concluía en derrota, más de la mitad de la flota desplegó las velas y se hizo a la mar.

Milcíades teme que el persa sea consciente de que detrás de nosotros no haya quedado nadie en Atenas para defenderla. Por eso corro, por eso tengo que llegar, para avisarles de que deben resistir, de que todo el ejército me sigue a marchas forzadas, para llegar a tiempo. Porque nuestro temor es que las naves de Darío

intenten acercarse y desembarcar a toda la caballería en el puerto de Falero, para desde allí asaltar la ciudad. Los seguidores de Hipias, que aún tiene sus partidarios en Atenas, les abrirían las puertas o iniciarían una sublevación interna para facilitar el asalto y la conquista.

Nuestro ejército, a pesar del cansancio de la batalla, no tardará más de diez horas en llegar a la Acrópolis, con eso será suficiente para que impidan la llegada de Darío. Pero yo debo hacer la carrera en menos de tres horas, porque lo importante es avisar y evitar que la sorpresa dé la vuelta a todos los planes y permita la llegada de esos malditos persas.

Y llegaré, a pesar del dolor y del cansancio. Me llamo Filípides y seré capaz de hacerlo. ¡Lo haré!

Cómo no lograr lo pequeño después de haber conseguido lo grande. La gran carrera ya la dimos, todos juntos, brazo con brazo, escudo con escudo, las lanzas como un erizo inmovible. Los dos ejércitos permanecieron enfrentados, quietos y expectantes durante cinco días, separados por apenas ocho estadios de distancia. A nuestras espaldas el bosquecillo bajo por el que llegué con la noticia de Esparta; a las de ellos, el mar y sus naves. Nadie sabía bien qué iba a pasar. La marcha de los caballos nos dio algo de tranquilidad, pero aún quedaban los arqueros, lo más temible de la fuerza de Darío, que eran capaces de destrozar a todo un ejército sin haber llegado a chocar escudos, lanzas y espadas. Disparaban con tal rapidez que permanecer a la espera era un suicidio pero avanzar sobre ellos no lo era menos. Y sin embargo, algo nos hizo triunfar.

Y ese algo, cómo pararme yo ahora, fue la carrera.

Todo el mundo sabe que los hoplitas llevamos un pesado equipo, que es a la vez lo que nos da la fuerza y la seguridad en el choque: la lanza, la espada corta, el escudo de piel cubierto de láminas de metal, la coraza, las grebas, los brazaletes de bronce... Cada hombre libre de Atenas compra y cuida su equipo, y se entrena con él hasta sentirse a gusto y seguro de su empleo. Pero ello no consigue, claro, que la panoplia pese menos. Tal vez para demostrar que un ateniense es capaz de todo, incluso de lo más duro y difícil, es por lo que desde hace unos años, en los juegos que cada cuatro celebramos en honor de Olimpia, se ha incluido la carrera de hoplitas. Bien es verdad que no se lleva todo el equipo, pero sí las grebas, el escudo y el yelmo, y el tahalí cruzado con la espada corta.

Aunque eso no tiene nada que ver con lo ocurrido en Maratón. Los aqueménidas debieron calcular que recorrer los ocho estadios llevaría a nuestro ejército más de diez minutos, tiempo suficiente para que sus flechas rompieran la formación y permitieran un eficaz ataque de su infantería. Por eso su sorpresa debió ser grande cuando la falange de hoplitas, sin romper la formación, comenzó a correr

Yo, deportista

a un ritmo vivo sobre la arena, en principio parecía lento, pero fue creciendo a cada estadio recorrido, para, en los dos últimos, aquellos en que sus arcos eran eficaces y nos podían alcanzar, convertirse en una carrera desenfrenada. Carrera que acabó en un choque brutal contra las líneas persas, que se hundieron de inmediato para concluir en una desbandada que llevó a los hijos de Darío a abandonar sus armas y lanzarse al agua a la búsqueda de la seguridad de las naves próximas.

Inundados por un torrente de cólera, fuimos a su encuentro corriendo con lanza y escudo, de pie, hombre contra hombre, mordiéndonos los labios por la furia. Bajo la nube de flechas no podía verse el sol. Y triunfamos. En ese choque final que los expulsó hasta el mar es en el que me hice las dos heridas que ahora me atormentan. Aunque ya queda poco, apenas quince o veinte estadios. Ya veo la Acrópolis orgullosa, el hogar de los dioses, de nuestros dioses. Y pronto oiré a nuestros ciudadanos saludarme, sus gritos de ánimo, de bienvenida, de saludo. Tal vez teman una mala noticia. Pero Filípides y su carrera alegre y viva no darán lugar a malas interpretaciones. Hemos triunfado. Hemos sido capaces de hacerlo.

Al limpiarme la cara, he pasado la mano por la boca y he notado algo espeso y viscoso: la mano se ha cubierto de sangre. Por eso respiro con más dificultad. Por eso el fuego del pecho no cesa. Sin embargo, ya está tan cerca la meta. No seré un espartano, pero un ateniense libre es capaz de conseguir todo lo que ellos sean capaces de hacer. Y más. Filípides. No me detendré.

Pan me mira y me sonrío. Recuerdo el clamor del estadio cuando ganaba mis carreras y el laurel coronaba mi frente. Mis hermanos hoplitas, los efebos en el gimnasio. Las viejas historias de Aquiles corredor. Los viajes que he repetido en mis carreras, dentro de mi cabeza, de Odiseo por el mundo conocido y desconocido. Oigo voces a mi alrededor y me parece que el fuego de mi pecho ha cesado. Las voces repiten mi nombre, Filípides, y también gritan dos palabras, las que pensé que iba a pronunciar nada más atravesar las puertas de mi ciudad: "Hemos vencido". Las que pronuncié antes de que todo, de pronto, se volviera oscuro y calmo. Hemos vencido.

Las voces se alejan y todo se va aclarando a mi alrededor. Vuelve la luz; qué bien, no me gustaba esa oscuridad ni la sensación de las calles estrechas y los edificios altos que no dejan paso al sol ni a la claridad hecha de todos los colores; otra vez cara al cielo y al viento transparentes que te acarician cuando corres, que te susurran en mil tonos que puedes hacerlo, que lo harás. Porque es tu gusto, porque es tu placer. Tu voluntad. Pan me mira y me sonrío. Pero no me alcanza en mi última carrera. La más plena. Todo se vuelve respiración armónica, todo se vuelve ritmo y pisada, todo los brazos que suben y bajan a su ritmo. No hay dolor, no hay cansancio. Sólo plenitud...

Yo, deportista

En el más alto de los collados, corro, ¡por fin!, por el sendero hecho de nubes blancas mientras arriba, abajo, nos sigue la senda paralela de hierba verde y de florecillas de oro. Así arriba como abajo. Así abajo como arriba. A un paso sigue otro, y otro. Todos llevan, como Maratón, a la libertad. Me llamo Filípides. Y he sido capaz de hacerlo.

*“Entonces, cuando Persia fue polvo, todos gritaron: ‘¡A la Acrópolis!
¡Corre, Filípides, una carrera más! ¡Tendrás tu recompensa!
Atenas se ha salvado gracias a Pan. ¡Ve y grítalo!’ Arrojó él su escudo,
corrió otra vez como una saeta; y toda la extensión entre el campo de hinojo
y Atenas de nuevo fue rastrojos, un campo que recorría una saeta,
hasta que él anunció: ‘¡Regocijaos, hemos vencido!’.*

*Como vino que se filtra en arcilla, la felicidad que fluía por su sangre le hizo
estallar el corazón: ¡el éxtasis!”.*

Robert Browning. *Filípides*. 1879.

EL DISCÓBOLO HÚNGARO

Santiago Casero González

Ahora vivo en una limitada soberanía... Este mundo está ya para mí perdido y yo vuelvo a un lugar donde todavía nunca he estado.

Bohumil Hrabal

Quién soy yo

8

No tiene derecho a fallar. No puede fallar. Imre sabe bien de qué oscura raíz brota tal exigencia, y además está tenazmente convencido de que ese cúmulo de fatalidades en que consiste vivir no ofrece a menudo una oportunidad que esté tan cerca de la magnitud de la ofensa. Si es una auténtica posibilidad de redención, o si se trata únicamente de resentimiento ciego, ya no le importa. En cuanto a la ofensa misma, por el momento le parece imposible que exista otra más devastadora que el asesinato de un hermano: Imre ha visto morir a Ferenc, su hermano mayor, en las calles de Budapest, cruelmente aplastado por las orugas de un carro de combate soviético, de manera que, cuando se encuentra ante la posibilidad de abatir con su último lanzamiento a los discóbolos de ese país, piensa, aunque en esa manera obtusa en que se suele presentar la determinación, que no puede faltar a tan urgente deber. Tal vez a esa llamada que el destino hace a veces a los húngaros.

En la delegación de su país, todos los entrenadores y los demás miembros del personal se declaran prosoviéticos. Ejerciendo una serie de funciones no siempre claras, escoltan implacablemente a los atletas y repiten sin desmayo el discurso de la fraternidad de los pueblos socialistas. Incluso portan consigo, allá a donde van, a los sagrados héroes del partido único, que cuelgan de las paredes como iconos laicos: el retrato de Marx, severo y benevolente al mismo tiempo, hirsuto; el perfil asiático de

Lenin, con la barbilla alzada en un gesto de desafío hacia los enemigos del pueblo; Kruschev, con sus dientes afilados y sus pequeños ojos juntos, desconfiados, que entran en evidente contradicción con la honestidad que inmerecidamente se le supone, pero al mismo tiempo explican por qué ha logrado estar colgado allí junto a los otros padres socialistas en lugar del carnicero georgiano; incluso János Kadar, la hiena, tiene su sitio en ese santuario portátil exhibido como muestra inequívoca de adhesión al régimen triunfante... Pero Imre no tiene dudas de que, íntimamente, desprecian a los rusos tanto como él mismo, sobre todo después de haber visto las calles de su patria ocupadas por tanques y soldados. Las dimensiones de esa ficción son para Imre una prueba de que el proclamado internacionalismo no constituye, en el mejor de los casos, nada más que un esfuerzo inútil de buena voluntad, e intuye que resulta más natural adherirse a la impronta indeleble de la nación. O mejor: a la de la humillación proteica en que se fundan todas las naciones. Aunque humillación e Hungría, concluye tristemente, hayan sido con demasiada frecuencia lo mismo.

Presas pues de una honda perturbación a causa de semejantes sospechas, bajo las miradas de cuarenta mil almas expectantes que aquella tarde han concurrido en el estadio disueltas en la común emoción del éxtasis deportivo, Imre se aproxima morosamente al soporte de los discos y elige uno. Lo sopesa: el peso exacto del desagravio. Ferenc, piensa Imre, tendría hoy veintinueve años, y sin duda se encontraría esa tarde en la grada, hermoso y excitado, animado aún por el soplo vital del que ahora carece, apretando los dientes para conjurar la incertidumbre sobre la suerte que podría sufrir en la arena su hermano, el coloso húngaro que puede batir a los rusos. Imre deja correr entonces la mirada por el colmado graderío ansiando sorda, intensamente, encontrar allí la de Ferenc. Entretanto, se aplica magnesio en las manos, que destilan la ansiedad del reto inminente, respira profundamente tres veces seguidas y, por fin, se introduce en la jaula de lanzamiento. Recuerda en ese instante lo que pasó cuando fue detenido e interrogado a propósito de las actividades subversivas de Ferenc, una vez que éste ya había muerto: se vio rodeado entonces por una serie de rostros anónimos que lo escrutaban en la sombra desde todos los ángulos de una habitación del Ministerio de Seguridad. Imre era apenas un muchacho todavía y tal vez fue la promesa de reinserción que encerraba su juventud lo que consiguió evitarle alguna de las peores modalidades de represión de los invasores.

Ahora, en cambio, se halla soberbiamente erguido en el centro del círculo de cemento, bombeando adrenalina desde las entrañas para cebar la musculatura. Ya no vacila. No puede. Afianzado sobre sus poderosas piernas, que mantiene entreabiertas, ofrece la representación del individuo a quien no han faltado nutrientes y la bendición de la genética. Su padre también era fuerte y membrudo. Fallecido cuando Imre todavía era un niño, aún le observa desde alguna vieja fotografía en el apartamento que su madre mantiene en el distrito de Zugló. Pese a

no haberlo conocido, Imre profesa un afecto profundo hacia ese hombre que sonríe confiado y pasa un brazo recio por encima de la versión juvenil de su madre.

Cuando por fin se siente preparado, Imre bascula el brazo cargado con el disco llevándolo hacia detrás todo lo que da de sí la torsión de sus poderosos músculos dorsales y, con un giro e inmediatamente un latigazo descomunal de todo su tronco, libera el artefacto, que desaparece silbando entre la brecha de la red de protección. Oye un rugido creciente y ve cómo la multitud, ondeando igual que un campo de maíz bajo la tormenta, se alza para comprobar dónde va a caer el disco. Observa enseguida que de la hierba se levantan pedazos de tierra húmeda y oscura y a los jueces correr en esa dirección. sólo está seguro de que es un buen lanzamiento, pero cuando aparece la medida del mismo en los marcadores de la pista comprende, bajo el griterío renovado del público, que ha traspasado un límite antiguo e imponente. Tal vez el récord del mundo. Una de esas fronteras físicas que hacen creer a los hombres que es posible sustraerse de alguna manera a las miserias del propio cuerpo por el sencillo y falso recurso de proyectarse en un atleta. De cualquier manera, Imre experimenta una forma de plenitud desconocida, quizá un atisbo de felicidad, pero al mismo tiempo algo en su interior empieza a suplicarle por otro tipo de dicha. Recuerda que Ferenc está enterrado, como los demás mártires, en un cementerio del sur de Pest, en Uj Koeztemetoe, tan descuidado que a la devastación por su pérdida se añade una congoja insoportable. Ir a visitarlo allí zanja cualquier tentación de encontrar algún consuelo en la muerte. No es ese abandono melancólico que en ocasiones vuelve tan evocadores a los cementerios. Se trata más bien de un desdén con respecto al descanso de los enterrados allí. Imre está convencido de que la suciedad entre las tumbas, las lápidas quebradas por el hielo del invierno centroeuropeo, las pintadas en los muros y los nichos, no son en definitiva sino un alegato callado y cruel del desprecio que el gobierno se complace en mostrar por los que el pueblo ya ha denominado "héroes". Más aún, las autoridades han impedido tajantemente que en el epitafio de Ferenc figure la palabra "héroe". Así que lo que queda de él no es más que una pequeña losa irregular sobre la que está escrito "Ferenc Nemeth", así, sin fechas, para que nadie pueda vincular el año de su muerte con el martirio de los húngaros. Para él, se dice, Ferenc es un mártir, pero habría preferido verlo certificado sobre la piedra de su tumba.

Entretanto, el lanzamiento de Imre ha conmovido de tal manera al estadio que el último discóbolo ruso desperdicia el turno que le resta en una ejecución deficiente e inofensiva. Seguidamente, se aproxima a él con paso firme y una sincera expresión de camaradería deportiva y le tiende la mano. Imre, aturdido aún, acepta la rendición del soviético, pero, cuando ambas manos están entrelazadas, durante unos segundos eternos mantiene la de su adversario atrapada con fuerza. Percibe claramente cómo las pupilas del ruso se dilatan, igual que las suyas, en un acto reflejo que prelude la agresión de un animal. Tiene éste, sin embargo, la cara ancha y

plácida, enrojecida por el esfuerzo, y una expresión de dulce fatiga que es anterior y distinta a la empresa muscular que acaba de acometer. Encontrarse ante un lobo siberiano que le mostrara los dientes serviría para justificar el alcance del odio que abruma a Imre, pero lo cierto es que sólo tiene ante sí el rostro de un campesino separado de sus certidumbres. En ese momento el húngaro no escucha nada más que los latidos de su corazón y algo parecido a temores y preguntas todavía imposibles de afrontar. Parece que se hubiera encerrado en una urna de cristal, pero, en el instante en que el nudo de las manos, no sabe cómo, se afloja y se deshace, vuelve a sentir el temblor orgánico de la multitud que despide su salida de la pista entre aplausos y ovaciones.

Ya en el túnel del estadio se sienta en el suelo y empieza a llorar. Con un quejido profundo sofocado a duras penas tras sus anchas manos. Solloza pudorosamente, temiendo ser observado, igual que ante la tumba de su hermano. Al principio, cuando iba a menudo al cementerio, Imre se afanaba por colmar de sentido el dolor inefable que experimentaba: sostenía la mirada sobre el humilde túmulo de Ferenc con un dramatismo que a veces tenía más bien la apariencia de una impostura. Sin duda le resultaba difícil asumir las consecuencias de la extinción física de su hermano, y la solidez de la piedra no le devolvía sino la terca certeza de la realidad muerta que allí yacía. Ahora, hasta donde se encuentra sentado, llega en cambio la viva reverberación de la muchedumbre enardecida por una larga jornada que toca a su fin. Muy larga pero también muy feliz. O al menos conmovedora en esa forma en que las emociones necesitan de zozobras.

Por eso, cuando, encendidas ya las luces del estadio, entra en el vestuario donde le aguarda su equipo, exhibe todavía una sonrisa oblicua en la que asoman el cansancio y la dicha. Aún lleva su medalla de oro al cuello, que le han colgado estando él, el hermano menor de Ferenc, en lo más alto del podium, con los dos rusos a sus pies; y con su bandera en el mástil también por encima de las soviéticas; y con su himno nacional traspasando el silencio respetuoso del público del estadio. Todo el mundo ha podido ver el desplante teatral con que ha debelado definitivamente al monstruo ruso: tras la ceremonia, ha dejado a sus dos oponentes ofreciéndole ridículamente la mano en un gesto fallido de felicitación y ha descendido del podium mientras ellos permanecían aún allí, custodiando en vano el peldaño más alto, clamorosamente vacío. Aunque él sonríe, en los semblantes de sus compañeros en el vestuario se adivina el pánico. No saben por qué, o tal vez se resisten sencillamente a aceptarlo, pero asocian el irrevocable destino de Imre con el suyo propio. Él también se empieza a preguntar qué tiene ya que ver, más allá del frágil vínculo del esfuerzo compartido, con aquellos hombres que ahora le devuelven el reproche estático de su silencio. Comprende que ha llegado el momento de confesarse a sí mismo que su auténtica patria está en el oscuro cementerio donde reposa su hermano.

Yo, deportista

De pronto, su entrenador da unos pasos hacia delante y se aproxima a él. Lo interroga con la mirada. El dibujo de sus labios sellados muestra la curva propia de la cobardía. O del perdonable temor. Imre baja en ese instante la cabeza. Parece el gesto definitivo de la sumisión, de la aceptación del pecado que espera ser perdonado. Oye cómo por la megafonía se reclama de la muchedumbre la atención a los pueriles desafíos físicos de unos atletas que sólo luchan por la efímera gloria de una medalla sin sentido, ofrendada al absurdo ídolo de la nación. Y entonces ocurre lo inesperado. A veces es más difícil detenerse o retroceder ante el abismo, piensa confusamente Imre, que seguir adelante y precipitarse por él. Comparece en fin, por así decirlo, el clavo que cierra el ataúd: Imre se despoja de la medalla, la examina un instante, con una parsimonia que tiene ya algo de póstuma y, finalmente, escupe sobre ella y la arroja con violencia contra el retrato de Marx haciendo pedazos el cristal que lo protege. Es en ese momento cuando sabe que esa misma tarde irá por última vez a visitar a su hermano, y que tal vez sea allí, frente a una losa cuya modestia de pronto tendrá sentido, donde será detenido.

EN LOS CAMPOS DE DEPORTE DE ETON

Begoña Castillo Muñoz

Mi muy querida Janet:

Ha pasado mucho tiempo desde que mi última carta volara a tu lado para contarte un poco de mí y de cómo va pasando mi vida pero, sobre todo y como todas las que te escribo, para demostrarte con tan breves líneas que no te olvido; y para sentirte un poco más a mi lado.

Sin embargo, la de hoy es algo especial. Hoy se cumplen veinte años de la muerte de Ingrid, y después de tantos años sin ella, debo decir que nada ha cambiado, ni la intensidad de mi dolor, ni la de mi soledad. A pesar de ti, mi cielo, Janet querida, a quien nada tengo que reprochar, al contrario, con quien, en muchas ocasiones, me siento en deuda. Nunca sabré si en muchos momentos supe darte todo el amor que te mereces, todo el que ahora, con tanta claridad, siento por ti.

Aquellos fueron tiempos difíciles y muchas veces pienso que las circunstancias, como una tormenta, nos llevaban a donde querían y no a donde nosotros hubiéramos deseado. Se hacía poco por libre decisión, y aún se hablaba menos de ello. Como de Ingrid. Tu imagen es inseparable de la suya; sin embargo, nunca te he hablado de tantas cosas que dudo si sabrás algo de ella, al menos por mí, o qué imagen te habrás hecho de tanto como te tocó vivir.

Ingrid apareció en mi vida poco antes de comenzar la guerra de Europa, aún podíamos viajar a Alemania y yo lo hice con unos amigos a Baviera, a esquiar en la estación de Garmisch. No era la primera vez que lo hacíamos, ya habíamos estado allí en los Juegos Olímpicos de 1936. Sin embargo, sí fue la última. El flechazo fue casi instantáneo, aunque me costó mucho aceptar que lo fuera. Ingrid me miraba de una manera muy especial, con una gran delicadeza, y sonreía de una manera que siempre me recordaba a Mona Lisa, apenas con un rictus diminuto de sus labios, que lo

decían todo, sin apenas decir nada. Entre tanto joven con el pelo rubio peinado hacia atrás, con las miradas ya amenazadoramente dirigidas al frente, entre tanta valkiria de las *Bund Mädels* que sólo sabía andar marcando el paso y tratando de hundir el suelo, Ingrid era, no sé aún cómo decirlo... tan distinta.

Qué expresiones tan previsibles, tan ñoñas, ¿verdad? Sin embargo, no se me ocurren otras que se acerquen a explicar mejor cómo era Ingrid. Era ella así, y yo, que andaba en aquellos momentos sin saber bien qué hacer con mi vida ni cómo orientarla, pensando en cómo ganarme la vida sin trabajar demasiado, un poco triste ante la situación general, con nuestro triste primer ministro paseando su paraguas por Europa, descubrí mi futuro de pronto y con una claridad cegadora: me dedicaría a querer a Ingrid. Para siempre.

En la primavera de 1939, Ingrid me devolvió la visita, y haciendo una larga excursión, en una acampada en los páramos de Gales, poco después de haber visitado Stonehenge, como si fuera el resultado de nuestra torpe invocación a los druidas y sus rituales mágicos nocturnos, me demostró que sentía lo mismo que yo. Qué felicidad. Entonces sí que olvidé todas las nubes negras que nos rodeaban. Ingrid me quería; así pues, mi objetivo vital era posible: podíamos dedicarnos a querernos. Para siempre.

Pero dicen que las tormentas alcanzan a los caminantes. Las nubes corrían mucho más que nuestros pies y con el paso de los meses, Ingrid se había quedado con nosotros en la casa de Londres, todo se volvió peor, hasta que cayó Polonia y empezó la guerra. Luego llegaría Dunkerque y el *Blitz*. A pesar de todo, la vida diaria seguía y mi relación con Ingrid era ya de dominio público, al menos del dominio público de la familia y los allegados, lo que en Londres y en nuestra familia era un buen grupo de personas, todas con sus opiniones y sus criterios de lo bueno y de lo malo. El que Ingrid fuera alemana no contribuía, precisamente, a mejorar la situación. Las extranjeras no eran demasiado bien vistas, y menos después de la experiencia de Wallys, pero, ¡una alemana!

Como tantos otros, pronto Ingrid fue ingresada en un campo para extranjeros, una forma como otra cualquiera de llamar a una prisión, aunque allí no se les trató mal, ni mucho menos como en los que luego conocimos que había hecho Hitler. A Ingrid le tocó ir a Escocia, a un campo que habían construido junto al pueblo de Falkirk, muy próximo a Edimburgo. Yo, que a pesar de la situación sólo seguía pensando en ella, con la idea de que antes o después iba a tener que servir de alguna forma al esfuerzo de guerra, aproveché las influencias de la familia y, gracias a la intercesión de Sir Malcolm, pude alistarme como voluntario en el cuerpo de los Observadores Reales, de los que sabía tenían una base en Arbroath, desde la que controlaban la entrada en las tierras del norte de los bombarderos y los aviones de observación nazis de largo alcance que llegaban desde Noruega.

Sir Malcolm había servido en las colonias y ahora ocupaba un puesto importante en el gabinete. Al menos él hacía ver que estaba muy cerca del premier Churchill, que en ese momento era como hablar de Dios. De modo que no me preguntó siquiera el porqué de tan patriótica y no demasiado heroica decisión cuando le planteé el marcharme a Escocia. Desde luego, tampoco sonrió y en su pose distante y fría, me dio a entender que él también había comprendido. Pero, claro, muy propio de la familia, no hizo el menor comentario.

Sólo pude acercarme un par de ocasiones a Falkirk, y en ninguna de ambas llegué a ver a Ingrid. Las medidas de seguridad eran muy altas sin ser agobiantes y dado que lo hice por mi propia cuenta, tu abuela ya me había dicho que ni se me ocurriera tratar del tema con Sir Malcolm, “ni con nadie” si no quería que dejaran de hablarme, no hubo la menor posibilidad de entrar en el recinto de seguridad. Conseguí conocer a una muchacha del pueblo que trabajaba en las oficinas del campo y a la que traté de convencer para que hiciera llegar una nota a Ingrid. Mi uniforme era una baza a favor, pero todos sabían que era poco menos que un “territorial”, de modo que en una época de uniformes y de medallas, tampoco el mío era demasiado impresionante. Supongo que la carta acabó en la papelera y las dos guineas que le di para que, si había contestación, me la remitiera a Arbroath, debieron gastarse en unas cuantas tazas de té o en un par de medias. El caso es que en todo el tiempo que duró el encierro, cinco largos años, no supe nada de Ingrid, salvo que debía seguir con vida.

Mi guerra fue, pues, muy triste, incluso angustiada, pero más por la ausencia de ella que por el combate en sí. No hubo peligro, salvo por el revuelo de Hess, cuando escapó de Alemania y vino a caer poco menos que encima una noche de 1941. Ni siquiera pasamos restricciones, ni hambre. El ambiente no era malo, los compañeros amigables, los territoriales viejos y muy pagados de sí mismos, prontos a la charla en las tabernas del pueblo. Los americanos no llegaron tan al norte de modo que sólo quedaba la tradicional rudeza de los escoceses, que tampoco era tanta, en mi opinión. Trabé una buena amistad con un experto jugador de dardos que también servía en la base, Kevin Wallace, con el que pasé, de competición en competición y de apuesta en apuesta, casi todo el período. En el cálido ambiente de la *Friend at hand*, me enseñó todo lo que sé sobre los dardos, que no es poco, como ya sabes.

Pero lo que más recuerdo de aquel tiempo, fue el agua fría, casi helada del mar del norte. Un día que estaba libre de servicio me acerqué a la costa y descubrí una pequeña cala que, a pesar de los acantilados, era fácilmente accesible, estaba el norte de Arbroath, se puede decir que ya fuera del estuario del Forth, de modo que frente a la pequeña lengua de arena oscura sólo había mar. Mar verde, mar azul, blanco a veces cuando el viento lo rizaba y meterse en él era impensable. Normalmente, me sentaba entre unas rocas y escribía una carta a Ingrid –llegué a acumular una buena

colección de ellas— donde le contaba cómo había ido el día, o la semana, o el mes. Contemplaba las nubes y a las gaviotas jugando con el viento y gritándose con esa voz desagradable y aguda que emplean. Hasta que, pasadas unas horas, volvía a subir el sendero que me llevaba hasta la carretera y el autobús de vuelta a la base.

Un día de verano se me ocurrió bañarme. No lo había planeado ni era éste un deporte que me atrajera especialmente. Sí sabía nadar, como todos en la familia, de los veraneos que habíamos pasado de pequeños en casa de tía Marta, en la gran playa de Bournemouth. Pero esa vez el mar me llamaba. Como nunca había encontrado a nadie en la playita, me desnudé del todo y corrí hacia el agua que pronto me cubrió pudorosamente. A pesar de la fecha, estaba fría, muy fría. Pero me gustó la sensación del agua acogiéndome como en un inmenso abrazo y nadé un buen rato, hasta que, ya el cansancio en brazos y piernas, volví a tierra, dejé que el sol me fuera secando la piel, luego me puse el rasposo uniforme y volví al mundo real.

Entre las olas, era fácil imaginar que estaba Ingrid conmigo, jugando al escondite con la espuma. Y el frío del agua hacía renacer en mi cuerpo una sensación de tensión y fuerza que no había vuelto a sentir desde que estuve en sus brazos. Hacía ya tanto tiempo. Las siguientes veces llevé una toalla y un traje de baño. Y la guerra se convirtió en una serie de largas pausas entre baño y baño, entre natación y natación. Y el agua helada se llamó Ingrid, y yo la pude abrazar tantas veces como quise, en medio del griterío de las gaviotas, que no dejaban pasar ni una ocasión de criticarnos por nuestro tan inadecuado comportamiento.

En 1944 ya se vio que la cosa iba camino de concluir, aunque aún faltara tanto dolor y tanta sangre por verter, y las medidas de seguridad en todo el reino fueron relajándose. El *Blitz* había quedado en el olvido, aunque ahora empezaban las bombas volantes a visitar la City. Sin embargo, a todo se acostumbra uno, y si en las duras horas de 1941 no se habían cerrado los teatros, los diarios no habían dejado de publicarse ni el lechero abandonado sus rutas de reparto matinal, ahora no iba a ser de otra manera. Muchos clubes ampliaron sus programas, las pistas de tenis o de cricket estaban ocupadas casi permanentemente y los jóvenes húsares de permiso, ya que no usaban caballos en el combate sí se empleaban a fondo en duros e intensos partidos de polo. Hasta nosotros, en la base, habilitamos un césped adecuado para jugar algún que otro partido de croquet en el tiempo, cada vez más largo, en que no había nada que observar en el cielo, salvo algún hidroavión despistado, más nuestro que de ellos.

Como podrás suponer, además de vigilar y de bañarme, yo no había dejado de insistir, con escaso éxito, para que la familia influyera de alguna forma para aliviar, ya que no liberar, a Ingrid de alguna forma. Sabía que con el paso de los años varios sospechosos de un primer momento habían conseguido que se suavizaran las condiciones del encierro. Llegué a pensar que tal vez, en el caso de Ingrid, todos los

que no habían visto bien nuestra relación aprovechaban el asunto para no hacer nada, sino todo lo contrario. Llegué a expresarme en términos muy duros con mi madre e incluso, al menos eso me parecía a mí, le planteé algún que otro ultimátum que no hizo mella en su actitud. Insistía yo en que, si Sir Malcolm hiciera el más mínimo gesto, todo quedaría solucionado en un suspiro. Pero la incomodidad del lord era evidente, como su voluntad de no saber nada del asunto. A lo más que llegué fue a recibir de vez en cuando alguna información de que todo iba bien, pero yo sé que era más por el cariño que sentía por mí su secretario privado, el querido Francis Albany, que por otra cosa; y que detrás de tales mensajes no había ninguna gestión.

Pero lo que no quisieron hacer ellos, lo hizo el tiempo, y en mayo de 1944, Francis me telefoneó a la base para decirme que al día siguiente iban a liberar a Ingrid. Creo que no pude darle ni las gracias pues no me salían las palabras. Sólo recuerdo la inmensa emoción y las gestiones atropelladas para conseguir un permiso para volar a Falkirk, y luego el cuerpo de Ingrid avanzando hacia las puertas de reja, éstas abriéndose, un policía haciéndole un breve gesto de despedida, la mirada que cruzamos, la sonrisa de Gioconda que me dirigió, que no había cambiado en absoluto desde hacía tanto tiempo. Y el abrazo interminable.

Se vino conmigo a Arbroath, por supuesto. Ahora ya no tenía razón de ser el seguir allí, pero la guerra seguía y uno no se podía marchar del cuartel, por muy alejado de todo que estuviera, por su libre voluntad. Yo dormía en el pueblo, en casa de los Larkin, una amable familia que me había acogido desde mi llegada y a la que ya me unía una relación de sincero afecto. No dijeron nada de la llegada de Ingrid, en mi habitación, la única disponible de la pequeña casa, había una segunda cama que nunca se había usado y desde ahora, al menos oficialmente, esa fue la de Ingrid.

A partir de ese momento, todo fue hermoso en Escocia. Cuando estaba libre de servicio paseábamos por el pueblo, si el tiempo lo permitía, hacíamos breves excursiones en bicicleta e incluso en alguna ocasión viajamos al interior a las Highlands y allí vagamos sin rumbo en un par de caballitos que alquilamos en la granja donde nos alojamos. Pero lo más hermoso fue llevarla hasta la cala de Ingrid, presentarle al mar y a las gaviotas, y bañarnos, jugar y abrazarnos entre las olas durante un tiempo infinito, como tantas veces ya habíamos hecho en los años pasados. Sólo que esta vez sí contestaba a mis preguntas, se reía y gritaba para hacer callar a las gaviotas vocingleras. Y todo ocurría, por fin, de verdad, y sin un después de amargura y tristeza.

Después, con la paz, hubo que volver a Londres. Yo lo temía, debo decir la verdad, pues no sabía qué nos esperaba allí. Parecía, con la derrota y la destrucción de Alemania, y tras la invasión soviética que se había comido medio país, dentro de él la ciudad de Leipzig, donde vivía Ingrid con su familia, fuera de toda cuestión que ella volviera al Continente. Eso, si nuestro amor no hubiera sido suficiente razón. La

acogida fue amable, apenas había visitado la ciudad durante los años de la guerra, en su frialdad, que yo ya esperaba y me temía. De modo que, aunque no se dijo nada, como siempre, pronto quedó claro que las viejas tradiciones no cambiaban y que la convivencia iba a resultar de todo punto imposible.

Recuerdo muy especialmente la Navidad de 1945. Todo el mundo estaba feliz por ser las primeras fiestas en paz. Para Noche Vieja se organizó un baile de disfraces, como los de antes de la guerra. Por primera vez en muchos años, se reunía “toda” la familia; se anunció la presencia de Sir Malcolm, de la tía Marta, de la vieja tía Elizabetha. Primos, sobrinos, toda la casa iba a estar presente. En medio de aquel tumulto, Ingrid apareció vestida con un vaporoso vestido rosa de fiesta, que habíamos encontrado en uno de los arcones del desván, y yo tuve la ocurrencia de usar un uniforme de gala de cuando el bisabuelo Henry, Lord Maltravers, estuvo sirviendo en la India. Al bajar las escaleras que daban al hall principal, su mano sobre la mía al viejo estilo, se hizo un silencio absoluto y muchas miradas buscaron dónde posarse, lejos de la marcha, que para mí era casi nupcial, que estábamos protagonizando. Y supe que había llegado el momento, igual que sonaban las campanas de la próxima catedral de San Pablo, y las de todo Londres, de comenzar una nueva vida, en otro sitio: en nuestro mundo.

Así que, con el nuevo año comenzamos nuestra nueva vida, en un pequeño apartamento en el Soho, donde los apellidos comenzaban a ser algo menos importantes, si uno no quería que lo fueran. Ingrid comenzó a ganar algo de dinero haciendo traducciones del alemán, al principio de todo lo que hiciera falta, luego, gracias al buen Francis Albany, que se había convertido en algo parecido a un ángel protector de nuestra aventura, empezó a traducir documentos que se iban encontrando por toda Alemania, casi todos de las administraciones nazis, para poder con ellos instruir el juicio que ya se anunciaba contra los vencidos. Yo seguía recibiendo mi asignación, como no podía ser de otra manera. Lo bueno de las viejas familias como la nuestra, querida Janet, es que saben comportarse: pueden hacerte la vida imposible pero el apellido está por encima de todo eso, y uno de “nosotros” no puede pasar más estrecheces de las necesarias. Al fin, nunca se sabe cómo acabarán las cosas, ¿verdad?

En realidad, nadie nos había dicho nada en ningún momento. Mucho menos nos habían echado de casa. La reconvención, evidente para quien supiera interpretar el código, se interpretaba por la extensión, la intensidad y la profundidad de los silencios... Y por las miradas; o por la ausencia de ellas. Por ejemplo, tras toda una guerra de éxitos, la recompensa para Churchill había sido perder las elecciones; y con él Sir Malcolm perdió una pequeña parte de su influencia. Así que no pasaba nada. Simplemente, los tiempos cambiaban, y algunas personas no hacíamos lo que se suponía que debíamos. Pero, ¿quién podría predecir si ésta pudiera llegar a ser, un tiempo después, la actitud correcta?

Aparte de toda esta lección de *politesse*, que ya conoces de sobra desde el colegio, sí debo decir que lo pasamos muy mal y que, casi, el hambre que no habíamos pasado en plena guerra, y el frío de aquel mal acondicionado apartamento, fue compañero nuestro durante unos cuantos inviernos. Sin embargo, como todo en la vida, eso también pasó. Y con los cincuenta llegaste tú a nuestras vidas. Había muchos, demasiados, huérfanos en el Continente. Una tarde, tomando el té con Francis, que había venido de visita, comentó que no sabían qué hacer con miles de niños abandonados que vagaban por las carreteras y las ciudades de Europa sin nadie que los cuidara. Ingrid me miró casi a la vez que yo la miraba a ella. El resto fue hacer papeles. No demasiado fácil, desde luego. En aquella época había que estar casados para este tipo de cosas. Pero Francis y sus contactos facilitaron tu llegada. Y los viejos y queridos Larkin aceptaron firmar los papeles de la solicitud de adopción. Tía Amelia y tío George hicieron posible con su cariño y comprensión tu llegada a nuestras vidas, y a las suyas, por supuesto.

Tras unos meses de gestiones, llegaste a Londres. Eras tan delgada, no sabías inglés, pero tampoco hablabas, no querías hablar, alemán con Ingrid, ni polaco, tu idioma natal. Simplemente, no querías comunicarte con el mundo. Gracias a Dios, eso fue cambiando pronto. Y, siempre espero y rezo por ello, confío en que los viejos horribles recuerdos hayan desaparecido de tu vida para siempre. Te costó comenzar a hablar casi cinco años. Volvimos varias veces al norte, pasamos los veranos dulces de Escocia, te llevamos a las tierras altas, recorriendo en largas excursiones, en los pequeños y alegres caballos escoceses, aquellos caminos por los que habíamos pasado años atrás. Acampábamos en dos tiendas de campaña, una sólo para ti, muy pequeña, toda de color verde, como su entorno, en la que parecías encontrarte especialmente a gusto. Luego vinieron los estudios en el St. Margaret's School, y todo lo demás hasta hoy. Pero no voy a contarte tu propia vida. Sólo puedo decir que deseo haber sabido quererte y, sobre todo, habértelo demostrado más allá de los silencios a que nos han acostumbrado siglos de buena educación británica.

Guardo en la memoria, porque os une a las dos en mi amor, cuando tu risa se unía a la de Ingrid, tras haber ganado tú, mientras comentabas los lances del juego, un partido de lacrosse. O aún mejor, cuando os abrazabais después de un competido partido de tenis, en el que yo no participaba salvo viéndoos y sintiéndoos más.

Ingrid se me murió, tan joven. Hace hoy veinte años. En ese año tan simbólico en que todo en Europa parecía querer cambiar. Recuerdo cuando leíamos *París Match* y veíamos aquellas fotos tan increíbles de La Sorbona ocupada por la juventud y llena de pintadas en sus venerables paredes: "La imaginación al poder"; o el adoquinado de París levantado para crear barricadas, que la policía saltaba sin mayor dificultad. Cuando, parecía, todo era posible, ella se fue, sin perder su amada sonrisa. Ingrid, la primera mujer, mi única mujer, se marchó. Una mañana de mayo nos bañábamos en nuestra playa de Arbroath después de una noche de amor muy

Yo, deportista

especial. De pronto, entre las olas, dejé de verla, de oírla. Acababa de saludarme agitando en alto su mano. Para cuando quise darme cuenta ya no estaba. Se había ido. Ingrid se ahogó en nuestro amado mar del norte. Y yo morí un poco, un mucho, con ella. Hasta hoy.

Sólo quería compartir contigo, mi hija querida, el recuerdo que siempre se repite en estas fechas y sobre el que tantas veces he pasado por encima, sin contarte demasiados detalles. Después de todo, tú tienes tu mundo, a Monty, a las queridas Lucy y Vera, y tantas cosas que hacer siempre.

Tengo la seguridad, por otro lado, de que has entendido todo lo pasado sin necesidad de demasiadas palabras. Lo que sí debo decir es que nunca te agradeceré lo bastante el amor que me has demostrado así como el que demostraste a Ingrid mientras vivió entre nosotros. Puedes estar segura de que ese cariño, ese querer, fue mutuo y sincero, y de que tu amor permanente y tu presencia siempre a nuestro lado, sincera y sin ningún resquemor, desde el primer día en que te abrazamos a tu llegada a esta tierra, nos dio mucha fuerza y supuso un apoyo especialmente importante –en muchas ocasiones fundamental– para nosotras.

Con todo el amor, tu madre que nunca te olvida.

R.

TAMBIÉN LA MUERTE

Emilia Moreno González

(A la memoria de Francisco Vargas y Eitel von Muhlenbrock,
fallecidos el 6 de julio de 2011 en Piedrahíta)

Le encantaba llegar a la piscina a esa hora en que hasta los niños habían abandonado el agua. Cuando ya iba refrescando, sí, porque las sombras se alargaban cada vez más. Le encantaba contemplar el agua en su quietud verde, como si fuera un bloque de gelatina casi inmutable, que a veces una brisa traviesa hacía temblar o que se alteraba por el breve contacto de los pájaros que la sobrevolaban saciando por turnos su sed. Le encantaba porque entonces el agua era toda suya, el trofeo merecido por la resistencia al frío que había desarrollado con los años.

Se sentaba en el borde de la piscina con todos los accesorios (gafas, tapones, la goma del pelo) y se iba preparando sin prisas, sin dejar de mirarla, hasta que el deseo de sumergirse, de surcar esa quietud, se hiciera absoluto, y apenas importara el impacto del frío que sufriría un segundo después.

Se lanzaba, y antes de que el impulso dado a su cuerpo completamente estirado perdiera su fuerza, todo su ser se empleaba eficazmente en iniciar los movimientos que le harían seguir avanzando, sin detenerse ni un segundo, sin un segundo que perder. Sus pies, ligeramente más separados por los talones que por las puntas, batían el agua con rapidez, como una hélice que anclara el cuerpo al agua e impidiera que el ritmo poderoso de los brazos lo desequilibrara y perdiera su posición horizontal. Y así avanzaba: la hélice en los pies, los brazos remando, la cabeza mirando siempre el fondo, para girar sólo noventa grados, en una brazada de cada tres, y recoger el oxígeno necesario.

En una brazada de cada tres, justo al iniciarse el círculo completo que alternativamente dibujaba cada codo, que emergía del agua arrastrando antebrazo y

mano hasta alcanzar el punto más alto, para que la mano se desplomara desde la altura y se lanzara en picado de nuevo al agua. Como un ave que cobrara vida entonces, al estimulante contacto con el agua, todos sus músculos se plegaban, hasta convertirse en ese pequeño cuenco que se sitúa al extremo de cada remo y que nos hace avanzar en perfecta coordinación: la hélice en los pies, los brazos remando, la inspiración que se sucede una brazada de cada tres, con ese codo que emerge, se eleva y se desploma, cuando la mano se abalanza y arrastra consigo todo el brazo.

Todo tu ser dirigido al fin hacia sí mismo, hacia tu única verdad, ajeno a los demás gestos, a las otras caras que componen un día.

Todo tu cuerpo hecho movimiento. Un, dos, tres. ¡Aire! Un, dos, tres. ¡Otra vez!

Avanzas hacia ti, te reconoces; atrás quedan las voces que se alejan, se desdibujan y se extinguen; y es tu cuerpo el que respira, el que puebla tu conciencia y existe plenamente.

Tu cuerpo desnudo y vigoroso que surca la barrera del silencio, que rema contra el frío que envuelve la conciencia y te alcanza en el mismo centro de tu soledad: ese santuario, esa cripta o gruta subacuática donde sólo existes tú.

No te importan entonces los años, ni el dolor que el tiempo ha ido cobijando poco a poco entre tus huesos; ¿qué importa no ser joven, si tus brazos emergen vigorosos y tus pies te ensamblan a la vida? ¿Qué más da, cuerpo, que no te amen ni deseen como entonces?; ¿qué te pesan el trabajo, la familia, esa exigencia voraz con que tus hijos te reclaman, cuando tú, cuerpo, eres pura ingravidez? ¿Qué amenaza es entonces esa muerte, qué puede vulnerarte, si es tu corazón el que palpita y tú la que te aferras a la vida?

Un, dos, tres. ¡Aire! Un, dos, tres. ¡Otra vez! Brazada a brazada, palabra sobre palabra, emerge nítida tu voz, acariciada por el murmullo de burbujas, acompasada por el implacable chapoteo de los remos. Una voz que todo lo concilia y enamora y que enaltece tu valor; la humilde entrega de amante que te conduce casi desnuda hasta la orilla, que te impulsa a lanzarte cada tarde y a librar, una vez más, el fragoroso combate de músculos y alvéolos en el que encuentras tu fuerza, tu silencio, tu paz.

La piscina, su trofeo, es sólo un rincón, un bloque de gelatina verde casi insignificante en la amplitud inabarcable de la llanura, esa muestra generosa del tamaño del mundo, que sólo se goza por entero desde el silencio alto de las cumbres. Un humilde rectángulo, de diez metros por treinta, que apenas sería perceptible al sobrevolar el valle, si no fuera por su color, que es artificial, que es obra del hombre. Sin embargo, igual que ocurre con el resto de las aguas que surcan el valle, su presencia se evidencia por los chopos blancos, altos y ondulantes que preservan su

frescor. Pero la piscina no significa nada, definitivamente deja de existir desde la cima más alta que enmarca el llano, Peña Negra, donde los más valientes se dan vuelo.

Le encantaba subir a Peña Negra a esa hora en que el anochecer ya se presiente, sí, porque las sombras son cada vez más largas. Le encantaba porque a esa hora la tierra expulsa el calor que ha acumulado a lo largo del día, y son más frecuentes las ascendentes o térmicas que le hacían volar.

Se situaba en un punto del verde artificial del césped y extendía su parapente. Iba provisto de todo lo necesario: casco, gafas, botas, protección dorsal, y se disponía a esperar el momento propicio. Sujeto al parapente por el arnés que rodeaba la parte superior de sus muslos, de espaldas al sentido del vuelo, tensaba las múltiples y resistentes cuerdas con que sus manos sujetaban la tela. Colaboraba así con el viento, tirando ahora de aquí, ahora de allá, hasta que la brisa caprichosa se colaba por las celdillas laterales de la vela y se inflaba el parapente, que dejaba de ser por fin una tela desparramada sobre el suelo y se transformaba en un planeador que flotaba sobre su cabeza.

Sin demorarse un segundo, sin un segundo que perder, giraba 180 grados y se colocaba en sentido del vuelo. A punto de ser ave, entonces, con el cuerpo adelantándose a los brazos extendidos hacia atrás, se mantenía ligeramente inclinado, con la vista siempre al frente, para propiciar el impulso. Los brazos hacia atrás, la vista al frente; sujetando las cuerdas con las manos, el cuerpo inclinado hacia adelante. En la cara, inocultable, el ansia de volar. Y así, como si fuera un nadador a punto de lanzarse, iniciaba su carrera hacia el vacío, hacia el punto en que la superficie inclinada de la ladera se cortaba bruscamente, le hacía perder pie y encontrar el vuelo. Ya sentado sobre el arnés, con un mando en cada mano, controlaba la posición de cada semiala y decidía la dirección.

Todo tu ser se eleva al fin sobre el abismo, suspendido de alas como dardos, que dibujan audaces la extensión de su poder. En tu pupila se imprime el valle entero, y es tan suave tu bogar, que pareces detenido, anclado al aire, suspendido de su misma transparencia.

Con la pericia del buitre, accionas con los dedos la parte trasera de tus alas y te desplazas blandamente, fuera ya de cualquier ritmo o implacable compás, libre del esfuerzo mecánico. Sólo el murmullo de la brisa acaricia tus oídos, sólo tus ojos devoran el valle, la gama infinita de los verdes, las arterias de plata que nutren los pastizales amarillos.

Como un dios menor, te has escapado del tiempo, Ícaro soberbio, fulgurante Faetón, y casi te parece que eres tú el que, a su paso, despliega el manto de acero

púrpura que expande el sol en su caída. Como un dios menor, sólo tuyo es el privilegio de ver el mundo lejano, intacto, eterno en su quietud.

Una tarde más había llegado a la piscina, a esa hora en que el agua está vacía y sólo quedan los últimos destellos de sol. Después de lanzarse, avanzaba, entregada a su pasión, una vez más: la hélice en los pies, los brazos remando, la cabeza mirando siempre al fondo, ajena a los demás gestos, a las otras voces que pueblan el día. Pero esa tarde quería recrearse, sus vacaciones terminaban, y quería llevarse en la memoria el dulce balanceo de los chopos, el cielo insondable y azul; los guiños que el sol, ya en poniente, le hacía cuando inspiraba hacia ese lado. Por eso, después de lanzar en picado su mano derecha de nuevo al agua, la recogió junto a su muslo, giró sobre sí misma e hizo que su brazo izquierdo fuera el primero en remar en sentido inverso, ahora que nadaba boca arriba y rotaba sus brazos hacia atrás. Y entonces, lo vio. Percibió su ala negra y roja aproximándose suavemente desde lo alto, probablemente con la intención de aterrizar en algún prado cercano a la piscina. Pero aún estaba alto, aún su vela navegaba en todo su esplendor. Por supuesto, no era la primera vez que lo veía y de nuevo volvió a mirarlo con envidia, aunque no exenta de cierta curiosidad. Se preguntaba si él podría percibirla en la distancia, si él también la miraría con admiración; si, visto desde arriba, también su cuerpo daría la sensación de desplazarse blandamente, en perfecta armonía, alterando apenas el agua con su roce, como si estuviera encajado en ella, como si su cuerpo fuera agua y se fundiera con ella por completo.

24

Esa tarde estaba inquieta, necesitaba abandonar sus ensueños, vivir algo diferente, dejar de elucubrar. Entonces decidió averiguar de una vez quién era él, preguntarle si se había fijado en ella, esa nadadora solitaria que compartía con los voladores la gloria del atardecer. No sería difícil. Tenían la costumbre de reunirse en una cervecería para la cena, donde les servían hamburguesas, ensaladas, chuletones. Muchos de ellos eran extranjeros, podría divertirse hablando un poquito de inglés aquí, algo de francés allá.

Terminó de nadar y se vistió. Cepilló su abundante melena, se hidrató el cuerpo y la cara y fue a su encuentro. Ya no era joven, es cierto, pero se sentía plétórica, segura. Con esa serenidad que dan las endorfinas recién segregadas, con el aplomo con que camina un cuerpo que tiene cada vértebra colocada en su sitio, cada músculo sosteniendo o desplazando la parte que le corresponde. Se acercó a una mesa donde se apiñaban jarras espumosas de cerveza y caras relajadas y curtidas. Algunas se volvieron y la miraron expectantes. Cuando por fin entendieron lo que preguntaba, la enviaron dos mesas más allá. Respiró aliviada cuando distinguió entre las voces la inconfundible musicalidad argentina.

¿Quién de vosotros tiene un parapente negro con un dibujo rojo en la parte delantera?, preguntó.

¿Cómo? ¿Preguntás por el del ala roja y negra? Es ese, Tato, respondió uno de ellos.

¿Te importa que me sienta?, dijo con un hilo de voz.

¡Por favor, cómo no!, respondió Tato, iniciando y casi simultáneamente interrumpiendo el ademán de levantarse.

También ella pidió cerveza y empezó a explicarle por qué quería conocerlo. Le contó cómo lo envidiaba, lo que sentía cuando nadando lo veía planear suspendido en lo más alto. Veía a otros voladores, claro, pero él, quizá también por el diseño y el color de su parapente, resultaba inconfundible.

Es que soy un campeón, se rió.

Y era cierto. Era uno de los favoritos en el campeonato mundial que esos días se celebraba en Piedrahíta. Un hombre al que la madurez y los muchos años de vuelo habían convertido en un experto piloto. Se sintió halagado. Siempre nos engrandece ser únicos para alguien.

Brillaba la complicidad en los ojos de ambos. Ahora sólo la luna se elevaba grandiosa sobre Peña Negra y se reflejaba en la piscina.

Al final él acabó admitiendo que también se había fijado en ella, que no había podido distinguir desde la altura si era hombre o mujer, pero que tampoco había podido escapar a ese juego de espejo: él, planeando suavemente en el aire y devorando el valle desde arriba; ella, nadando a espalda, reteniendo en su pupila las figuras recortadas en la profundidad del cielo azul.

Quizá era sólo un cumplido, pero le sonó bien. Llega un momento en la vida en que por fin sabemos que todo pasa muy deprisa. Aprendemos entonces a expresar cada momento, a concederle la plenitud que le corresponde, sin dejar que interfiera el pasado reciente, sin permitir que se contamine de la expectación que provoca lo que está por venir. Le sonrió, le agradeció el gesto. Recordó lo que sentía cuando lo veía volar, se dejó empapar por la sensación y, cuando sintió reconcentrado su deseo, se lanzó.

Podrías invitarme a volar, dijo.

Él la miró primero con sorpresa, después, asintió aprobando la idea, a la vez que parecía estar calibrando algo.

Mañana es la manga hasta Ávila, contestó. Si podés prescindir de la piscina, subimos a Peña Negra al atardecer.

Un escalofrío la recorrió entera, como si se acabara de lanzar de cabeza a la piscina. Sólo que ahora no sabía qué músculos mover ni cómo respirar. Por fortuna siempre supo fingirse valiente cuando más miedo tenía.

De acuerdo. Nos vemos aquí a las siete y media, pero ahora me tengo que ir. Se pusieron en pie y se estrecharon las manos con tibieza.

Pasó la mañana como solía, acelerada con sus cosas. Recados, cocina, las odiosas e inevitables labores de limpieza. Pero un día más parecía que iba a conseguirlo, que iba a poder disfrutar de su momentito de periódico y frescor, sentada a la sombra en su patio, mientras esperaba la invasión de su familia, la llegada a la hora de comer. Pero apenas había comenzado a hojear el diario, a reponerse de su ajetreo cotidiano, cuando la sorprendió y se hizo omnipresente el agorero alarido de una alarma de ambulancia urgida hacia la sierra.

Pueden ser los del parapente, pensó, pero también algún enfermo de Navancuerda.

Cuando llegó su hijo, le contó lo que sabía: uno de los pilotos, por favor, Tato no, había fallecido tras haber impactado contra el suelo.

En las noticias de la tarde, pudo oír la declaración de un testigo presencial:

“Forges, para nosotros Tato, acababa de despegar e iba volando cerca del relieve, a lo largo de la ladera. Su vela tuvo una plegada frontal, hizo un croissant y se encorbaron ambas puntas. Entonces comenzó a descender, parachutado de manera estable. Pero, cuando estaba cerca del suelo, la vela entró en giro negativo y el impacto fue inevitable. Cuando llegó la ambulancia, aún no había fallecido, pero ya fue imposible reanimarlo.”

Todo tu ser se eleva sin fin sobre el abismo, detenido en suave navegar. Todo tu ser pendiente de recuerdos que hablen de tu gloria, que extiendan tu poder. Tu pupila se lleva el valle entero para siempre; para ti ya sólo el suave planeo, libre de todo ritmo, ajeno a cualquier compás. La brisa acaricia tu frente, el viento se hace música en tu oído, mientras tu vela desparramada se infla y desinfla a su capricho. Como un dios menor, te has escapado al tiempo, fulgurante Faetón, y sólo tuyo es el privilegio de ver el mundo lejano, intacto, eterno en tu quietud.

SIGNOS

Ginés Mulero Caparrós

Y si lo que vivimos realmente no fuera nada más que una coincidencia, una paradoja de la vida de un espectro reflejada en un espejo caleidoscópico llamado Juego Literario...

El autor

En homenaje al malogrado Andrés Montes, periodista deportivo que nos dejó una sonrisa...

27

Vicentín Salinas COMILLAS dio un volantazo al ver la pelota de fútbol botando y haciendo arcos imaginarios en medio del asfalto de la carretera. Sabía que detrás de la esfera siempre venía un niño despistado. Su utilitario rojo chocó con el bordillo y voló por los aires dando tres vueltas de campana que hacían sonar la alarma. Eran la tres de la tarde. El sol turbio. El silencio hondo. El niño futbolista salió ileso, pero Vicentín Salinas quedó en COMA.

Lo ingresaron en la Clínica Sagrada Familia: sólo le habían dado DOS PUNTOS de sutura a renglón seguido de la rodilla izquierda, pero lo peor estaba por llegar, era el PUNTO Y SEGUIDO, éste que ahora viene. Cualquier situación mala es susceptible de empeorar: su estado vegetativo se presentaba sin condescendencia. Los familiares le miraban en la cama articulada del hospital, espantados, con las pupilas brillando bajo la luz blanquecina de los fluorescentes parpadeantes. Los médicos decían que estaba en una zona muerta de la que no se regresa sino es con un milagro de la naturaleza. Estaba en un estado que no se sabía si oía, veía, o tenía tacto, lo único que se sabía es que respiraba artificialmente; su vida normal se había convertido en un PARÉNTESIS sin letras, no se sabía por cuánto tiempo. Sólo Dios en su infinita sabiduría omnipotente sabía que en su mente estaba creciendo este escrito que él veía de una forma extraña, como si lo viera desde fuera de sí y se mirara al mismo tiempo a sí mismo postrado en la cama. Mientras flotaba en ese estado de

somnolencia (estaba mecido por las olas de un mar soñado), sus familiares le hablaban con palabras lejanas (que más parecían un bisbiseo) de su infancia, cuando él soñaba con ser un profesional del balón y jugar con la camiseta blaugrana, clavar un balón en la escuadra, sentir las gargantas de cien mil personas..., pero él, aturdido y más, si se puede decir práctico, enumeraba su humilde vida familiar: su mujer, sus hijos, su trabajo... como si fueran unos PUNTOS SUSPENSIVOS que se habían quedado sin acabar de definir tras el accidente, suspendidos en el aire, como tres insectos arrastrados por el viento, sin su voluntad. En la constelación de su cabeza se cruzaban los signos de puntuación: estrellas difusas que temblaban como jugadores desdibujados, anhelos perdidos, diatribas y pandemonios. Antes de perder la conciencia, justo después del accidente, vio claramente que su vida era un PUNTO Y COMA, pero que el golpe en la cabeza (en el cráneo) podía ser realmente un PUNTO Y FINAL (la Muerte). En una de aquellas noches donde el mundo se había parado en las tinieblas, Vicentín Salinas soñó por culpa de la fuerte medicación que bajaba desde la grada al Nou Camp y en el último minuto del partido las estrellas le dejaban tirar un penalty ante cien mil espectadores (doscientos mil ojos sobre sus hombros), un penalty que permitía empatar el partido y conseguir un PUNTO Y APARTE, éste, el que viene ahora concretamente.

Pasó quince años encamado y su mente viajó en la duda como si fuera un signo de INTERROGACIÓN constante. Su familia, derrotada por el tiempo, dejó de visitarlo y él sintió que se tapaba con la soledad de sus monólogos, igual que un GUIÓN de cine escrito con tinta indeleble sobre una sábana fresca de césped recién cortado. Para sopesar la balanza, vivió medio muerto partidos de fantasía donde los jugadores en la hierba eran sólo signos, en mayúsculas. La rebeldía silenciosa le hizo un día abrir los ojos como platillos de café: la vida retornaba sin tantos símbolos de la diosa locura. Se miró en el espejo desconchado de una de las enfermeras de Cuidados Intensivos del hospital: las canas habían conquistado su cabeza como copos de nieve, las arrugas en la frente, los sueños quebrados como acantilados... Comprendió entonces (aparte de lo biológico) que no debía dejarse abatir por las huellas que deja la melancolía...

Una noche definitiva para la recuperación, para la catarsis de Vicentín Salinas, por una de esas coincidencias de la vida, Xavi, el niño que estuvo a punto de ser atropellado (actualmente, jugador de la primera plantilla del Barça), en su visita rutinaria a los enfermos terminales de los hospitales, lo reconoció, le apretó la mano con ternura mientras dormía y con una ADMIRACIÓN de ánimo en la voz le dijo al oído:

- ¡LA VIDA PUEDE SER MARAVILLOSA, SALINAS!

En ese luctuoso hospital, el imbatido cancerbero de la Muerte... recibió un golazo por la escuadra que desmanteló las telarañas; apoteósico.

Yo, deportista

Certamen

Relatos breves

IAD 2011

The background features a stylized illustration of a running track with white lane markings on a reddish-brown surface, curving into the distance. In the foreground, a spiral-bound notebook with lined pages is shown, tilted towards the right. A silver paperclip is attached to the top right corner of the notebook. The text 'Relatos Seleccionados' is written on the notebook in a typewriter-style font.

Relatos
Seleccionados

EL TROFEO

Manuel Aljama García

La copa bañada en plata era el trofeo que más destacaba entre los que lucían encima de la mesita que estaba frente a la tribuna de autoridades. Las espartanas y desgastadas gradas de la piscina municipal estaban abarrotadas por familiares de los chiquillos que iban a competir. El colorido de la multitud contrastaba con el tono indefinido de las paredes. Por fortuna el día era soleado y los agujeros del techo no se convertirían en inoportunas duchas. Corría el año 1965 y se celebraba en la ciudad el Campeonato Escolar Municipal de Natación. El alcalde quería aprovechar la ocasión para pedir un nuevo polideportivo. Los directores de las escuelas se conformarían con poder tener, cada uno de ellos, un gimnasio cubierto, aunque fuese con goteras, como la piscina municipal. Aquel torneo, con las autoridades que podían asistir, era para ellos como la entrega al paje real de la carta a los Reyes Magos. Los niños, ajenos a la política, jugaban como si estuviesen en el patio de su colegio. Unos toques de silbato les llamaron al orden. Se alinearon en los podios de salida. Sonó el disparo y, como en una coreografía, se lanzaron a la piscina. Los contendientes, que eran casi todos de la misma edad y peso, nadaban muy parejos. Habían entrenado muy duro para dejar el pabellón de su escuela bien alto. La prueba iba a ser muy reñida. El público gritaba y jaleaba mientras que cada instructor animaba a su pupilo haciendo sonar el pito. De pronto, en el grupo empezó a destacar un nadador que se iba distanciando en cada brazada. Sebastián alcanzó rápidamente la primera posición y ya no la abandonó hasta que sonó el pitido final. Dentro del agua no pudo escucharlo con claridad y lo confundió con el griterío del público. Fue la mano del instructor la que le detuvo. Había ganado. Estaba hambriento y los oídos le zumbaban pero se sentía feliz. Era un chaval de ocho años, moreno, de pelo liso y larguirucho, un poco alto para su edad. A juzgar por su constitución y musculatura, pocos habrían confiado en que él pudiese llegar lejos en el deporte. Uno finos hilos de agua descendían todavía desde su cabeza y mojaban aún más el suelo. Sebastián pensó que la ceremonia de entrega de premios sería muy breve. Su habitual impaciencia empezó a aumentar. El alcalde, al que el micrófono le quedaba demasiado alto,

realizó una breve introducción y finalizó dando las gracias a todos. Cedió la palabra al mandatario de turno, que parapetado detrás de unas gafas oscuras y con el micrófono a su exacta altura, pronunció un largo y aburrido discurso que duró más de una hora. Después, un sinfín de flashes immortalizaron el acto y el chico pudo abandonar por fin el pabellón en compañía de sus familiares más allegados.

- ¡Mi hijo va a salir en los periódicos! –no paraba de repetir su padre lleno de orgullo. Era alto, cosa que contrastaba con su esposa, y en su cabeza la cabellera morena y lisa empezaba a clarearse. Sabía y sentía que su hijo era su vivo reflejo.

- ¡Es todo un campeón! –insistía el profesor de gimnasia mientras el deportista guardaba un pudoroso silencio. Los periodistas, ajenos al panegírico, seguían haciendo fotos y castigando los ojos del ganador que empezaba a tapárselos sin éxito.

- Vamos a casa a recuperar fuerzas! –sentenció el progenitor, como si quisiera librarle de una cuadrilla de ávidos cazadores que en vez de escopetas llevasen cámaras fotográficas y flashes. En el viaje de regreso, Sebastián no paraba de recordar el instante en el que el jerarca, de manera displicente y sin siquiera haberle mirado a la cara, le entregó el premio. Tenía grabada su cara redonda y calva coronada por unas gafas oscuras que añadían severidad al rostro. No podía determinar cuánto tiempo había durado aquello pero calculaba que no llegó a más de cinco segundos. Luego alcanzó a ver cómo saludó a los directores, y, en compañía de su escolta y sus secuaces, que iban todos con el mismo atuendo, abandonó el recinto deportivo. En la salida el alcalde de la población y el director de su escuela se disputaron el honor de abrirle la puerta.

En casa obsequiaron a Sebastián con una enorme tarta de nata, todo un dispendio para la época. En el modesto y pequeño comedor, decorado de forma elegante pero sin excesos, se habían amontonado sus padres, su hermana pequeña y sus abuelos maternos. En total seis personas. Encima de la vitrina, y en un lugar destacado, descansaba la resplandeciente copa. El padre estrenó una cámara fotográfica para guardar tan preciado recuerdo familiar. El muchacho recibió un sinfín de llamadas telefónicas de felicitación hechas por familiares desde todos los rincones del país. Sebastián se sentía feliz por haber conseguido aquel éxito. En las noches que precedieron a la competición se había obsesionado con la idea de si sus padres le mirarían igual o le tendrían menos cariño en caso de no llegar a ganarla.

Los años fueron pasando como un torbellino y aquel trofeo fue presidiendo cada una de las habitaciones que Sebastián ocupaba. Empezó el periplo en su habitación infantil. Luego más tarde llegó al dormitorio de la residencia de estudiantes, después al piso de soltero y por último llegó hasta la falsa chimenea del primer piso de recién casados. De esta forma, la copa parecía que no abandonaba nunca a su ganador. Su esposa, rubia de medidas proporcionadas pero no muy alta, que cuando novios había elogiado el carácter deportista de su futuro esposo, se

mostraba un tanto reticente a la presencia de aquel objeto en la principal pieza de “su” casa. Tuvieron dos pequeños, uno rubio y otro moreno. Todos con el cabello liso. Se distanciaban tan sólo un año. En cuanto los pequeños, pudieron corretear por la casa, se sintieron atraídos por el galardón que todavía conservaba su esplendor. El padre, orgulloso, les explicaba la gesta en presente, como si la hubiese hecho hacía muy poco tiempo. Ellos, escuchaban las frecuentes repeticiones de la historia con interés, en silencio y con la boca abierta.

Siguió pasando el tiempo y las caras alegres del hogar se habían transformado en rostros circunspectos. En especial el de su cónyuge. Sebastián no lo había advertido, pero la mirada de ella se mostraba a diario esquiva y distante, como a años luz de aquel sitio.

Los silencios fueron entonces muy significativos, ensordecedores y elocuentes. Los portazos que los ya adolescentes daban cada vez que entraban o salían de su habitación contribuyeron a dar un aire de severa gravedad a la situación. Sin saber cómo, en unos pocos días, un abogado explicaba a Sebastián los pormenores del divorcio. Nunca más pudo volver a su casa. Por más que lo intentó y con buenas maneras, no le dejaron pasar de la puerta de la calle. Ni siquiera le permitieron recoger su tan preciada y entrañable copa.

Desde entonces todo se volvió frío y oscuro, como el metal de la copa, que ya había perdido su brillo. Los años siguientes fueron una sucesión interminable de caídas y tropezones imposibles de contabilizar. Fue para él como una tela de araña interminable y negra que no dejaba pasar la luz y de la que no se podía escapar. La oscuridad lo ocupó todo.

Abrió los ojos de golpe. No había estado soñando. Sí, allí volvía a tener delante de él el preciado premio. Pensó por un momento que el vino con el que sustituía los estupefacientes que ya no podía adquirir le estaba jugando una mala pasada. Le dio varias vueltas y lo olisqueó como un animal. Estaba negruzca pero bastante bien conservada y con pocas rayas. Volvió a mirar la placa y entonces esbozó una sonrisa, triste pero al fin y al cabo sonrisa. Se giró para encararse a un espejo roto donde no era capaz de reconocerse. Tenía un aspecto tétrico, prácticamente calvo, pues sólo le quedaban unos mechones grises que colgaban de la nuca, los ojos hundidos, la nariz deformada y en su boca faltaban algunos dientes; Llevaba los pantalones agujereados, la camisa manchada y un abrigo que era un montón de jirones a punto de deshacerse. Enarboló el trofeo y pudo comprobar que hacía juego con el color indefinido de su atuendo. La iluminación de aquel mercadillo benéfico contribuía a dar severidad a la escena. Como si el galardón hubiese hecho las veces de bálsamo mágico, recuperó de golpe la memoria de los años felices de la infancia.

Yo, deportista

- Nunca debí haberme separado de esto –dijo en voz alta, sin miedo a que el personal del rastro lo tomase, además de por alguien digno de desconfianza, por peligroso o loco.

Se lo guardó en una bolsa atiborrada de trapos que llevaba consigo. Dio media vuelta, salió de allí y se dirigió hacia un centro de rehabilitación que había en las inmediaciones. Había decidido, gracias a aquel objeto escondido entre harapos y que cargaba con exiguas fuerzas, reemprender el camino que nunca debía haber abandonado.

SÓLO UN HOMBRE BUENO

Antares

En el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero; en el de nuestra Señora Santa María, madre de Dios y de todos los hombres; y en el del señor Santiago, patrón de las Españas y defensor de la fe; siempre al servicio devoto y obediente de nuestra una y santa Iglesia Católica, debeladora de herejes y de turcos, interprete fiel y única de la verdadera palabra de Dios; para la mayor honra y gloria de nuestro señor Rey Emperador Carlos, que domina sobre todos los reinos de España y del norte de Europa, de Alemania y de Flandes, y de los territorios de Italia y Sicilia, así como sobre todas las tierras de las Américas, de los virreinos de Perú en el sur y de Nueva España en el norte; a las órdenes siempre y en todo acertadas del señor Inquisidor General don Fernando de Valdés, además arzobispo y custodio de la fe de la ciudad de Sevilla y presidente del Consejo de la Suprema y General Inquisición; y a las del Secretario del mismo para el reino de Castilla de quien depende el sagrado Tribunal al que he dedicado tantos años de mi vida; y a las de vuestra señoría, quien a la vez dirige con mano firme y sabia el Distrito de Sevilla y Jerez, tras haber dirigido el de Jaén, que me ha ordenado informar del caso que ahora nos ocupa y que da pie a este documento memorial que aquí presento.

34

Yo, Juan de Lerma, humilde siervo de la Orden de los hijos de San Francisco, tras servir a Dios en Sevilla, tuve el honor de ser parte del grupo de los doce primeros hermanos que llegamos a Veracruz a las órdenes de fray Toribio de Paredes para evangelizar a los indios que allí habitaban, y a quien estos y sus caciques pronto le dieron el sobrenombre de Motolinia, que significa “el fraile pobre”, pues todo lo que tenía se lo daba a aquellos más necesitados que él. Digo que pronto aprendí a hablar con los indios, ya que su lengua no se me hacía difícil, y por ello pasé al servicio del Santo Oficio, cuyo distrito de México se estaba creando y organizando al estilo de los ya existentes en la metrópoli, y fue por ello por lo que ahora se me interroga, y por lo que me siento con capacidad para informar del asunto. Tras

revisar los archivos del caso, aunque poca falta hiciera, pues muchos de sus extremos se han conservado en mi memoria, cosa extraña cuando tantos otros ya la han abandonado sin que sepa yo decir por qué, tengo el honor de decir lo que ahora sigue.

Que recuerdo sin asomo de duda al señor don Cristóbal Méndez, nacido en Huelva, en el término de Lepe, perteneciente al condado de Ayamonte, hacia el año de nuestro Señor de mil quinientos, que luego estudiara medicina en la ciudad de Salamanca y que, tras residir en Jaén y Sevilla durante un tiempo, viajó a México donde pronto adquirió fama y prestigio, llegando en mil quinientos treinta y cuatro a ser médico de doña Juana de Zúñiga, esposa del preclaro conquistador don Hernán Cortés, nombrado protomédico al año siguiente y llegando a atender como médico personal a mismo Virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza. De esta época, más en concreto de mil quinientos treinta y nueve, consta en nuestros archivos que se dictó edicto de fe contra el citado don Cristóbal Méndez, por una denuncia presentada contra él, sobre la que me extenderé más adelante. Seguido el edicto de la detención del acusado y del inicio de la instrucción correspondiente, de la cual y por ello mi conocimiento del caso, actué como secretario del Tribunal, se dictó veredicto absolutorio sin que llegara siquiera a decidirse el sometimiento del acusado a la práctica de tortura a fin de discernir de su culpabilidad o inocencia, de tan claro como quedara desde un principio que el citado Méndez estaba siendo acusado en falso por razones que luego también se verán.

35

Tal vez por el disgusto que todo lo ocurrido le causara, don Cristóbal Méndez regresó a Castilla en mil quinientos cuarenta y uno, estableciéndose de nuevo en Jaén, una tierra a la que parece se sentía ligado por alguna razón. Allí tuve ocasión de reencontrarle al abandonar yo también el servicio de la Suprema para volver, como siempre había deseado, a un convento pequeño desde el que pudiera atender a mis semejantes siguiendo en todo, y en la corta medida de mis fuerzas y capacidades, la regla de San Francisco, de hacer el bien y amar a los semejantes sin distinciones de esos que tantas veces nos enfrentan y hacen perder de vista lo más singular: que todos somos hijos de un único Dios, que Él sea siempre alabado, y que de ser como es Padre de toda la humanidad, sin distinciones de colores, razas ni creencias, por más que algunas de ellas sean equivocadas, aunque ello no signifique que muchos no las sigan con la mejor voluntad, Él no querría vernos en riñas y enfrentamientos como ya digo, por cualquier futilidad, acabamos las más de las veces.

Acabé pues mi vida al servicio del Santo Oficio y allí he seguido hasta hoy, en el convento de San Francisco, que da frente a la Catedral. Por las fiebres de un hermano que no acababan de remitir con ningún remedio de los que estaban a nuestro alcance, apareció un buen día don Cristóbal, avisado por alguna alma buena y caritativa. Ni que decir tiene que el hermano pronto sanó y que habiéndome reconocido, dio en hablarme, aunque yo estaba algo remiso a acercarme a él, pues

aunque todo acabó de la mejor forma posible en México, yo sé que el recuerdo de quienes han tenido alguna relación con nuestros tribunales no siempre se lleva con generosidad y que hasta los verdaderos creyentes no entienden fácilmente la razón de existir órganos como al que tantos años he servido, que, perdóneseme la licencia y atribúyase a mi edad, más parece en ocasiones pensado para hacer enemigos que amigos de la verdadera fe. Aunque también debo decir que la inquisición de los herejes, por no decir la de los turcos otomanos, que también las tienen, no se queda a la zaga de la nuestra en cuanto a hogueras, alfanjes, potros y baños de sangre. Pero no debo seguir por este camino, que no llevaría a la bondad de la que quiero hablar del buen médico don Cristóbal Méndez, sino a ese pozo insondable de incompreensión del que, para gloria de Dios y alegría de los hombres, nos sacan a veces personas como fray Bartolomé de las Casas, o el ya mentado hermano Motolinia, que ponían el amor por delante de todo. Incluso de sí mismos. Vuelvo pues a lo que aquí me trae, que de nuevo y por ello pido disculpas una vez más y me temo que no sea la última, me voy por las ramas sin entrar en lo fundamental.

De aquel encuentro con don Cristóbal siguió una buena amistad que sólo se veía interrumpida por algunos viajes que él hacía, sobre todo a Sevilla, pues con muchas y elevadas personas de las que allí vivían le unían estrechos vínculos incluso de antes de su viaje a las Américas. Al tener que cumplir con mis obligaciones por las calles de Jaén aprovechaba yo, sin descuidar la regla que regía mi vida, para hacerle alguna visita al domicilio donde vivía y aún atendía algunos pacientes, más por beneficiarles de sus conocimientos que por necesitarlo para vivir, que lo hacía y holgadamente de sus rentas... Estaba la casa rodeada de un amplio muro que acogía dentro un huerto muy espacioso, desde el que se veían en lo alto las murallas del Castillo de Santa Catalina y más cerca, las paredes sobrias y fuertes del Convento de Santo Domingo, a muchos de cuyos hijos he tenido ocasión de conocer en el Santo Oficio. Por el huerto y aún por las calles circundantes me hacía caminar don Cristóbal, a buen ritmo, durante un rato, cada vez que le veía, lo cual decía él que era lo mejor para la salud, y trámite inevitable y previo a toda comida. Por lo que yo sabía, y disfrutaba anticipadamente con lo que fuera a ser servido en la mesa a poco de acabarse el recorrido.

En estos paseos, para practicar lo que él denominaba "ejercicio corporal", nos acompañaban a veces un grupo de rapazuelos que ya conocían de los gustos del médico y que, tan pronto le veían asomar por la puerta de la casa se ponían a su lado y dando saltos y haciendo cabriolas, en medio de risas y de una notable algarabía, le seguían a lo largo de todo el recorrido. Ello con el beneplácito de don Cristóbal, que me decía que de esta forma se cumplían de una vez todas las condiciones para que el ejercicio alcanzara toda su virtud. A saber: que se hiciera por la libre voluntad de la persona, que se tomara con mucho placer y alegría, y que siempre hubiera continuación y no fuera interrumpido; y ninguna de las tres faltaba a aquellos zagales.

Recuerde, me decía luego el médico, que el ejercicio deberá hacerse siempre con aliento corto, correr, saltar, jugar birlos; o montar algún caballo o ir a cazar, si se tratare de caballeros; bailar y danzar o pasear si de damas habláramos; todo con alegría, insistía contemplando complacido a la gente menuda: la mejor cosa para la digestión es tomar alegría; con lo cual ya enlazaba el ejercicio con la manduca, al mencionar la digestión; y yo me alegraba con él, cómo no. También, cuando las voces arreciaban, las justificaba diciendo que el hablar mucho y dar voces también era gran ejercicio, en este caso para la lengua, y que eso era bueno a su vez. Pensaba yo si mis hermanos los seguidores de San Bruno, allí en sus abandonadas cartujas, no enfermarían de silencio, con estas recetas de don Cristóbal.

Sigo contando mis recuerdos sobre don Cristóbal Méndez por tratar de ofrecer una imagen lo más fiel posible de su forma de ser y de pensar; que si en el tiempo de su detención y proceso en México me quedó clara su inocencia y buena fe, con esto que ahora rememoro, sólo quiero confirmarla, pues es sabido que, como decía en su *Directorium inquisitorum* Nicolás Eymerich, al que todos hemos seguido y estudiado fielmente durante tantos años, es más fácil detectar el error y la herejía en una conversación intrascendente y confiada que mediante los más grandes tormentos, porque estos no son medio seguro para conocer la verdad, pues hay hombres débiles que, al primer dolor, confiesan incluso los crímenes que no han cometido y, en cambio, hay otros más fuertes y obstinados que soportan los mayores tormentos sin por eso dejar de ser culpables. Méndez era médico, pero antes de ello era cristiano y había demostrado limpieza de sangre ya antes de viajar a México. Y como cristiano viejo y como médico, nunca encontré, en mi corta visión de tales asuntos, nada que se saliera de lo ortodoxo y santo en sus ideas y palabras. Digo lo que él me decía, durante aquellos ya habituales paseos: seguidor de Hipócrates, lector del *Canon* de Avicena, estudioso del Libro de la viruela de Rhazes, *Regimen sanitatis salermitano*, del que, como un niño más del grupo que nos acompañaba, recitaba cantando el doctor, rememorando sin duda sus tiempos de Salamanca: “Tres doctores de gran ciencia, consultarás a porfía: tranquilidad, alegría, y el doctor don continencia”.

Sí mencionó en alguna ocasión los estudios que se estaban divulgando, y de los que él había oído hablar en Sevilla, de un médico llamado Miguel Servet, furibundo anticalvinista, y por tanto, digo yo, persona de profundas convicciones cristianas, que había escrito, como él, contra el uso de purgantes y jarabes como un método no correcto y hasta peligroso para el cambio de las temperaturas y cocciones de los humores en el interior del cuerpo humano. Servet, decía Méndez, era, como él mismo, seguidor fiel de Galeno, aunque había escrito en contra de este maestro afirmando que la sangre se movía por todo el cuerpo y partía del corazón pasando por los pulmones, y no del hígado, como decía el maestro de maestros. Cómo se relacionara esto de la sangre con el ejercicio corporal preconizado por el de Lepe, yo no sé explicarlo. He tenido noticia, además, de que este tal Servet fue quemado en la

hoguera por la Inquisición calvinista, lo que puede dar fe de su acendrado cristianismo. Eso sí, no sabría yo juzgar, ni lo pretendo, si lo dicho sobre el movimiento de la sangre dentro del cuerpo, como si discurriera por caminos y calzadas, unas más amplias y empedradas, otras menores y aún embarradas, es pensamiento querido a nuestra Santa Madre Iglesia, aunque de mi dilatada vida tomando por escrito confesiones en tantos procesos como a los que he asistido, debo decir que nunca encontrara pensamiento menos dañino ni para la fe ni para las costumbres.

Por haber hablado de pulmones e hígados, no vendrá mal aquí el hacer referencia a los riñones; que fueron al fin la causa del encuentro y proceso de Cristóbal Méndez por la Santa Inquisición en México. Dice el legajo de la causa seguida contra él, del que consta un resumen remitido desde el distrito de México a la Suprema, que no se llegó a siquiera dictar sentencia al comprobarse que todo se debía a una injusta, más debida a la envidia por la fama adquirida por el recién llegado que a otra cosa, e infundada acusación del entonces profesor de la Universidad de México, don Blas de Bustamante, que acusaba a Méndez del mal uso de unos sellos de oro utilizados por éste para la cura de los males de los riñones. Mi memoria me confirma todos los pasos seguidos, tal y como se establece en las reglas de procedimiento, basadas en el *Practica inquisitionis* de Bernard Gui o en el ya citado *Directorium* de Eymerich, aunque si he de ser sincero, en México no eran tales documentos, al menos en aquel entonces, muy utilizados, y se aceptaba que de una encuesta seguida en algún caso, si se demostraba fehacientemente la inocencia, cual fue el caso que ahora nos ocupa, el proceso quedara sin efecto sin pasar a mayores. Además, la inocencia de don Cristóbal, además de los buenos oficios de algunos de sus más próximos, refulgió casi desde un principio y quedó el caso en suspenso sin siquiera necesidad de pasar a mayores, cuánto menos de sentencia absolutoria. De todo ello, y de hacer trabajar en vano al Santo Oficio, tampoco se siguió sanción ni pena alguna, como en mi opinión debiera haber sucedido, contra el mentado de Bustamante.

Pasados los años, y hecha su fortuna en México, Cristóbal Méndez volvió a su tierra. No diré yo, a fuer de ser sincero, que la impresión de haberse estado a punto de medir con el Santo Oficio no exacerbara la fe del médico, pues todos se hacían lenguas de su piedad y de la firme convicción con que se expresaba en todos sus documentos y conversaciones, plagados de jaculatorias y benditas admoniciones a nuestro Señor y a todos los santos. Sin por ello dejar de profundizar en sus estudios y conocimientos médicos, lo que le ganaba una cada vez mayor y más respetable clientela. No por eso dejaba abandonados a los menesterosos y se decía que si era requerido solía acudir de inmediato en auxilio de personas que por su humilde condición, incluso indios, no podían hacer frente al pago de los emolumentos que en ese tiempo se requerían por tal servicio. Mi última noticia, y la de la vida de Cristóbal

Méndez, tiene que ver con tal disposición de ánimo, que no le abandonó hasta los últimos días de su vida. Que fue ahora hace un año, en la ciudad de Málaga, a la que había acudido en busca de unos documentos del tiempo de los moros, pues había llegado a sus oídos que allí vivió Hasday ibn Shaprut, un médico que, aun de fe judía, servía a los principales de la ciudad, y había hecho algunos descubrimientos sobre materias de su interés. Sospechando que tal vez se conservarían algunos de tales documentos en el archivo del cabildo catedralicio o en algún otro lugar, bajó de Jaén a la costa y allí, requerido por unos vecinos para que fuera a tratar a un supuesto enfermo en uno de los corralones que se iban construyendo extramuros, cerca del río que atraviesa la ciudad, fue asaltado por unos desalmados que, además de dejarle sin los bienes que en ese momento llevaba, le dieron una terrible paliza y varias cuchilladas, y lo abandonaron en un descampado, cercano al convento de los padres trinitarios descalzos, de donde acudieron a socorrerle al oír sus gritos, más estertores, pues mi buen médico apenas pudo identificarse y contar sus señas antes de fallecer. Y por ello llegué a saber de su triste suerte.

Debo ir concluyendo este memorial, pues pienso que el fin del mismo, estudiar la cristiandad del señor don Cristóbal Méndez, al menos en lo que de mi opinión y conocimiento depende, ha quedado más que sobradamente acreditado. Aunque no se me alcanzan los motivos de tan tardío interés, tampoco soy quién yo para dudar del recto proceder de quienes tienen autoridad para ello. Pero no quiero concluir estas breves líneas sin profundizar algo más en el pensamiento de don Cristóbal. No porque dude de su rectitud de miras e intenciones sino porque, a veces, lo nuevo se recibe por algunos con un resquemor impropio hacia aquello que sólo puede traer el bien y, como él mismo, decía, la alegría de la personas. Porque es de saber que de las ideas de Méndez ya apuntadas en este escrito él concluyó por imprimir un libro, en Sevilla, en el que recogió mucho de su saber y acumuló muchos y sanos consejos para todos los buenos cristianos. *Libro del ejercicio* le llamó, como no podía ser de otra manera, y poco honor le hizo el impresor encargado de hacerlo. Pude ver varios ejemplares de la obra y pocas veces han contemplado mis ojos, ni siquiera en la Nueva España, una peor y más desordenada y sucia secuencia de tipos y letras si mal acabados, peor impresos. En todo caso, lo importante es lo que se dice más que cómo se publica lo dicho. Y a ello quiero referirme ahora.

Ya dice el doctor que se arriesga en el libro, y prueba de ello puede ser ese impresor tan poco conocido o el que nadie fuera mecenas ni a nadie se dedicara la obra. Recuerdo que don Cristóbal señalaba en ocasiones no haberse arrojado en su escrito al parecer de todos, aunque precisamente por ello, concluía, se podrá ver algo nuevo, lo cual juntado a lo que los antiguos dijeron, podrá traer sabor y no poca dulzura. En la obra se afirmaba la importancia del ejercicio, que era, ni más ni menos, que un movimiento voluntario por el que el aliento se hace más veloz y frecuente. Como ya he dicho al hablar de mis paseos por Jaén con el médico, ese ejercicio era

diferente del trabajo, en el que también hay movimiento, sobre todo porque es voluntario y busca el entretenimiento y la diversión, encontrando, y ahí aparece el médico que siempre estaba detrás de todo lo que hacía don Cristóbal, por añadidura y como gran beneficio, la salud y el bienestar de cuerpo y espíritu. Un bienestar conseguido a bajo precio, pues mi médico dudaba, eso sí, de que provocar vómitos, las sangrías, las purgas u otras medidas que se toman habitualmente para aliviar los dolores y las contenciones consigan tal efecto cuando lo visible es más bien lo contrario. El dolor, el debilitamiento de las extremidades, la palidez, la caída del tono y de los humores y el adelgazamiento, cuando no la muerte de los así tratados.

Buscaba mi buen don Cristóbal la salud de las personas, de hombres y de mujeres, que también a ellas prestó atención y para ellas pensó remedios específicos sin temor de perder el tiempo en tales tareas y esfuerzos. La salud por encima de todo; pues, sin ella, aunque vivamos, muertos nos pueden decir, señalaba a quien quisiera oírle. Y ese ejercicio sanador y salutífero se hacía de una manera muy específica. Si mucho y muy rápido ejercicio: malo, decía; si poco y lento: no sirve para nada; si intermedio, entonces es bueno, evita las enfermedades y no hacen falta purgas o sangrías, ni las evacuaciones artificiales, ayudando a que se hagan en su modo las naturales. Don Cristóbal y sus humores. Me hacía reír mucho cuando recordaba momentos concretos en refuerzo de su argumentación. Como cuando contaba las aventuras en las que él intervino, del señor arzobispo de Sevilla, don Diego de Deza, quien, estando jugando a la pelota con sus pajes, se acercó un avestruz que, en un momento en que se salió del juego la pelota, se la tragó. Como el animal tenía el cuello muy largo, antes de que se tragase la pelota del todo, los presentes no hacían sino subirla hacia arriba, y cuando ya la tenían casi en la boca, como era un bicho muy alto, no alcanzaban a sacarla del todo, el avestruz tornábala a tragar, y debía ser pasatiempo verlos en tal contienda a todos, cumpliéndose la premisa de la alegría establecida por don Cristóbal, pues a más del ejercicio debía ser digno de verse a todo un arzobispo intentando ahogar a un avestruz.

40

Y esto es cuanto viene a mis magines del caso sobre el que se me ha requerido. Ha servido, si fuera necesario, que no lo es pues lo tengo bien presente en mis oraciones de cada día, y en el recuerdo de aquellas amables comidas con que solía compensar mi paciencia de escucharle hablar de tantas y tan repetidas sentencias sobre eso del ejercicio, para despertar recuerdos de otros tiempos que no por pasados fueron mejores.

Debo reconocer que, desde que mi buen señor don Cristóbal Méndez ya no está entre nosotros, casi no hago ejercicios, ando poco y me río bastante menos que con él y la banda de rapaces que siempre le acompañaban. Y que, como él decía con tanta razón, mis humores se condensan, mis piernas duelen más de lo que yo desearía y mi espalda se encorva, no sé si por la edad o por la falta de esa respiración agitada pero placentera que él tanto ensalzaba. Lo que me lleva a concluir, por acabar

Yo, deportista

de una vez y aunque no sé bien dónde habré oído el dicho, en defensa y loa de las ideas de don Cristóbal Méndez, que si al no hacerse ejercicio se siente dolor: *epur si muove*.

Es cuanto por la presente noticia tengo que decir a su señoría, en la confianza de haber sido útil a sus designios, siempre a su servicio y al de nuestra Santa Madre Iglesia, en la ciudad de Jaén, en el día veintidós del mes de octubre, festividad de Santa María Salomé, una de las tres Marías que tanto sirvieron al Señor, del año del Señor de mil quinientos y sesenta. Vale.

HOY

Luis Berlanga de la Pascua

El silencio, a pesar de ser su compañía cotidiana, vuelve a sorprenderle; aunque ya cada vez menos cosas lo consigan. Una noche más, Manuela se levanta de la cama para beber un poco de agua. Ponerse de pie la trastorna levemente, y el abismo que se abre entre la habitación y la cocina parece no terminar nunca. Manuela coge su vaso de agua, se sienta en el salón, y no hace nada más.

Son las 5:45 h de la madrugada y un nuevo día comienza. La ausencia de ruido multiplica el vacío de la casa, solo un lejano tic-tac que proviene del dormitorio hace que recuerde a qué velocidad pasa el tiempo, pues a veces se le olvida que continua pasando. Manuela contempla en la oscuridad los contornos de los cuadros de la pared, la silueta del televisor, las copas de la vitrina... Nada ha cambiado desde ayer.

De repente, una clara luz del día osa a inundar su estancia. “Ya falta menos para ir a comprar”, piensa; “ya queda menos para hablar con alguien”, anhela. Horas después de levantarse de la cama, tras esperar por horas vestida y peinada a que el resto del mundo se despierte, decide lanzarse a la calle. Su monedero de mano la acompaña y una bolsa de mimbre cuelga de su brazo. En el ascensor, suspira de forma indiferente ante su propia imagen, se retoca el peinado y vuelve a suspirar.

“¿Cuándo van a poner la maldita rampa?”, comenta con otra vecina de su edificio; pues aunque no hablan en demasía comparten un interés común. Esos tres peldaños se hacen de rogar, “menos mal que estoy bajando”. La puerta pesa lo suyo, pero ha aprendido a abrirla convenientemente. Unos peldaños más y por fin estará en la calle.

Pasear por su barrio siempre ha sido su rutina, su forma de pasar el rato; pero ya no piensa en hacerlo, simplemente lo hace. Ya no desea bajar, hablar con otras personas, comprar lo que necesita, oler los jardines, conocer, explorar... vivir. Simplemente lo hace. La apatía se ha apoderado de ella con sigilo, pero aún no se ha percatado de ello. Las aceras levantadas, motos mal aparcadas, raíces de árboles que luchan contra el pavimento; no le ayudan a recuperar la ilusión en su paseo.

Manuela siempre había sido una persona feliz, risueña y alegre, entregada a los demás, dueña de sus actos, dispuesta a todo. Desde pequeña se había encargado de realizar todas las tareas del hogar en su familia, la mayor de siete hermanos, y disfrutaba de su tiempo libre trabajando en la huerta de sus padres. Su afán de superación y su carácter luchador hacían que tuviera una mirada dulce y segura, suave pero firme. La expresión de su rostro mostraba coraje y arrojo, las líneas de su cara perfilaban su experiencia, sus vivencias, mientras que la comisura de sus labios aún despertaba deseo. Sus cejas arqueadas dibujaban un aire carismático, que junto a la profundidad de sus ojos delataban la bondad de su corazón. Todo eso se fue perdiendo. Antonio la dejó demasiado pronto, y ella tuvo que adaptarse al hueco que dejó. Tiene dos hijos, la llaman y charlan con ella, pero apenas los ve.

Un día, Manuela se derrumbó. Estaba hablando con Juan, el mayor, y se dio cuenta de que llevaba muchos años repitiendo la misma conversación. Una y otra vez, nada cambiaba. Juan no podía soportar la vida rutinaria de su madre, pero lo hacía. Fue cuando la escuchó llorar cuando sintió cómo sus lágrimas parecían arañarle las mejillas. “Mamá, voy para allá”, consiguió articular entre sollozos.

Llamó a su hermano pequeño, Antonio, como su padre, y fueron a visitarla. Estaban todos en el salón y un aroma a café y canela envolvía el ambiente. “Podrías haber preparado galletas”, sugirió Antonio; pero la indiferencia de Manuela le hizo cambiar el tono.

Su madre se hundía y ellos casi no se habían dado cuenta. Llamarla cada dos o tres días ya no era suficiente, visitarla algún domingo no la haría sonreír de lunes a sábado. Juan y Antonio hablaron con ella. “¿Qué pasa, mamá?”, “Nada”, contestaba ella; pues ésa era la verdad. No pasaba nada, todo era igual y ella ya lo sabía. Conocía cuanto la rodeaba y actuaba de forma automática hasta para hacer la tarea más ínfima. Se aburría con sus vecinas, sentía que molestaba a los nietos de sus conocidas y veía cómo sus hijos se alejaban de ella. Cada uno tenía su vida, y ella no estaba en ninguna.

Antonio recordó un cartel que había visto unos días atrás. *Gimnasia de mantenimiento, ponte en forma en tu distrito*. Llamó a Juan a la cocina y hablaron del tema. “Mamá, hemos pensado una cosa”. Manuela levantó su cabeza y la expresión en su cara brillaba por su ausencia. Sin embargo, habían conseguido que les prestara atención, pues esto sí que no se lo esperaba, le vino de sorpresa.

Juan solicitó información en el centro deportivo, preguntó en qué consistía el programa, cuántas personas acudían, edades, horarios... y precio. En principio, la idea parecía buena; por un precio módico acudiría a un lugar cercano donde practicaría actividad física saludable y se relacionaría con otras personas de su misma clase. Ese domingo intentarían convencer a su madre, aunque pensaban que no sería una tarea fácil.

El domingo llegó, a media tarde Manuela recibió a sus hijos y charlaron ampliamente sobre el tema. No puso muchos inconvenientes desde el principio, aunque tampoco saltaba de alegría. Simplemente pensó que podría intentarlo, sin embargo le costaba imaginarse allí con el chándal puesto y a las órdenes de un monitor. Juan y Antonio hicieron turnos para acompañarla los primeros días de clase. Paseaban con ella hasta la puerta del polideportivo y se despedían deseándole un feliz día de clase; cómo habían cambiado los roles...

Poco a poco Manuela fue accediendo a ir sola, aunque alguna vez faltaba si sus hijos no podían llevarla. Conoció a mucha gente nueva, incluso a gente que veía a diario pero con quien jamás había intercambiado palabra alguna. Solían ser comentarios sobre la propia clase, “¡Qué difícil!”, “¿Otra vez?” y cosas así. De repente, una mujer con el pelo un poco más blanco que ella se le acercó sonriendo. “Hola”, fue todo cuanto dijo, pero Manuela guardó silencio para analizar cada una de sus letras.

Hacía mucho tiempo que no tenía conversaciones nuevas, temas diferentes de los que hablar, caras nuevas que mirar. Esta mujer tenía un rostro amistoso, amable, cariñoso. La dulzura de su mirada se materializó con sus palabras; algo que a Manuela le hizo cambiar su expresión. Esa forma que tenía de mirarse al espejo, de hablar por teléfono, de conversar con sus vecinas... siempre la misma expresión callada. Pero hoy todo eso cambió. Manuela observó a la mujer, clavó sus ojos en los de ella y la miró profundamente. Suspiró, asimiló la mirada que ella le devolvía, y le sonrió.

Habían pasado muchos años desde que Manuela sonriera de verdad por última vez. Se había reído, incluso dejaba escapar alguna que otra carcajada con alguna de sus vecinas. Pero no sonreía. Al menos no con la sinceridad con que esta vez lo hizo. Sonrió desde su corazón, se sentía querida y valorada por una compañera que se le acercó con la única intención de conocerla. Tras todos esos años de sonrisa oculta, perdida, olvidada. Hoy Manuela volvía a sonreír.

Continuaron pasando los días, las semanas, los meses; y seguía asistiendo fiel a sus clases de gimnasia. La alegría que esta cita semanal le transmitía lograba extrapolarse a otras facetas de su vida. Ir a comprar ya no era algo automático, mecánico, obligatorio. Ahora iba a la plaza contenta y alegre, feliz. La gente que le rodeaba podía ver un rostro nuevo con sesenta y pico de años, genuino y ambicioso. Y conseguía transmitirlo. Llegar con una sonrisa a cualquier tienda siempre tenía su recompensa, y qué mayor recompensa existe que otra sonrisa. Un intercambio de miradas sinceras, ahora conversar no era solo lanzar y recibir palabras. Ahora hablaba y escuchaba, compartía. Y tenía ganas de hacerlo, recuperó la ilusión y la motivación, ganó confianza y seguridad.

Yo, deportista

Además, Manuela logró ganar autonomía personal. Su entrenamiento semanal le daba fuerzas para subir y bajar escaleras, se vestía, lavaba, cargaba las bolsas del mercado. Todo era mucho más fácil ahora. Manuela no sabe si realmente era más fácil o es que ahora tenía ganas de hacerlo, pero no le importaba. Manuela estaba contenta, tenía ganas de compartir sus experiencias y de valerse por sí misma; y lo estaba consiguiendo.

Hoy Manuela cambió su vida. Sin saberlo, lo único que necesitaba era un pequeño empujoncito externo para hacerlo, pues ella desconocía los beneficios, desconocía las opciones que tenía. Simplemente se conformaba con lo que había, pero hoy, se alegra de haber cambiado. Y así lo expresa, cada día, con su sonrisa.

MECÁNICA RUTINA

Cristina Borrero González

Lunes, 22 de enero de 2010. 06:07 a.m.

Me acabo de levantar. Aún siento el calor de las sábanas sobre mi cuerpo. No tengo ganas. Y sin embargo, mecánicamente, me calzo las zapatillas -¡Qué frío! – pienso mientras apresuradamente meto el pie que me falta en el zapato y salgo corriendo hacia el baño. Todavía no he encontrado la cinta del pulsómetro... -¡Ahhhh! ¡Maldita sea! Vaya, esto es un “moretón”, fijo... -me llevo la mano, helada, hacia la tibia, por contraste, tan caliente, después del doloroso golpe contra la estúpida mesa... -¿Quién la pondría ahí? Qué estupidez de pregunta, Cristina, lleva ahí muchos años... Y sigo, con una precisión pasmosa, buscando la cinta del pulsómetro...

Un ruido. Mierda, ya se ha despertado... ¡Pshhhh! Vale, vale, me digo, procurando no armar tanto jaleo. -¿Tanto ruido estoy haciendo?- Juraría que soy una momia, salvo por el golpe, podría decirse que esto es una tumba gótica, o egipcia, o mejor aún, una catacumba... ¡Por fin! La cinta del pulsómetro interrumpe mis históricas cavilaciones acerca de qué trágico sitio podría haber estado más callado que yo ahora, una fría mañana -bueno, mañana... se podría decir que es mañana porque son casi las 6:30 a.m., que si no, bien podría decirse que es de noche profunda...- de invierno de un infernal lunes, claro está. No podría ser otro día, por cómo empieza la cosa...

Bueno, ya está casi todo. Me pongo la camiseta térmica, los manguitos, cojo el porta mp3, ¿el pulsómetro? Sí, sí, está..., el cortavientos, el gorrito polar y... ¿? Creo que está todo... ¿Está todo, Cris?, mira que como se olvide algo, la hemos liado, que vamos mal de tiempo...

Una rápida ojeada a la habitación (fugaz, si no, soy capaz de volverme a meter en la cama, calentita, en la que aún reposa el cuerpo levemente inmóvil de la persona que más paciencia tiene del mundo. Porque la verdad, convivir con un ser como yo, no debe de nada fácil... un ser que se levanta en pleno invierno a las 6 de la mañana para ir a correr, que empieza corriendo y que acaba corriendo el día... ¡por Dios,

Yo, deportista

Cris! ¡Sal ya, que se nos echa el día encima!) Ay... si es que no paro, todo el día divagando, corriendo, pensando qué hago, qué tengo que hacer y qué haré... qué rollo de vida... menos mal que ahora tengo 45 minutos para divagar todo lo que quiera...

Perfecto, las 6:24 a.m. ¡Ya estoy lista! Me acerco al cuerpo inmóvil que yace en mi cama, suavemente le beso la mejilla, se desplaza, ronroneando como un gatito chico y me aparto de un salto, temiendo despertarlo... acabo de colarme el gorrito, pego mis dos o tres saltitos de rigor y me doy el pistoletazo de salida: ¡A la calle!

Uffff... ¡menudo frío! Vaya diíta que va a hacer hoy... y tengo las piernas como dos robles, más tiesas imposible... ¿Cuándo me acostumbraré a ponerme pantalón largo para correr? Siento decirte, amiga, que nunca... Llevas haciendo esto más de doce años, y sigues así... no te quejes tanto...

Bien, pulsómetro, selección de programa... Hoy, 45 minutos entre el 60-80% de la frecuencia cardiaca máxima, ¿no? Para empezar bien el lunes, rodaje tranquilo a ver cómo responden las piernas y esta tarde ya veremos qué hacer en el *gym*. ¿Ves? Si todavía no he salido y ya estoy pensando en qué voy a hacer esta tarde... ¡Soy incorregible!

Una, dos, tres... ¡Vamos! START. Empiezo a trotar mientras oigo, muy bajito, por la cantidad de ruidos que hay ya, tan temprano en la calle, y por efecto del gran aislamiento que me proporciona este magnífico gorrito –gracias Andrés, qué buen regalo me hiciste, esto sí que es correr en condiciones...– aunque sé que en menos de 10 minutos empezará a sobrarme el gorrito, el porta mp3, el cortavientos y hasta las zapatillas... Porque eso es otra... jamás me acostumbraré a llevar todos los malditos “accesorios” que el mundo del marketing se empeña en que llevemos los corredores... ¡Es absurdo, Dios mío! ¡Si para correr sólo hacen falta un par de zapatillas! Pues no, ahora hay que ir equipados con todo, que si el mp3, que si el pulsómetro (y no niego en absoluto la necesidad de entrenar con pulsómetro, sólo me quejo de la cantidad de cacharritos y armatostes con los que hay que ir cargando cada vez que se sale a entrenar), que si el gorro, que si los manguitos, cortavientos, sujetador deportivo, calcetas (por mi conducta “ideal” de entrenar en calzonas incluso en invierno con 1 o 2 graditos...), móvil –claro, por supuesto tiesto fundamental que no puede faltar, no vaya a ser que pase algo... y luego pienso yo: ... y la de veces que habré corrido *al pelo*, sin absolutamente nada, por medio del campo, irresponsable de mí, a los ojos de mi madre que, casi llorando me decía, “Criatura, por favor, llévate algo de dinero, dime dónde vas, que te pasa algo y no se entera nadie...”. Lo que cambian las mentalidades, no hace mucho estaba así, corriendo a lo loco, perdida por el mundo, equipada con las zapatillas y a lo sumo unas gafas de sol, por si hacía mucho sol, y ahora, mírame, cargada con millones de cacharritos que en el peor de los casos me desquician de los nervios al descolocarse al saltar un

escalón, se les gasta las pilas en medio del camino, fallan y te obligan a parar... pero sin los cuales casi me atrevo a decir que no sería capaz de salir... ¡Tiene huevos...! Tremenda la autosugestión, y ¡cómo se ve el peligro con los años!, quién me lo diría, mamá... ahora te entiendo...- lo que decía, que oigo casi en la nada el pitidito del pulsómetro, indicándome que estoy de lleno metida en la zona, puesto que hace rato que dejé de oírlo.

Bueno, llevo casi 10 minutos de trote agradable. Me encanta, perdida en mis pensamientos he traspasado la fatídica línea de los 10 minutos, horribles, por cierto. Esos minutos interminables nunca dejan de sorprenderme. Pues incluso el día más favorable, el que más fuerte me siento, el que salgo en camiseta y calzonas, no hace calor, no hace frío, no necesito cachivaches añadidos... incluso ese día, el paso de la frontera se me hace insostenible... es que delimita el momento en el que si por ti fuera, dirías: "¿Qué hago yo aquí? Vamos, vuélvete a casa, a la camita caliente, desayuna como una reina y vete al trabajo despacito, con tranquilidad..." O, si aguantas, en nada, milésimas de segundo, parece que esa tremenda fatiga, ese momento angustioso de esfuerzo se esfuma, como por arte de magia, y te deja acabar tu entrenamiento alegremente, como si no pasara nada... Extraño, nunca deja de sorprenderme, es más, ya incluso le hablo, y le digo que me deje en paz que no conseguirá que me pare y me vuelva, que puedo contra él... Además, he ido averiguando que cuanto más me cuesta traspasar la "franja del no hay dolor", como me gusta llamarla, mejores entrenamientos y mejores sensaciones me llevo cuando acabo. Sí, no sé por qué (será porque de lo mal que se pasa, al final, una vez empiezas a rodar cómodamente, ves que puedes y entonces tratas de dar todo de ti... y al final, realizas uno de los mejores entrenamientos de tu carrera deportiva...), pero es así.

48

Las 6:53 a.m., me encanta... empieza a clarear poco a poco... Precioso... momentos como éste son los que hacen que cada día, a pesar de lo que cuesta salir, esté más convencida de que moriría sin poder hacer deporte, sin pegarme mis carreritas mañaneras... Hacen que valga la pena madrugar, que deje de estar un rato más entre las sábanas con la persona más importante de mi vida, que me guste estar viva... lástima que tenga que disfrutarlos sola... Porque, eso sí, en casi ocho años de relación, no he conseguido que ésa, "la persona más importante de mi vida", sí, sí, esa a la que tanto echo de menos ahora, pero que no comparte ninguna de mis aficiones, mucho menos deportivas -en sus labios: "¿Correr? ¿De quién? Correr es de cobardes..."-. Lamentablemente, sólo es capaz de movilizarse cuando le voy a quitar el último cuadradito de chocolate o cuando le amenazo con llevarme la Wii de casa...- se venga algún día conmigo a correr, aunque sea sólo para intentar ponerse en mi piel y tratar de imaginar qué siento al hacer esto... Qué siento cada vez que me planto las zapatillas y echo a correr, qué mecanismos se desatan en mi cuerpo y en mi mente para que, a pesar del sufrimiento, de los sacrificios que me impone, del tiempo que le dedico a instancias de mi familia y amigos, me compense... Me

compense, me enganche y me absorba por completo, como una droga, hasta el punto de que me pongo irascible, me siento mal, me falta algo cuando por cualquier motivo tengo que saltarme un entrenamiento, caigo enferma y/o no pueda entrenar... Es lo que peor llevo, que no soy capaz de que mi pareja me entienda... Me respeta, eso siempre. Pero no me comprende en absoluto... Bajo sus ojos soy una loca, una neurótica hiperactiva (que está muy buena, eso sí), pero una completa y absoluta desquiciada, que maquina hasta límites insospechados y con precisiones pasmosas y al dedillo toda su vida deportiva; incomprensiblemente, porque no sabe de dónde saco el tiempo para diseñar cada temporada, cada mesociclo, cada microciclo, mis semanas, cardio, resistencia, un poco de estiramientos y relajación y... ¡cómo no!, la dieta... por cierto, su parte más odiada... a veces, cuando veo el *frigo* pienso, ¡si parece que estoy de nuevo en la facultad! Con una balda para cada uno... jajajaja, increíble... y es que es asombrosa la cantidad y variedad de alimentos que pasan por mi frigorífico en un mes normal y corriente. Desde las últimas novedades de increíbles postres lácteos para renacuajos, cargaditos de azúcar –le encantan, es inevitable...– hasta productos de huerta ecológicos –mi debilidad, del huerto de mi vecino de toda la vida, al que por suerte podemos ir a recargar cada dos semanas– pasando por mis flamantes *bifidus* y sus ¿llamativos? Quesos de múltiples variedades y montones de porquerías que, sinceramente, no me he propuesto nunca analizar, no vaya a ser que me de me suba el colesterol, sólo de verlos... aunque la verdad, tengo suerte, porque realmente no hay problemas de organización ni incompatibilidades culinarias... Se hace una comida general, como yo digo, y luego, cada uno se encarga de sus caprichos o sus manías personales. Además, es raro que coincidamos para comer... en las cenas y, normalmente, estamos tan cansados, que cada uno, de forma automática, vamos desfilando ante el frigorífico y como en una representación sacra, nos disponemos a sacar lo primero que se nos venga en gana –él, fruto de su apetito y de su antojo momentáneo; y yo, ciñéndome a mi pauta dietética con tanto amor prediseñada–... No sé qué hemos visto cada uno en el otro, aún me lo pregunto... espero que mi madre no tuviera razón cuando decía, el día que le dije que me iba a mudar con mi gran amor, ése que conocí una noche de locura –y de nuevo una enorme paradoja... para dos veces al año que salgo, resulta que encuentro al fiestero número uno del mundo jurándome amor eterno... y yo, idiota de mí, caigo rendidísima a sus pies y cedo a sus encantos... coño, y henos aquí, ocho años ya...–, que lo nuestro duraría menos que un suspiro... que somos más incompatibles que el agua y el aceite y que patatín-patatán... Madres...

¡Qué bien! Parece que hoy va a salir el sol, por fin, que llevamos unos días grises que dan pena, vamos... Y empiezo a tener mucho calor. Venga, Cris, aguanta que ya estamos cerca... Las 7:12 a.m., tres minutos y a estirar...

Mmmm, ¡qué hambre me está entrando!... Paso por la panadería de la esquina, a pleno rendimiento ya, con su pan recién hecho saludándome desde la vitrina –

Yo, deportista

ahora os recojo, hijos míos, que os daré buena cuenta...– y el olor a café del bar de abajo.

- Buenos días, Paco, ¿qué tal todo?

- Como siempre hija, como siempre... A ti no te echa *patrás* ni el diluvio universal ¿no, joven? Quién pudiera...

Sonrío, como mucho, cansada de todos los días la misma conversación... Pobre hombre... Mañana convenceré a Edu para que nos tomemos un cafelito con Paco, que siempre lo digo y nunca lo hago, y el pobre se siente muy solo...

STOP ¡Grandísimo entrenamiento! Estoy eufórica, es mi momento preferido, el estelar, en el que me vanaglorio por no haber cedido a la tentación de quedarme en la cama, abrazadita a mi niño, calentita, imaginando –sólo imaginando, porque es tan improbable como que Rajoy y Zapatero se vayan de copas a celebrar que el Málaga gana la Liga...– que me voy a levantar y me voy a encontrar el desayuno, calentito, recién hecho, en la mesa, con mi Edu al lado, tratándome como a una princesa y yo con cara de idiota deseando que el momento no acabe nunca... ¡¡¡CRIS!!! ¡Vamos, copón! ¡Que se te va a romper el *isquio* de tanto estirarlo, deja de soñar despierta! Ains... es que era tan bonito... pero en fin, pedazo de entreno... No obstante, a ver que mire los resultados...

Total: 46m30s, tiempo en zona: 43m21s, 325 kcal, 7,58 km.

50

Bueno, no está mal, para ser un rodaje tranquilito de lunes... OK, gemelos, cuello y a por el pan.

¡¡¡Hola hola molletitas!!! Mentalmente lanzo mensajes amenazantes a las recién hechas molletitas, que me miran despavoridas tras el cristal de la vitrina... Os vamos a comer...

- Sí, déme dos molletas y una barra de multicereales. Gracias.

Jijijiji, aquí os tengo... no vais a sufrir, os lo garantizo, os comeré con mucha delicadeza y no sufriréis, palabra.

¡¡¡Ringggggggg, ring ringggggg!!! ¡¡Ringggggggggg!! Vamos, Edu, abre coño, que llego tarde... ¿Cuándo me acostumbraré a coger las llaves? Por aquí si que no paso, puedo cargar con móvil, mp3, dinero para el pan, gorrito y todos los berenjenales, pero por las llaves... no aprendo... ¡Por fin!

- Hola cariño, ¿Qué tal has corrido?

- Edu, hijo, muy bien, cómo voy a correr... –este hombre...

-Y tú, ¿cómo has dormido?

- Bueno, regular, toda la noche despierto...

¡¡¿¿Tendrá cara??¡!

- Venga, por favor, si estabas en coma profundo esta mañana...

Yo, deportista

- ¿Has traído pan?

Me encanta, esa maniobra evasiva de “no te voy a dar explicaciones ni voy a discutir contigo” y cambio radical de tema de conversación, la habrá aprendido de mi madre, vaya, igualitos, igualitos...

- Sí claro, en la cocina. Edu, me voy a duchar y ¿preparas tú el desayuno?

- Venga... Sólo si me ducho contigo...

- ¡Edu! ¡Vamos, que no nos da tiempo y nos echan a los dos del trabajo! ¡A la cocina!

Este hombre, no deja de sorprenderme cada día...

¡Qué asco doy, Dios santo! Aunque he de confesar que me encanta... Detesto verme encharcada en sudor, quitarme la ropa empapada y lo incómoda que me siento... pero por otra parte, me encanta. Amo ver cómo resbalan las gotitas de sudor por mi piel, cómo se escabullen desde cada poro y luchan por llegar antes al suelo... es más, cuanto más sudo en el momento, más me gusta... esa excitación, observo mis manos, las venas hinchadas, el pulso acelerado, la respiración entrecortada... casi orgásmico –aunque por supuesto, la vez que se lo intenté explicar a Edu me miró y me dijo: “Eso es herejía, ¿sabes?” Y nos descojonamos los dos, yo quizá por lo serio que me lo dijo, y él, quizá, porque creo que en el fondo, es su forma de demostrar que me entiende, o al menos, que me escucha y que me acepta, acepta cada nueva locura que se me ocurre, como comparar un orgasmo con el placer que siento al ver descender mis gotitas de sudor, cálidas por mi cuerpo... Esa soy yo...

Escucho un ruido... ¡Oh, no, Edu no, que te conozco...!

- ¡¡Fuera!! –Risas. Lo echo del baño, salgo yo también. Mmmmm, como nueva... Qué bien huele, además...

Me visto a toda prisa, ahora empieza la verdadera competición. Dieciséis largas horas por delante de carreras de obstáculos, *sprints*, saltos, bloqueos, marcajes e incluso lanzamientos... sí... es lo que tiene ser una mujer deportista y trabajadora de hoy día... cojo la agenda. Reuniones y trabajo hasta las 6... uff, como en el trabajo... lo odio.

- ¡Edu, hoy no como en casa! –grito mientras doy el último sorbo al riquísimo té rojo que apuro con pena, hasta la última gota...

Vale, entonces, a las 6 salgo del trabajo...

Cojo el horario del *gym*, puedo permitirme 10 minutos más de planificación hasta las 8:22 a.m. mientras me acabo el té. Mmmmm, hoy me tocan pesas, si está la sala muy llena, hago body pump (benditas clases colectivas, me encantan, no sólo son efectivas, sino que entretienen y para días en los que te descolocas o por la razón que sea, no puedes entrenar, vienen de escándalo...).

Yo, deportista

Las 8:22 a.m. ¡Maldita sea!, ya voy tarde otra vez...

- ¡¡Cariño, me voy!! ¡Que tengas un buen día! –cojo el maletín, la agenda, la bolsa del gimnasio, la fruta del frigorífico para media mañana... Parece que me voy de casa, ¡Dios!, más cargada... El bolso... las llaves... ¿Y las del coche? ¡Qué agobio...! Vuelvo a dejar las trocientas cosas que llevo en el suelo, saco las llaves... ¡¡Bingo!! Aparecen... Cojo de nuevo las cosas.

- ¿Te vas a casa de tu madre o qué, Cris?

- Muy gracioso, hijo... Anda, ayúdame, y aligera, ¡¡que llegas tarde!!

- Sí, no te preocupes, está todo controlado –me besa, cierro la puerta, cojo el ascensor, llego al garaje, abro el coche, respiro hondo, suelto las cosas, conecto el manos libres, arranco y... ¿Preparada? ¿Lista? ¡¡Ya!! ¡La vida espera!

MI PRIMER ABRAZO TUYO

Víctor Cárdenas Fernández

En tan sólo un segundo, el silencio... abrazado por un hormigueo gélido que discurre veloz por cada poro de mi piel, algo similar a la transmisión átomo a átomo de una barra de metal expuesta a una fuente incandescente. Y es en ese momento cuando tomo conciencia de la situación, bajo el agua, braceando como si en ello me fuera la vida y con un acelerado golpeteo ahogado bajo mi pecho...

Antes de afrontar un nuevo reto, uno hace sus propios cálculos. Son las horas previas al Triatlón de Torre del Mar (Málaga), mi primer Tri. Mi hábitat deportivo natural, ya sabes, siempre han sido las carreras de fondo; diez miles, medias maratones, maratones... controlo ese mundo, entiendo sus tiempos, desgrano cada prueba como si de una ecuación se tratase. A un lado, el entrenamiento acarreado a nuestras espaldas, el descanso de los días previos, la cena de la noche anterior, la motivación intrínseca o extrínseca por un objetivo; al otro, un resultado consecuencia de todo lo anterior, casi inevitable, débilmente influenciado por otras variables situacionales como el estado climatológico, el nivel de nuestros rivales (a veces en la pugna por un puesto de la clasificación, otras por la mera honrilla frente a un compañero de entrenamientos diario), algún contratiempo en carrera.

Paseando a tu lado por el paseo marítimo, sintiendo la brisa del Mediterráneo refrescar el ambiente, se atisba a lo lejos cómo el sol quiere dar por finalizada su jornada buscando un bello ocaso lleno de esplendor... me siento pleno, días así hacen difícil volver a distanciarse... creo que comienzas a notar un poco de frío –toma, ponte mi sudadera–, mañana recordaré este instante impregnado en ella y me desbordará la nostalgia. Doy vueltas a lo que nos espera mañana, calculo el tiempo que soy capaz de emplear en el sector de carrera, afinando por lo alto, la confianza en mí mismo es una de mis mayores virtudes y, cuando de correr se trata, sé que estoy preparado para rendir al máximo nivel. Los sectores de natación y ciclismo ya son objeto de pura especulación, afino por debajo; la competición termina por aportarte un plus de rendimiento que suele sobreponerse a las previsiones más halagüeñas.

El día amanece feo, entendiéndolo por tal una mañana gris, cortada por una ligera brisa amenazadora, premonitoria de un mal augurio; calma tensa que solo

puede ponernos en antecedente ante dificultades inaplazables. Te he dejado durmiendo un poco más; de esta forma toda mi atención se centra en cada uno de los metros a recorrer hasta entrar en meta. Departo con nuestros amigos, mientras desayuno con ellos, sobre la mejor estrategia con la que afrontar la prueba; hacemos cábalas, bromeamos, nos lanzamos órdenes mutuamente. Los nervios previos a la cita comienzan a hacer acto de presencia. Desayunar se convierte en casi un gesto mecánico de ingesta alimentaria, el cuerpo ya se encuentra en estado de alerta, activado 'modo competición'.

Son las 9:00h de una mañana fría, la ciudad aún duerme, acercándonos a la playa podemos comenzar a ver algo de movimiento. Triatletas que van llegando poco a poco descargan sus bicis, colocan las ruedas, comprueban la presión de las gomas, ajustan los cambios. Todo un ritual que se hace aún más farragoso para los que provenimos del atletismo. Aunar tres disciplinas significa triplicar el material necesario y contemplar situaciones tan diferentes como la de sumergirse en el agua, combatir el viento sobre dos ruedas o sudar cada paso sobre el asfalto.

Parece que las peores predicciones se van a cumplir. Comienzan las primeras gotas que pronto se tornan en una lluvia persistente mientras recogemos los dorsales y realizamos el control técnico de los jueces. Ya no cesará en toda la mañana, lo sabes tú bien que tuviste que soportar estoicamente bajo el paraguas el transcurso de los minutos mientras yo daba buena cuenta de lo que, en teoría, debía ser un acto de pura diversión.

A partir de ese momento todo se acelera. Yo siempre digo que la lluvia sólo es agua, nada más, ni siquiera mancha, pero inevitablemente desata el caos allí donde esparce su manto. Carreras de un lado a otro, ajustes de última hora por parte de la organización. Reuniones, debates sobre si seguir adelante con la prueba. Mientras tanto, Jesús y yo nos preparamos en los vestuarios, esto va a dar comienzo ya – ¡caray!–, tengo que aprender a controlar mejor los tiempos para no ir tan acelerado; cuánto empleo en vestirme, cuánto en ubicar el material en los boxes, cuánto en calentar... demasiadas consideraciones para la primera vez.

En una prueba de triatlón, el uso del traje isotérmico de neopreno se hace voluntario por debajo de los 20º de temperatura del agua. No teníamos ningún medidor, pero calculo que rondaríamos una temperatura ambiente de 12-15º, habitual de un mes de abril. El día anterior, escuchamos, la organización había controlado en torno a los dieciocho o diecinueve grados de temperatura del mar, pero las condiciones en las que amaneció esa jornada de domingo estaban abriendo el debate sobre la conveniencia de aplazar una prueba ya deslucida de por sí en lo que a espectadores se iba a referir, más allá de familiares y acompañantes.

Quince minutos antes de la hora prevista de comienzo salimos al exterior. El agua ya campa a sus anchas por el suelo de las instalaciones y el viento racheado deja

pocas posibilidades de cobijo. Tenemos que comenzar a activarnos, hay que moverse para no quedarse congelados. La organización insta a la participación con traje para el segmento de nado. Es mi primer acercamiento al Tri, y en buena lógica, carezco aún del equipamiento adecuado para optimizar las condiciones, no en vano la bicicleta con la que compito debo agradecerse a mi amigo José Luis.

La prueba definitivamente dará comienzo a la hora prevista. La playa se inunda de pingüinos embutidos en sus trajes de neopreno con gorros blancos y gafas engomadas alrededor de la cabeza. Muchos de los atletas que se cruzan conmigo durante los escasos movimientos de calentamiento se acercan, algo tímidos, a estrecharme la mano –¡eres un valiente, compañero!– dicen al pasar a mi lado. No siento frío en ese momento, la liberación hormonal producida por el estrés que anticipa mi participación en la competición concentra toda mi energía; disfruto de estos momentos. Amo el deporte. Esto nos asemeja a los guerreros durante esas épicas batallas que narran las películas, luchando por el honor de un pueblo o por el amor de una bella doncella. Nosotros también buscamos nuestra particular gloria. Pero sí, siento todas las miradas depositadas sobre mi espalda mientras correteo por la arena apelmazada con mi gorro de látex y mi bañador tipo slip que deja al descubierto casi la totalidad del cuerpo. La organización cede ante mi insistencia y decide dejarme participar, bajo mi responsabilidad, sin la utilización del traje isotérmico. La piel de gallina es un mero reflejo externo. Internamente, estoy cien por cien concentrado.

55

La estampa es algo caricaturesca. Visto con posterioridad en fotos, se distingue a la perfección mi presencia entre la multitud. Semidesnudo, como cualquier bañista en el mes de agosto, frente a la seguridad que otorga la preparación específica de trajes personalizados y tremendamente efectivos por su aporte a la flotabilidad durante el esfuerzo, hecho éste que puede llegar a menoscabar el ánimo de quien decide tomar parte por primera vez en un Tri; por suerte, eso a mi nunca me ha coartado en la profusión de mi máximo rendimiento. Esto es una competición, y cada puesto se va decidir a partir de quién sea capaz de bracear mejor sobre las olas, pedalear más y correr en pos de su propia agonía, sin apreciaciones sobre la estética o la adecuación estilística concreta.

El juez árbitro da la señal de preparados. Cientos de triatletas se tensan en el cubículo delimitado por cintas sobre la arena mojada. Inmerso entre ellos, yo disfruto del momento, es mi debut, no tengo referencias y tampoco objetivos respecto al crono, sólo espero saborear todo lo posible esta experiencia. Ya vendrán los días en los que, bajo el apremio de una marca personal o una rivalidad, la diversión en carrera deje paso a la responsabilidad y la concentración máximas para optimizar un rendimiento. Por ahora ¡hagamos lo que nos gusta! –¡Ya! (pistoletazo de salida)–; cabalgar ajetreando hacia el rompeolas de cientos de piernas arrojando tras de sí toda la arena y los nervios que hasta ese momento definían la instantánea. En apenas unos

segundos, que transcurren como un flash, me encuentro con la mente en blanco y bajo el agua... estamos en marcha.

Más tarde, analizando la carrera desde la tranquilidad y la perspectiva que da el tiempo, concluyo, entre otros aspectos a mejorar de cara a futuras participaciones, acerca de la decisión precipitada de arrojarme al agua (a fin de cuentas, sector de natación es nadar). Cuanto más tiempo sea capaz de avanzar saltando sobre el oleaje, tanto mayor será la ganancia... –Hoy vamos a evitar problemas, nademos sorteando patadas y manotazos–. Las sensaciones son muy buenas, no siento frío, la adrenalina aún continúa apoderada de mi estado... acompaso la respiración, refreno el impulso inicial donde, de manera inevitable, el espíritu competitivo que nos corroe por dentro a los deportistas me lleva a casi perder el aliento durante los primeros metros, notando los músculos tensos, en su máxima expresión... debo relajarme y encontrar mi ritmo crucero.

Consecuencia de la jornada de reflexión contigo y los demás durante el día anterior, decido avanzar por el ala derecha del grupo de nadadores, trazando una trayectoria algo menos directa pero omitiendo encontronazos, choques y contratiempos. Breves vistazos me dejan apreciar que tras de mí, aún son varios los participantes que se afanan por cubrir la distancia a mi zaga; esto me motiva, hacía casi diez meses que no probaba el agua y, aunque nadar es algo que la mente esquematiza y no olvida, la técnica siempre sufre por la falta de preparación. El trazado entre boyas es cuadrangular y, al paso de la última, enfilamos la recta de final del segmento, oteando la orilla a los lejos. El impulso es el de apretar los dientes y acelerar el ritmo, pero pronto éste se ve refrenado por la constricción de bíceps femoral y gemelos, el frío, que mentalmente parece no hacer mella, debe haberse instalado en mi interior y amenaza con atenazarme. Tengo que incrementar la patada para adaptarme de nuevo a la posición bípeda, la mayor parte de la sangre se acumula en el tren superior durante el estado de proyección horizontal.

Y tomo contacto, como un naviero que vagara perdido durante largas jornadas en busca de tierra firme; comienzo a erguirme, no sin tambalearme algo descoordinado, es cuestión de dos segundos que recupere el control, tranquilidad. Parece que hubiéramos estado fraguando nuestro esfuerzo en otro mundo, aislados de lo que aquí acontece, en una realidad paralela donde solo existía la siguiente brazada. Escucho tus gritos aunque no te veo. Eso me da alas. Puedo notar la emoción en tus palabras de aliento y eso me estremece. Quizá no tenga demasiado sentido esto que hacemos, pero tu empatía sincera me hace sentir el chico más importante sobre la playa. Arrojo las gafas allí donde identifico la proveniencia de tu voz junto a nuestras amigas. Ahora sí te veo, parapetada detrás de un paraguas, con esa mirada cargada de sentimiento tan característica en ti. Ahora sí que tiene sentido. Sigo adelante. Un miembro de la organización trata de limpiarnos la arena de los pies en la entrada a boxes apuntando con una manguera, pero yo en ese instante ya estoy

mucho más concentrado, sólo pienso en dar caza a aquellos que me han aventajado en el agua, como un gladiador en el Coliseo Romano, buscando tu admiración.

No me había percatado de que continúa lloviendo de manera intensa. El asfalto áspero y empapado que da entrada a los boxes y el reflejo gris de decenas de personas tras sus paraguas me hace recobrar la ubicación. Las zapatillas están empapadas, debe hacer frío porque tiritó mientras hago equilibrios con una pierna para colocármelas. La mezcla del intenso esfuerzo y las bajas temperaturas instilan en mí una torpeza que no se ve ayudada por las prisas del momento. Me coloco el casco, descabalgo mi alazán de dos ruedas y me precipito raudo a la salida del recinto. Esta necesidad acuciante por librar tan dura pugna ante cada segundo del reloj resulta estresante. Rebaso la línea marcada sobre el frío asfalto y monto en la bicicleta; ahora mi atención se centra sobre el triatleta que atisbo apenas unos metros delante de mí. Antes de llegar a la primera rotonda he dado buena cuenta de él y me encamino hacia el siguiente totalmente decidido. Vuelvo a templar el ansia y calmar tanta adrenalina desbordada; tengo que centrarme en pedalear. Meto plato grande, reduzco coronas, me pongo de pie sobre la bicicleta y la lanzo hacia delante con ímpetu.

Pero sigue acuciando la lluvia sobre nosotros y el frío se ve acentuado por el rozamiento contra el viento propio del avance. Percibo un castañeteo, lo noto muy cerca aunque toda mi atención sigue centrada cien metros adelante en línea recta desde mi nariz. Creo... sí, creo que soy yo mismo castañeteando los dientes; es un gesto involuntario, incontrolable, mi tez y cada trocito de mi piel tienen un aspecto pálido. La elección de la indumentaria ha sido deficitaria, en camiseta de tirantas y completamente mojado ofrezco escaso resguardo frente la climatología... –¡Vaya! se me sube el gemelo izquierdo–, reduzco desarrollo, vuelvo más redondo el pedaleo, me estiro sobre los pedales... El gemelo derecho se une a la fiesta, no tenía que estar invitado, pero también noto la contracción espasmódica en toda la porción posterior de los muslos. Me veo obligado a parar la marcha y desmontar...

Aquí digo adiós a mi carrera, bajo la guardia y empiezo a ser consciente de la situación. Apostado contra un quitamiedos trato de aliviar la musculatura. Algunos triatletas comienzan a rebasarme, la ira me come por dentro. Veo participantes en sentido opuesto, ataviados con chubasqueros y prendas adecuadas al agua, afanados en su pedalear con seguridad; buena elección, pienso –apuntar para la próxima ocasión: ropa impermeable–. Vuelvo a subir a la bici aunque, tras apenas unos metros de desmañado pedaleo tengo que volver a bajarme y estirar. Veo pasar a los últimos participantes... Pero eso de abandonar nunca ha ido conmigo, tú lo sabes bien, por eso dices que soy demasiado cabezota. Vuelvo a montar y poquito a poco, fijando el objetivo en el último de los ciclistas, avanzo. Miro el cuentakilómetros, 8 km/h, esto hay que tomárselo con paciencia; el terreno se empina para colmar la fotografía del momento; suelto la cabra para buscar un apoyo más estable sobre el

manillar pero mi cuerpo se encuentra ya totalmente agarrotado; resbalo y... al suelo. Ya todo parece confabularse para agravar la situación, –¡qué cúmulo de despropósitos!–... pero todo eso se va a volver a mi favor. A contracorriente soy un rebelde y lucho con fuerzas renovadas contra un sino impuesto que no considero de justicia. Realizo una evaluación rápida, no hay daño grave. Monto una vez más y retomo la ascensión con mayor brío. Pronto hago cima, cubro la mitad del recorrido.

Comienza el descenso y la velocidad se dispara. Es un alivio, pues no tengo que concentrarme en pedalear, sólo en direccionar la bici. Rebaso a algunos corredores que se toman este tramo con mucha más precaución. Yo confío en la providencia y hago caso omiso del piso mojado. En pocos minutos me encuentro de nuevo a punto de incorporarme en un desvío donde personal de la organización hace indicaciones de precaución por una rejilla ubicada a nivel inferior al de la carretera con curva de izquierda. Paso volando sobre ella y encamino mi marcha de vuelta a la playa. Para mi sorpresa, el tráfico ha sido reestablecido (o quizá en ningún momento se ha limitado) y circulamos paralelos a los coches. Esto le da a uno la sensación de encontrarse entrenando en su ciudad o pueblo un día cualquiera, un mal domingo – ¿Qué sentido tiene esforzarse en cada pedalada? ¿Qué hago aquí?–.

Encaro la entrada en la zona de transición, se acaba este vía crucis. Puedo escucharte otra vez al paso por la última rotonda... –¡¡Frío!!...– es lo que alcanzo a gritarte. Tú piensas que para que yo diga eso...

Cuelgo la bici, me despojo del casco y enfilo la salida... Ahora empieza mi “sólo en el concierto”, éste ya es mi terreno. Voy a resarcirme de tantas penurias. El trazado discurre por el paseo marítimo, entre la gente, lo que ayuda a incrementar la sensación de “sin sentido”. Pero paso junto a ti y vuelvo a flotar, no sé por qué (más tarde lo entenderé). Te escucho comentar con nuestras amigas: –¡Como un toro! ¡Como un toro!... Esto ya es lo suyo... ¡No veas, ¿eh?!–. No voy a defraudarte, pongo un ritmo agresivo, levanto la mirada, visualizo a los rivales, ahora sí mirando mucho más a lo lejos, confío en mi rendimiento... y comienzo a adelantar atletas.

Algo me incomoda en el pie derecho. Parece una broma que alguna piedrecilla se haya colado en el zapato para rematar la faena, dudo si pararme. Cualquier registro válido hace tiempo ya que dejó de ser factible, se trata de terminar con buenas sensaciones. Hago una pausa, me descalzo rápidamente y compruebo sorprendido que nada discurría por el calzado. Es mi propio talón congelado que no percibo como mío, qué paradoja. En fin, nada que no se pueda obviar. Reanudo la marcha aún con más ganas, establezco un ritmo frenético y vuelvo a recuperar terreno mientras mi respiración se agita de manera agónica.

A mi paso, los triatletas me miran sorprendidos pensando –¿de dónde viene éste?– Luego, al finalizar la prueba alguno se acercará a felicitarme por el segmento de carrera realizado. Participar en un triatlón no me hace un triatleta consolidado,

Yo, deportista

pero correr es correr, y eso sí lo sé hacer bien. Veo el arco de meta a lo lejos y me vacío en el esfuerzo. Esprinto los últimos metros de igual forma que si estuviera jugándome la medalla de plata en el podio. No te veo pero te sé allí. Quiero que te sientas orgullosa de mí. Mi entrada debe estar a la altura de tus ánimos y tu apoyo.

Cruzo la línea de llegada y... ahí estás tú, con mi sudadera –te sienta bien–, con ese brillo en los ojos que estimularía al más apático de los mortales. Eres la primera en acudir corriendo a reunirme conmigo, corriendo en sentido literal para abalanzarte sobre mí; cuidado, no conservo demasiadas fuerzas. Esa sonrisa sincera es espectacular, es un tesoro. En ese momento no aprecio cuánto valor tiene. Acabas de dar un puñetazo letal en mi pecho y colarte de lleno en él; acabas de apoderarte de mi corazón de una manera vil para hacerme ser consciente de mi suerte. Días más tarde comprenderé y valoraré todo esto en su justa medida.

12:16h de un domingo veintiséis de abril de 2009... Mi primer abrazo tuyo, Campa.

RE-APRENDER EL DEPORTE CONTIGO

Víctor Cárdenas Fernández

Hay quienes entienden la práctica físico-deportiva como una competición, entre los cuales me incluyo; otros, como el camino para preservar un adecuado estado de salud y bienestar durante nuestras vidas; por último se encuentran aquellos que buscan una práctica recreativa que llene su tiempo de ocio y les permita establecer relaciones sociales con sus coetáneos, en definitiva, pasar un buen rato.

Pues bien, existen personas que aparecen en nuestras vidas y de un plumazo trastocan todos nuestros esquemas y dan al traste con toda nuestra forma de entender la vida, de entender el centro de nuestra vida, el deporte. Hoy añado un epígrafe más a esa taxonomía con la que encabezaba esta disertación: actividad física y deporte como vehículos de aprendizaje... Aún tengo mucho que aprender de ti, "capi".

60

- Trabajo, trabajo y trabajo, –repetía una y otra vez dentro de mi cabeza como el secreto del éxito en el deporte–. Dos kilómetros más, diez minutos más, un poco más rápido, un poco más alto...

De repente, risueña y alocada, con tus coletas, y unas energías desbordadas que contagian a todo aquel que se encuentra a tu alrededor, te cruzas en mi camino y todo un nuevo diaporama de color se abre ante mis ojos; la visión restringida y estricta de la práctica deportiva deja paso a nuevos enfoques, más flexibles, con mayor perspectiva.

Puede que la consecución de mis mejores resultados en pruebas como el diez mil, media maratón, triatlón o la mismísima maratón tenga que ver con un proceso lógico de maduración y mejora propio del paso de los años, al menos de esos años en los que aún la curva de rendimiento se encuentra ascendiendo dentro del gráfico campaniforme que éste traza a lo largo de nuestras vidas. Pero, ¿sabes?, me gusta pensar que todo lo que he podido inferir de ti desde ese momento en el que decides salir de tu sombrilla, desde ese punto de inflexión, me haya hecho un mejor deportista, un mejor "yo".

Yo, deportista

Y es que más allá del efecto que sobre mi cabeza tiene ese amasijo de dientes de niña chica y traviesa que compone tu sonrisa, del que ríos de tinta podrían escribir los especialistas en psicología deportiva, o de tu utilización como valor de motivación (extrínseca) para exprimirme esos últimos metros en la recta de meta, para reponerme y seguir con más fuerza tras ese encontronazo en el agua, para olvidar el dolor y no cejar en mi empeño por combatir el viento sobre mi tez... Más allá de todo eso, he aprendido mucho de ti, he *re-aprendido* el deporte a tu lado.

Porque contigo, **he aprendido a sonreír sin tragar agua...** - ¡Vamos a lanzarnos de cabeza! ¡Ven, corre, ven! ¡Mira cómo lo hago!

Acostumbrado a fijar entre ceja y ceja la línea azul que marca la dirección de la calle, un lunes cualquiera del mes de junio, sin prisas, sin objetivos, sin metros o intensidades, la piscina toma otro cariz. Ya no somos niños. Hace quince años podíamos pasarnos horas trasteando con el chorro de agua, poniendo caras raras tras la gafas de buceo o gritándonos cosas al oído en inmersión como si nada más importase, cómo si el mundo sólo fuera ese instante.

Y vuelvo a revivir esos momentos, bajo un sol que aún en esta época del año no castiga en exceso, rodeado de la tranquilidad que da el campo. La braza se te da bastante bien, -¡vaya morfología de piernas que tenemos ambos!, ja, ja...-, ejerces tanta fuerza con el pataleo que hay que tener precaución de no invadir tu espacio, no tendrías piedad. -Voy a rebautizarte por tu buen hacer de rana-, a mí éste siempre ha sido un estilo que me ha costado, mi preferido es la mariposa por esa profusión de fuerza que proyecta en cada ciclo y por la estética de la ondulación bajo el agua, pero... -Sube aquí, quiero enseñarte a lanzarte de cabeza.

Dejo que tú *programes* el "entrenamiento", aunque precisamente ahí radica el secreto, en no verlo como tal, simplemente tú y yo pasando un buen rato a remojo. Bendito "sacrificio" la práctica de actividad física así, podría estar horas, arrugado para echarme al puchero y con agujetas en la comisura de los labios de tanto enseñar los dientes. Importante sonreír a tu lado sin tragar agua.

También **he aprendido a correr en soledad rodeado de miles de personas...** Quién me iba a decir a mí que con un dorsal en el pecho me tomaría una competición de forma tan relajada, sin la presión por dar hasta el último gramo de energía en el esfuerzo. El escenario no podía ser más propicio. La dársena del río Guadalquivir, la Torre del Oro, Triana; toda una Sevilla iluminada en una calurosa noche de septiembre, rodeado por catorce mil atletas, hombres y mujeres, jóvenes y mayores. ¡Uf! Para los que apenas sobrepasamos los ciento sesenta centímetros toda una odisea tratar de buscar aire limpio y fresco en menos de un metro cuadrado de espacio vital. No había llegado a experimentar algo así, acostumbrado a estar apostado bajo el arco de salida, rodeado siempre por aquellos que disputan cada prueba, inhalando,

aunque sólo fuera hasta el disparo inicial, ese ambiente de tensión por responder a unas expectativas previas.

Hace ya unos años sí tuve la oportunidad de vivir la cara opuesta. Lesionado y bastante limitado, no quise perderme esta fiesta del atletismo popular con mis compañeros y amigos. En aquella ocasión llegué a cerrar la serpiente de corredores, también bastante solo (al igual que ocurre en cabeza de carrera, qué paradoja), acompañando a personas menos capaces que quizá afrontaban la prueba como un reto personal o como pago de alguna apuesta. Se respiraba un clima un tanto desangelado.

Pero nada de esto se acerca a lo que pude vivir contigo. Como en esas películas en las que el sonido ambiente es embargado por una música de fondo mientras la cámara se centra en los protagonistas, aislándolos del resto del mundo, girando en círculos en torno a ellos. Creo que puedo decir que fue la carrera que más he disfrutado en toda mi trayectoria. Correr junto a ti, asistirte en el esfuerzo, alentarte y tratar de hacerte partícipe de la belleza de este deporte, acompasar nuestros pasos. Todo un orgullo correr a tu lado, ¡y vaya si corriste! Puedes lucir con honra tu merecida medalla, merecida para todo aquel que culmina con éxito su particular reto, ya sea subir al podio, alcanzar un determinado registro o simplemente terminar con óptimas sensaciones. Cómo explicarlo; correr rodeado de miles de personas sintiendo que sólo tú y yo avanzamos imponentes por ese tartán, mientras otros cientos, familiares y amigos en su mayoría, nos jalean desde las gradas. Toda una aventura, todo un privilegio.

62

He aprendido a escalar sin temer por mi seguridad... Sí, ¿recuerdas aquella primera vez? También lo fue para mí a pesar de haber probado algo parecido en rocódromo, pero tocar la roca fría, observar la naturaleza a nuestros pies... no puede compararse. La escalada en roca es distinta, en realidad cualquier deporte practicado en la naturaleza lo es. Estamos en invierno, y a pesar del esfuerzo, el aire gélido de las montañas que inhalamos en cada respiración nos despierta como ese primer puñado de agua sobre la cara cada mañana al levantarnos; aviva nuestros sentidos, apacigua el vértigo; también el olor que a unos cientos de metros de nosotros comienza a difundirse. Huelo a barbacoa y... ¡a tortilla de patatas!

¿Sabes esas personas que apenas conocerlas te transmiten la tranquilidad y serenidad de quien alberga la sensación de “casa”, de seguridad, aquellas sobre cuyos hombros pondrías tu devenir con la total certeza de estar en buenas manos? Sin duda tú trasmites eso, tú me lo trasmites. ¡Vaya temeridad!, –¿Quieres asegurarme en la primera subida?– te pedí con el mayor de los orgullos. Desde allí arriba, la vista de la sierra onubense era preciosa, tan arbolada; auténtica libertad.

Esa sensación de “casa” de la que hablamos casi podríamos decir que proporciona inmunidad frente al peligro. Uno es capaz de afrontar cualquier

vicisitud con la tranquilidad de saberse a salvo, de saber que alguien provee por ti. Fue mi primer *re-aprendizaje* deportivo, atado a ti por una cuerda y un mosquetón. Re-aprendiendo juntos a trazar el nudo de *ocho*, a ensartar el *gri gri*, a rapelar o a plegar la cuerda para su adecuada conservación. Siempre entre dos las “regañinas” de nuestro buen amigo e instructor en la materia se reparten mejor, ¿verdad?

He aprendido a luchar contra el viento sobre dos ruedas... porque ¡vaya domingo amaneció ese fin de semana de celebraciones! Ángeles y arcángeles parecían haberse confabulado para enviarnos rachas de viento de decenas de kilómetros/hora que iban a dificultar muy mucho lo que tenía que ser un paseo tipo *verano azul*, como gusta decir a los ciclistas de los grupetos que se toman los rodajes con un sentido más distendido y desprendido de agonismo.

Había madrugado para entrenar y, de paso, inspeccionar el terreno por el que luego tendríamos ocasión de disfrutar. Aunque hasta entonces daba por hecho que todos tenemos interiorizado el patrón motor para montar en bicicleta con soltura desde que somos pequeños, no sé por qué, quizá por un sentimiento protector, mientras tú dabas aún buena cuenta de las últimas horas de sueño yo me calzaba al alba mis zapatillas de correr y daba los buenos días a un tímido sol bañado por algunas gotas de agua difuminadas en el ambiente, temeroso de que las lluvias de los últimos días dieran al traste con la oportunidad de volver a reírnos juntos, esta vez a los mandos de un manillar.

Un paseo en bici por zona de sierra puede convertirse en toda una tortura para las piernas. –Yo voy a terminar esta cuesta andando– me dices con los mofletes colorados. Sonrío. La próxima vez buscaremos una zona más propicia, menos intensa; no he pretendido prepararte para tomar parte en la próxima edición del *Tour*. Perdón por mi tozudez, montar en bici sólo era la excusa para pasar tiempo a tu lado y, de paso, insuflarte algo de veneno deportivo en las venas, esa droga tan altamente adictiva que una vez que se interioriza resulta imposible abandonar.

Y he aprendido a esquiar sobre raíles... Soy un poco cabezón, bueno... vale, muy cabezón. Para mí las lesiones deportivas son simples contratiempos que no me impiden seguir entrenando, cuanto más, me obligan a reorganizar la práctica física durante el período de convalecencia. Una caída, un mal gesto, un sobreesfuerzo... – ¡Bah!, gajes del oficio–. Ahora bien, cuando te veo sentada en la nieve, impotente frente al dolor... Siempre he tenido la sensación de alerta al deslizarme sobre unos esquís, a pesar del domino progresivamente adquirido con las escasas visitas a la nieve; pero el hecho de exponerte al avance “incontrolado” sobre dos plataformas que minimizan la fricción, a la vez que percibes a tu alrededor cientos de estímulos que inevitablemente captan tu atención y te descentran del objeto de la práctica resulta, cuanto menos, la asunción de un relativo riesgo. Pero mi estilo es más arduo, más tosco; tú te despliegas entre viraje y viraje con elegancia, dando la impresión de

Yo, deportista

poco esfuerzo, de tenerlo todo bajo control, por ello, esa imagen de “¡Otra vez, no!” reflejada en tus ojos... Determinadas condiciones activan en uno mismo un instinto diferente, todos los sentidos alerta y concentrados en su máxima expresión.

Bajar pistas negras casi sin virar para un novel... bueno..., he tenido un buen maestro. Te reías cuando te contaba que me llevé puesto a un esquiador en el último tramo de mi travesía hasta el pueblo, después de haber seguido las indicaciones de otros esquiadores, pues aún hoy día tengo bastante desconocimiento de las pistas y sus conexiones con telesillas, de picos y de valles en ese paraje. –Ha sido culpa suya– vociferaba algo exasperado al responsable de seguridad de la estación. Confieso que, si bien el chico no iba mirando hacia adelante en ese momento, yo veía claro que íbamos a cruzarnos y no me importó en demasía... llegaba tarde. En fin, volveremos para desquitarnos de esa mala experiencia. Yo, mientras tanto, he aprendido a esquiar sobre raíles, que nadie se cruce en el camino de un mercancías.

Ahora, incluiría cualquiera de estas fotografías en el diccionario junto a la definición de actividad física y deporte.

Estos días, viendo las etapas de la vuelta ciclista a España desde el sofá del salón, la retransmisión televisiva nos ofrece una serie de reportajes con los deportistas españoles del pelotón. Son entrevistas algo distintas, alejadas un poco de la mera competición; buscan dar a conocer la otra cara de estos ciclistas y una pregunta se repite recurrente en cada nuevo programa: –¿A quién te llevarías a dar una vuelta en bicicleta?– Sorprende la común respuesta de todos ellos. Yo también sé a quién me gustaría llevarme a dar una vuelta en bici; preparadas como dos bellos corceles descansan sobre sus dos ruedas para el día en el que descuelgues el teléfono y yo vuelva a retomar tus enseñanzas: –Hola, ¿te apetece...?.

UNA CARRERA A DESHORA

Víctor Cárdenas Fernández

- Pi pi... pi pi... pi pi... pi pi... –desconecta la alarma de su reloj, de esfera plateada, tonos anaranjados y correa azulada traslúcida. Sonríe. A simple vista puede parecer un simple reloj deportivo pero no lo es, para él tiene un significado especial porque una víspera de Nochevieja ella lo eligió, quizá de manera aleatoria, quizá sin darle demasiada importancia, pero para él eso tiene un valor añadido. La pantalla marca las 6:00 a.m.

Se incorpora sin hacer ruido, ella aún duerme en la cama. Probablemente seguiría haciéndolo si él golpeará la pata de la mesa, se trastabillara y diera de bruces contra el suelo arrastrando a su paso todo lo que quedara a su alcance, pero resulta una visión tan naif, tan ingenua, que casi respirar se antoja ruidoso. La claridad comienza a asomarse tímida entre las rendijas de la persiana, ella se arremolina entre las sábanas ajena al despertar de un nuevo día, no en vano siempre uno se pregunta si estarán colocadas las calles a esas horas de la mañana.

Víctor se desliza de puntillas por la habitación hasta la puerta. Allí la noche anterior ya se había preocupado de dejar sus herramientas de trabajo, como a él les gusta llamarlas, sus zapatillas para correr, esas que podrían contar mil y una historias de los cientos de kilómetros recorridos, de atardeceres, duros inviernos bajo la lluvia, del sol del mes de junio por las veredas. Sobre ellas un par de calcetines, unas calzonas y una camiseta de tirantas. No se necesita más para la práctica del atletismo de fondo; bueno, una cosa más, un complemento esencial para él cada día, una gomilla elástica estrecha y anudada sobre sus extremos que se coloca en la cabeza para apartar en cierta forma el pelo de la cara. No suele salir a entrenar con coleta, este recogido lo deja para las carreras donde cada décima de segundo es importante; de esta forma, un pequeño gesto crea todo un horizonte de separación entre ambos escenarios, el entrenamiento y la competición, fuera ansias y estrés, sólo disfrute. Le encanta entrenar.

Tira de la puerta con cuidado. Ya la noche anterior le había advertido a ella de sus intenciones. Ella lo conoce, sabe que no puede refrenar esa parte de su vida. Con el tiempo quizá llegue a entenderlo al cien por cien, porque desde fuera, su actitud

no tiene mucho sentido. Son pocos los días que él va a pasar en la ciudad visitándola, conociendo a su lado otra cultura, otros paisajes; a priori, no tiene por qué pasar nada si deja a un lado su adicción deportiva hasta su regreso. Él lo entiende y se adapta, es más, disfruta adaptándose. No quiere robarle ni un solo segundo al tiempo junto a ella, por eso no le importa madrugar. Prevé estar de vuelta para cuando ella comience a estirarse sobre la almohada. Se anuda las llaves a la cintura y sale a la calle.

El frescor de la mañana le golpea fuerte el rostro. En un instante ha pasado del silencio y el sigilo de la habitación al ajeteo propio de una gran ciudad que poco a poco va a ir saludando al nuevo día. Aún piensa en María, bueno, esto tampoco es un hecho destacable, puesto que lo hace a todas horas, pero se le iluminan los ojos y se le hinchan las mejillas al sonreír pensando en su despertar. Víctor tiene un despertar alegre y optimista. Le gusta mucho dormir pero no tiene problemas en saltar de la cama a la hora que el despertador dictamine. Ella por el contrario es ave nocturna, le gusta trasnochar y dar mil vueltas sobre el colchón antes de ceder a los brazos de Morfeo, sin embargo refunfuña y se acurruca contra la almohada cuando en su iPod suena la canción que le da los buenos días. Es una estampa muy graciosa, continúa siendo una niña pequeña que regatea cada segundo de más en la cama y hace pucheros mientras se toma el desayuno.

- Bueno, manos a la obra –se dice para sí. El plan de entrenamientos para ese jueves de finales agosto, plena pretemporada, es muy general; apenas cincuenta minutos de carrera continua sin pretensiones, ritmos ni exigencias, eso sí, en una ciudad así uno sabe cuando sale de casa pero no cuando vuelve, de manera que hay que hacer todos los deberes de una vez, por tanto, contempla incluir sus ejercicios de abdominales y los indispensables estiramientos de final de sesión. Tiempo total estimado sesenta minutos. - Son las 6:10h, a las 7:10 debo estar de vuelta, justo a tiempo para subir hasta la habitación y dar los buenos días a la princesa. –Salta raudo la valla que separa la urbanización y comienza a correr.

Su atención viaja de aquí para allá, no sólo por el hecho de encontrarse en un lugar nuevo, estímulo para los sentidos, sino porque al ser la primera vez que pisa ese lugar debe fijar en su mente instantáneas de todo lo que se presenta a su alrededor para saber regresar de vuelta, como el cuento de Pulgarcito y las miguitas de pan. María le había hablado de un parque situado al sur de la residencia, casi casi en línea recta, que, si bien no tenía el atractivo y las dimensiones de otros parques cercanos, su emplazamiento facilitaba bastante la orientación, de manera que él concluye que se trata de una buena opción para minimizar riesgos. Un extranjero con escaso conocimiento del lugar y a catorce kilómetros por hora es un blanco fácil para el despiste y la desubicación.

Retiene en su memoria los datos esenciales: calle Well Street (curioso nombre análogo al de su hermano mayor estadounidense), estética de la fachada y de la calle, nombre de la residencia... pero continúa seguro, no hay pérdida... - Giro una vez a la izquierda, continúo recto, otro giro a la izquierda en esas casitas de paredes rojas y ventanales azules, recto de nuevo y ahí está, al fondo...-en pocos minutos se planta en el parque por su acceso norte. Allí son habituales estos reductos de naturaleza entre el amasijo de edificios urbanos y ¡vaya naturaleza!- ¡Tanto verde resulta difícil de ver en nuestra Andalucía! Algo positivo tenía que aportar tanta lluvia y humedad en el ambiente.

En su camino hasta el parque no se ha encontrado con nadie. El sol apenas despunta pero la ciudad ya reluce. Se respira un ambiente gélido y refrescante o, al menos, nada comparable al bochorno andaluz en época estival. Nota el contacto con su piel, aunque la propia actividad combate bien la temperatura reinante. El lugar parece recién regado por el rocío de la noche y césped así sólo se ve en alguno de los estadios de fútbol y atletismo diariamente atendidos para tal fin. El paisaje es verde, muy verde, un bosque en medio de la urbe, bañado de zonas arboladas que dejan caer algunas hojas tímidas. También aquí este tipo de espacios están pensados para la práctica física y aportan bancos, tablas de ejercicios, aparatos de aspecto rústico inmersos en la fotografía del lugar.

- Buenos días -dice al paso ante una amable señora que pasea su perrito. Pronto a ella se une un señor con chándal que a paso alegre comienza a andar por el perímetro del parque. Algo más tarde una pareja de mediana edad también se unirá al selecto grupo de valientes que semejantes horas comienzan su jornada. Ciudades distintas, países distintos, culturas distintas. Llama la atención ver a personas a las seis de la mañana haciendo ejercicio. Resulta muy gratificante, le hace a uno sentirse en sintonía con el entorno. Comenzar el día así seguro que solucionaría multitud de conflictos en nuestras ajetreadas vidas.

El parque es pequeño, de manera que Víctor decide organizarse dando cuatro vueltas en derredor e introduciendo en ellas diversos ejercicios de tonificación aprovechando los útiles que encuentra a su paso. El ritmo es desafiante porque la ambientación provoca en él una motivación extra, aquella que te proporciona la sensación de estar haciendo algo que muy pocos estarían dispuestos a hacer, o más bien, serían capaces de hacer aunque desearan hacerlo, y además, la motivación que te da disfrutar de lo que haces. Poner el despertador para llevar a cabo una tarea tediosa e impuesta por algún tipo de obligación personal o asumida puede ser todo un martirio, pero hacerlo por propia voluntad, disfrutando con ello... En fin, igual la liberación de endorfinas también contribuye a este efecto.

El entrenamiento supone un goce, ni siquiera el inconveniente de la humedad en los aparatos, que aparecen mojados al contacto con ellos, supone queja alguna.

Cualquiera que viera esta imagen pensaría “esos locos corredores de fondo”. Mira el crono, ya marca cuarenta y dos minutos –perfecto, vuelta a casa–. Busca la salida norte y salta al adoquinado volviendo a la realidad de la ciudad. En su pensamiento comienza a organizar mentalmente los ejercicios de estiramientos que realizará al llegar sirviéndose de la valla, el escalón de entrada, la pared, etc. –A ver, recto, giro a la izquierda buscando... ¡ajá! las casitas de fachada roja... giro de nuevo a la izquierda, y recto...–.

Pero lo que debían ser escasos momentos se traducen en quince largos minutos. La desazón comienza a aparecer en su rostro. Todas las casas que decoran la calle a izquierda y a derecha parecen sonarle, la cabeza trata de buscar algún recuerdo, algún detalle que haya pasado por alto y que quizá le haya desviado de su destino. Busca el nombre de la calle en la que se encuentra, no lo ve, acelera el paso hasta la siguiente esquina, nada, continúa corriendo. Desemboca en una gran avenida donde el tráfico toma protagonismo. Autobuses y coches anuncian que los vecinos comienzan su jornada laboral. A la derecha ve a una chica con una mochila. No quiere retrasarse así que se acerca a preguntarle: –Sorry, the Well street?– La chica, muy simpática, piensa durante un instante y luego comienza a hablar indicando con su mano la dirección. Se debe notar mi “extranjerismo” a leguas, piensa Víctor. –Thank you– alcanza a decir mientras se vuelve de un salto hacia la dirección indicada. Ahora el ritmo de carrera ya es frenético, una hora y cinco minutos, demasiado para lo que estaba previsto, pero lo importante es volver cuanto antes.

Ipso facto se planta en Well Street y comienza a desandar el camino a toda velocidad mirando los números de las viviendas. –¡El número cien no aparece!– La calle sigue su ordenación sin errores hasta la casa número setenta y cuatro. –¡Cómo es posible! ¡No puede haber desaparecido media calle! esto es de locos–. La velocidad no ayuda demasiado en momentos en los que mantener la cabeza fría podría resolver de mejor forma el conflicto. Quinientos metros dirección sur, otros quinientos dirección norte, de nuevo hacia el sur contando desde el número dos cada casa, cada comercio.

Un sudor frío recorre su frente, nada tiene que ver con la respuesta fisiológica del organismo ante el esfuerzo. La preocupación le atenaza. Pero no le preocupa haberse perdido, sentirse un tonto por no haber sido capaz de deshacer tres calles y media para volver al punto de partida; no le preocupa encontrarse indefenso en una ciudad en la que no conoce a nadie y con un idioma distinto. Lo que le compunge el corazón en un puño es la sensación de perjudicar a María. Ella asiste a clases durante la mañana, tiene bien definida su rutina diaria, despertar, desayuno, autobús, metro... le aterra comprometer su actividad por la maldita obcecación de salir a entrenar por encima de cualquier razonamiento lógico.

Detiene su carrera en seco. Calma. Se para frente a la acera y se serena. Refrena su agitada respiración y trata de pensar con claridad; el resto de la numeración de la calle no puede haber desaparecido sin más, hay algo que está pasando por alto. A la altura del número setenta y cuatro la fisonomía de la calle parece dividirse en dos. Piensa que tal vez Well Street continúa paralela a la dirección que ha recorrido en los últimos diez minutos, así que toma el sentido sur de nuevo, esta vez al trote, mirada a cuatro metros sobre el nivel del suelo en búsqueda de los letreros nominativos de la avenida. –¡Tampoco es ésta! No puede ser cierto– se repite. De nuevo desanda el camino. Sufre por ella, siente que le está fallando, el ánimo le cae a los pies... –¡un momento! ¡espera!–. El destino vuelve a caminar a su lado y atisba cómo la bendita calle dibuja una profunda curva para continuar dirección este –¡la calle Well Street continúa por aquí!–.

Si pusieran una célula fotoeléctrica para medir su ritmo de carrera en esos momentos hasta él mismo se sorprendería de cuán rápido es capaz de proyectarse sobre el empedrado. En apenas unos segundos se planta ante el número cien de la calle. Ha estado a escasos metros todo el tiempo pero la opresión provocada por la culpabilidad le había cegado. Allí se alza majestuosa la residencia. Entre las cristalerías se ve cómo la vida parece haber comenzado para todos los que allí se alojan. Ajeteo en el hall de entrada, carreras, prisas de aquí para allá.

Y entonces la ve. Enfundada en esa sudadera a rayas con gorro que tanto le gusta, también a él le gusta, con la mirada nerviosa, acelerada, hasta que se cruzan, entonces se torna calma, aunque no comprensiva. Víctor intuye que el más que merecido rapapolvo se acerca. Se acerca a la puerta, pasa y se enfrenta a su destino. Acaba de meter la pata y ella se lo hace saber con indiferencia: –Me tengo que ir ya; ve y dúchate, ya no nos dará tiempo a desayunar–. Él agacha la cabeza y asume su error. Corre a toda prisa a ducharse. Menuda forma de comenzar un día y aún entonces no puede dejar de correr.

Cuando vuelve María ya está preparada para salir; se cuelga su bolso rojo y guarda en él sendos mini bocadillos que serán un desayuno improvisado durante el trayecto en autobús. Se aprecia un poco de tensión pero Víctor está receptivo, enarbolada la bandera blanca de rendición sin condiciones.

- He aprendido la lección –dice él arrepentido.

- Me alegro –responde ella aún no demasiado convencida. El metro llega a su parada. Bajan. A toda prisa salen de la estación. El no haber parado aún desde que sonó allá por las seis de la mañana su alarma tiene a Víctor aún con el sistema activado, continúa sudando y este sudor se mezcla en su rostro con la humedad del pelo mojado. Al salir a la calle el aire impacta abrumador sobre su tez sonrojada y alborozada.

Yo, deportista

Son las ocho menos cinco de la mañana. El paso hasta recortar las tres calles que separan la boca de metro de la academia es fatigante. Él piensa que si María decidiera acompañarlo en las carreras terminaría por mojarle la oreja con toda seguridad –qué ímpetu–.

- Bueno...–balbucea María conciliadora– ven a buscarme a mi salida ¿vale? – su dulzura sincera se refracta suave en su mirada mientras da dos pasos para estrecharse en un abrazo amable de reconciliación– ¡Nos vemos a la una y media! – grita apresurada mientras se adentra en el edificio.

Él saca su cámara e inmortaliza el momento, es la hora de actuar como lo que es, todo un turista cámara en ristre a la sazón de una gran ciudad. Acaba de salir airoso de un verdadero atolladero. A veces los deportistas nos vemos en la necesidad de librar batallas como estas con quienes no terminan de entender nuestra forma de afrontar la vida, con unas zapatillas puestas.

- He aprendido la lección... la próxima vez no olvidaré... las miguitas de pan...

UN DÍA CUALQUIERA EN LA RUTINA

Antonio J. Casares Tejada

El tío era bajito y rechoncho pero su cara impresionaba. De esos a los que se les ve venir y procuras no cruzarte en su camino. La verdad es que no sé contra quién iba a descargar su mala leche, pero llevaba una expresión que asustaba. Su colega no tenía esa pinta pero era bastante más grande, y eso lo hacía igualmente temible. Ya puestos a arreglar el día, después del reventón de la rueda y de los sesenta euros que me sablearon, le dije que se quitara de en medio y que no molestase a ese grupo de críos a los que estaba amedrentando.

- ¿Tú quién eres, capullo? ¿A qué coño vienes?

- ¿Por qué no dejas a estos chavales tranquilos?, ¿qué quieres, robarles el bocadillo o el dinero que les da su madre para chuches? ¿No eres mayorcito para eso?

- Pero bueno, ¿tú eres tonto?

La gente ya empezaba a prestar atención a la movida, pues el parque estaba concurrido. Algunos que ya me conocían se daban con el codo.

- Deberías intentar aprovechar el tiempo y hacer algo para ganarte la vida, ¿no? Cada día se te ve más grande la calva.

- ¡Agárrame a éste que lo voy a machacar! ¡Tráelo para acá!

Al principio el trote era suave, lento, me permitía mantenerle la mirada y correr hacia atrás sin ningún esfuerzo. Cuando ya eran los dos los que me perseguían me daba la vuelta, pero todavía sin forzar, solo me giraba y corría de espaldas un poco más para avivarles el cabreo, pues les dejaba acercarse lo suficiente como para que me tuvieran casi al alcance.

- ¡Qué hijo de... argh! ¡Ven aquí! Espera que te coja, que te vas a enterar...

Así durábamos unos quince minutos, que era cuando empezaban a aparecer sus amigos con las motos. Esos *scooters* se meten por cualquier sitio, pero aún les siguen costando los virajes de ciento ochenta grados en las aceras estrechas. Si la cosa

Yo, deportista

se ponía fea, me iba hacia las jardineras y las pasaba saltando, obligándoles a ir hasta el final de la calle y dar la vuelta.

Cuando el grupo de perseguidores rondaba los quince, el tema se empezaba a poner feo, así que me dirigía a la entrada de metro de la avenida. Bajaba la escalera de tres en tres escalones mientras me iba sacando del bolsillo el billete. La presencia del vigilante los disuadía de seguir intentando cogermme.

Otro día más había cumplido con el objetivo de mi programa. Nada como un poco de adrenalina para hacer más divertida e intensa una sesión de fartlek.

Mis amigos me siguen diciendo que correr no es un deporte de riesgo.

¿QUIÉN ME MANDARÍA LEVANTAR?

Shiva Castellanos Buedo

Sentía las gradas especialmente duras y candentes debajo de mis posaderas ese día. Aullaban pidiendo que me levantara. Pero el partido de tenis que estaba viendo merecía mi intenso dolor.

La verdad era que no estaba teniendo un buen día. Ya desde por la mañana, yendo a servirme el café, rompí la jarra de cristal de la cafetera, me quemé y me quedé sin café y con escozores en la zona dañada. Tuve que echar mano de mi ingenio y, con un cazo con agua y una media nueva, conseguí hacerme un café de puchero ¡Se solucionó!

La falda que me apetecía ponerme tenía el bajo del dobladillo descosido y no me apetecía ponerme a coserla. Mi estado de ánimo cayó un nuevo punto y pasé mi brazo por las prendas colgadas en el armario mientras iba desechándolas mentalmente. Nada me estimulaba para ponerme guapa. Al final me decidí por prendas que hicieran juego con mi estado: una falda negra de vuelo, una camiseta negra y los zapatos, bolso y cinto blancos. En aquel momento no conté con el terrible calor que asolaba Madrid. Confieso que no era un atuendo apropiado para asistir a un partido de tenis, mi humor tampoco.

Saqué el coche de casa y salí como alma que busca al diablo para recoger a mis amigas que también venían a ver el partido. Justo cuando me aproximaba a la casa de una de ellas, María, me llamó para decirme que Amparo, otra de las del grupo, estaba con ella, que había discutido con Fernando, su novio, y que no estaba de humor para salir, de hecho se escuchaba llorar de fondo a la susodicha Amparo con mucha pena. María, claro, me dijo que no quería dejar sola a la llorosa y que tampoco saldría. Así que di la vuelta con el vehículo y me dirigí hacia el pabellón.

Llegué a las puertas de entrada al recinto y cuál fue mi sorpresa cuando no encontré en mi bolso la entrada comprada por Internet hacía dos meses; se había quedado en el bolso del día anterior. Me puse loca de rabia, dando pasos hacia delante y atrás, mascullando maldiciones y jurando en arameo. Uno de los porteros que me miraba con curiosidad, debió comprender que era cierto y se apiadó de mí y

muy bajito me preguntó: - ¿No tendrá usted el resguardo de Internet en la cartera? – No, sé, -le dije-, pero lo miro en un segundo. ¡Ahí estaba el resguardo! –Ande, dímelo y pase y tranquila, que de esto no se muere.

¡Qué bien! Por fin el día me había dado algo positivo. Le di las gracias con mucho énfasis y casi me dieron ganas de plantarle un beso, pero me retuve no fuera que lo malinterpretara. Subí corriendo las escaleras porque el partido estaba a punto de comenzar. Las gradas estaban casi llenas y, como no tenía la entrada, pues tampoco sabía cuál era mi asiento, así que pensé: ¡A la mierda, me sentaré donde me apetezca y si está ocupado que me levanten!

Durante el primer tiempo de descanso, decidí aprovechar para bajar a los aseos y a comprarme una botella de agua fresca de un litro. Estaba seca y, cuando me levanté, me di cuenta de que podría sentarme más cerca de la pista porque había asientos vacíos. Tomé nota mental para cuando volviera dirigirme a esos asientos y salí al pasillo interior buscando el servicio de señoras, con tan mala pata que me equivoqué de puerta y me metí en la anterior, también de servicios, pero en la que ponía bien claro: *¡Privado, no entrar personal no autorizado!* Lo había leído con los ojos, no con el cerebro. Una vez me encontré dentro de una antesala, escuché voces de mujeres, hablaban en tono muy alto, quedé inmóvil, dudé en entrar o salir, mientras el tiempo pasaba era inevitable escuchar la conversación.

- ¡Me da igual si estás embarazada o te duelen las rodillas! ¡Vas a salir y jugar ahí fuera y además vas a ganar este partido, de lo contrario te arrancaré los ojos con las uñas y te partiré las piernas! ¡Zorra, eso es lo que eres!

Unos segundos de pausa y se escucha la voz de la otra mujer decir.

- No quiero seguir jugando; deseo dejarlo y quiero tener este hijo; ya son veintinueve años, me puedo retirar con el honor de haber sido una campeona.

- ¡De eso *nasti de nasti!* Cuando termines la temporada te pierdes, mientras seguirás con la raqueta dando fuerte.

- ¡No, me iré mañana mismo! ¿Me oyes? Mañana ya no estaré aquí. No puedo más.

- ¡No me chilles, estúpida! Me lo debes todo, desgraciada e ingenua mujer.

Silencio de nuevo, una bofetada suena en el aire, gritos, roces de brazos con muebles o paredes me hacen estremecer, y por fin un trompazo y el sonido como de una rama seca que se partiera, hicieron que no pudiera reprimir una exclamación. Al parecer nadie me escuchó, así que seguí escuchando.

- ¡Oh, Dios mío! Sara, lo siento mucho, ¿te encuentras bien? ¡Sara, Sara, abre los ojos, por favor ábrelos!. No quería empujarte de esa manera, me has obligado hacerlo. Me pones furiosa cuando me amenazas con romper mi equilibrio. ¡Tú público te espera, vamos! ¡Abre los ojos!

La situación iba cada vez más fea, salí de allí en el momento en el que los gritos de desesperación pedían socorro. Yo podía perfectamente llamar al 112, o a los guardias, pero sentí que las desgracias me perseguían ese día y corrí cinco pasos, para meterme en los verdaderos aseos públicos de señoras del pabellón. Había quince o más mujeres, unas haciendo cola y otras se lavaban, pintaban o sencillamente cotorreaban.

Disimulé mi angustia intentando preguntar: - ¿Están ocupados todos?

- Sí, todos –contestó una chica más joven que yo.

Comenzaron a sentirse los gritos, el correr de personas, pero a la gente del tocador nada parecía llamarle la atención. ¡Dios, cómo me alegraba de haber tomado esa decisión! No sé de qué manera, pero llegaron antes los operarios del pabellón que si yo hubiera gritado socorro.

El partido, obviamente, se canceló por la muerte de una participante. ¡Muerta! Pero si solo se había desmayado con el trompazo. Marché de allí a todo correr, me monté en el coche y volé hacia casa.

Una vez estaba en mi cuarto decidí no bajar y acostarme sin ni siquiera lavarme los dientes. El susto y la preocupación me pedían meterme bajo las sábanas. No quería pensar en cuál debía ser mi responsabilidad en cuanto a qué hacer.

A la mañana siguiente puse la TV, y la primera imagen que veo es la de mi vecina del número diecinueve ¡Aivá! –pensé– pero si es la señora de la última casa de mi calle. No tenía mayor confianza con ella, simplemente algún “buenos días” cuando nos cruzábamos por las calles, ni tampoco con ningún otro miembro de esa casa, pero me llamó la atención verla en la pantalla.

Yo llevaba viviendo en mi casa unos diez años y cuando me separé de mi marido, me dejó la vivienda. Se sentía culpable, tanto, que se compró una residencia en la paradisíaca Cartagena de Indias, Colombia, y contrajo matrimonio un mes después de separarnos con premura. Yo ya lo sabía, se tiraba seis y ocho meses trabajando fuera de España. ¡Normal! Ese fue el principal motivo de separación, claro... Menos mal que me juraba que no había más mujer que yo en su vida.

Volviendo al asunto de la aparición de mi vecina en la tele, después del asombro inicial decidí poner atención a lo que se decía de ella y, cuál no sería mi sorpresa al escuchar que había estado detenida por el asesinato de la tenista Camelia Santos. Resultaba que mi vecina era su entrenadora y según había declarado, había salido un momento al servicio y, cuando volvió, se la encontró muerta y fuertemente golpeada. Luego añadió que había visto salir, cuando ella llegaba, a un hombre joven. La policía no debió encontrar motivos que la hubieran llevado a cometer aquel asesinato y la habían dejado libre y sin cargos.

No podía ir a trabajar, mi cabeza bullía de indecisión. ¿La denunciaba o pasaba de complicarme la vida más? Seguro que la policía científica la acabaría descubriendo, me decía a mí misma para tratar de apaciguar mi conciencia.

A la semana siguiente, la vi paseando junto a su marido tranquilamente. La saludé y me metí en casa a toda prisa. Mis neuronas comenzaron a estresarse, ¿cómo podía pasearse tan tranquila después de lo que había hecho? Pero no podía delatarla. Primero, no sabía hasta qué punto la policía o los jueces me creerían. Podrían pensar que sólo era una loca más de las que salían en la tele en busca de sus quince minutos de gloria. Por otra parte, si la dejaban de nuevo en libertad, podría intentar matarme. Ya lo había hecho una vez

Descolgué el teléfono y esperé a escuchar los mensajes. Mi madre decía estar en el hospital con papá, le había dado un infarto. Acababa de recibir el martillazo muy acertado, el estrés desapareció o mis células se habían desmayado. El siguiente día lo pasé ausente, solo pensé en papá.

Unas semanas después mi padre, supuestamente recuperado, se puso a ver el partido Barcelona-Madrid. Ganó el Barcelona y papá murió de un segundo infarto. Dos meses después, mi madre y mi mente pretendían acabar conmigo.

Amparo, la que había discutido con el novio el famoso día del partido de tenis, se había reconciliado y vuelto a discutir de nuevo, hasta que un día se tiró de la ventana de la oficina, muerta de pena, y se fracturó las piernas, brazos, clavículas y mandíbula. La odié por su cobardía y me dije: ¡Ésta no saldrá del hospital en meses!

María, la consoladora de Amparo, se negaba a venir a casa porque, según decía, cada vez que venía a casa le dolía la cabeza. Mi vecina seguía paseando como si tal cosa y de la chica muerta apenas se volvió a hablar.

Un domingo, ya no pude aguantar más y, armándome de valor, me decidí a llamar a su puerta. Llamé al timbre, las piernas y casi todo el cuerpo me temblaban sin cesar. ¿Qué le iba a decir? Por si acaso no entraría en su casa, lo mismo me atizaba con un azadón.

- Hola, buenos días, señora.

- Hola. ¿Qué es lo que quieres?

- Ese día yo esta allí –dije sin más preámbulos– en el pabellón viendo el partido. Te vi.

- ¡Ya! ¿Y...? Mira, vecina, fueron momentos muy desagradables. Yo quería a aquella chica como si fuera mi hija y todavía no he superado su pérdida, así que, si no te importa, no deseo hablar con nadie de este asunto.

- Ya, bien que lo lamento, pero es que yo estaba en la salita de los vestuarios privados en esos momentos, ¿sabes?

Yo, deportista

- ¿Pero qué dices tú? ¿Quién eres?
- Tu vecina y por casualidad os escuché toda la conversación...incluso oí los golpes.
- ¡No sé de qué estás hablando ni quiero saberlo, así que lárgate enseguida o te achucharé a mi dogo!
- Da lo mismo, sé que la mataste y que no había ninguna otra persona allí. Tú te inventaste lo del joven que huyó. Yo solo quería que lo supieses.
- ¿Pero tú qué hacías allí, imbécil? Prenderé fuego a tu casa si dices algo por ahí. ¡No lo dudes! ¡Lárgate!

Mientras decía esto, no me achuchó al perro pero lo que sí hizo fue agacharse para coger una especie de garrota de las que venden de recuerdo y que tienen un letrero que pone “*Mi argumento*” o algo así. Blandiendo su argumento y lanzándome insultos de todos los calibres, se abalanzó sobre mí y yo comencé a correr maldiciendo por no haber ido a la comisaría en lugar de ir a ver a mi vecina.

Me va a matar –pensé– mientras cruzaba la avenida principal sin apenas mirar si venía algún coche o no. En un momento, miré de soslayo justo para poder ver a un coche amarillo acercarse a toda velocidad. Al pasar comprobé que mi seguidora tampoco tuvo tiempo de apreciarlo. Un precioso Maserati la dejó aplastada sobre el asfalto y casi acabo pasando a la historia como la anónima insensata.

77

Cuando salga de esta comisaría, juro que buscaré trabajo.

“Se ofrece sicaria, no deja rastro. Económica”.

UNA ESPERANZA PARA MIGUEL

María de los Ángeles Coza Pérez

Miguel

El reloj daba las once de la mañana en un día de primavera, cuando un llanto vibrante se escuchó al fin; todo se estaba desarrollando bien, y Miguel había llegado en la fecha prevista, su cuerpo era pequeño y blandito, de un color blanco casi transparente.

En la proximidad desprendía un olor muy especial, como a vainilla de flan recién hecho, el pelo que cubría su cabecita era rubio, fino y suave, tanto que la caricia se desprendía de la mano casi de forma inmediata, como un reflejo irreprimible.

Los bracitos y piernas tan diminutos se movían de forma desacompasada, y sus ojos azulados apenas se abrían un instante, permanecían cerrados igual que cortinitas que no quisieran dejar entrar la luz, como si ésta se empeñara en perturbar su sueño y él se resistiera a ello.

Asun

Los ojos de Asun tenían un brillo especial, su boca reflejaba una sonrisa satisfecha y su cara se iluminaba de alegría, no podía resistir volcar continuamente la vista en él, buscando cualquier detalle, grabando sus movimientos, ruiditos, balbuceos, escudriñando cualquier cosa que pudiera incomodarlo.

Qué frágil parecía aquel cuerpecito y qué misterio encerraba cada uno de sus pequeños huesos apenas recién formados, sus músculos que se abrían poco a poco con cada movimiento y esos ojitos que seguían cerrados recordando la oscuridad que hasta pocos días antes lo habían acompañado en su seno.

En el pensamiento de Asun fluían frases de un diálogo imaginario, aunque no le pudiera responder, era suficiente el verlo en sus brazos, para que su monólogo obtuviera respuesta, y le hablaba bajito:

- Mi niño! ¡qué chiquito!... La abuela te ha traído un pijama, pero... ¡qué grande! Para esos bracitos, sobran mangas como para dos... y los calcetines se salen continuamente, tengo que revisarlos a menudo, ¡no vayas a coger frío!

La preocupación a veces la superaba, ahora que había vuelto a casa, a solas, se veían las cosas diferentes, menos mal que pronto llegaría Raúl para compartir esas dudas que la asaltaban, los cuidados más inmediatos, si se estaría alimentando bien, si lloraba, ¿que pasaría? ... de pronto se escuchó la cerradura, lomiró y le susurró: "¡Ya ha llegado papá!".

Raúl

La estancia permanecía en penumbra y la figura de Raúl se adivinaba en la entrada, su complexión fuerte apareció lentamente como si quisiera que el silencio que reinaba en ese instante no se distorsionara, entró en la habitación y dirigió una mirada a la silueta maternal de Asun, tenía a Miguel en sus brazos en actitud de protección, y respiró aliviado, el pequeño parecía tranquilo, algunas noches la inquietud de los primeros días adaptándose al mundo que lo había recibido les dejaba sin descanso, y respirar esa calma era como un volver en el tiempo.

Sabía sin embargo que la tranquilidad perdida, aunque a veces hiciera mella y se dejara notar, merecía la pena...;todo lo olvidaba al contemplarle!

Con este pensamiento se acercó a los dos y los besó con ternura.

En su cabeza, seguía dando vueltas la idea del cambio al que tenían que adaptarse y que a pesar de lo que habían hablado él y Asun, parecía haberse instaurado en sus vidas como un torbellino desconcertante, entre la satisfacción y la intranquilidad... ¿cómo encontrar palabras para definirlo!, pero ambas afirmaciones por, contradictorias que parecieran, reflejaban lo que en su cabeza seguía danzando, y eran invitaciones inexcusables para el camino que se abría ante ellos y que juntos iban a recorrer.

El tiempo

Asun y Raúl sentían que el tiempo pasaba tan rápido que apenas podían pensarlo... anteriormente no habían reparado en ello, pero desde que nació Miguel, cobraba otra dimensión, los días y meses parecían volar en un contexto diferente, él crecía de forma rápida, los controles de rigor parecían seguir un buen camino, y la ilusión a flor de piel del primer año se les escapaba más aprisa de lo que les hubiera gustado.

Hacían acopio de memoria, querían retener cada instante, casi fotografiarlo en su cabeza para después comentarlo y algún día poderlo también compartir con Miguel.

El día a día se resumía en pequeños acontecimientos que les hacían disfrutar traducido en un futuro de primeros dientes, primeras palabras, gateo, primeros pasos...

Antes de que se dieran cuenta estaría en la guardería, en el cole...; a Asun le preocupaba especialmente ese momento. El pensar en separarse, aunque fuera por

poco tiempo, le costaba, pero la vuelta al trabajo, el retorno de la normalidad sin ser nada igual... habría que buscar lo más adecuado en esas horas de ausencia.

Raúl y ella hablaban siempre que podían al respecto, el tiempo no les sobraba, hasta ahora todo iba de la mano con la presencia de los dos, pero había que planificar la nueva situación que se avecinaba.

Un nuevo cambio...en el que el tiempo volvería a ser protagonista.

Las abuelas y el abu Paco

Pilar llamaba a su hija casi a diario, le gustaba escuchar su voz e intentar calmarla en los momentos que parecía más agobiada, a veces le proponía ser ella o Ana, la madre de Raúl, las que cuidaran de Miguel por algunas horas, ya fuera en ausencia de éste o para que ambos se perdieran en un improvisado recreo.

En otras ocasiones era la misma Asun la que se lo pedía.

Su marido, Paco, también era partícipe en compartir esas horas con su nieto y su imaginación, iba algo más lejos que la de ella, pensando en que cuando Miguel creciera, le contaría un montón de historias, ahora ya se aplicaba con algún cuento, y el pequeño parecía casi que lo entendiera al poner aquellos ojitos vivarachos.

También se venía entrenando para futuros juegos, no en vano en su juventud había sido un prolijo deportista con alguna que otra medalla y copa de latón que guardaba en algún rincón... ¡ya las desempolvaría! para enseñárselas a su nieto y contar aquellas hazañas de las que Pilar se reía, por entender que no eran más que anécdotas en el tiempo.

El cole... El trabajo

Casi no podía creerlo, Asun había sido testigo privilegiado de cómo Miguel se había marchado sin volver la cara hacia ella, la escena la repetía en su memoria entre extrañada y feliz, sin poder creer que su hijo no hubiera recurrido al chantaje de sus ojillos vidriosos para pedir a su madre que no le “abandonara” a merced de gritos... empujones, de otros niños y niñas que al igual que él, a modo de tropel, iban hacia la puerta de acceso al cole sin apenas mirar hacia atrás.

Pensaba en la cara de Raúl cuando se lo comentara, pero ahora tenía que apresurarse, la hora se le echaba encima, el trabajo la aguardaba.

Hacía ya algún tiempo de su retorno y sus compañeros y compañeras la habían recibido con muestras de cariño y comprensión, pero su sentido de la responsabilidad la guiaba hacia un cumplimiento del deber como siempre lo había hecho.

Ahora en cambio se duplicaba todo al tener que volver a casa y seguir... a pesar de contar con Raúl, pensaba continuamente en el futuro inmediato que se cernía sobre ella, y necesitaba planificar y controlar el ciclón en el que se veía a veces

envuelta, no quería que se le escapara el más mínimo detalle, necesitaba sentirse dueña de la situación.

Carmen, la seño...

Parecía que el colegio se iba convirtiendo en un aliciente diario.

Asun vislumbraba algo de asentimiento en el comportamiento de Miguel, los días de gritar y resistirse al entrar se iban moderando aunque a veces volvían a sucederse, como un retroceso, pero ¿qué niño no ha experimentado ese sentimiento alguna vez? Pensaba que poco a poco desaparecería, por eso se sintió feliz la mañana que lo dejó en el cole y notó que apenas si volvió su cara.

Aquella mañana tenía que volver al colegio, le resultó extraño que la profesora los llamara y concertara una cita para hablar con ellos en la hora del recreo.

Tal como habían quedado, se encontró con Raúl a las once en la puerta y Carmen, la profesora, ya les esperaba. Después del saludo comenzó a exponer de forma directa el motivo de la cita. No les quería alarmar, quería constatar con ellos el comportamiento de Miguel en casa, la actitud en clase le parecía extraña.

- Aún es muy pequeño –comentó–, tiene que crecer. En esta etapa infantil los niños y niñas juegan, discuten, se pelean, pero Miguel se aislaba en ocasiones, y en muchas otras casi rehuía a sus compañeros.

Asun y Raúl se miraron, habían notado que su hijo era poco expresivo y huidizo cuando ellos le mostraban su cariño deshaciéndose en besos y achuchones, pero no le habían dado importancia. Se despidieron de Carmen agradeciendo su atención, la comunicación entre los tres quedaba abierta en un hilo conductor llamado Miguel.

Javier, el pediatra...

No era un amigo al uso, Javier fue compañero de Raúl en el instituto y en el equipo de fútbol en el que jugaron hasta la Universidad.

Cuando nació Miguel, les había salvado de muchas pequeñas dudas de las que surgen continuamente, una vez más le consultarían, era un buen profesional y además de confianza.

Les recibió en seguida, ellos fueron directos al grano, no querían dilatarse con conjeturas inútiles. Miguel no opuso resistencia, Javier le era familiar y a pesar de su recato se dejó tocar e inspeccionar.

El resultado no parecía tan inminente como ellos esperaban, habría que hacer más pruebas y comprobaciones, pero la mirada de Miguel y sus reflejos hablaban por sí solos, existía algo difícil de etiquetar que baila en la fina línea entre lo que entendemos como normal y lo que no lo es.

Javier les intentó tranquilizar, su voz cálida les dio sosiego... Miguel necesitaría ayuda en su vida para que su desarrollo fuera completo, pero el amor es una gran llave, inmensa, y el compromiso hacia Miguel, infinito.

¿Qué tiene Miguel?

Las pruebas que se sucedieron confirmaban lo que les había dicho Javier: una variante de autismo, la palabra sonaba extraña como cuando te dicen algo que te resulta lejano, algo que les puede pasar a los demás y a ti no te alcanza.

A Asun la mareaban tantos tecnicismos refiriéndose a Miguel: dificultad en la cognición social, déficit en la función ejecutiva y en el desarrollo de la comunicación, falta de motivación para el aprendizaje; ¿cómo resolverían todo aquello? Les había llegado como un golpe inesperado y el coger las riendas de algo desconocido hasta entonces les resultaría una dura y ardua tarea.

Contaban con el apoyo de sus padres, de Carmen en el colegio, de Javier como piloto para marcar los pasos de a quién preguntar y dónde acudir.

Las fuerzas parecían flaquear, pero ella y Raúl no podían permitírselo, el futuro de Miguel dependía de ello. Miguel, el hilo conductor que guía y sigue guiando el camino.

Hoy y en el futuro...

Asun y Raúl saben del camino que Miguel tiene por delante, han aprendido a considerarlo, se ha convertido en su compañero.

Cualquier instante es aprovechado para conversar y seguir aprendiendo.

A pesar de la preocupación, saben que la ayuda de hoy para su hijo tiene que ir unida a hechos diarios como entender, conocer y asimilar otra forma de ver las cosas y hacérselas comprender a los demás; todo lo que hoy se consiga, podrá ser desgranado en el futuro por él mismo.

Desde aquí y desde este instante cualquier idea que sirva para ello es bien acogida y las respuestas a sus múltiples preguntas van llegando aunque poco a poco, por eso inscribieron a Miguel en el equipo del cole.

Sigue costando que él entienda lo importante que es ¡cómo explicarle la herramienta tan útil que resulta el deporte para su integración!, lo que puede significar en su aprendizaje... A veces refunfuña y muestra su desagrado, pero otras sin darse cuenta esboza una sonrisa cada vez que consigue llegar al balón aunque sea solo de refilón y el hurra de sus compañeros y compañeras hace que levante tímidamente los dedos en señal de victoria.

Puede que le siga costando, o no, que forme parte en alguna competición o juego, pensarlo ahora puede resultar prematuro, pero el esfuerzo por complicado que parezca merece la pena y es parte de la esperanza de Miguel.

FINAL DE COPA

Francisco Javier Escotto Rodríguez

Cuando sonó el pitido final, se desplomó sobre el húmedo césped, metió la cara entre los guantes y empezó a llorar. Escuchaba las voces, lejanas, de sus compañeros, extasiados, locos de alegría celebrando la copa que acababan de ganar, algo que 90 minutos antes se antojaba una quimera, pero por una vez, y en qué momento, la fortuna les había sonreído.

Nadie se había acercado a celebrarlo con él, seguía allí sentado en el suelo con la sonrisa que solo un chaval de 14 años que acaba de ganar una copa con el equipo de su barrio es capaz de dibujar. Se levantó y alzó la vista, vio a sus compañeros celebrándolo en el banquillo junto a su entrenador y su mirada se cruzó con la de su mejor amigo y hoy rival en el campo, enfundado en su camiseta roja con el 10 en el pecho, le dio un abrazo y le palmeó la espalda.

- ¡Enhorabuena Iván, vaya partidazo que has hecho hoy! ¡Habéis ganado merecidamente y me alegro por tu equipo, pero más que nadie por ti!

- ¡Muchas gracias, tío! Vosotros habéis estado geniales y tú ni te cuento. ¡Vaya golazo has marcado, todavía la estoy buscando! –dijo sonriendo tímidamente.

- Creo que teníamos el partido de liga demasiado fresco y nos hemos confiado, pero de todos modos no quiero quitaros el mérito.

- ¡No me lo recuerdes!–le dijo. Un mes antes, con el equipo rival jugándose el campeonato, les había ganado por 7 a 0 y al salir del campo varios jugadores se habían reído de él.

Pero eso no importaba, habían ganado hoy y tocaba celebrarlo. Se metió en el vestuario y con el agua de la ducha resbalándole, empezó a rememorar el partido de su vida.

Había llegado al campo temprano, se metió en el vestuario y buscó un rincón tranquilo. Se sentó y se colocó las espinilleras, sacó los guantes de la bolsa y los dejó sobre el banco con cuidado, repetía ese patrón partido tras partido como una liturgia, se puso el pantalón, se subió las calcetas y se calzó las botas.

Pronto llegaron los compañeros y el vestuario se tornó bullicioso, en su rincón Iván seguía concentrado, ajeno a las bromas y a la algarabía del resto. Javi el “míster” le dejó el jersey en el regazo y le puso las manos sobre los hombros...

- ¿Cómo estás? Hoy necesito al mejor Iván bajo los palos, así tendremos alguna posibilidad.

No dijo nada, seguía absorto en sus pensamientos, imaginando paradas imposibles. Se enfundó el jersey gris de portero y se puso los guantes. Al fondo de su cabeza, escuchaba las instrucciones que su entrenador daba al equipo para la final.

Salieron al campo y el calentamiento se le hizo eterno, quería que empezase el partido ya, la tensión, la adrenalina pulsando en sus músculos. Sintió la boca seca y dio un sorbo largo a la botella de agua que llevaba, dejándola, como siempre, tras el poste izquierdo.

Empezó el partido y pronto se vio que los rivales no habían venido a echar la tarde y antes del minuto Antonio ya había disparado a puerta. Los minutos pasaban y ningún equipo dominaba, el rival atacaba y su equipo buscaba el contragolpe, con rapidez y habían avisado al rival con un disparo que había salido alto.

En la banda el “míster” se desgañitaba, corrigiendo posiciones y gesticulando, resultaba cómico –pensó Iván– verlo como una marioneta de hilos invisibles corriendo y moviendo los brazos, saltando a cada jugada, como si quisiera rematar y sufriendo con cada disparo.

Hasta el momento los había atajado todos, la táctica defensiva que llevaban dos semanas entrenando, de momento daba resultado. Ellos tocaban y tocaban pero no encontraban ningún hueco por donde pasar. Antonio lo había intentado un par de veces, pero siempre se encontraba con Carlos, el central encargado de marcarle, bien colocado.

En el área Iván se movía inquieto, el balón rondaba por el centro del campo, lejos de su portería pero aun así se sentía tenso, concentrado. Escuchaba las voces de los entrenadores, de los aficionados, como un rumor lejano, distante. Su vista seguía al balón como un predador a su presa. Uno de sus compañeros chocó con un rival y ambos cayeron al suelo, el balón rodó sin dueño por el césped hasta pararse en aquellas botas azules que tan bien conocía. Alzó la vista y vio cómo Antonio levantaba la pierna dispuesto a tirar a portería.

- No se atreverá –pensó–, no desde 50 metros... –mientras daba un paso atrás.

Desde el centro del campo, Antonio la acomodó en su pie derecho y golpeó el balón que voló, rauda, hacia la portería. Iván empezó a correr sin perderlo de vista, el punto de penalti pasó fugaz mientras se dirigía a una portería que ahora parecía estar a kilómetros de donde se encontraba. El balón empezó a bajar, directo a la red,

otra zancada, entre el punto de penalti y el área de meta, el balón dio otra vuelta acercándose más al gol.

- O me la juego ahora o la recojo de dentro –pensó, dio un salto poderoso y despegó en busca de aquel esférico que descendía velozmente camino de la portería que defendía. Alargó el brazo y abrió los dedos todo lo que pudo tratando de cerrar el hueco entre él y la pelota. Notó como los tendones del codo se tensaban justo cuando los dedos cambiaban la trayectoria de la pelota a centímetros de la línea de gol. Se vio girando en el aire camino de la red mientras pensaba: Ojalá uno de los defensas llegue primero. Cayó tras la línea de meta y apoyó las palmas de las manos saltando como un resorte con los ojos girando frenéticos buscando la pelota que Pablo, el lateral derecho, ya había controlado y mandado, de un fuerte puntapié, fuera del campo.

- ¡Vaya parada, tío! –le dijo Carlos palmeándole el hombro– Te juro que la veía dentro.

Sus miradas se cruzaron un segundo, mientras Antonio se dirigía a sacar de esquina. Iván se apretó el velcro de los guantes y pensó: ¡A ver qué me tienes preparado ahora!

Antonio pateó el balón flojo, corto. Iván dio dos pasos de impulso, se elevó y lo agarró en el aire por encima de la cabeza de los atacantes rivales, cayó adelantando una pierna y lanzó el balón por encima de su cabeza hacia la banda izquierda, donde Jorge controló la pelota y salió como una flecha buscando la portería rival, Iván vio pasar una nube de camisetas rojas corriendo hacia el campo que defendían, Jorge avanzaba con la pelota pegada a la bota y Jesús el delantero lo seguía un poco más retrasado. El rival replegaba rápido y los centrales bascularon para detener a Jorge que estaba a 30 metros de la portería, de un toque con el interior de su pie izquierdo pasó el balón entre el hueco que dejaban los 2 defensas hacia Jesús, el cual controló la pelota al borde del área. En la portería Iván miraba, mordiéndose los guantes, el desenlace de la jugada que hacia un minuto había iniciado.- ¡Por lo que más quieras...marca!

Cerró los puños al tiempo que veía cómo el delantero golpeaba, un toque seco, con el interior, el portero rival que había iniciado la salida vio como la pelota lo rebasaba por el lado derecho y se colaba, manso, en la portería.

En el banquillo su entrenador corría aullando como un loco y lo celebraba con los suplentes, los compañeros abrazaban al goleador mientras Iván permanecía lejano, ajeno al jolgorio que había 70 metros más allá. Cuando el rival sacó de centro el árbitro indicó el final de los primeros cuarenta y cinco minutos.

En el descanso oyó las instrucciones del entrenador desde la esquina del vestuario. Todos los compañeros lo habían felicitado por la parada que había hecho y

por la tranquilidad que transmitía; él la recordaba como algo lejano, como si hubiera sucedido hacía mucho tiempo. El delegado los avisó para que saliesen y volvieron al campo.

El segundo tiempo empezó como había acabado el primero, el rival hacía valer su calidad y su equipo defendía, escaramuzas por uno y otro lado sin resultado positivo. Dominaban el partido pero sin éxito, tiraban desde lejos y los disparos los atajaba Iván sin problema. Ya llevaban casi 20 minutos y el rival atacaba desde su derecha, el interior había regateado a su marcador y avanzaba. Antonio, desde el centro, se desplazó a la izquierda, Carlos no lo perdía de vista ni un momento, el interior rival golpeó el balón elevándolo por encima de la línea de defensas, buscando a su jugador más determinante, a sabiendas de que era el único que podía, en una genialidad, desbaratar todo el sistema defensivo. El balón llegó a los pies de Antonio, que lo controló amortiguándolo con la derecha y dándole salida hacia la izquierda. Carlos esperaba que saliera hacia la derecha y pasó como un toro al que le abren el chiquero, intentó rectificar pero resbaló y cayó al suelo, estiró las manos en un intento desesperado de parar al adversario, aun a riesgo de que lo expulsaran, pero fue en balde, Antonio ya había golpeado el balón con el empeine interior de su pie izquierdo.

Iván saltó sobre las puntas de los pies y abrió los brazos tan pronto como vio la pelota aproximarse, se desplazó lateralmente hacia la derecha, intentando acortar la distancia entre él y el balón que se acercaba elevado, se impulsó, de nuevo, y estiró los brazos con la esperanza de que bajase y pudiera despejarlo.

Pasó 30 centímetros por encima de su mano extendida, lo vio pasar mientras caía, siguiéndolo con la mirada y la boca abierta; después, escuchó el impacto contra el saliente metálico que sujetaba la red y el sonido característico de una pelota resbalando por una malla, ese sonido que los porteros, sin importar edad, nivel o condición detestan oír.

Ya en el suelo, batido, Iván vio a los compañeros caer de rodillas con las manos en la cabeza mientras una avalancha de camisetas rojas buscaba a Antonio, que, inmóvil desde el lugar donde había golpeado, tenía los brazos elevados y esa mueca socarrona que ponía siempre que marcaba. Carlos se acercó para disculparse por el resbalón, pero él lo animó diciéndole que tenía que marcar y que prefería el empate y seguir con 11 en el campo que un penalti en contra y un expulsado.

Quedaban aproximadamente 20 minutos y el rival apretaba, presionado a su equipo que estaba muy cansado; los ataques eran constantes, ellos defendían e intentaban salir al contraataque, pero el balón no les duraba mucho en su poder.

A 10 minutos del final, Antonio controló la pelota en medio campo y echó a correr hacia la portería rival, los rivales que le salían al paso iban cayendo como

bolos, levantó la cabeza y se zafó a uno de los medio centro de su equipo pasándole el balón por en medio de las piernas; Iván lo veía aproximarse y tragó saliva, “esto pinta peor que la jugada del gol” –pensó–. Antonio pasó una pierna por encima del balón y sorteó hábilmente a Pablo a unos 5 metros del área. Carlos se desplazó a interceptar la jugada y Antonio pasó la pelota a su espalda al delantero centro de su equipo, que se la devolvió en un toque dejándolo un poco escorado pero en una posición inmejorable.

Golpeó el balón duro, con violencia, enviándolo hacia el poste más alejado de su posición, el balón volaba casi a ras de hierba. Iván dio un paso al frente y luego otro lateral antes de lanzarse, con los brazos extendidos, en su busca. Estiró el brazo y abrió los dedos para acortar todo lo posible la distancia que lo separaba del balón. O era él o era gol.

- Si no lo paro se acabó –pensó–. El esférico seguía su trayectoria a un palmo del suelo.

Tocó el balón con los 3 últimos dedos, sintió el impacto en su guante, sus dedos haciendo fuerza opuesta a la trayectoria, cayó al suelo y lo siguió con la mirada, lo había desviado pero no sabía si lo suficiente para evitar el gol. Contuvo el aire en su pecho y exhaló, aliviado, al verlo perderse mas allá del poste, apoyó la cabeza en el suelo y escuchó el silbato del árbitro indicando el saque de esquina, se quedó en el suelo recuperándose y sintió el tacto de una mano que le daba una colleja cariñosa y una voz que le decía “¡Vaya partidito me estás dando hoy!”. Levantó la cabeza y vio alejarse aquellas botas azules y la camiseta roja del rival con el 10 a la espalda conduciendo la pelota.

El córner se sacó sin consecuencias, pero el rival en general y Antonio, en particular, seguían apretando. Un intento de vaselina, un par de disparos lejanos. Escuchó la voz de Javier que decía “¡5 minutos, chavales, 5 minutos y nos la jugamos a penaltis!”.

No era lo mejor, pero al menos era una posibilidad –pensó–, aunque ello implicaba una responsabilidad mayor para él. “5 minutos, ojala pasen rápido”. El balón seguía dando tumbos a 40 metros de ambas porterías.

- Bueno, al menos nadie nos podrá echar nada en cara ni decir que no nos hemos dejado el pellejo.

El equipo rival lo intentaba desde la derecha de su ataque, pero entre Carlos y el lateral izquierdo taponaron el camino para que pudiera bloquear el esférico sin problemas.

- ¡A mí, Iván!

Escuchó la voz de Pablo y vio que iniciaba la carrera, le mandó el balón, lo controló y avanzó con él, regateando sin problemas al cansado interior izquierdo rival; en el centro del campo Jesús le pidió el balón, Pablo lo pasó y siguió corriendo, al primer toque Jesús devolvió el balón y Pablo lo pasó a Jorge que se había venido hacia el centro del ataque. Jorge se quitó de encima a dos defensas y tiró a portería, el balón se elevó y llevaba buena trayectoria. El portero rival estaba fuera de su sitio y retrocedía rápido.

- ¿Tendríamos una posibilidad? –pensaba Iván a 90 metros de la jugada. El balón comenzó a descender buscando la red, pero el portero rival, en una estirada prodigiosa, acertó a desviarlo por encima del larguero. Jorge se tiraba del pelo y los rivales respiraban aliviados felicitando a su portero.

Desde la banda el “míster” dijo que probasen la jugada nueva. La habían ensayado desde hacía solo un par de días. Carlos se fue hacia arriba y se colocó cerca del poste más cercano a la esquina donde Jorge ya pisaba el balón y hacia la seña correspondiente.

El balón se elevó alto hacia el segundo palo donde Jesús había acudido tras desmarcarse bien de uno de los centrales. Carlos había iniciado un movimiento hacia el segundo poste, pero había parado en seco y vuelto sobre sus pasos a la zona que ocupaba al principio. Dos rivales saltaron con Jesús para evitar su remate y el portero rival aguardaba bien colocado preparado para reaccionar si el balón iba hacia su portería.

Cabeceó el balón, caras de asombro en los rivales y compañeros, todos mirando la suerte de un balón que podía decidir un partido, todas las caras vueltas hacia la portería esperando un esférico que Jesús había enviado de vuelta por el mismo camino que había venido. Esos segundos inciertos dieron a Carlos tiempo suficiente para, completamente olvidado, elevarse y cabecear la pelota hacia el marco vacío, siguiéndolo con la mirada y la boca abierta y un grito esperando a explotar en su garganta.

¡¡Gooooooooool!! Iván cayó de rodillas elevando los brazos al cielo en el momento que el balón caía dentro de la red. Vio la explosión de júbilo del banquillo donde Javi y los suplentes dando botes celebraban ya la victoria, a Carlos correr poseído aullando camiseta en mano hacia una de las esquinas donde una nube de brazos y cabezas le cayó encima, miró a la grada y vio a los padres y directivos sacudir la pancarta de apoyo que habían confeccionado, mientras él se repetía a sí mismo

- ¡Aún no se ha acabado Iván, esto aún no se ha acabado!

Sacaron de centro y se lanzaron al ataque buscando el empate de forma desesperada con 8 jugadores en el campo rival. Carlos, Pablo y el resto de

compañeros se batían el cobre intentando mantener a raya a unos rivales que, desesperados, tiraban desde cualquier posición.

“¡Mantente sereno!” se repetía una y otra vez, procuraba ganar tiempo de cualquier forma, si blocaba el balón se echaba al suelo, se levantaba y se ajustaba las medias antes de sacar, el árbitro que ya había mirado el reloj un par de veces, le advirtió que lo amonestaría si seguía con esa actitud y en la grada el grupo de padres y directivos se mordían las uñas y chillaban pidiendo al árbitro para que no prolongase mucho aquella agonía, dulce agonía.

Uno de los centrales rivales dio un balonazo, Carlos vio venir a los delanteros rivales y cabeceó hacia atrás, Iván blocó la pelota y la envió con su pie derecho lo más lejos que pudo justo en el momento que el árbitro levantaba los brazos y pitaba tres veces. Eran campeones. Salió ya duchado, con su medalla al cuello, Antonio lo esperaba con la bolsa colgada a la espalda.

- ¡Ya creía que te ibas a quedar ahí bajo la ducha toda la tarde!

Salieron del campo comentando las jugadas del partido que acababan de jugar, riéndose, como dos amigos, como dos deportistas.

Han pasado casi 10 años de aquel partido y la copa sigue, con su medalla, colgando en el bar del padre de Iván; por allí anda también aquel portero echando una mano en el negocio cuando sus estudios de económicas se lo permiten. A veces queda con Carlos y Jesús para matar el gusanillo y jugar un partidito en el mismo campo que ganaron la copa.

Antonio juega en 1ª división, pero cada verano vuelve por su ciudad y siempre pasa por el bar, se sienta con Iván y charlan de sus cosas, a pesar del tiempo y la distancia mantienen el contacto y su amistad ha perdurado como el recuerdo de aquel partido que jugaron una lluviosa tarde de mayo.

UN AMIGO

Joseba Etxebeste Otegi

A Georgina

La joven se levanta de la cama, se arregla la coleta y de un gesto mecánico separa el largo flequillo de su frente. El arco de la espalda, la corpulencia y el pelo que cuelga frente a sus ojos hacen que la mirada surja desde el fondo de una cueva, como oculta detrás de una cascada de agua. Los ojos, hermosos y del color del fondo terroso del cauce del río, brillan detrás, escondidos, y se adornan con una sonrisa que sigue una olvidada ley juvenil que la hace saltar de la euforia a la tristeza. Está contenta por los abrazos y cariños que le han brindado los suyos en el desayuno. Se han cabeceado unos contra otros, la han besado en la frente y con un zumo de naranja y un pan con tomate la han dejado marchar. Hoy se enfrenta al primer día de su diecisieteavo cumpleaños.

Las amigas la esperan en los porches de la plaza, la abrazan, la felicitan, y caminan juntas hacia el instituto como un día cualquiera. Olvidan rápido la celebración para hablar de los quehaceres y amoríos. Se ríen acusándose unas a otra de poner cara de acelga cuando se cruzan con los chicos: alguna de ellas tuerce la cara y mira de costado, otra parpadea como una mariposa y las más discretas mantienen una sonrisa congelada que dura hasta que han doblado la esquina. La conversación sobre las pasiones siempre gira sobre suposiciones: nadie ha visto ni oído nada, no hay modo de confirmarlo ni de negarlo, así funciona; se habla, se habla y se habla y luego no se sabe si es cierto porque se ha hablado o se hablado porque es cierto. Es un juego peligroso conversar sobre gustos en el tema de novios y amigos; el riesgo está en que la confesión viaje de boca en boca hasta oídos interesados y se transforme lo dicho jugando, en un hecho veraz. Ya lo han discutido muchas veces, no tiene remedio. Siempre se acuerda de lo que hizo Mireia, la amiga de Nuria, amiga entonces ya que después dejaron de serlo. Contó antes de la fiesta de fin de curso que Nuria se moría por aquel tío medio hippie que se creía interesante por fumar un cigarrillo antes de ir a clase y se chuleaba por ser el primero en colgarse una anilla dorada. Era un infeliz que se veía como un pirata surcando el Cabo de Hornos solo por llevar un pendiente en la oreja. ¡Lo que tuvo que aguantar la pobre

Nuria! Y lo peor fue que Mireia nunca admitió que había dicho nada, que ella nunca haría eso, que le dolía lo que le decíamos, que nos conocíamos desde pequeñas, que habíamos ido juntas de compras, que podíamos confiar en ella; para luego terminar preguntando que qué hacíamos con Soraya “la nueva”, que era sucia, que no celebraba las fiestas de la Virgen, que la iban a devolver a su pueblo para que se casara con un viejo. “Cállate, si te mordieras la lengua morirías envenenada” –le soltó Miriam, la hija de Judit la panadera, la más ágil de todas y la que menos se dejaba envolver por los mentirosos juegos de palabras.

En la puerta del instituto se concentran los estudiantes hasta que suena la sirena, las chicas en corros y los muchachos apoyados contra el muro. El pequeño grupo de amigas se dispersa mucho más rápido de lo normal y la dejan sola, sedientas todas por difundir entre los compañeros la buena nueva del cumpleaños. Estos, no sin comentarios, se acercan para darle dos besos. Besos salados a la pimienta, distintos a todos los anteriores, que anuncian divinos abismos. Ellos dicen “felicidades”, ella “gracias”, apoyan una mano en el hombro, el primer aliento en una mejilla y el segundo en la otra. Así con todos, también con él, con ese al que mira de reojo, al que vigila en los descansos, por quien pregunta a los demás sin mostrar un aparente interés. Baja la cabeza por el apuro que tiene en que le note que le tiembla el corazón, que el pulso se le marque en los pómulos. No sabe que parpadea cada vez que le ve, que los pies le empujan a saltar sobre él, que sueña con que trabajen juntos, que caminen de la mano. En este juego, tanto ellas como ellos, esperan su oportunidad sin mostrar demasiado las cartas, sin dejar ver la jugada que guardan.

El día pasa entre profesores aburridos y enseñanzas incompetentes. Cada alumno hace lo posible para que el reloj corra más rápido, para que el tiempo no se detenga entre la Revolución Francesa y la primera guerra carlista, no se cuelgue en una integral o una derivada, se acelere al analizar un texto de Josep Plá o un poema de Machado. Ella prefiere atender, a pesar de los inconvenientes que pueda tener la estrategia, es más práctico, todo se hace más corto. No obstante a veces se pierde en su mundo y parpadea. Los profesores dicen de ella que es buena alumna, que se concentra y cumple con sus quehaceres, pero para ella no valen nada, son el enemigo al que declarar la guerra. Su abuela piensa que cuando sea mayor apreciará el trabajo de los profesores. Se equivoca. ¡Qué diferente es de la antigua escuela donde iba de niña!

Para los ratos muertos de ocio y asueto, de *jolas* como dice un amigo vasco de su padre, está el fútbol, el Barça. Siempre hay un partido de liga, copa o champions, un encuentro que da qué hablar: resultado, jugadas de gol, faltas, errores, penaltis y, sobre todo, declaraciones. En la prensa deportiva a todo el mundo le ponen un micrófono en la boca, cualquiera opina sobre Dios y Lucifer, y de este modo se leen palabras de ángeles vestidos de azul y grana y de demonios, que siguiendo la

tradición cristiana, van expandiendo un perfume a blanco azufre. Los chicos suelen sacar un balón y juegan un partidillo contra el muro. Ellas miran, antes jugaban, pero ya no merece la pena, solo las más hábiles pueden moverse entre los muchachos. Y así están: una mirando de costado, otra sonriendo, y ella parpadeando cuando tocan el balón. Y siguen solas hablando de fútbol, de futbolistas. Qué guapo es el defensa que se ha enamorado de la estrella del pop, ella canta muy bien, ese jovencito de origen serbio es muy buen chaval, yo tengo una foto con él, no me digas, qué suerte, yo lo vi cuando vino a ver un partido de fútbol de un amigo al pueblo, el entrenador ha perdido el pelo en los últimos años, imagínate la tensión que ha tenido que pasar, dicen que es gay, a mí me parece estupendo, pero si tiene dos niñas, eso no importa, quedamos para ver el partido, será divertido, habéis visto las últimas fotos... y vuelta a empezar. Cada una defiende una posición, un jugador, una actitud, como las vírgenes vestales cuidaban de sus dioses, sin oponerse entre ellas. Una vez, Sara Emilia la ecuatoriana se descolgó con que le parecía guapo el delantero blanco. ¿Qué dices? Si es un chulo, si solo sabe hacer bicicletas, siempre pide falta cuando se cae, es un chupón de plástico. En el fondo no les importa, lo que pasa es que al padre de la morena siempre le ha gustado el Madrid y ella lo hace por él, es puro amor filial.

El día del cumpleaños continúa en casa con la familia. Su tía sube a felicitarla desde el piso de abajo exclamando y gesticulando con los brazos. “Si no puedo ni cogerte, ¡qué mayor te has hecho!, ¡qué bien te queda la coleta!, ¿qué tal en el instituto nuevo?, ¿te gusta?, ¿tienes amigas ahí?” “¿Te quedas a cenar, tía?” –responde abrazándola y sonriendo contenta–. “Tu primo me ha dicho que te llama a la hora de cenar” –insiste lanzando las palabras sin esperar respuesta–. Abandona los cuadernos en un rincón de su habitación, entre sus cosas y bajo las miradas de papel de los héroes del balompié, corre hacia el teléfono que no para de sonar: son los abuelos, suena de nuevo, un tío, ring-ring, otro tío, tintinea otra vez, y casi no pueden cenar tranquilos. En los postres es el primo el que llama, el último que faltaba en la lista de los posibles. Su madre aprovecha para sacar el pastel, encender las velas, cantar “Feliz cumpleaños”, y ella sopla apagando las llamas y pidiendo un deseo parpadea en silencio.

“¡Nena! Coge el teléfono de una vez” –dice su padre cansado de tanto ajeteo y de tantas rupturas por las felicitaciones de la hija–. “Muchas gracias” –dice mientras se levanta de la silla antes de cerrar la puerta de su cuarto–; “Qué ilusión me hace que hayas llamado” es lo último que se oye. La han visto parpadear. Y después nada, solo el asombro entre los suyos, la mesa callada escuchando el susurro de sus palabras tras la puerta. Al rato se sienta de nuevo con la cara radiante, sabe que todos la miran, esperan con curiosidad, suplican que rompa ese silencio incómodo. ¿Qué pasa?, ¿qué secretos guarda? piensa la madre, y con una mueca dispara: “¿Quién era?”

Yo, deportista

Tranquila, segura de sí misma, como nunca antes lo había estado, la mira a su madre y responde: "Nadie, un amigo". Solo el hermano menor vocifera para molestar a su hermana que no la oye, que todavía paladea la llamada flotando en el humo de las velas del pastel, en la magia de sus estrenados diecisiete. Aún resuena la voz del muchacho en su oído, su hablar leridano replica en sus sienes. Luego lo contará, ahora solo tiene sentidos y sentido para el sonido de las breves palabras del amigo de su primo, el de la foto, el de origen serbio, el héroe del balón: "Hola, soc lo Bojan. Felicitats!"

SUEÑO DE ESTRELLAS

Juan Manuel Fernández Perelló

Silencio. Blanco. Brillante. Alejandro pensaba que tenía los ojos cerrados pero su mente le decía lo contrario a tenor de aquellas evidencias. Siempre creyó que el vacío sería negro pero allí no había nada salvo una claridad infinita.

Parpadeó rápidamente repetidas veces y fue entonces cuando empezó a distinguir colores que le resultaban familiares. Primero un azul celeste moteado de blancos que iba intensificándose hasta encontrarse con un verde intenso salpicado con marrones y grisáceos. Sus pupilas por fin recuperaron su cordura habitual, y ante sí descubrió el mismo paisaje tranquilizador que había visto tantas otras veces, en los que se había aislado buscando la paz interior. Todo estaba como siempre. El aire era fresco, el olor a hierba y a tierra húmeda le envolvía haciéndolo levitar. El cielo lucía despejado salvo por pequeñas nubes de formas caprichosas de algodón y nata. El silencio era tranquilizador. Nada se oía. Ni tan siquiera el trinar de los pájaros que tantas veces había asociado de pequeño a los paisajes primaverales como el que estaba disfrutando una vez más.

Sin embargo, algo sí que se percibía en la lejanía. Notaba cómo la paz que sentía se empezaba a escapar de su interior. Un sonido inquietante pero que no extrañaba y que cada vez reverberaba más y más fuerte en su interior. Sin embargo era como un ruido sordo. Un ruido que conocía pero que no localizaba y que estaba fuera de contexto.

La luz brillante parecía retornar a sus pupilas aunque esta vez la sensación de luminosidad no duró demasiado. Mientras permanecía de pie en el túnel de vestuarios con la mirada clavada en la luz de aquel foco del estadio, identificó el ruido como la mezcla inconfundible de la música de ambiente, los cánticos de las aficiones, el sonido de tambores y el de las ya clásicas vuvuzelas.

- ¡Señores! Ha llegado el momento que tanto esperábamos y por el que tanto hemos trabajado estos últimos años. Todo el país está pendiente de nosotros. Los niños contarán a sus nietos cómo ellos vieron y disfrutaron la final del Mundial del 34. La primera que ellos veían, porque no habían nacido cuando España logró su

primer Mundial en 2010. Por ellos y por nosotros mismos, tenemos que salir ahí a darlo todo. A hacer lo que mejor sabemos hacer: jugar al fútbol.

- Tengo miedo –comentó Alejandro al compañero que tenía junto a él-. Sé que ya he jugado otros partidos con la selección, pero eran amistosos. Durante estas semanas me he dedicado a ver relajado desde el banquillo todos los partidos y disfrutar de todas y cada una de nuestras victorias. Incluso la eliminatoria que superamos ante Argentina por penaltis, a pesar de la tensión y el nerviosismo. Temo no estar a la altura de Rubén.

- No digas tonterías –replicó– Rubén no puede jugar este partido por sanción. Él se sacrificó por nosotros, para que pudiéramos estar aquí. Lo expulsaron pero evitó el gol y el penalti posterior no entró. Ahora te toca a ti compensarle y jugar este partido como a él le hubiera gustado hacerlo personalmente, devolviéndole al místico, a Rubén y a todos nosotros la confianza que todos tenemos en ti.

Mientras tanto, con las dos selecciones a punto de salir al campo y con los nervios a flor de piel, Mike Neetwork sudaba sin control mientras intentaba coordinar a todos sus trabajadores en el Centro Internacional de Transmisiones Deportivas.

Neetwork escrutaba a sus equipos para asegurarse de que todo funcionara como él esperaba. Uno a uno iban confirmando que las conexiones estaban al 100% operativas, sin incidencias, pero algo no terminaba de marchar del todo bien.

- Houston, díganme que está todo solucionado.

El G-One no estaba respondiendo a las directivas establecidas para la transmisión.

El G-One, como se conocía familiarmente al GoohooSatOne, era uno de los cuatro satélites que el gigante de Internet había logrado colocar en órbita cuando, hacía unos doce años, amplió su visión de mercado con la intención de extender su dominio cibernético al mundo de las telecomunicaciones audiovisuales. Tal era su éxito en la Red que se permitió el lujo de arriesgar su prestigio entrando en el mundo de la carrera espacial. Sus primeros pasos fueron colocar cuatro satélites geoestacionarios dedicados a las comunicaciones digitales de vídeo y audio.

- ¡Negativo, CITD! Por alguna extraña razón, el G-One está emitiendo la señal que llega desde el estadio pero no la redirige al centro de transmisión de Alaska y tampoco podemos hacer que deje de emitir.

- Pero entonces... ¿a dónde demonios la está mandando? –apremió Neetwork.

- No estamos seguros, pero creemos que al espacio exterior –Mike Neetwork no pudo evitar que sus nervios le hicieran aflorar una leve sonrisa.

- ¿¡¡Y para que leches quiero yo una señal al espacio exterior!!? –replicó– Os voy a duplicar la señal y la vamos a reenviar al TelecomSat –el TelecomSat era el satélite de telecomunicaciones al que unos años antes sustituyó el G-One–, y

retransmitís esa. No me importa lo que digan en Goohoo. El partido tiene que verse sí o sí ¿Entendido? La otra señal no me importa nada. ¡Que la vean los marcianos si no tienen otra cosa que hacer!

En el campo, sonaba el himno español y el de Estados Unidos. La gran potencia deportiva que había dominado el deporte mundial desde la desaparición de la URSS había logrado también hacer un equipo de fútbol de alto nivel. El soccer, como ellos lo llamaban, era el deporte de moda en EEUU, llegando a hacerle sombra al béisbol.

- ¡¡Comienza el partido!! –se oyó casi simultáneamente en más de 150 idiomas diferentes a lo largo de las casi 400 cabinas de retransmisión repartidas en la zona de prensa del Colliseum–. El partido transcurre interesante aunque sin brillo. Ambos equipos se tienen mucho respeto. España ha retomado el estilo que la hizo grande allá por el 2010. EEUU, de momento, trata de aclarar sus ideas. Se está dejando sentir la presión que tienen los americanos, a los que todas las apuestas dan como favorito.

- ¡Mierda, casi la cago hace un momento! –pensó Alejandro visiblemente afectado–. Si llega a controlar el delantero, la liamos parda. Me muero. ¡Cálmate! –se decía a sí mismo–. Recuerda cómo hacías con papá para relajarte, respira hondo, estás en un prado soleado, tranquilo, disfrutando del paisaje pero mantente alerta al juego –se repetía una y otra vez mientras desde el banquillo, el míster y los compañeros, conscientes de su nerviosismo, le insuflaban ánimos.

- ¡Ocasión de peligro! –saltó en la cabina de la televisión española– ¡Smith está solo en el segundo palo! ¡hacia él va la pelota! –la tensión en la voz del comentarista se palpaba– ¡Controlaaaaaaa...! ¡Tiene tiempo de colocarse el balón...! ¡Disparaaaaa...! ¡FUEEEEEERAAAAAAA! ¡Saque de esquina! ¡Alejandro ha sacado una manopla providencial! ¡Alejandro salvador!

Año 2146

En un observatorio astrológico, Oc pasaba el tiempo tumbado en su silla, intentando no dormirse. Había pasado una mala noche y no le apetecía hacer ninguna tarea que le requiriese una gran concentración. Su trabajo le permitía alguna que otra licencia como esa porque, desgraciadamente, nunca ocurría nada excepcional que se saliera de lo esperado.

Oc se desperezó a la vez que soltaba un bostezo que se le antojó supremo. Estaba ansioso porque llegara el momento de volver a casa cuando sus profundos ojos negros descubrieron cómo una luz roja empezó a parpadear en la consola que tenía delante. Sus pequeñas orejas y su fino oído percibieron que las impresoras comenzaron a sacar papeles a decenas y los cabezales de las cintas de grabación revolucionaban como nunca antes los había visto.

Aquello era algo inusual para aquel hombrecillo gris, de piel rugosa y cabeza ovoide. Rápidamente intentó localizar a su superior pero antes se aseguró de que todo estaba quedando documentado correctamente.

- ¡Señor, tenemos algo! –gritó cuando logró contactar con su jefe–. Es una señal que proviene de un pequeño planeta azul en una galaxia no muy lejana que conocemos por Vía Láctea y que está localizado a algo más de cien años luz. –guardó silencio mientras su jefe le daba instrucciones–. No, señor. No sé de qué tipo de señal se trata ni su contenido. El ordenador está trabajando sobre ella desde el momento en que detectó la primera alteración –volvió a guardar silencio esperando más instrucciones–. Sí, señor. Entendido, señor. En 30 minutos estaré allí con toda la documentación.

Treinta minutos más tarde, Oc aguardaba nervioso junto a la puerta del salón de reuniones del Consejo Oficial de Asuntos Extraterrestres. Mientras revisaba las notas, el Consejo debatía sobre las consecuencias de aquella señal.

- Evidentemente se trata de vida inteligente –aclaraba el portavoz que tenía la palabra en ese momento– pero mucho me temo que se trata de una civilización violenta y agresiva. El ordenador ha comprobado que la señal tiene una componente visual y muchas de audio que, si bien son a priori diferentes, todas hablan en términos similares que se nos antojan bélicos. Todas utilizan palabras similares a “ataque”, “defensa”, “disparo”, “estrategia”, “enfrentamiento”, “flecha”, “bala”, “luchar”, “forcejear”, “golpear”. Todos ellos, términos que el ordenador ha identificado con enfrentamientos violentos. En conclusión, podemos deducir que se trata de una civilización guerrera y habrá que estar preparados ante una posible invasión.

97

El partido llegaba al final de su primera mitad. El empate inicial se mantenía en el luminoso de todos los marcadores. Ambos equipos habían dispuesto de ocasiones para adelantarse pero ninguno lo había conseguido. El descanso estaba a punto de llegar y era el momento de reponer líquidos, aunque había que mantener la concentración y la calma. Al menos disfrutarían de 15 escasos minutos para recibir instrucciones, masajes y relajar tensiones.

- ¡Se reanuda el partido! –espetaban los locutores de los distintos medios– 45 minutos para la gloria, para conocer al nuevo y flamante campeón del mundo. Aún se siente la presión en las piernas y la responsabilidad en los hombros.

Bajo la portería española, Alejandro trataba de no perder la tensión de sus músculos. Su gran parada del primer tiempo lo había tranquilizado pero aun así, se alentaba para mantener la calma necesaria y no cometer errores.

- ¡GOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL de España! Por fin lo único que le estaba faltando al encuentro. A sólo 10 minutos del final más la prolongación, España inaugura el marcador con un soberbio gol.

EEUU se lanza a la desesperada. Los nervios hacen su aparición en la defensa española. – Ahora hay que aguantar sin que nos marquen – parece que está pensando Alejandro por la expresión de su cara.

- ¡Penalti y expulsión! – se lamentan en la cabina de la televisión nacional-. Ha pitado penalti y en justicia que lo es. Smith se marchaba hacia el borde del área chica cuando el zaguero español no midió bien las distancias llegando tarde a interceptar el balón y arrollando al delantero estadounidense. Será el propio Smith quien lo lance.

Alejandro luchaba por mantener la serenidad y que todo su miedo y nerviosismo no afloraran en su rostro pero Smith era el máximo goleador del mundial, con 7 dianas realizadas y el jugador elegido como más valioso en todas las rondas previas a la final.

El árbitro hace sonar su silbato. Smith da un leve paso a su derecha, comienza a trotar en dirección al balón. Levanta la mirada. Ve a Alejandro aún inmóvil sobre la línea de cal. Eleva su pierna izquierda. Alza su brazo derecho. Y, con todo el ímpetu que puede, golpea con violencia al balón.

Alejandro no es consciente de su cuerpo pero advierte que parpadea a cámara lenta. Smith ha comenzado a moverse pero él aún está quieto bajo el travesaño. Sin saber muy bien cómo ni por qué, se ha tirado a su izquierda.

- El tiempo se ha detenido. Todo lo percibo en cámara lenta –piensa Alejandro-. Noto cómo floto y creo que tengo los ojos cerrados. Otra vez el silencio, el cielo azul y el olor de la hierba fresca y la tierra húmeda. Me gusta esta tranquilidad, esta sensación pero... ¿qué es eso? ¿qué ha pasado? He sentido un golpe en mi mano. ¡Es el balón! ¡¡¡He parado el penalti!!! Tengo que alcanzar el balón para evitar el rechace –se apremia Alejandro.

- ¡¡¡Parooooooooooooó!!! ¡¡¡Parooooooooooooó!!! ¡¡¡Parooooooooooooó!!! ¡Alejandro de mi vida! ¡Alejandro de mi corazón! ¡Viva la madre que te parió! –gritaba un locutor poco ortodoxo de una de las emisoras más reconocidas del país– ¡Vamos, España! ¡Vamos, rojita! ¡España entera está contigo! ¡40 millones de corazones laten al unísono empujando y animando! ¡Vamos España! ¡Tenemos que ganar este mundial!

Los jugadores españoles corren a por Alejandro, le felicitan, le achuchan, le abrazan, algunos se suben a su espalda, otro le tira de los pelos, uno de ellos choca su cabeza contra su frente y le grita a escasos centímetros de su nariz mientras Alejandro trata de asimilar lo que acaba de suceder

- No me lo puedo creer. He parado el penalti a Smith –piensa-. Es extraño. Estoy feliz y no puedo reprimir mi alegría por haber parado la pena máxima, pero no puedo evitar sentirme mal por él. No me gusta verlo ahí abatido, de rodillas sobre el punto de lanzamiento, con su cara entre las manos, mientras se lamenta de la oportunidad perdida.

Durante los minutos que restan, en la portería, Alejandro se repite a sí mismo:

- Pita. Pita el final. Árbitro, por favor pita el final, pita el... ¡¡SÍIIIIIIIIII!!!
¡Somos campeones del mundo! –las lágrimas fluían por sus ojos.

- Al final se ha conseguido, míster –entrevistaba la locutora de la televisión pública al seleccionador nacional–. Había quien dudaba de esta selección. Se decía que tenía muchas individualidades pero al final somos campeones del mundo.

- Sí, no ha sido fácil pero aquí estamos. 24 años después España vuelve a ser campeona del mundo aunque yo siempre he confiado en este colectivo. Los que decían que no éramos un conjunto estaban muy equivocados. Esto no sólo es un gran equipo, es una familia con grandes valores, un grupo de jóvenes que tienen la justicia, la honestidad, la deportividad, el autosacrificio, la lealtad y la amistad por bandera. Un grupo que ha demostrado un respeto absoluto por los demás y una ética sin igual, que ha venido aquí con la máxima humildad a divertirse, que ha tenido un comportamiento ético y que ha respetado siempre a los contrarios, a los árbitros y a los contrincantes, que ha jugado limpio en todo momento incluso cuando las situaciones eran adversas. Un equipo que no sólo se lleva la copa de campeones, sino la satisfacción de un trabajo bien hecho, de haber alcanzado la autorrealización máxima, sin prejuicios y que ha rozado la perfección haciendo lo que mejor saben hacer, jugar al fútbol divirtiéndose.

Año 2146

Oc lee incrédulo el último informe que acaba de arrojar el ordenador que se encarga de interpretar la señal interceptada desde el planeta azul y corre en busca de su jefe.

- ¿Así que no existe lugar a dudas? ¿No se trata de una civilización violenta? –preguntó el jefe de Oc.

- Lamento no poder asegurar si la civilización es o no violenta –replicó Oc–. Lo que sí que podemos asegurar es que la transmisión interceptada no se trata de la narración de una escenificación bélica sino deportiva, es decir, referente a lo que llaman Deporte. Es algo que tiene una serie de valores que fomentan la unidad, la amistad, la lealtad, la humildad, la interrelación cultural, el respeto, el sacrificio y la honestidad entre otros muchos –añadió convencido el joven operador.

- Perfecto. Desde ahora mismo tenemos que empezar a trabajar para ponernos en contacto con los habitantes de la Tierra. Centraremos nuestros esfuerzos en comunicarnos con ellos en base a lo que denominan “Deporte” –respondió el jefe de Oc.

Sobre el césped del Colliseum Stadium, los jugadores españoles cogen en volandas a Alejandro celebrando que ha sido uno de los héroes del partido. Lo lanzan al cielo una y otra vez mientras que él busca en la grada, en la zona donde

Yo, deportista

están sentados sus padres. ¿Cómo se sentirán? –piensa mientras escruta con dificultad los asientos situados tras los focos–.

Silencio. Blanco. Brillante. Vacío absoluto.

- Vamos, gordito –dice a lo lejos una voz familiar–, despierta que tengo que ponerte el pañal-bañador que nos vamos a la piscina a nadar un ratito. ¿Qué soñaba mi niño que tenía esa sonrisa dibujada en su carita?

- Quiero ser deportista –respondía Alejandro en su joven cabecita mientras recogía el chupete de entre las sábanas de su cuna para ponérselo en la boca aunque no sin esfuerzo para coordinar sus pequeñas manitas.

- Papá, venga, que llegáis tarde a la 'pisci' –advirtió la madre de Alejandro.

- Espera, que estoy viendo una noticia en el telediario.

En el televisor, la locutora informa:

- Goohoo se lanza a la carrera espacial. La multinacional tiene previsto poner en órbita cuatro satélites de telecomunicaciones. Las estimaciones son que podrán estar en pruebas en unos ocho años y a pleno funcionamiento en unos doce. De esta manera, Goohoo amplía su área de negocio, lo que estiman que le producirá pingües beneficios...

En algún sitio muy lejano:

- Hola, mi nombre es Oc y hoy es mi primer día de trabajo en el observatorio...

100

NADA

Javier Gálvez González

Nada

Miro en todas direcciones pero sigo sin poder ver nada distinto. Un vacío a la derecha y la misma ausencia de vida a la izquierda. En todas las direcciones sigue presente la nada. En este lugar no hay diferentes alternativas, pues todos los meridianos del planeta se dirigen hacia el norte. No hay nada más que la eterna blancura de la nieve; nada más que el azul tenebroso del hielo eterno; ese azul tan oscuro como la larga noche polar. Aquí no hay nada. El Polo Sur es el centro de lo que nunca existió, es el continente de los espacios vacíos y el punto de encuentro de las almas que dejaron su vida atrás. Aquí el rey es el hielo, el frío es su ejército que todo lo arrasa. La nieve y el viento son los únicos súbditos de este continente aislado.

Y ahora estoy aquí. Yo, Roald Amundsen, he llegado en primer lugar. Nunca nadie ha estado tan lejos de otro ser vivo como yo lo estoy ahora. He vencido en este gran reto. El 14 de diciembre de 1911 será recordado a lo largo de los siglos porque yo llegué el primero al Polo Sur.

Sabía que iba a ganar esta carrera contra los ingleses. Mis perros y mis esquís han vencido a la fuerza del hombre. En este reino vacío donde la noche dura la mitad del año, no hay ningún vestigio del paso de Scott por el Polo Sur. Ninguna obra del ser humano rompe la monotonía del color blanco de esta naturaleza tan brutal que casi termina con nuestras vidas miles de veces cuando ascendíamos a esta fría meseta por el glaciar Axel Heiberg, ese monstruo endiablado que tantas veces nos hizo besar el hielo. Miles de grietas sin fondo esperaban ansiosas por convertirse en nuestras frías tumbas y se mantenían ocultas bajo traicioneros puentes de nieve que se hundían a nuestro paso. Hoy, en el Sur más recóndito, no hay ningún objeto artificial que me haga pensar en una derrota, pues ningún objeto fabricado por la mano del hombre ha estado nunca en este lugar hasta hoy. Mis esquís, desgastados por el roce áspero del hielo, han rendido el merecido honor a mis antepasados nórdicos, aquellos que los crearon hace ya 5.000 años. Estas viejas tablas de madera curtida por las manos del hombre han llegado más lejos y más rápido que los automóviles, los

ponis siberianos y la fuerza de los pasos de los súbditos de su majestad imperial británica.

Soy feliz por la victoria lograda, pero este frío desgarrador e interminable me impide mostrar la alegría que ahora brota de mi corazón. El hielo cubre mis cejas formando una fina pared translúcida que refracta la luz hasta hacer que todo lo que veo parezca uniformemente blanco. Ya no soy capaz de imaginar mis pestañas sin esos espesos copos de nieve uniéndose a ellas como un niño se abraza a su madre. Las negras congelaciones de mi prominente nariz reflejan la velocidad del viento que recorre incansable la vasta meseta antártica y que abraza a cada ser humano que, insolente, se atreve a penetrar en sus dominios. Ese viento, finalmente, consigue destruirnos segundo a segundo y minuto a minuto. Cada tic-tac de las agujas del reloj es un paso hacia una muerte segura. Desde la primera semana de esta infernal carrera, las congelaciones de mi rostro me han recordado lo cerca que acecha la muerte blanca, siempre agazapada, esperando a su presa, siguiendo invisible cada paso de nuestros trineos. Todos los mordiscos de esta serpiente blanca se han marcado en mi cuerpo y en mi memoria para siempre. Este terrible frío me impide sonreír por la victoria. No importa. Mis fieles compañeros, esos bravos noruegos, saben que soy feliz y que les estaré eternamente agradecido por su lucha, su esfuerzo y su sufrimiento, y por conseguir que nuestra amada bandera noruega sea la primera en ondear en el Polo Sur.

Mi destino

Ahora que estoy sólo frente a esta inmensidad, pienso en lo cruel que puede llegar a ser el destino para mí. Yo que siempre anhelé ser el primer hombre en pisar el Polo Norte me encuentro justo en el lugar más alejado de aquél. Mi sueño de la infancia murió tan rápido como mueren las flores en los parques de Cristianía bajo los pies de los niños que, concentrados en sus juegos de pelota, no saben donde ponen los pies, destruyendo la frágil naturaleza.

Los exploradores norteamericanos ya han dejado sus huellas en el Polo Norte gracias al comandante Peary y han hundido mis sueños, marcando el que ha sido mi destino en este último año y medio, puesto que ya sólo quedaba huérfano de héroes el Polo Sur. Estos hechos, para mí desgraciados, me obligaron a desafiar a los ingleses a la mayor carrera de la historia: 2.500 kilómetros a través del lugar más inhóspito de la tierra: la Antártida.

Ahora, ya en el Sur, cierro los ojos y no puedo dejar de pensar el momento de mi infancia en que decidí que sería explorador. Todo comenzó cuando se cruzaron en mi camino los relatos de la agonía de la expedición de Franklin en busca del paso del noroeste. Desde ese día supe que mi vida se encaminaría a llegar más al norte de donde ningún hombre llegó, y demostrar que la raza vikinga continúa latiendo en mi

corazón, como lo ha hecho en el de mis antepasados a lo largo de tantas y tantas generaciones.

Si quería ser el primero en esta carrera, debía ser el mejor. Mi entrenamiento fue duro. En los inviernos de mi infancia, dormí con la ventana abierta en las heladas noches noruegas para aclimatar mi cuerpo al frío. No falté ningún día a mi cita con los ejercicios gimnásticos hasta conseguir que mi cuerpo fuese duro y flexible como el mismo hielo, ese frío ser con el que debería batirme en duelo en el futuro, pues nada más que aquello que se parece puede vencerte. Yo ganaría al hielo, al frío y al viento. Para ello utilizaría mis esquíes, los mismos que me han acompañado tantos inviernos pasados alejados del calor del hogar, los cuales han sido domados por mí día a día de duro entrenamiento, avanzando paso a paso, de la misma forma que los esquimales han sometido con el látigo al perro hasta hacerlo la herramienta perfecta para volar sobre la nieve.

En estos momentos de soledad, vuelven hasta mi cabeza los recuerdos de mis inicios aventureros, cuando sufrí la larga noche antártica que viví con la expedición belga de Adrien de Gerlache, donde el miedo a lo desconocido se hizo el dueño de todos nosotros, y cómo conseguimos sobrevivir a ella, a la primera invernada de la historia en el continente perdido. También recuerdo ahora los duros inviernos boreales vividos en compañía de los esquimales, cuando me convertí en el primer hombre en conseguir navegar el ansiado paso del noroeste. Gracias a esos pequeños seres de las nieves aprendí todo lo que un hombre debe saber para viajar por el hielo: a seleccionar y cuidar a los perros para mi trineo, a llevarlos al límite hasta exprimir la última gota de su sangre tirando con un ansia frenética por demostrar al jefe quién es el mejor perro del tiro y que por tanto debe marchar en cabeza. Aprendí a seleccionar las mejores pieles para confeccionar la ropa más cálida para soportar el intenso frío, impidiendo que el sudor se congele haciendo rígidos jerseys y pantalones. Con ellos aprendí que un hombre y sus perros pueden viajar rápidamente distancias que para un simple humano serían insalvables.

Quería ser el mejor y lo conseguí. Fui el mejor y ahora lo soy todavía más. El Polo Norte era mío. Era mi destino. Pero no pude ni siquiera intentar llegar a él. Y casi sin quererlo, el Sur se cruzó en mi camino. Todo estaba preparado para ir al norte, pero llegó la noticia que nunca quise escuchar: Peary ya lo había logrado.

El reto

El que llega segundo en una carrera se queda sin la gloria que la historia guarda en un altar para los campeones. Todos señalan con el dedo a los primeros en llegar a la meta cuando pasean por las calles, pero nadie se acuerda del que cruza la línea en segunda posición. Por ello, nada me impedía intentarlo en el Sur. Era el último rincón del planeta que permanecía inaccesible para el hombre. Por eso debía ser mío.

En una carrera hay que prepararse, y yo lo estaba. En una carrera hay que estudiar al adversario, y Scott me facilitó esa labor, pues había expuesto sus planes a los cuatro vientos. Yo lo sé todo sobre él, sus fuerzas y sus debilidades; su poder y su traicionera soberbia.

En una carrera como ésta, la táctica decide el podium final, y por eso debía saber jugar con acierto mis cartas. La primera jugada que llevé a cabo fue una obra maestra digna del mejor rufián de casino. Sé que seré muy criticado por no anunciar anticipadamente que abandonaba mi proyecto del Norte para dirigirme al Sur, que renegaba de la luz de la aurora boreal para abrazar el viento austral. Oculté mis planes incluso hasta a mis camaradas para no dar pistas al adversario. Nunca olvidaré sus caras de asombro cuando les informé del cambio de planes en plena travesía del Atlántico. Ninguno se opuso, y todos decidieron aceptar el reto de esta carrera y empezaron a pensar en la forma de batir a los ingleses. Fue entonces cuando escribí a Scott informándole de mis nuevos planes desde la isla de Madeira. Él recibió mi telegrama cuando atracó con su barco en Melbourne para repostar: pero para él y su grupo ya era tarde para reaccionar. Sus expedicionarios ya estaban escogidos y sus materiales embalados. La suerte estaba echada. En esta partida, las cartas estaban marcadas, y éstas las tenía yo en mis manos. Muchos me acusarán de ser poco deportista, por ocultarme en las sombras de la noche, pero han de saber que si le das la oportunidad a tu rival de conocerte, le estás abriendo las puertas de la victoria. No importaba que en el inicio de la carrera yo acumulara miles de millas de retraso respecto a él, pues su barco, esa mole gigantesca que transporta hasta los más selectos bocados dignos del menú de un rey, era demasiado grande para atravesar la banquisa de hielo que rodea el continente austral. Por eso, cuando nos encontramos en la Barrera de hielo de Ross con su expedición y nos visitaron en nuestra base, ya no había diferencias de tiempo a su favor.

Creo sinceramente que mi estrategia era la mejor: un grupo pequeño, fácil de controlar, de trasladar y de alimentar. Un grupo donde no existen diferentes clases entre sus miembros. En este grupo, el liderato no se ha impuesto desde un despacho en Londres, sino que he sido el líder porque así lo han deseado los demás. Todos hemos sido iguales a la hora de trabajar, de dormir y de comer. Todos conocíamos la nieve, el frío y el hielo. Todos hemos luchado contra los elementos de la naturaleza montados sobre nuestros esquís. Y además, contamos con nuestros 100 perros groenlandeses, los mejores tiradores de trineos del mundo. Ellos arrastrarían nuestros trineos y nos harían volar sobre la nieve hasta el Sur. En la cabaña de Scott, los espacios se dividen para los oficiales y para los marineros. En la cabaña de Scott, los esquís son unos instrumentos desconocidos para la mayoría de sus habitantes. En la cabaña de Scott, la fuerza de arrastre de los ponis siberianos no creo que resista durante un trayecto muy largo, pues la nieve es demasiado blanda para que éstos puedan caminar por ella sin hundirse. Las piernas de los ingleses deberán hacer el

resto del trabajo por sí mismas y completar el final del camino. No me gustaría estar en su piel, anclado a los pesados trineos, quemando cada gramo de grasa de mi cuerpo para arrastrar un trineo a 40º bajo cero, cegados por un viento aniquilador que nunca deja de soplar. Y así todos los días durante más de tres meses, pues una carrera de 2.500 kilómetros no se termina en una mañana como en los Juegos Olímpicos. Esta es una carrera contra el oponente, pero sobre todo es una lucha contra uno mismo, pues no hay un solo minuto del día que no venga a nuestra mente la idea de volver al calor de nuestra cabaña. Volver para sentir de nuevo la sangre recorriendo nuestras manos y nuestros pies, para devolverles la vida que el frío les arrebató a cada instante. Volver atrás para poder sentir de nuevo el placer de dormir en un lecho caliente y seco, todo lo contrario que nuestros pesados sacos de dormir hechos de piel de reno, y cuyos pelos siempre terminan por encontrar la forma de llegar a todos los lugares de nuestro cuerpo. Volver para poder sentarnos a comer en una mesa, despachando cada día una comida diferente, pues creo que mi cuerpo sólo acepta nuestra monótona dieta de viaje por la necesidad de luchar contra el frío. Necesitamos ya dejar de comer pemmicam y la carne de nuestros propios perros.

Todas las noches en la tienda de campaña, después de nuestra larga marcha de cada día, no hacía más que poner en duda mis propios planteamientos como jefe de esta expedición. Siempre he creído que mi estrategia era la adecuada, pero siempre me quedaba un poco de incertidumbre por el respeto que le tengo a mi adversario. En cualquier batalla, en cualquier enfrentamiento deportivo, las dudas son las que hacen que mejores día a día para poder batir al contrario. ¿Scott lo haría mejor que yo? ¿Llegarían sus ponis más lejos de lo que yo pensaba? ¿Los coches oruga de transporte de Scott serán útiles en la nieve? ¿Serán tan fuertes los ingleses para arrastrar de sus trineos más rápido que mis perros? Yo creo que no lo van a ser, pero estos ingleses arrogantes no han dejado de sorprender a la humanidad con sus logros, aunque a decir verdad también lo han hecho gracias a la incompetencia que han mostrado durante el último siglo. Sinceramente, no entiendo cómo Scott ha planificado su expedición usando ponis sabiendo que Ernest Shackleton fracasó con ellos hace dos años en su propio intento de llegar al Polo Sur. Los ponis son incapaces de ascender por un glaciar lleno de grietas, y desde la base del glaciar hasta el mismísimo Polo aún faltan 750 kilómetros por recorrer, y otros 1.250 para regresar sanos y salvos hasta la base. Pero todavía entiendo menos que Scott haya dicho que los esquís no son válidos para hacer esta carrera. Si nuestra competición se desarrollara en el desierto del Sahara le daría totalmente la razón, pero si hay algo en la Antártida es nieve. Todo es blanco mires donde mires, y todo el mundo sabe que donde hay nieve, el esquí es la única alternativa. En Noruega llevamos miles de años esquiando. Hemos recorrido cada rincón de nuestro país sobre nuestras tablas. Nuestro ídolo nacional Fridtjof Nansen ha sido el primero en atravesar Groenlandia de este a oeste esquiando. ¿Cómo puede decir Scott que la gran barrera de hielo no es apta para esquiarse? ¡Pero si sólo son 500

kilómetros totalmente llanos! Tal vez Scott debería haber seleccionado su grupo entre esquiadores, en vez de tantos oficiales de caballería y miembros de la alta sociedad. Para llegar hasta aquí, nosotros hemos esquiado 1.250 kilómetros delante de nuestros trineos de perros sin padecer siquiera una sola lesión. Nuestros esquíes nos han salvado de caer en miles de grietas en el hielo y lo harán de nuevo en el camino de regreso, pues confío en ellos ciegamente. Perros, trineos, esquíes y hombres entrenados para usarlos son la combinación perfecta para lograr llegar al infinito polar. Ellos me han dado esta victoria. Ellos y mis compañeros. Nunca podré encontrar una combinación más perfecta de deportistas, aventureros y leales patriotas. Ellos me han cedido el honor de hacer estos últimos pasos hasta el vértice del mundo yo solo. Me encantaría poder darme la vuelta para dedicarles una sonrisa de agradecimiento por su cortesía conmigo, pero entonces el viento me daría de lleno en la cara y helaría en mis párpados las lágrimas que sería incapaz de contener.

La victoria

Ahora, aquí en el Sur, no veo por ninguna parte huellas de los ingleses, por lo que debo felicitarlos por mis decisiones. Tantos años de preparación y entrenamiento no podían haber sido inútiles. La nieve ha sido siempre mi hogar y he sabido cómo hay que tratarla. Mis cuatro compañeros en este reto me esperan para fundirnos en un abrazo. Es muy difícil poder adivinar cómo nos comportaremos al celebrar nuestra victoria, pues han sido demasiados días sufriendo para poder llegar aquí. Tanto dolor soportado, tanta rabia contenida, tanta pena por los perros que hemos sacrificado y tanto miedo a una posible derrota han logrado que nuestras mentes sean ahora una fuente inagotable de emociones contenidas. De todas formas, somos noruegos y tampoco creo que debemos darle tanta importancia a lo logrado. Bjaaland comentaba anoche en la tienda que para él esta carrera había sido un paseo en esquí, un poco larga, pero un paseo al fin y al cabo, y para un noruego, andar en esquíes es algo natural. Cómo se nota que es el mejor esquiador de Noruega. Para él, era imposible que perdiéramos.

Como jefe de esta expedición debo dar un poco de libertad a mis hombres, para que por unos breves instantes dejen de pensar en el hielo que nos acompaña a cada paso. Es mejor que hoy no piensen en nada más que en nuestra victoria. Ellos se merecen una noche de efímero placer antes de regresar hasta la lejana base. Pero nuestra alegría debe ser moderada, pues las miles de grietas que dejamos atrás en nuestra venida siguen esperándonos impacientes en nuestro regreso. Sería una desgracia que nadie conociera nunca nuestra victoria, por culpa de que nuestros diarios terminasen engullidos en una sima de hielo. Tal vez nunca nadie llegue a conocer estos pensamientos que ahora fluyen en mi mente con tanta facilidad.

Mañana, de vuelta hacia el norte, todo volverá a empezar de nuevo. Nada delante y nada detrás nuestra. Siempre la Nada.

**EL PENALTI DEFINITIVO
(GALÁCTICA DE CASA DE CAMPO)**

Antonio Jesús Gálvez Torres

Ella pensaba en amor,
cuando él en los saques de esquina.
Ella, con su belleza,
de la necesidad a la esquina, la cama, el hostel.
Él, con su mágica izquierda,
de FP directo a la otra dimensión: futbolista.

Ella huyó hacia Madrid,
donde él fue el fichaje del año,
deseado en la disco,
admirado en su estadio...
Ella en la Casa de Campo.

Ella eran unas piernas largas,
una falda muy corta,
un precioso rubio rizado chillón,
una mirada tierna, verde y dulce,
una piel suave,
un cuerpo de televisión.
Él pagó con Visa el placer,
el buen gusto, el calor,
la cómplice y casi mutua comprensión,
y la eterna sonrisa
que ella le vendió.

Pero él nunca jugó
contra un ataque tan difícil
de marcar como el de ella:
no había cabeza ni regate que escapase
al control inmenso de aquella cadera.

Yo, deportista

Él bajó su defensa.
Ella subió su delantera.
Él disparó fuerte y a la escuadra
por el hueco perfecto que con sus movimientos
y aquel precioso juego
le dejaba ella.

Y así, disparo a disparo,
dando dominical placer
a sus aficionados,
él vio algo más
en ella que le hacía mejor
jugador,
Bota de oro,
campeón de un mundo...

Aclamado en las calles...
Admirado y requerido por políticos...
Ovacionado por los muchos
medios que exaltaban sus supuestos valores
personales
basados en sus dominios
técnicos
que años atrás
habían florecido tarde tras tarde,
día tras día,
año tras año de aquella corta vida,
en el parque frente a Carranque
jugando con los mayores,
o golpeando incesantemente a solas la pared
de los almacenes de Arabial
bajo la mirada correctora de Paco,
el del bar, con su "dale más fuerte, chaval",
con aquella desgastada y querida pelota...

Hoy,
considerado un artista,
en los foros más elitistas
de la sociedad...
Por un instante fugaz
percibe que aún es humano
incluso como uno más...

Yo, deportista

Y de repente acepta
y es consciente por primera vez
en su meteórica vida viajando entre alejadas constelaciones
de su lado emocional:
acepta – decía–
la certeza de que sucumbe,
y que está alegre.
Y que está preso.
Y que va más allá del deseo.
Que es amor
esto,
lo que revolotea y da vueltas
–como cuando no te explicas la derrota–
en tu cabeza...
o en tu corazón.

Él la busca
pero ella ¡no lo acepta!
“Aunque es grande –dijo ella– la oferta
habrá para mí algo mucho mejor:
no quiero ser suplente en banquillo,
quiero ya mi ocasión”.

Ella jugaba de local en Casa de Campo,
driblaba fácil la insólita defensa
del galáctico
perplejo y desorientado:
“No hay valor
que compre el amor
de una princesa”

Él, “¿Cómo es posible?”
Ella, “El dinero no lo es todo”.

(O quizá... sí lo era...)

Él fue convocado lesionado
de corazón
al partido televisado
donde ella
estrella
y da un pelotazo

Yo, deportista

en su vida,
y en su fama,
contando intimidades
sinceras,
de él
y de ella,
traspasada a Interviú
y un plató,
sin cláusula ni rescisión
del club de Casa de Campo.

Él cayó en el desamor y el mercado
donde ella subió la audiencia.
Ahora nada sabe de paciencia
el público
silba al fichaje caro.

No entiende de alma la prensa
ni de soledades los presidentes.
Él imagen tan perfecta.
Él un producto,
una camiseta,
abandonado por una puta princesa.
Él tan galáctico,
tan de otro planeta,
él sin competencia y tan esclavo,
en el momento del penalti definitivo,
estrelló el balón
justo en el palo.

110

LUCHADOR

José García Gómez

Para empezar quiero decir que es mi primer relato, con lo cual no sé muy bien cómo contarle y no sé si puedo nombrar a personas e identificarme, así que he optado por no dar nombres. Voy a intentar contarle de la forma más coloquial posible e intentando que todos nos metamos de lleno en esta experiencia como si fuéramos los que la vivimos.

El siguiente relato consta de experiencias, vivencias y sensaciones que he vivido y sigo viviendo a día de hoy y muchas veces gratifica y recompensa más que el sueldo que ganamos.

No sé cómo comenzar a contaros mi historia porque creo que todas las personas que tenemos la suerte de trabajar en este fabuloso e increíble mundo del deporte tenemos experiencias y vivencias a diario que seguro merecen la pena compartir porque no hay mejor sensación que la de terminar tu día de trabajo con la sensación de que has ayudado a otras personas.

Como os cuento, tengo muchas experiencias y todas ellas me gustaría contarlas, porque son todas para sentirse orgulloso de este trabajo, pero contaré la que más me emocionó y que hoy día cuando la recuerdo me sigo emocionando.

El relato trata sobre un chico de 13 años que mientras se duchaba sufrió una caída golpeándose fuertemente en la cabeza y provocándole tales daños como pérdida de la movilidad, habla, psicomotricidad y demás daños psiconeurológicos. Los médicos les dijeron a los padres que su hijo se iba a quedar prácticamente en estado vegetal.

Esta experiencia la viví en el año 2005 cuando tenía 24 años y llevaba trabajando solo 3 como monitor deportivo y responsable de un gimnasio municipal en mi pueblo. Mi titulación era maestro de Educación Física y algunos cursos deportivos como de aeróbic y step.

Tengo que decir que algunos datos no sé si son correctos solo cuento más o menos como creo que eran las cosas.

Cuando conocí a este chico, como digo anteriormente yo tenía 24 años y él tenía 17 años creo, y hacía cuatro años más o menos que le ocurrió el accidente. Me encontraba en el gimnasio y llegaron los padres con él. Son una familia de Bilbao que veraneaban en mi pueblo pero con los cuales nunca había tenido ningún trato. Este chico lo llevaban en una silla de ruedas, no podía prácticamente andar si no era cogido y llevado por los padres, para meterlo en la bañera por ejemplo le tenían que levantar las piernas, prácticamente se lo tenían que hacer todo; en cuanto al habla, tenía problemas de pronunciación y repetía las cosas, aunque lo entendía casi todo. Bien, de como le habían dicho los médicos que se quedaría a como estaba el chico había una gran diferencia, ya que no era estado vegetal como le dijeron.

Cuando me preguntaron qué podía hacer se me planteó un gran reto, yo no era licenciado en Educación Física, ni entrenador personal, ni fisioterapeuta, es decir, solo era diplomado con conocimientos básicos y algunos cursos, lo que quiero decir es que no sabía por dónde empezar porque no tenía los suficientes conocimientos como para intentar la rehabilitación de este chico, pero cuando la gente llega al gimnasio ves cómo se ponen en tus manos entre comillas; me considero muy trabajador y la sensación fue un poco de agobio pero también de mucha ilusión, y suponía un reto para mí; desde un principio se me metió en la cabeza hacer un milagro con este chico y me puse manos a la obra; lo probaba todo, todo, todo, buscaba en Internet, libros, etc.

Son muchas experiencias y situaciones las que viví, así que seguro que se me olvidará contar muchas de ellas, intentaré no enrollarme mucho y contarlos de forma clara según me vayan saliendo las cosas.

Empezamos a trabajar duro, en un clima de broma porque el chico la verdad que es un encanto de persona y algo muy importante, tenía muchas ganas de trabajar.

Al gimnasio lo llevaban el padre y una hermana mayor; al principio yo tenía un poco de miedo a hacerle daño intentado realizar algún ejercicio y quería que el padre estuviera siempre conmigo ayudándome, aclarándome datos y sensaciones del chico, también porque físicamente era un chico bastante corpulento y grande y se me podía caer.

Pues bien yo lo ponía en casi todas las máquinas, la movilidad la tenía perdida sobre todo en el tren inferior, casi nada de fuerza, nada de equilibrio, nada de psicomotricidad, sin embargo el tren superior lo tenía prácticamente bien, y cuando observaba a los demás chicos hacer pesas el quería también hacer pesas de brazos, pechos, etc., con lo cual yo lo motivaba con refuerzos positivos, lo animaba a realizar algunos ejercicios y a cambio lo dejaba hacer ejercicios de tren superior. No sabía qué trabajar pero tenía tanta ilusión y este chico tenía tanta voluntad por el trabajo que yo lo probaba todo. Me puse a trabajarle sobre todo la fuerza del tren inferior, luego

pensé que no tenía equilibrio y claro empecé a trabajarle para fortalecer los músculos que más intervienen en el centro de gravedad, tales como las lumbares y femoral. Lo ponía tendido en una esterilla e intentaba que se pusiera a gatas, luego le pedía que intentara gatear, aunque no podía porque le faltaba coordinación y fuerza, pero eran algunas de las cosas que íbamos probando; sentado en una silla practicábamos coordinación de piernas levantándolas, le aplicaba resistencia con mis brazos y poco a poco lo coloqué en la máquina de extensión de cuádriceps entre otras máquinas.

Al día trabajábamos más o menos una hora, cuándo se iba me sentía agotado y al mismo tiempo cargado de energía, algo que parece contradictorio pero era así porque estaba súper ilusionado de ver como íbamos avanzando con cambios mínimos pero que para mí y para él eran pasos gigantes; como digo me sentía agotado muchas veces porque nos caíamos al suelo juntos, lo cogía, lo levantaba, lo ponía de un lado de otro, probábamos muchos ejercicios pero estaba ilusionado y lo único que tenía ganas era de que llegara el día siguiente para seguir trabajando.

Descargaba documentos de Internet, me llevaba libros al gimnasio y cada vez que podía echaba un vistazo a los apuntes. Teníamos camisetas del gimnasio y como era todo un luchador le regalé una y el chico supercontento, mentalmente se sentía un deportista más en el gimnasio; me propuse también recuperar el estado anímico y mental del chico, observaba que era muy inteligente pero teníamos que trabajar mucho como si fuera un niño pequeño, la memoria, la escritura, todo lo que me venía a la mente, le pedía que recordara cinco objetos desde que salía del gimnasio hasta su casa, que los escribiera en un papel y al día siguiente me los recordara, intentaba complementar el trabajo físico con el mental, lo correcto sería programar todo el trabajo pero lo único que programaba era el día a día, ya que conforme trabajábamos se me iban encendiendo bombillitas de ideas en la cabeza y mi empeño hacía que lo probáramos todo.

En el plano de integración la gente se portaba superbien con él y lo animaba, además la atracción por las chicas no la había perdido, jejeje, ya que muchas veces cuando estábamos trabajando se le iban los ojos a alguna que otra chica y me encantaba regañarle cariñosamente y bromear con la situación; tenía también un carácter fuerte y se picaba a veces. El padre, con su amor de padre, lo tenía sobreprotegido, cosa que yo intentaba ir quitando e intentaba que el padre no le resolviera todas las situaciones sino que el hijo pensara, indagara y se esforzara sin esa ayuda de la familia; llegó un momento en el que el padre solo lo acompañaba al gimnasio y luego me dejaba solo a mí para intentar ganar en el chico esa autonomía, independencia y confianza.

Como son tantas cosas voy a intentar ahora explicar algunos ejercicios sin desviarme. Bien trabaja lo siguiente, tendido que se levantara y se pusiera a gatas, poco a poco fue gateando, en la máquina de cuádriceps cada vez tenía más fuerza y

le poníamos más peso, sin embargo en la de femoral tumbado no tenía casi fuerza; al no tener fuerza en las lumbares y el femoral perdía el equilibrio y se iba hacia atrás; para trabajar estas zonas hacía el ejercicio del peso muerto, con una barra poco cargada yo lo sujetaba y hacía una flexión del tronco hacia delante, tendido en el suelo boca abajo trabajaba femoral aplicándole resistencia con mis brazos; iba mejorando a diario, aunque había días que parecían pasos atrás pero nunca tirábamos la toalla. Practicábamos posturas de equilibrio, de pie solo, con un pie en lo alto de un step, un pie pisando una pelota, le vendaba los ojos, etc. Cuando mejoraba las posiciones en estático le daba pequeños empujones para que recuperara la posición, en fin, multitud de ejercicios. Colocaba un step delante de la espaldera y simulábamos subir y bajar una escalera, le practicaba la coordinación, cambiando el orden de subida y metiendo un poco de marcha arriba y abajo, al mismo tiempo ganaba fuerza en el cuádriceps, hacíamos sentadilla sujetándose a la espaldera; como anécdota, decir que la madre me comentaba entre muchas de las mejorías que a su hijo antes le tenían que levantar las piernas para meterlo en la bañera y que ya él levantaba las piernas y las metía solo, anécdota que me cargaban de más y más ilusión y ganas de trabajar, más horas de lectura de libros, más horas de Internet, más ganas de que llegara el siguiente día para ver a mi mejor alumno.

Siguiendo con los ejercicios, le recomendé al padre que muchas veces lo sacara a la calle sin silla, que fuera andando hasta cansarse para familiarizar el movimiento y fortalecer caderas. Una prueba importante: lo subí en la bicicleta estática, menudo día, jejeje, la bicicleta se tumbaba, me pillaba los dedos para sujetarle los pies en los pedales, pero bueno, era lo que había en un gimnasio pequeño y con poco material, pero lo mejor eran las ganas de trabajar tanto del alumno como del monitor, pues bueno, poco a poco iba pedaleando, ganaba fuerza y además coordinación. Uno de los días que más disfruté fue con el siguiente ejercicio: explico la situación el padre hablando un poco conmigo, la hermana sentada en un banco del gimnasio observando y el alumno realizando las tareas que yo le mandaba, estaba casi andando, pues bien, lo tenía frente a la espaldera, sujetando los palos de la misma con las manos y allí lo tenía haciendo marcha en el sitio sin soltarse, cuando le avisaba yo se soltaba de manos y realizaba distintos gestos, hacía marcha, se paraba, se soltaba de manos y daba una palmada, ahora dos, ahora tres, ahora palmada detrás de la espalda, arriba de la cabeza y seguidamente se cogía a los palos y seguía la marcha, cada vez lo hacía más rápido, mi intención era que sin darse cuenta hiciera marcha suelto de manos y al mismo tiempo diera palmadas; pues bien, erre, que erre, tanto practicar lo consiguió, sin darse cuenta se vio suelto haciendo marcha y dando palmadas, fueron como los primeros pasos, el padre miró a la hija y se reía casi con lágrimas en los ojos de felicidad, y bueno, yo no digo cómo estaba porque es difícil explicarlo, ya que solo se puede vivir esa experiencia para saber lo que se siente, pero podría decir que aquel día viví una de las experiencias más bonitas de mi vida,

bueno, no solo aquel día, sino cada día que lo ayudaba él me ayudaba a ser más feliz a mí también.

Después de aquel día empezamos a ser más valientes y teníamos aún más esperanzas en conseguir que andara; después de mucho practicar la marcha en el sitio lo puse en la cinta andadora, claro, primero iba cogido de manos pero poco a poco intentaba soltarse, quitaba un dedo, dos, etc. y a veces andaba sin cogerse, aunque perdía el equilibrio.

Después de mucho trabajo este chico era capaz de andar por el gimnasio solo, pero igual que andaba y andaba perdía el equilibrio al primer paso, pero ya era un milagro lo que habíamos conseguido, aunque quedaba mucho trabajo por delante.

En el entorno del gimnasio todos hablaban de esta especie de milagro, y mucha gente me felicitaba por el trabajo; uno de los comentarios que más ilusión me hizo fue que en una de las ocasiones que fueron a Bilbao para acudir a una revisión con el médico, allí le preguntaron a los padres que dónde había estado el chico porque en dos meses había conseguido lo que no consiguió en un año, lo cual cuando me lo contaban me hacía sentirme orgulloso.

Cuando todo iba por muy buen camino pues llegó el momento de la mudanza de la familia; esta familia vivía y tiene familia en mi pueblo, pero se vinieron de Bilbao y compraron un piso en Málaga, así que pronto se fueron a vivir allí, donde buscaron un fisioterapeuta, buscaron asociaciones para personas con estos problemas, etc.

Yo me quedé algo triste, me alegraba por ellos y les deseaba lo mejor y que ojalá este chico consiguiera andar solo. Me quisieron pagar dinero, uno de los días me intentaron dar 100 euros, pero nunca se lo acepté, para mí la recompensa era ver cómo había ayudado a este chico y no había dinero en el mundo que me pudiera pagar esa sensación que yo tenía, solo acepté una camiseta que me regalaron.

Cuando iban al pueblo algún que otro fin de semana, les preguntaba y me contaban que bien, que tenían un fisioterapeuta, que al principio muy bien luego les quiso cobrar mucho dinero y más historias como esta y el chico sigue sin andar solo, está como cuando se fue, eso si, ya lo llevan a todos lados sin la silla, solo que lo llevan sujeto del brazo.

La verdad que hoy día tengo muy buena relación con esta familia, pero también un poco decepcionado, como con una espina clavada, porque no sé, ni nunca se podrá saber qué resultado hubiéramos obtenido trabajando como estábamos trabajando en el gimnasio. Cuando los veo les digo que si un día están por allí que se pasen, pero no han vuelto a ir, solo se han llegado a saludarme.

Me hubiera gustado contar otro final más bonito en el que yo, un simple maestro de Educación Física sin oposiciones conseguí ayudar a este chico a andar

Yo, deportista

solo, sé que conseguí algo muy grande de lo que siempre me sentiré orgulloso, pero dentro de mí siempre está esa espina clavada, con la sensación de que cuando estábamos casi llegando a la meta detuvieron la carrera. En la feria del pueblo y antes de irse el chico me preguntó si podría andar, yo le contesté que si seguía entrenando así de duro lo podría conseguir. Yo nunca le prometí a los padres que su hijo caminaría solo, pero para mí creo que sí lo podría conseguir algún día.

Nunca he escrito un relato así, pero siempre me siento orgulloso y me emociono cuando cuento mi experiencia y la recuerdo como si fuera hoy, y no lo hago por ganar nada, sino que creo que a cualquiera que le pase esto siempre tiene ganas de contarlo, ya que es algo que es para sentirse orgulloso, y bueno, con este concurso pues me vino a la cabeza y me animé.

Para terminar, decir que he contado la experiencia más bonita que he vivido, pero que a diario vivo otras muchas como animar a personas con depresión, personas mayores, chicos, etc. Ha sido todo un placer contaros mi experiencia y he intentado contarla con detalle.

EL MATADOR IMPERFECTO

Alexandre García Mas

Faltaba una semana para acabar la temporada y el equipo ya se había situado por encima de la guerra civil del descenso. Entrenaba con monótona languidez, solamente perturbada por los comentarios de los jugadores sobre sus nuevos clubs y las barrabasadas que les proponían sus agentes a la caza de más comisiones. El sol de mayo era una bendición unánimemente repartida y el verde de la hierba fresca alfombraba el derroche de energía que lucían en los entrenamientos, inocuos y pasajeros.

Hoy jugaban contra el equipo que lideraba la clasificación y que se jugaba contra ellos el obtener la gloria efímera del campeón. Los periodistas llevaban toda la semana tratando de averiguar el nivel de motivación del equipo para el partido. En cierta manera, era agradable que les preguntaran por un dilema moral, en lugar de la clásica y crónica investigación rosa y negra: ¿sabían ya si iban a pelear como jabatos o iban a correr como conejos?

Al llegar al estadio, la mayor parte de coches que vio en el aparcamiento eran de marca extranjera, grandes y poderosos, negros o plateados. Y, en medio de todos ellos, al lado del conspicuo deportivo amarillo de la jefa de prensa, destacaba, como lo haría un nuevo cráter en la luna llena, el enorme Mercedes del presidente. Cuando aparcó su trivial monovolumen, no había nadie esperando. Ya no era capaz de recordar la cara de la última jovencita que le había agarrado del brazo, sudoroso aún, para fotografiarse junto a él a la salida de un entrenamiento. Pero, mientras sacaba su bolsa de ropa de la maleta del auto, le empezó a preocupar seriamente ese Mercedes.

Faltaban dos horas para el partido y, salvo los verdaderos adictos, el estadio estaba desierto. Apenas la policía, que ya estaba empezando a trazar las rutas de acceso. Mientras caminaba hasta la puerta, se dejó ir, disfrutando con Elliot: *abril es el mes...* aunque ya estaban en mayo y él sabía muy bien que la crueldad no era exclusiva de ninguna época del año. Al bajar las escaleras que daban en el vestuario, saludando automáticamente a los empleados del club, pensaba en su piedra secreta, su talismán, las palabras de Waltari: *como zumbido de moscas en mi oído*. Sólo debo prestar atención a lo que es básico, aquello realmente imprescindible, a lo que es nuclear.

Ya hacía bastantes años que había aprendido a camuflar sus libros y revistas tras las portadas de los diarios deportivos. Nunca había olvidado al primer entrenador que le prohibió leer en las concentraciones. En su taquilla solamente estaban los útiles permitidos: jabón, desodorantes, dos pares de espinilleras de carbono hechas a medida, los suspensorios, sus cremas, en realidad la parafernalia de su negocio, y, en el medio del interior de la puerta, dos fotografías. Su familia, al completo, con las dos pequeñas sonriendo en el cumpleaños de una amiguita, y una reproducción amarillenta de su primer equipo casi profesional, posando con su también primera copa. Eran dieciocho sujetos de apenas veinte años, bloqueados por la alucinación del triunfo, y que creían que a partir de ese momento la autopista del éxito se extendería libre, franca de peajes, ancha y ávida a sus pies. Pero, como siempre le ocurría, no fue capaz de reconocerse en ninguna de esas miradas.

Por suerte, el ritual de quitarse la ropa de civil y vestirse para la guerra, era conocido y tranquilizador. Las botas, limpias, negras y relucientes, le esperaban bajo su banca, susurrándole promesas que ya sabía a la vez amistosas y truculentas. Sus compañeros, que ya iban llenando ruidosamente el vestuario, colgaban sus ropas en las perchas de sus taquillas a la vez que iban deshaciendo el montoncito casi japonés de camisetas, medias, pantalones y sudaderas que les había preparado religiosamente el utillero. El primer olor que le había recibido al entrar en el vestuario, una mezcla de jabón y suavizante acogedor y hogareño, dejó paso rápidamente al aroma eterno de los vestuarios antes de la batalla: linimento, múltiples colonias de hombre compitiendo entre ellas, y sudor.

Mientras se colocaba cuidadosamente las defensas en las piernas, ese Mercedes seguía representando con su imagen masiva, un tanque gris en medio de la ciudad, una sombra que sabía que no podrían eludir.

En ese momento, apenas audible contra su *mantra* interior, el entrenador trataba de transmitir sus últimas instrucciones de forma obsesiva. Toda la semana había sido lo mismo, monotonía y aparente desesperación, *maskirova* y camuflaje. La habitual pizarra estaba llena de jeroglíficos, flechas y puntos realmente indescifrables y las frases persistentes que voceaba se desaprovechaban como el agua de las duchas. Ni siquiera se daba cuenta de que en esos momentos la única persona que trataba de escucharle con atención era uno de los jugadores que no tenían la más mínima oportunidad de jugar, y que los demás solamente estaban pensando en las próximas dos horas, en sus contrincantes, en lo que fuera a lo que se encomendaran, y en cómo iba a acabar todo aquello.

Pero el ruido de fondo, el baño, los masajes, las maldiciones, las bromas, la música que se escapaba de los auriculares, incluso los mensajes del entrenador, eran realmente como un bálsamo para sus inquietudes. La historia real de su vida, repetida semana a semana. Se dejó llevar, *zumbido, zumbido*, hasta ese lugar muy

cercano a la estupidez que sabía que era el que le dejaba en el mejor de los estados para salir a buscar los huecos entre los defensas centrales del equipo contrario.

Acabó de vestirse, acomodándose la camiseta en la que un nueve de color blanco reinaba gloriosamente bajo su nombre, y cuando ya estaba acariciando balones en su imaginación, se abrió la puerta del vestuario. Toda su concentración, meticulosamente construida pieza a pieza desde hacía un par de horas, se fue abajo con la irrupción de tres trajes grises que envolvían de la manera más cara posible a dos de los más inquietos directivos y al inevitable propietario de ese Mercedes del estacionamiento. El entrenador calló su sermoneo y de repente se pudo incluso oír con nitidez cómo le rechinaban los dientes al portero. En realidad, cada uno se merienda los nervios como puede. Pero al mirar a los recién entrados supo que su premonición acerca de ese coche se acababa de materializar.

Un carraspeo forzado les indicó que el presidente reclamaba su atención, tan discreto como siempre. Ellos fallaban goles, demasiados, era la verdad, pero su presidente aún no había dado con la manera más correcta y suave de hacer compatibles su insaciable vanidad y la necesidad de una mínima tranquilidad del equipo. Cuando transcurría más de una semana sin que apareciera una ocurrencia suya realmente estrepitosa en la sección de deportes de los periódicos locales, la plantilla –entrenador incluido– empezaba a preguntarse qué tipo de barbaridad se estaba formando en la mente del directivo. En este caso, iban a saberlo de primera mano, y solamente a cuarenta minutos del inicio del partido.

“Muchachos, jugadores –empezó el presidente– vamos a jugar un partido muy importante. Estoy seguro que, bueno, esto es, os vais a dejar como siempre la piel en el campo y sudaréis la camiseta que todos amamos”.

Si había alguien que consiguiera hablar continuamente en forma de titulares de diario deportivo, éste era sin duda nuestro ínclito jefe. Todo sencillo y diáfano, apto para mentes simples, con un divertido desprecio hacia toda regla gramatical y sintáctica. Pero de todas maneras, era muy extraña esa arenga pre-partido. En realidad –y esto era lo que agravaba la visión del Mercedes en el aparcamiento– hacía ya bastante tiempo, como desde mediados de la temporada, que el presidente y el resto de sus directivos no querían ni oler a la plantilla entera, como si las derrotas y el fracaso fueran enfermedades que se les pudieran contagiar.

“Vosotros sabéis que el no haber llegado a la final de Irlanda nos ha costado mucho dinero, y que no podemos seguir como este año por más tiempo”, continuó monacorde el presidente.

Esa final intocada. Un roto, un descosido en el alma de cada jugador y seguidor del equipo que tardaría mucho tiempo en cerrarse si es que lo llegaba a hacer nunca. Un atisbo de la gloria que en otros equipos era habitual y que para ellos

había sido hija de una temporada extrañamente buena, pero que ahora ya solamente podían seguir desde los telediarios.

“A la directiva –parecía que por fin iba al grano– no le molestaría que nuestros contrarios de hoy no se fueran de vacío, ya que, a fin de cuentas, y sin duda ustedes son conscientes de ello porque han sido los responsables, no tenemos nada que perder, ¿verdad?” Decisiones, decisiones, morales, y reales.

Entre el silencio que se había hecho en el vestuario, prosiguió: “Bueno, vosotros sabrán qué es lo mejor para el club y para ustedes mismos. Tengan en cuenta que a partir del mes que viene, la secretaría del club les irá citando para hablar de las renovaciones o de los traspasos. Pero, ahora, en este partido, ¡espero que sepan cumplir con vuestro deber!”.

¿Cuál deber? La apelación no ocultó a nadie los evidentes propósitos de la directiva, aunque hubiera sido de agradecer un poco más de discreción y un menor insulto a su inteligencia. Y además se añadía la evocación de la secretaría, que era lo más parecido a un sillón de dentista sin novocaína que hubiera conocido jamás, durante la larga negociación de su último contrato, hacía dos años ya.

Apenas reparó en la salida de los cuerpos grises, levantó la cabeza y miró a su alrededor. Cabezas bajas, otros dudando del sentido de lo que habían oído, alguna sonrisa dispersa y el entrenador –por fin callado, al menos– que estaba estirando el cuello por encima de su camisa y del nudo de la corbata en busca de aire, como si se encontrara en la cumbre del Annapurna sin oxígeno.

El equipo, al fin, salió al campo y cumplieron meticulosamente con los rituales de cada semana. Echaría mucho de menos cuando se retirara, cuando lo retiraran, con toda probabilidad, el repiqueteo irrepetible de los tacos de las botas –aluminio y plástico– en la escalera descendente de los vestuarios hasta la salida al campo, y el esplendor de la hierba verde recién cortada y regada. En contra de su costumbre, no saludó apenas ni a los jugadores contrarios, ni a los árbitros. ¿Estaban en el juego?, ¿se les notaría, sería tan evidente que las cartas estaban marcadas?

La primera parte del partido pasó muy rápidamente, como si la hubieran acortado por las extremidades. Si llegó a tocar dos balones durante todo el tiempo, fueron muchos. La defensa contraria se empleaba con una dureza rayando la agresividad, sin ninguna concesión, pero ellos se estaban jugando mucho en el envite. Normalmente, en estos partidos tan trabados, le acostumbraban a llegar unos tres o cuatro balones envueltos en ganga y que tenía que transformar y destilar en oro en apenas décimas de segundo. Su trabajo. Pero hoy, nada de nada. Sus compañeros parecía que se hubieran decidido tácitamente por una de las opciones y a él no le quedaba más remedio que correr y sudar y tratar de no tropezar con la pelota y rodar por el suelo, para su mayor vergüenza.

El abucheo del público, desilusión sobre cansancio sobre decepción, les acompañó hasta el vestuario al acabar la primera parte. Como ya se esperaba, el entrenador, en contra de su inveterada costumbre, no abrió la boca apenas sino para preguntar por los golpes y contusiones. A él, que se dedicaba a arreglarse las defensas y masajearse con crema un punto de contractura en un gemelo, ni se le acercó. Él no miró a nadie, porque no quería añadir a la sensación de vacío que le crecía dentro las caras de sus compañeros. No los quería asociar, ni deseaba tener esa clase de recuerdos. El eterno rato de descanso acabó y –casi sin darse cuenta– se vio corriendo de nuevo sin sentido tras una colección de pelotazos certeramente dirigidos a las manos del portero contrario y cada vez más lejos de su limitado radio de acción.

Y ocurrió lo inevitable. Una jugada muy normal del equipo contrario –en otro tiempo inimaginable– atravesó el centro de su defensa, y concluyó con la inclinación culpable de su portero en busca del balón inmóvil dentro de la portería. Ellos, campeones, y nosotros, a salir corriendo por la puerta de atrás del estadio, huyendo de los periodistas. Miró hacia el banquillo, y lo único que le ofreció fue una boca negra y hueca.

Pero seguramente para evitar esa extrema sensación de vacío, el entrenador decidió hacer algo. E hizo lo más lógico, dadas las circunstancias. Retiró al mejor jugador del equipo, que realmente había conseguido desaparecer durante la primera parte, y lo sustituyó por una incorporación de última hora que aún no había jugado nada, y que habían obtenido de rebajas gracias a algunos negocios del presidente con una empresa polaca de maquinaria agrícola. Pero, al menos, salió a correr, y el público, huérfano de alegrías de cualquier clase, lo recibió como si fuera a darles una copa de Europa. Los demás jugadores se miraron entre sí, y de paso le echaron de reojo una mirada al entrenador, preguntándose por esa nueva incógnita en la ecuación que se iba a resolver en los cinco o seis minutos que le quedaban de vida al partido.

Pero uno de mis compañeros, el más compasivo, o tal vez el menos calculador, le dio un pase al recién llegado, quien decidió correr la banda de la tribuna y mostrar su lomo –con un extraordinario ochenta y siete serigrafiado– a todo el que quisiera verlo. Y le salió bien, demasiado bien. Tanto, que el defensa contrario se tragó el regate y se quedó, decúbito supino, observando la carretera que le había acabado de asfaltar hasta la línea de fondo. Muchos de su equipo, de mi equipo, se unieron al coro de espectadores pero el nueve blanco de mi espalda no me permitió quedarme quieto y me empujó literalmente hacia la bien conocida zona del segundo palo de la portería contraria, casi mi verdadera casa.

Nunca Kaulfield, el 87, había golpeado la pelota de esa manera. Los conceptos “pase” y “suave” no habían atravesado en forma alguna su hermética caja craneal,

para hacerle entender que no existía ningún mérito –en este planeta– en sacar el balón fuera del estadio. Pero esta vez le salió un arco extraordinario, tenso y curvo. Tan excelso como la cara de sorpresa que le quedó al extremo polaco: ¡Al fin, éste era el misterio del que le farfullaban en aquella jerga incomprensible durante los entrenamientos!

Y el balón flotó. No hubo duda en que iba rápido, pero el delantero juraría después que en realidad flotaba. El central había picado con el movimiento de foxtrot –adelante, atrás– que llevaba practicando tantos años y de pronto notó que su respiración entrecortada por la carrera se hallaba cincuenta centímetros más lejos de lo habitual del cuello del defensa. Aún más, si era posible, el portero había hecho una clásica salida *interrupta*, dejándolo en la mejor de las posiciones, concretado en un aquí y ahora urgente.

Tuvo tiempo de repasar toda la semana, y las horas previas al partido, y el Mercedes, y la final que no jugaron y las fotografías de su taquilla. Las promesas, su futuro, su familia, y lo que le quedaba de aquella ilusión que le empujaba de niño por encima de infames campos de tierra y piedras, con las rodillas en carne viva y corriendo como un poseso tras la pelota que era su único sol en esos días. Pero reconstruyó su concentración y la fijó en el balón blanco y negro que venía hacia él. Sabía que lo que debía hacer era poner la cabeza con la frente hacia arriba y el rebote diédrico lanzaría un misil tierra-aire a la segunda grada. Después, un poco de teatro, clamar al cielo en busca de un consuelo que no debe llegar, y a intentar acabar el partido sin morirse del todo.

Pero, sin que su voluntad pareciera intervenir, saltó. Y saltó de verdad, limpio de escotas y hacia arriba como solamente saben hacer las llamas persas de los cipreses. Y jamás había escuchado un sonido tan magnífico como el que hizo su hueso frontal al impactar contra el cuero cosido en forma de satélite. La línea de su cabeza –nuca a nariz– estaba dirigida al espacio libre que había entre el palo derecho de la portería y la manopla –¡rosa y amarilla!– del portero.

El balón quedó de nuevo colgado del cielo, pero en la dirección contraria. Como uno de aquellos enamorados de Chagall que parecen deslizarse sin esfuerzo, como si patinaran, sobre un nítido y brillante cielo azul. Nunca vio, aunque más tarde lo reconstruyera cien veces durante los innúmeros insomnios que vendrían, cómo la red recibía el impacto de la pelota.

Y mientras corría lentamente hacia el centro del campo, esquivando las miradas de incomprensión de sus compañeros y saboreando como el mejor vino el rugido cómplice del público, pensó que cuando el mundo se le cayera encima –terremoto inevitable cuyo epicentro sería él, un matador imperfecto– siempre tendría ese gol, suyo, escondido e intransferible.

AGUA TRÉMULA

Julio García Sánchez

Es el momento crítico; salir a la calle, de noche, con la mochila a la espalda. En otoño, cuando el sol ya se ha derretido entre nubes desdibujadas, lo que menos apetece es dejar la calidez del hogar para ir a sumergirse. Pero me animo pensando que cuanto más cuesta vencer la pereza, mayor es la satisfacción al volver a casa.

Cruzo las mismas calles, paso rápido, transeúntes anónimos y llego a las instalaciones.

Al llegar, las mismas rutinas para mutarme de paseante otoñal en mujer nadadora; carné en la entrada, acceso al vestuario femenino, ropa en las perchas, recogida del cabello en el gorro, tapones en los oídos y chanclas en los pies. Cojo las gafas de natación, la toalla y la llave de la taquilla y por el túnel accedo a la piscina. En la ducha, cuando sale tibia, tengo el primer contacto con el agua y gafas en mano me dirijo a mi calle preferida, esta vez, libre.

Siempre me impresiona el inicio, todo mi cuerpo inmerso en líquido, a una temperatura inferior a la que ahora me gustaría, pero que después agradeceré cuando transcurra el ejercicio y se incremente mi carga de trabajo. Me ajusto las gafas y me sumerjo suavemente para iniciar el recorrido.

Los primeros largos son redondos. Impulso de pies, el brazo derecho paralelo al cuerpo, introduzco la palma cerrada, deslizo el brazo mientras respiro con la boca semisumergida por mi lado izquierdo, plegando el otro brazo para deslizarlo a continuación. Agito los pies sueltos, indolentes a lo que hagan los brazos. La gruesa línea azul del fondo me advierte de que es momento de girar, vuelta, otro impulso de pies e inicio de un nuevo largo.

Mi cuerpo fluye en esta tímida corriente en contra, se desliza y avanza hasta que llega el final y la partida de otro largo, que no es más que una pequeña etapa de la distancia que he de recorrer, que salvo excepciones, siempre es la misma.

Siento mis brazos, mis piernas, el abdomen, la espalda, mi torso, la nuca... siento todo mi cuerpo en la acción de avanzar a un ritmo acompasado y constante.

La luz eléctrica del exterior ilumina las burbujas que formo y traza con el agua removida haces brillantes en distintas direcciones.

El sonido es monótono e informe. Un burbujeo tenue e irregular matizado por los tapones, del que apenas descuella el grito distorsionado de algún monitor dando instrucciones a su grupo de alumnos.

El olor no existe. No hay aromas, no hay matices, ni indicios. Ni tan siquiera noto lo único que realmente huelo, el cloro, una vez me ha insensibilizado el olfato.

Sola en mi cuerpo, mi única realidad y conexión con el mundo, que me acompaña desde el inicio y lo hará hasta el fin de mi vida. Gravito en este cuerpo que se desplaza fundido en una masa incolora.

Mis sentidos apenas me informan de lo que hay fuera de mí, ni olores, ni sonidos, ni gustos, sólo algunas imágenes difuminadas. Mientras los músculos, huesos y articulaciones hacen su trabajo automáticamente, mi mente se va enajenando de esta nave que surca la calle en solitario.

¿Dónde estás, que no te veo? Te imagino, veo tu rostro difuso que se proyecta en el blanco de paredes, que no sé si están en mi mente o en los lados de la piscina. ¿Qué puedo decirte, cuando te he soñado frente a mí, he interpuesto mis palmas entre tu rostro y el mío y en cada una de ellas han aparecido tus ojos, atravesando mis manos? Qué difícil es ser dueña de mis silencios, cuando esas palabras que no he dicho me podrían hacer esclava, pero también dueña de mi destino, un destino que elijo en el borde de un abismo invisible.

Deslizo el brazo izquierdo, los dedos bien juntos, mi mirada perdida sigue la gruesa línea azul, el brazo derecho se va plegando, suelto algo de aire por la boca medio abierta mientras los pies siguen tijereteando incansables. La línea se acaba en la T, giro, media vuelta, impulso simultáneo de pies juntos y un largo más, uno menos para terminar.

A veces el punto para iniciar una nueva vida y dejar otra, depende de un hálito. En un momento se crea una vida y se cierra otra. Vas por una senda, la que crees tu senda, la correcta y, súbitamente, en una bifurcación, la abandonas. Tu camino ya no volverá a ser el que traías, no hay vuelta atrás ni posibilidad de recorrer ambas sendas. Ni tan siquiera podrás saber cómo sería, cómo te hubiera ido por aquella senda si te hubieras mantenido en ella, tan solo cabría imaginarlo.

Llegar al ecuador del recorrido me infunde de ánimo para mantener el ritmo, ya sé que alcanzaré el objetivo que me había marcado. Un kilómetro recorrido y se inicia la cuenta atrás para completar el siguiente. La brazada ya no es tan redonda como al principio, el movimiento de los brazos algo más sinuoso, la respiración se marca más pero está llena de convicción, inspiro y expiro con fuerza sin disminuir la cadencia.

Yo, deportista

Tú tienes tu vida, yo tengo la mía. Recorremos sendas conocidas y confortables, sin aristas, solo cantos rodados. Sendas casi rectilíneas que se pierden en el horizonte, subiendo y bajando pequeñas lomas. Y sueño un camino imposible, lleno de colores inimaginables.

Mi cuello es el puente de mando de este cuerpo en movimiento, el que marca cuando respiro, qué brazo levanto, qué brazo sumo, cuando me debo contorsionar para iniciar un nuevo viraje.

Acaricio tu piel seca, secas mis manos, sobre sábanas secas. Entre estas cuatro paredes blancas está toda la dicha que se pueda desear. Mil olores de oriente, paisajes nunca vistos, maderas y tejidos desconocidos, acordes celestiales, todo puede esperar entre estas cuadro paredes blancas.

Ya inicio mis últimos diez largos. Acelero el ritmo de la brazada, los pies se reactivan y la respiración se dispara. Un buen final contribuye a hacer un buen tiempo.

Ni tú ni yo hemos dado ni siquiera el primer paso. No es cobardía, es miedo, miedo al sí, miedo al no. Mientras me consumo por mi senda, porque la he soñado contigo, ni tan siquiera sé cómo vas por la tuya.

Hundo el brazo derecho, inspiro, brazo izquierdo, expiro, solo un largo más.

Entre estas paredes blancas, es la sequedad lo que da valor a unas gotas de sudor. Grito en silencio mi deseo, quiero tu desvarío, que mi sueño sea tu sueño, oler tu piel, que fecundes mi vientre infecundo.

Las últimas brazadas están llenas de coraje. Ochenta. Abandono la horizontalidad para estar erguida, respiro profundamente con lentitud y comienzo la rutina de los estiramientos. Brazos delante, detrás, cuello lateral, oblicuo, hacia abajo, pierna izquierda, pierna derecha, flexión de tronco a ambos lados...les dedico el tiempo que merecen mientras mis pulsaciones vuelven a la normalidad.

En la ducha del vestuario más agua, pero esta es diferente, caliente, superficial, espumosa. Me seco el cabello con brío pero no deja de estar húmedo. Recojo el material mojado, me visto y bien seca y abrigada salgo de las instalaciones con los repetidos hasta luego.

Con la oscuridad ya no veo bien los rostros que se me cruzan. Deseo llegar a casa para secar por completo mi cabello. Serpenteo las calles con paso firme, satisfecha por mi sesión de hoy y mi cuerpo, que soy yo, me lo agradece insuflándome entusiasmo.

Avanzo por mi calle hacia el portal, casi sin mirar al frente, pues todos los obstáculos me resultan familiares. De improviso, una brisa arremolina unas hojas y

Yo, deportista

las lleva hacia una calle que sale de mi camino. Las hojas parecen brillar en un aleteo dorado por la luz de una farola cercana y giro con ellas la esquina.

Y estás tú. Frente a mí, sonriéndome, con mirada trémula.

Mañana, cuando esté nadando, volveré a la realidad.

LA FORJA DE UN SUEÑO

Almudena Gómez Sierra

Aún puedo sentirlo, ese instante único en el que el árbitro levantaba su mano a mi favor, ese precioso instante en que me proclamaba campeona de España infantil. Aún puedo ver cómo salía corriendo del tatami y me abrazaba a Luis, mi antes entrenador, cómo mis abuelos me felicitaban con lágrimas en los ojos, las palabras de las personas que se dirigían a mí... en cierta manera, aún después de los años, me resulta fácil y bonito recordarlo, son esos momentos claves de una vida que aún apenas está escrita, esos días que permanecen inalterables en la memoria sin marchitarse por el paso del tiempo. Como si de una tira de imágenes se tratara, también puedo recordar otros muchos momentos de mi vida, aunque quizás no tan perfectos ni claros, tal vez debido a la intensidad o el cariño de éste que describo. Han pasado días desde ese 14 de mayo de 2005. He caído, me he levantado, he llorado, he reído, he aprendido, he soñado, pero por encima de todo, he elegido una forma de vida y un camino, he sentido y me he enamorado fervientemente de un sueño. Puedo decir que he llegado a comprender el trasfondo de todo: en esta vida, las cosas que realmente merecen la pena cuestan trabajo conseguirlas, y es necesario lucharlas hasta el final, poniendo en ello el corazón, el alma, y todo lo que tengamos dentro. Recuerdo las palabras de una campeona de Europa cadete que decía "No importaba el resultado, porque yo sabía que había puesto todo en el tatami cada día".

127

He querido rescatar este momento en el tiempo y partir desde aquí porque pienso que realmente ha sido el que ha encauzado mi camino, son esas pequeñas cosas que hacen que cambie toda una vida, que se elija uno u otro camino, por muy poca diferencia que haya entre ellos, pero que al final del recorrido poseen destinos totalmente opuestos.

A partir de ese día, muchas cosas cambiaron en mí. Entré a formar parte del equipo nacional de judo y, consecuentemente, viajé, conocí y aprendí. Hasta ese momento, fueron los años más intensos de mi vida, me abrió a un mundo hasta entonces desconocido para mí. Los hechos sucedían y yo solo disfrutaba, aunque también lo pasaba mal, al fin y al cabo era solo una niña. Estos años me hicieron madurar primero deportivamente, pero también y de forma muy tajante me hicieron

madurar en lo personal. No obstante, yo, anteriormente, tan solo hacía judo por diversión, aunque bien es cierto que siempre hubo algo diferente en mí respecto a todos mis compañeros. Los años fueron desfilando y la obra resultaba no ser tan bonita como dictaba el guión. Cada vez había que entrenar más tiempo y con más intensidad, se empezaban a rechazar cosas para asistir a todos los entrenamientos, había que empezar con la temida preparación física, aparecía el problema del peso, y como en la mayoría de estas historias, los resultados dejaron de acompañar... En fin, una serie de prioridades que llegadas a un punto me hicieron decidir a la fuerza. La cuestión era seguir o no seguir, con todas sus consecuencias, ya que, pese a mi edad, lo que tenía clarísimo es que no iba a hacer nada a medias. O todo o nada. Si me tiraba a la piscina, iba a ser apostando con todo y haciéndolo como nadie jamás lo hubiera hecho. Normalmente, la gente se hubiera decantado por la opción fácil. Yo no quería ser una más. Puedo decir que esa decisión no me la hizo tomar ni mi familia, ni mis amigos, ni mis personas más allegadas. La fuerza que me empujaba, indescriptible para mí, puedo asegurar que estaba en todo eso que yo sentía y sigo sintiendo en mi interior y que me cuesta tanto explicar a veces, porque realmente yo sabía que había algo muy fuerte dentro de mí, era algo que no se borra con el paso de los años, nunca se marchita, nunca se apaga, porque yo lo sentía de verdad, sabía que estaba ahí: yo tenía un Sueño. Lo pongo en mayúsculas porque es el Sueño, el Sueño de mi vida. Creo que es lo más valioso que tengo, aunque no se pueda ver ni tocar, pero se puede sentir, y es el culpable de mi forma de ser, de que yo no fume, de que mi vida se rija atendiendo a unos principios, de mi disciplina, de la intensidad de mi persona, de mi felicidad...de que yo no sea una más aquí. A veces he cometido errores que me han hecho alejarme de esa meta, pero siempre y cada una de mis noches he dormido pensando en él, todos y cada uno de mis actos han sido realizados con ese sueño en mi cabeza, porque desde el día en que me di cuenta de lo que mi corazón decía yo he ido de su mano, nunca lo he soltado y me he prometido agarrarlo cada día con más fuerza. No se trata de decidir tener un sueño y así ser una persona muy afortunada que tiene algo importante por lo que luchar, ni una forma de buscarle un sentido a tu vida. Realmente esto hay que sentirlo de verdad, no se busca, se tiene. Desconozco el momento exacto en que me di cuenta de lo que ocurría, pero sí que me recuerdo de pequeña, y ya lloraba cuando veía los momentos de las Olimpiadas, o cuando veía la celebración de algún deportista, o cuando observaba cómo alguien entrenaba y llegaba a sus límites. Supongo que ahí es cuando comienza la forja de un sueño, cuando empiezas a sentir cosas como esas. Lo de sufrir en los entrenamientos y cuidarse mucho viene después, primero han de existir estas sensaciones, pues serán necesarias y tu mayor arma para cuando los momentos duros acechen, recordar por lo que luchas y porqué lo haces así. Hay que sentir muy fuerte para poder llegar lejos, ya que son tantos los obstáculos del camino que si solamente fuera una ilusión, no habría manera de aguantarlo.

Pienso que esta situación, tarde o temprano, siempre se presenta en la vida de cada soñador: ¿qué quieres y, cuánto estás dispuesto a dar a cambio? Se trate de lo que se trate. Una vez decidido, no es más que establecer prioridades y ponerse a trabajar. Aunque no es tan fácil como parece...recuerdo haber pensado muchas veces: estoy tan centrada en esto que me olvido de otras cosas fundamentales en mi vida. Pero funciona así, significa entregarse en cuerpo y alma a un objetivo, y sin garantías de éxito...es esa la magia que acompaña y rodea a todo este proyecto, por eso hay que saber disfrutar del día a día y del camino, perseguir la cima sin dejar de mirarla, pero centrándonos en subirla lo mejor posible y apreciando el paisaje. Nadie puede dudar de que esto es una forma de vida y una manera de enriquecer tu espíritu, es una puerta al mundo, a la formación, a nuestro desarrollo como personas; es lo más bonito a lo que se puede aspirar, porque no todo el mundo tiene algo de gran valor por lo que luchar, consecuentemente no tiene nada por lo que trabajar y esforzarse cada día, ni ilusión ni ambición por un destino, simplemente vive al día, sin saber qué pasará al siguiente, sin la intensidad de esta vida que elegí: la senda del guerrero es un camino de acción.

Si mis padres me hubieran apuntado a natación, atletismo o gimnasia, la misma historia se hubiera repetido, porque no importa el nombre de la disciplina o la ocupación, lo realmente importante está más allá de las palabras. Son los valores que se esconden tras esos deportes los que realmente permanecen para siempre. Si en vez de crecer sobre tatamis lo hubiera hecho sobre pistas de atletismo, me habría implicado igual. Mis ganas serían las mismas, me habría ilusionado con cada nuevos zapatos, habría esperado ese día con la misma emoción, habría encontrado esa motivación que hace falta, y me habría ido a la cama soñando una y otra vez que ganaba esa carrera que tanto deseaba. Si hablamos de estudiar arquitectura o interpretación, estaríamos ante el mismo caso. Todo es tan simple como obedecer las normas que te dictan tus principios, y lo importante es tener la determinación y el valor de apostar con todo, ser capaz de vivir como un campeón, con todo lo que ello conlleva. Yo puedo asegurar que no hay nada que más me emocione que observar cómo las personas pueden llegar a entregarse cuando están ante algo que les apasiona, es increíble la fuerza interior que podemos llegar a desplegar si nos lo proponemos, y si encima tenemos el Sueño...la parte difícil ya está hecha, pero, no obstante, son pocos aquellos que aun con unos años a sus espaldas conservan alguna ilusión de pequeño; es triste saber que en pocas ocasiones las personas sienten esa magia y ese cosquilleo del que hace algo que realmente le gusta y le hace feliz; es verdad que la puerta entre la realidad y los sueños permanece cerrada por siempre para muchas personas, demasiadas.

Ahora bien, ésta, mi historia, no sería la que describo sin la aportación de ciertas personas que me guían y acompañan de la mano, superando juntos los obstáculos y haciendo grande este Sueño. Mi vida siempre ha estado llena de

personas. Y no, no hablo de cantidad, sino de calidad. Las puedo contar con los dedos de una mano, pero todas y cada una de ellas han sido decisivas e increíblemente influenciables para mí. Me han allanado el camino y sin ellas puedo decir que hoy no sería la persona que escribe estas palabras. Cada una me ha guiado y aportado de manera distinta, pero sin cada una de esas partes mi puzzle personal hubiera sido imposible de realizar. Hablo de personas que cambian vidas, de personas que marcan un antes y un después, de personas que yo he tenido la oportunidad de cruzarlas en mi camino. No sé si se tratará de suerte, destino u oportunidades que te brinda la vida, pero sin duda me siento afortunada de poder vivir experiencias tan intensas y acompañadas de la sabiduría y recorrido de éstas. Prefiero no decir nombres, ya que es innecesario, esas personas saben que son ellas a las que me refiero.

Uno me aportó el Sueño, el conocimiento, la ilusión y el comprender que la lucha más voraz se hace con el corazón, en definitiva, me enseñó a vivir, basándome en una filosofía y creyendo en unos principios cuya base era ganar la batalla que cada día nos brinda la vida. Casi sin darme cuenta y de forma progresiva, se convirtió en mi inspiración, en mi más absoluto apoyo, era mi confidente, mi amigo, la voz de mi conciencia. En realidad, lo que hizo fue despertar algo en mí que ya existía, pero lo hizo de la manera más perfecta que se podía hacer, avivando una llama y despertando un Sueño que ya vivía dentro de mí. Nunca había conocido a alguien así, ni creo que lo haga a pesar de mi edad, pues me cuesta creer en alguien con esa fortaleza mental, esa determinación, esa fuerza de voluntad y esa pasión y derroche de amor por un deporte. Podría decir que me enseñó a luchar con el corazón y el alma, con la ternura del amor por encima de todo. Me hizo madurar de forma acelerada, me hizo pensar como mujer, me enseñó de la vida y sus azotes y, por qué no, también de sus cosas más bonitas y sinceras. Puedo decir que jamás había conocido a alguien tan semejante a mí, sentíamos de la misma forma, y cuando estábamos juntos el tiempo se paraba, no existía mañana, simplemente disfrutábamos. La conexión era tal que con solo mirarnos a los ojos sabíamos lo que queríamos decir, era como si nos hubiéramos conocido desde siempre, como si siempre hubiéramos estado unidos. No hablo en pasado, porque esto jamás comenzó ni jamás acabará, simplemente existe, es algo atemporal; es esa sensación de estar tan unidos que parece formar un solo ser. Ambos sabemos que en el fondo somos almas gemelas y a pesar de los pesares esto no podrá cambiar jamás. Gracias.

Otro me ofreció su entrega, su dedicación, el comprender que el día a día es lo que nos llena, el sentir la verdadera pasión y el entregarse en cuerpo y alma a una meta. Sin duda, cada hora, cada minuto, cada segundo del día me hace creer y me demuestra que el camino, si se hace acompañado y en equipo, es mucho más fácil e infinitamente más bonito. Es la parte que faltaba en mi vida, el toque de tranquilidad y serenidad a mi particular locura, la experiencia, el saber hacer y la organización y

disciplina que me hacen crecer cada día. Junto a él siento que todo está en su sitio, me siento tranquila, protegida, en calma. Es mi guía, mi mentor, mi maestro, mi amigo, mi apoyo incondicional, mi amor, mi ilusión, mi compañero de fatigas en todas y cada una de las facetas de mi vida. No sabría qué más decir para describir lo que siento, pues creo que con simples palabras no es suficiente. Al que siempre está ahí y nunca falla: te quiero.

Y una vez llegados a este punto, cuando ya me he declarado una soñadora y una loca en el sentido más bonito de la palabra, cuando ya me he vaciado y he expuesto con total sinceridad todas y cada una de las sensaciones que experimento en mi lucha diaria... solo me queda preguntarme: ¿dónde estoy?, ¿qué final tiene esta historia?, ¿es real, es una ilusión?, ¿qué pasa si no llego?... Estoy aquí, ahora, sólo existe este momento, y es el más bonito y perfecto dentro de todas las posibilidades que se hayan podido llegar a dar, porque así lo quiero yo. El hombre, en última instancia, es el máximo responsable de su realidad y, como decía un gran maestro, dótame de la serenidad suficiente para admitir que hay cosas que no puedo cambiar, de la valentía necesaria para cambiar las que son posibles, y de la sabiduría justa para saber diferenciarlas. Estoy aquí de nuevo, en esa brecha entre el pasado y el presente, luchando como nunca y soñando como jamás habría podido imaginar. ¿Puedo pedir algo más? Yo he llegado a comprender, a base de mucho, que la Meta Única, el Último Objetivo, no es más que la felicidad absoluta que se esconde dentro de cada uno de nosotros. Yo soy muy feliz luchando así, y eso nada ni nadie puede quitármelo, disfruto cada día como una niña pequeña cuando no para de descubrir cosas nuevas. ¿Quién podría negarme o arrebatarme ese disfrute diario? Escapa a todo control. Yo sonrío con un kimono sobre mis hombros, tal vez también lo hiciera sobre dos ruedas, o tal vez bajo un casco de astronauta, pero éste ha sido mi Camino elegido, mi Senda, y para mí es perfecto e inmejorable. No puedo negar que a veces me aterroriza imaginar que no cumplo muchas de mis metas, me aterra pensar que no llegaré, pero, ¿por qué perder el tiempo así? La vida es un misterio, es el gran misterio, pero no podemos perder el tiempo en descubrirlo. Yo solamente vivo mi día a día, siento mi rutina diaria como si fuera la última vez que fuera a vivirla, chillo más fuerte que nunca, lloro con todas mis fuerzas, sonrío como nadie, sufro como muchos, siento como pocos... ¡vivo! En el sentido más literal de la palabra, ¡yo vivo!

Sería bonito y de lo más especial terminar esta historia real con un final imaginario y fantástico, pero ¿por qué mezclar realidad e ilusión? Lo más bonito de esta historia precisamente es eso, que no está escrita, que no está acabada, más bien acaba de empezar, acaba de nacer, como mi joven Sueño de tan solo 19 años, aunque para mí lleva toda una vida existiendo en mi corazón con la misma fuerza. Este Sueño es joven pero también fugaz respecto a otras perspectivas de la vida, por lo que ya ha empezado a madurar, a establecerse firmemente, como ese fruto que se ha cuidado durante tanto tiempo y ahora comienza a alegrar la vista con sus intensos

colores. Es así que me siento en mi momento más tierno e intenso de todos los que he tenido oportunidad de vivir, porque es ahora cuando esto comienza a tomar forma seriamente, cuando se disfruta de verdad del gran reto que se ha decidido llevar a cabo, cuando la forja de un Sueño comienza a dar sus primeros frutos...es ahora cuando puedo decir que estoy viviendo mi Sueño, haciendo equilibrio constantemente como si de un artista se tratara entre la línea de lo imposible y lo posible, entre la realidad y lo imaginario, entre todos y cada uno de los límites de mi ser; este Camino es así, lleno de intensidad y de acción. Es en este momento cuando se empieza a tomar consciencia de todo lo transitado, de todo lo luchado, cuando se abren nuevas posibilidades que nos permiten seguir avanzando... estamos a punto de salir a combatir frente a los mejores, recibiendo ayudas y apoyo de diferentes puntos, pero, por encima de todo, estamos creyendo como jamás lo habíamos hecho. Sería una blasfemia no disfrutar de este momento, aun sabiendo que han de venir mejores, pero ¿qué es más puro y bonito que el momento presente? Al fin y al cabo, es lo único que tenemos y de la única cosa que podemos estar seguros 100%.

A mí solo me queda seguir luchando y disfrutando, e invitar a todo el mundo a entregarse por aquello que aman, y rodearse de todas las cosas que le hagan ser felices, y vivir como si fuera el último día sin temer a la muerte porque... lo realmente temible no es ella, sino no haber vivido como verdaderamente habíamos deseado. Luchad sin más herramientas que vuestra ambición, superad las barreras que os cohiben, y romped con los límites que atan vuestra felicidad. Reírse de la vida y de todo lo que le rodea, porque también eso es ilusión y misterio, reírse del mundo y de sus dificultades que la mayor parte de las veces creamos nosotros mismos, reírse sin más y por ningún motivo, y ante todo, no os pongáis trabas ni piedras en el camino, que de eso ya se encargarán otros. No dejéis que la mediocridad anide en vuestras vidas, ni dejéis de buscar la perfección y la sencillez en vuestros propósitos, alejándoos de las irritables y fracasadas opiniones de aquellas personas que se limitarán a tacharos de locos, pues a ellos les gustaría estar tan locos como vosotros, pero el miedo y la cobardía les hace mantenerse cuerdos. Perseguid la armonía y la esencia de cada acción que llevéis a cabo, ignorando a los pobres infelices que ya están vencidos antes de salir a la batalla, pues los que carecen de coraje y valentía siempre encuentran una filosofía en la que basarse. Sed felices en el estado más puro de la palabra, y no intentéis buscarla sin cese, porque la felicidad no se trata de un Fin o una Meta, simplemente está ahí, es un estado de ánimo. Yo, personalmente, juro seguir trabajando por ser alguien en este mundo desconocido, desobedeciendo una y otra vez las conformistas y pesimistas directrices que la vida nos plantea, y soñando con tener un lugar en la época que me tocó vivir, porque somos un suspiro en relación a la duración de nuestra historia, pero no por eso podemos dejar que el tiempo nos supere y los años desfilen por nuestra persona sin dejar secuelas, recordando que tiene más valor la vida de los años que los años de la vida.

Yo, deportista

Y, por último, de nuevo, gracias a ti también, mi Sueño, al cual debo mi persona y toda esta mezcla de felicidad e ilusión que cada día me empuja hacia la Meta sin pensar en el destino.

Un día, pasados los años, recordaré y volveré a leer estas líneas, las cuales siempre habían existido en mi cabeza y no había materializado hasta que alguien o algo, quizás un concurso, me había invitado y motivado a escribirlas, haciendo participe a aquel que las lea de mi Sueño y del comienzo de mi historia, porque como ya he dicho, esto acaba de empezar, es el principio, el nacimiento de un Sueño que perseguiré hasta el final.

*Dos caminos se bifurcaban en el bosque, y yo, yo tomé el menos transitado.
Y eso lo cambió todo.*

Robert Frost, poeta estadounidense, 1874.

EL CORTACÉSPED

Antonio Javier González Pérez

Estimados Sr. Presidente y Junta Directiva, técnicos en general, aquí les presento el informe solicitado en relación a la desaparición de Alberto Torrens, empleado de la entidad, cuya función laboral ha venido siendo la de cortacésped. Hasta la fecha, y ya ha pasado una temporada sin que hayan dado con su paradero, no ha habido un solo indicio que nos pueda llevar hasta él. Como verán, el informe consta de una sola hoja: en blanco. De seguir así el curso de los acontecimientos, cebándose en el equipo tanta mala suerte, nos veremos obligados a pensar en tomar medidas que vayan más allá de lo meramente deportivo. Podrá parecer descabellado por mi parte, pero no estoy viendo otra salida a este entuerto que recurrir al mundo del esoterismo, la santería, la magia blanca, o cualquier tipo de conjuro que rompa esta racha. Hemos pasado de jugarlos el campeonato de liga a ver de refilón la promoción, sin otro motivo aparente que la marcha de Alberto.

134

Estuve presente en aquella reunión, como jefe del equipo de mantenimiento del estadio, y hoy la recuerdo con especial cariño, ya que logré convencerlos y volvimos a ser un equipo campeón.

Desde mi punto de vista, comenté cuando fue solicitada mi opinión, debemos concentrarnos en la profesionalidad de Alberto y dejar a un lado el don premonitorio que como un plus Alberto poseía, seguramente aportado por su dolencia o por coincidencias a las que difícilmente encontraremos justificación. No supimos ni apreciar ni valorar el tratamiento que él le daba al césped y tan solo en la última temporada, previa a su ausencia, el equipo se interesó en él por sus cábalas, pero nunca tuvo un solo detalle sobre el esmero en su actividad laboral. Lo dije en aquella primera reunión a la que asistí para tratar la sustitución, momentánea en aquellos días, de Alberto al mando de la cortadora de césped, pero mi petición fue tomada a la ligera.

Con toda seguridad, continué, a los más jóvenes de este Consejo no les asista la memoria. Alberto es hijo de barbero y a su vez, hasta donde a mí me alcanza su historia, nieto de barberos. Cuando la entidad decidió construir en esta zona el estadio llegó a un acuerdo con su familia, que ya ocupaba en ese entonces la que hoy

conocemos como “la esquina del tembleque”, por la confluencia de corrientes de aire que hay en ella. A la fama como cortadores de pelo que precedía a la familia de Alberto, en aquel barrio a las afueras de la ciudad, se le sumó la opinión de la nueva clientela, que aprovechaba la compra de entradas o los previos al partido para pasar por la tijera.

Alberto fue un niño enfermizo, flaco, desgarbado, de orejas abanadas, con unos brazos largos cuyos codos siempre molestaban al padre en la barbería, cuando llevaba las manos metidas en los bolsillos. Los continuos tropiezos con los codos del hijo fueron haciéndose cada vez más molestos para el padre. A esta incomodidad había que unir las esporádicas ausencias de Alberto que, en función de las corrientes de aire que doblaban la esquina, lo transfiguraban, quedando por espacios de tiempo indefinidos, como hipnotizado. Estos tiempos muertos acababan en convulsiones si las masas de aire que chocaban en la esquina contenían algo de carga eléctrica. Sin embargo Alberto tenía sus adeptos, quienes preferían ser pelados por sus manos; admiraban su meticulosidad en el tratamiento del material, la innovación en los cortes, y cómo con esos dos cañizos que salían de sus hombros y ayudado por el espejo era capaz de cortar cualquier cabellera sin moverse.

Fue el padre, harto de compartir su espacio aéreo con los codos de Alberto, quien lo propuso como cortador de césped, y así entró a formar parte de nuestra plantilla cuando éramos varios los que a pie pasábamos los cortacéspedes. Al final de aquella su primera temporada, el resto de la cuadrilla convino que Alberto tenía un don especial para cortar la hierba; ya fuera el esmero con que cuidaba las cuchillas o el movimiento que le imprimía a la podadora, se notaba la parcela de la que él se encargaba. Tuve la oportunidad de intimar con él, contento tras verse libre de su padre y cansado del constante recelo que éste profesaba a su madre por el color habana que desde su nacimiento acompañó a Alberto. Color que a las claras desentonaba con el de su supuesto progenitor, a lo que su madre quitaba hierro alegando un ancestro cubano por parte del abuelo del niño.

Cuando vino la primera máquina a motor, hubo que redistribuir al personal, y quedó Alberto encargado del corte. Me preguntó si tendría algún inconveniente en colocar su amuleto preferido con él en la cortadora, y desde ese día para nosotros pasó a ser Alberto de Porres en honor a San Martín, limeño de tez morena, patrón de los peluqueros, que él llevaba orgulloso en cada poda.

Este vínculo entre lo religioso y la capacidad de adivinación que tenía Alberto es lo que nos ha confundido. Conmigo lo demostró, por primera vez, en la final de copa, cuando le pedí que me pelara. El riego por aspersión dejó de funcionar y tuvimos que saltar al campo antes del pitido inicial. Te voy a dejar sin perfilar esta oreja, me dijo, pero antes te voy a decir cómo va a terminar el partido. Al final del mismo me senté ante el espejo para que acabara su labor con las tijeras, y

levantándome el mechón de pelo por cortar pude ver el 3-2 con el que acabó el partido. Han sido muchas las cabezas de futbolistas que pasaron por sus manos y de todos ellos siempre oí expresiones de asombro. Ésta es la más reciente y corresponde a nuestro número diez: Me encanta cómo Alberto me corta el pelo, lo hace como si éste creciese en una pompa de jabón, pero también me da miedo porque a través de sus cortes es capaz de adivinar lo que pienso, como si tuviera una bola de cristal en sus manos.

En mi opinión este tipo de visiones se fue agudizando en las últimas temporadas conforme crecieron los rascacielos en esta zona de la ciudad y las nuevas corrientes de aire originadas le provocaban más ausencias y alguna que otra convulsión. Antes de desaparecer me comentó que estaba siendo estudiado por un neurólogo. Prueba del incremento en este tipo de trances es que fuimos los primeros en presentar el terreno de juego con dibujos, que gracias a los cortes proporcionados por Alberto al césped, eran capaces de simular cuadrados, rombos e incluso olas. Luego fue más lejos y consiguió rotular en tonos de verdes los escudos de los equipos contendientes, hasta que su capacidad de adivinación se concretó públicamente cuando acertó el resultado final del partido, dejándolo impreso en la alfombra verde, antes de empezar el partido.

La Federación tomó cartas en el asunto y Alberto quedó al margen de las sanciones tras mi defensa ante esta Junta Deportiva, dada la importancia que había adquirido en el juego del equipo y que a todas luces nadie valoró en su justa medida. La International Board nada dice en relación con el corte de césped, pudiéndose realizar en línea recta, círculos, etc. siempre que se ajuste a la normativa vigente. Sin embargo, habla claro sobre la imposibilidad de hacer con el corte logotipos, publicidad comercial o emblemas, a menos que éstos se hallen como mínimo a un metro de distancia del terreno de juego. Alberto escribió el marcador final del encuentro. La opinión pública se dividió entre quienes valoraban su capacidad de acierto y la influencia que ese tipo de mensaje podría tener en el equipo contrario.

El tratamiento informativo dado a la noticia por el club desvió la atención hacia el papel poco deportivo que juegan en la contienda algunos recoge pelotas, así como locutores y delegados de campo, siguiendo instrucciones del equipo de casa, y todo se resumió en la advertencia dada a Alberto para que no cometiera tal estupidez.

La propuesta que traje a esta misma mesa, hace un año, sobre la trascendencia de Alberto para nuestro equipo está basada en los siguientes hechos: Uno.- Nuestro estadio fue una de las sedes del Campeonato Mundial de Selecciones y se dieron los resultados más extraños, alegando los jugadores no adaptarse al campo. Solo algunos futbolistas extranjeros radicados en nuestra liga lograron dar pie con bola, deslumbrando entre ellos los fichados por nuestro club. Dos.- Cada vez que hemos

cambiado de entrenador, las estadísticas de los primeros diez partidos jugados en casa son demoledoramente negativas, argumentándose la falta de adaptación de los jugadores al nuevo sistema propuesto por el místico de turno, pero yo les invito a pensar si realmente se sustenta esa idea cuando hablamos de jugadores de tanta categoría profesional. Tres.- El testimonio personal que he ido obteniendo de cuantos laterales, extremos y centrocampistas han pasado por nuestro club temporada tras temporada, así como de jugadores de otros equipos, siempre concluye en la alabanza de cómo rueda el balón en nuestro campo.

La explicación a estos hechos radica en el virtuosismo de Alberto en el manejo de las cuchillas podadoras, que le facilitaban un trato a cada hebra de césped como si de cabello se tratara. Ensayaba diferentes cortes cada vez que se cambiaba el balón oficial, hasta conseguir el mejor deslizamiento. A este corte básico le añadía otros en función de las preferencias tácticas de los entrenadores, lo que le llevaba unos tres meses el conseguirlo. Así, tenía distintos cortes si en el banquillo se sentaba un amante del fuera de juego, del marcaje por zonas o al hombre; un entrenador con preferencias por el contraataque o por la presión en campo contrario. Con determinados entrenadores y jugadores llegó a crear sectores de corte en función de las zonas específicas por donde desarrollan los jugadores su juego, y hasta logró añadir un corte especial en áreas donde las jugadas tácticas son decisivas.

Son muchos los aquí presentes que se mofaban de él. A mí me demostró de lo que era capaz con una cortadora el viernes previo a su último partido. Me invitó a dar la vuelta al campo. No vi nada especial hasta que, llegados a la Esquina del Tembleque, me hizo sentar en un asiento en concreto. Corría una ligera brisa. Solo desde allí se podía obtener la perspectiva desde la que apreciaría su trabajo. Cada una de las áreas grandes, correspondientes a las porterías, parecía una maleta dispuesta para el viaje, y había convertido el círculo central en el iris de un gran ojo verde representando el punto central una pupila blanca, que a su vez incluyó en un triángulo, dibujando de esta forma el símbolo de Dios. Cuando vio mi cara perpleja me dijo: Ha llegado la hora de irme.

Debió volver a coger la cortadora el domingo antes del partido. Con ella nos dejó atónitos. En medio campo un "Hasta siempre", y en el otro, los símbolos de una quiniela cuyos encuentros empezaron todos a la misma hora. Única combinación que resultó millonaria esa jornada. Desconozco si Alberto ha plantado su residencia en un paraíso fiscal o si ha donado el dinero, si está vivo o muerto, pero les aseguro que nunca más lo volveremos a ver. Espero que mis palabras hayan servido para clarificar mi petición, de la cual se mofaron como lo hicieron de él, pero este club no volverá a ser uno de los grandes hasta que no consigamos un cortacésped con la calidad de Alberto.

DESFILE DE MODELOS

José López Falcón

Hoy me autoinvité a un desfile de modelos. El lugar, el parque cerca de casa. Era la caída de la tarde de un día de primavera, un radiante día de primavera en Sevilla. La temperatura rondaba los 25 grados. En realidad, cada tarde, en esta época, hay un desfile de éstos.

Cogí papel y lápiz y me dirigí al encuentro del espectáculo. Me acomodé en un banco de madera al lado de la pasarela. Estaba listo para contemplar lo que por allí iba a pasar.

No tardó ni un minuto en empezar la función. Allá lejos viene el primero. Vaya, éste no tiene prisa por desfilarse. En realidad este desfile no le corresponde. Es más: él se ve desfilando pero no quiere desfilarse. No estaba invitado a este festín. Se ha colado de rondón. Su indumentaria hace pensar que no le gusta desfilarse. No le interesa desfilarse. Él prefiere el sillón, la silla, la tranquilidad. Tanta actividad no le motiva en absoluto. Llegando más allá, incluso se burla de los demás que desfilan. Afortunadamente tipos como éstos no van a abundar en este desfile. Su atuendo lo distingue de los demás. Este desfile es deportivo, pero él no luce ropa deportiva. La tiene, sí, y se la pone de vez en cuando, quizás para hacerse la ilusión de que es uno de ellos, uno de aquellos con los que se cruza por el parque. ¿Qué hace este tío en el parque? Le pillan de paso para ir no sé dónde. Ni mucho menos quiere que lo tomen por uno de estos deportistas que absurdamente pasan a su lado andando rápido o incluso corriendo. Pero muy, muy en el fondo, los envidia.

A poca distancia viene el segundo de los modelos de hoy. Esto ya es otra cosa. Vaya, parece que no viene solo. En efecto, es un trío, en este caso de señoras (o señoritas). Más atrás viene un dúo de caballeros, hombres maduros pero de buen ver. Unas y otros marcan un buen paso, el braceo es amplio. Acompasan sus comentarios al ritmo vivo que marcan sus piernas. Las muñecas de Famosa se dirigen al portal. Éstas vienen charlando de no sé qué pastel que le sale riquísimo a una de ellas, de no sé qué familiar al que le dieron de alta ayer en el hospital, dice la otra, de no sé qué actor de una película que echaron ayer, comenta la tercera... Ellos, al pasar, parece que hablan de lo bien que le va "ar Beti", que si el Sevilla va de cráneo con el nuevo

entrenador... Éstas y aquellos sí vienen vestidos acordes con el escenario. Sus botines y su chándal, comprados donde lo compra últimamente todo el mundo.

Un instante después, a unos metros, la cosa se pone seria. Éste ya no viene en chándal. Se compró unas mallas cortas y una camiseta, se fue a por los botines que le aconsejó el vendedor y aquí le tenemos, perfectamente equipado con su reloj-cronómetro y dispuesto a quemar kilómetros. Viene jadeando porque, éste sí, viene corriendo. Los modelos anteriores se desplazaban andando, pero éste no, éste ha dado el salto. Le pone esto de correr. Quiere perder esos kilitos que le sobran. Tiene previsto incluso a medio plazo participar en esa carrera que tanta gente corre dentro de...seis meses. Pero quiere ir bien preparado. Para eso se pone en marcha desde ya, que después todo son prisas. Se propuso hoy, sobre la marcha, llegar a una hora corriendo sin parar. Aunque se le salga el hígado por la boca, va a hacer su horita. Después su duchita y el tío como nuevo. Eso sí, mañana le toca levantarse con tres kilos de agujetas encima. Al pasar por delante mía me mira con sorna. No se puede creer que aún haya gente como yo que no se haya dado cuenta de lo bueno que es correr *pal* cuerpo.

Nuestro tercer modelo ya pasó. Se aleja no ya sin cierta torpeza de movimientos, después de diez minutos corriendo, cuando aún le quedan cincuenta para terminar ese entrenamiento que decidió sobre la marcha. Este tercer modelo empieza a ponerse excusas: qué calor, me está empezando a doler un poco lo que es el interior de la rodilla, ¿y si en vez de una hora me quedo en media? Decide cortar por lo sano y volverse a casa. Lo veo coger la puerta de salida del parque. Va pensando lo que dirá a sus amigos. Sí, les dirá que sí, que hizo la hora, que se sintió muy bien. Que el cuerpo le pedía seguir pero que él controla y sabe cuándo hay que parar. Que estaba cansado (¡quién no lo está después de una paliza de una hora!) y que se fue flechado a la ducha, con muy buenas sensaciones... Una mentirijilla piadosa que no hace daño a nadie. Se toma como una obligación casi volver a salir al cabo de un par de días, a lo mejor tres. Lo de participar en la carrera lo tiene aún en mente. Aunque en el fondo sabe que si se apunta quizás no vaya, ya buscará alguna excusa. Y si va y no acaba, siempre habrá otra excusa. Ya se le ocurrirá alguna. Más le vale ir pensándola desde ya.

Vuelvo la vista al escenario y veo acercarse al último modelo. Esto es otra cosa. Dónde va a parar. Este modelo no anda como los dos primeros, ni corre, como nuestro amigo el de las excusas. Éste tío vuela, corre que se las pela. Desliza su esbelta figura por el escenario. A lo lejos se acerca. Lo veo adelantar a otros modelos que tenían previsto desfilarse antes pero que se ven superados por la majestuosidad de su zancada. Incluso está a punto de chocar con otros modelos que circulaban en sentido contrario. Éste sí que parece un corredor. Equipación de marca (eso sí, con la publicidad de no sé qué media maratón de no sé dónde), botines de los que cuestan un riñón y parte del otro. En la muñeca, algo diferente. No se conforma con el Casio

Yo, deportista

cronómetro y hace tiempo que perdió la fe en los pulsómetros. Éste es un tío de los modernos de verdad en esto de correr. Sí señor. Su muñeca luce uno de esos relojes que se diseñan sólo para corredores, que se conecta al ordenador y que te dice hasta el número de tu DNI. Aquí se acerca un corredor con todas las letras. Parece no hacer esfuerzo alguno y sin embargo pasa como un obús por delante mía.

Y se acabó el desfile por hoy. En realidad la gente sigue desfilando. La tarde invita a ello. Ven a este mismo banco en invierno y la cosa cambia. Pero en primavera, con este solecito, ¿quién se resiste a ponerse a hacer deporte?

Llega la hora del crepúsculo. Las farolas toman el relevo del sol. Yo sigo sentado en mi banco pero ya son pocos los que desfilan. Algún rezagado, alguna rezagada, poco más. Cojo mi libreta y me voy. Al salir del parque me vuelvo por un instante a contemplarlo de nuevo. Alguien cierra la puerta de entrada con un candado. Allí quedó solo el santuario. Un paréntesis de naturaleza en el continuo de la ciudad. El lugar por donde mañana volverán a desfilan centenares de modelos.

Nota del autor: la inspiración hoy no me pilló escribiendo (como quería el poeta), sino en la cama, como me pasa últimamente. Con las edades que uno tiene, cuatro o cinco horas de sueño profundo o casi me son suficientes para sentirme descansado. O al menos para tener la sensación de que estoy descansado. Me veo perdiendo el tiempo si sigo en la cama. Después de rumiar lo que acabo de escribir durante un buen rato, más de media hora, me levanto y lo vuelco en el ordenador. Todo empezó allá por las 3 y media de la mañana. Lo primero fue el flash del título. Fue cocinándose durante unos tres cuartos de hora en mi cabeza. Me levanté y lo volqué al ordenador a partir de las 4 y media de la madrugada. Cierro el ordenador sobre las 5 y media...

140

¿QUÉ MÁS PODRÍAMOS NECESITAR?

Rosi López Suárez

Desde que el mundo era mundo, ningún político se había atrevido a poner los pies en aquel barrio al que, en privado, describían como “cochambroso, inmundo y nido de delincuentes”, y en público, como “una zona que requería de especial atención”... pero las elecciones son las elecciones y el orondo concejal de deportes quería, necesitaba, una vez más, revalidar su cargo. Ciertamente es que durante sus 3 mandatos anteriores, el único deporte que había practicado era el de comer y viajar a costa de la Administración Pública, pero 12 años desgastan demasiado y ya no contaba ni siquiera con el apoyo de las garrapatas sociales que hasta entonces se habían pegado a su cuello. Así, que... ¿dónde conseguir votos?

141

La respuesta no le pareció difícil. Acudir a ese barrio marginal donde nada tenían, y ofrecerles algo, sin duda le reportaría más de un voto, los necesarios quizás, para seguir aferrado a la poltrona.

Quería dar una imagen cercana, así que conduciendo su propio vehículo se dirigió al barrio. Le costó encontrarlo, ni su GPS pudo localizarlo, no contaba para nada, no estaba en ningún sitio.

Sus asesores le habían informado de que los jóvenes del barrio solían reunirse en una cancha deportiva todas las tardes, así que allí se presentó el Sr. concejal. Cuando llegó al barrio vio a varios grupos de jóvenes que practicaban distintas actividades.

-¿Será aquí? -pensó- Hay muchos jóvenes, pero...no, esto no es ninguna cancha deportiva.

Siguió dando vueltas con el coche, y al no encontrar nada que se asemejara a una zona de entrenamiento, volvió a la zona donde había visto a los jóvenes. Aparcó el vehículo y se bajó, no sin cierta dificultad, del mismo. Los excesos le habían pasado factura y el sobrepeso no le permitía moverse ágilmente. Se dirigió hacia los muchachos y les preguntó:

- Perdón... estoy buscando la cancha deportiva donde suelen entrenar los jóvenes de este barrio.

Todos los jóvenes cesaron en su actividad y se quedaron mirando para él. Por un momento, el Sr. concejal sintió miedo, un miedo inmenso, un miedo... que desapareció cuando los jóvenes comenzaron a reír a carcajadas, señalándolo y desternillándose

- La cancha deportiva, dice -exclamaban ahogados en sus propias risas...

Tras unos minutos en los que el concejal se sintió tan avergonzado como desconcertado, dejaron de reír, y uno de ellos, un chaval de unos 15 años, le dijo:

- Esto es el "poli"

- ¿El qué?

- El polideportivo del barrio ¿o es que no lo ves?... ahí, a tu izquierda, está la pista de baloncesto.

El concejal miró a su izquierda y pudo ver que en el suelo, pedregoso y lleno de basura, había unas líneas blancas marcadas, mientras que dos papeleras metálicas rotas, atadas en lo alto de dos palos, simulaban ser las canastas.

- En el centro, está el campo de béisbol –rosiguió con sorna el muchacho

En dicho centro no había más que unos chicos con unos palos a modo de bate y unas piedras que hacían las funciones de pelota.

- A la derecha está el gimnasio...

El concejal pudo comprobar cómo los jóvenes habían fabricado rudimentarias mancuernas, usando restos de todo tipo.

- Esto es increíble –farfulló el edil

- Además, tenemos una zona de lucha, allá al fondo

Allá, al fondo, unos chavales, con unos guantes rotos, intentaban boxear, mientras otros practicaban la lucha sobre el suelo puro y duro, entre carcajadas y quejidos por los golpes contra el suelo

- Ah –concluyó el joven mientras sus compañeros estallaban una vez más en carcajadas– y eso de allá son las obras de la piscina olímpica.

Dos jóvenes estaban dentro de un barreño de agua, completamente oxidado, fingiendo nadar y chapoteando mientras otros se regaban con una manguera cuya pertenencia se disputaban lúdicamente.

- Bueno, permítanme que me presente, soy Conrado Luchez, el concejal de deportes de este ayuntamiento.

El concejal no despertó ni el interés ni la admiración en los jóvenes, que se miraron unos a otro, luego lo miraron a él. Uno de ellos le preguntó:

- ¿Y?

- Bueno, desde el Ayuntamiento pretendemos mejorar los espacios de ocio y entrenamiento de nuestros jóvenes y...

- ¿Mejorar? –le interrumpió otro de los chavales– ¿Mejorar el qué?, si esto está que te cagas...

No encontrando argumentos ni maneras de captar el interés de los jóvenes, el concejal les preguntó:

- ¿No os gustaría tener un entrenador? ¿Alguien que sepa y os pueda guiar los entrenamientos de forma organizada?

- Pero si ya tenemos al Yera –le contestó otro de los chicos, quien se volvió hacia otro lado de la calle gritando: ¡Yera! ¡Yera! ¡Ven!

Apenas unos segundos después, de la oscuridad surgió una mole humana. A pesar de que sus rasgos eran de los un hombre de unos 20 años, su físico, totalmente modelado e hinchado por el trabajo muscular, le hacía parecer mayor.

- ¿Qué pasa tío? –preguntó.

- Aquí, éste, que quiere saber quien nos entrena...

El Yera avanzó unos pasos y se colocó justo delante del concejal

- Yo soy el que los entrena, ¿por qué?

- Bueno, soy el concejal de deportes de este Ayuntamiento y estamos investigando las necesidades de los jóvenes de los barrios respecto al entrenamiento deportivo.

- Gracias, pero aquí no necesitamos nada –contestó secamente.

- Me han dicho que Vd. les entrena, pero ¿ha tenido la ocasión de hacer algún curso de formación como monitor deportivo?

- ¿Qué pasa, que piensas que no los entreno bien? –gritó en un tono duro.

- No, no, no...todo lo contrario, si es evidente que está haciendo una labor inmensa aquí –contestó ligeramente asustado el edil– lo que buscamos es darle más medios. Podemos ofrecerle la posibilidad de hacer cursos de formación

- Ya los hice en el talego, bueno, allí entrené a todo dios...

- Bueno –farfulló nerviosamente– ya veo que el tema de la formación no es necesario... Pero sin duda les vendría bien que arreglásemos un poco la zona.

- Pero si ya la arreglamos nosotros, le quitamos la basura, la pintamos, la regamos...

- Si, esto... bueno, tal vez podríamos darle material un poco más moderno, porque esas mancuernas...

- ¿Qué les pasa a las mancuernas? Las hemos hecho nosotros y están de puta madre...

Yo, deportista

- Si, ya... esto... quizás podríamos darle ropas de entrenamiento, equipajes...

- ¿Pa qué?

- Para que estén más cómodos...

-¿Más? –le preguntó uno riendo mientras señalaba su pantalón corto y sus playeras, que eran su único atuendo.

Los jóvenes disfrutaban con los intentos de un concejal cada vez más sudoroso y confuso.

- Podríamos organizarles encuentros deportivos con jóvenes de otros barrios.

- Ah, eso ya lo hacemos –contestó uno.

- ¿Sí?

- Sí, a veces vienen los del barrio *de al láo* y hacemos luchas... nos damos de leches...

- Pero... ¿y el espíritu deportivo?

- Luego nos tomamos unas birras y quedamos *pa* la próxima vez.

El concejal se dio cuenta de que si quería conseguir algo, tendría que ser más directo.

- Bueno, supongo que ya saben que dentro de unas semanas se celebran las elecciones municipales y voy a presentarme una vez más a la concejalía de deportes, entonces... necesito el apoyo de los ciudadanos, ya saben a qué me refiero....

- Claro, hombre –le contestó uno de los chicos- ¡haber empezado por ahí!

- ¡Pero si la mayoría no tenemos los 18, no podemos votar! –contestó otro.

- ¡Que no hombre, que no es eso lo que quiere!

La cara del concejal cambió de color un par de veces, mientras los muchachos seguían haciendo sus conjeturas.

- Lo que este hombre quiere es copiar lo que tenemos aquí para que en todos los barrios puedan tener lo mismo –Y luego en voz muy baja le dijo a su amigo–: Ya veis que no tiene ni puñetera idea de nada.

- Sí, pobre, vamos a echarle una manita –acordaron. Y luego, ya en voz alta, le dijeron al concejal:

- Bueno, ¿qué es lo que quieres?

- En realidad... lo que necesito son los votos del pueblo para poder ser reelegido, así que intento darle a cada barrio lo que necesita.

- Vale, nos parece bien que copies nuestro “poli” y lo hagas en otros barrios, así, teniendo todo lo que necesitan, te votarán ¿no?

Yo, deportista

- ¡Todo lo que necesitan! –pensó el concejal– pero si no tienen nada... –Y ya en voz alta contestó:

- Sois extremadamente generosos, pero, ¿y vosotros? ¿No necesitáis nada para entrenar?

- A ver... -contestó uno de ellos- tenemos sitio donde entrenar, tiempo para entrenar, amigos con los que entrenar... y lo pasamos de muerte... ¿Qué más podríamos necesitar?

A eso, el edil no supo qué contestar.

- ¿Os molesta si os hago una foto del “poli” mientras entrenáis?

- Guay, tío, pero espera un momento.

Uno de los muchachos salió corriendo y volvió a los pocos segundos con una estaca en la que pegó un papel escrito con rotulador negro que decía “El Poli”.

- Si lo vas a copiar, por lo menos que sepan que éste fue el original.

El concejal les hizo la foto. Sonrió, les agradeció su ayuda y se despidió de ellos. Se dirigió a su coche, se sentó y antes de ponerlo en marcha observó en la distancia cómo los muchachos, reían y disfrutaban, unos golpeando piedras con los palos, otros trabajando sus músculos con aquella mancuernas artesanales, otros luchando más contra el suelo que contra sus compañeros... Reían, se les veía sanos, ágiles y fuertes...

Volvió a ser reelegido, y lo primero que hizo en cuanto volvió a tomar posesión de su cargo fue impulsar un programa para fomentar la práctica de actividad física en los barrios. En los carteles anunciadores aparecía la foto de unos jóvenes entrenando en la calle. A un lado aparecía un cartelito que decía “El Poli”. El lema de la campaña fue “Haz deporte. Busca tiempo; tienes tu barrio, tu gente... ¿Qué más podrías necesitar?”.

HOY TENGO UNA CARRERA

Juan Carlos Macías Toro

Mi nombre es Javier, y dicen que soy discapacitado. Y digo que lo dicen porque son otros los que lo dicen. Mi padre me ha explicado que eso no es verdad, que ninguna persona es capaz de todo ni es discapacitada para todo. El truco está en adivinar para qué estamos capacitados, y yo lo estoy para correr.

Siempre, desde que yo recuerdo, he visto pasar las cosas muy deprisa a mi lado, a la gente hablar tan rápido que nunca llegaba a entenderlas bien del todo. Y es que era yo el que iba corriendo siempre a todos lados y los demás los que se quedaban atrás.

En el colegio, a mis compañeros de clase les gusta mucho hacer carreras conmigo, y cuando estamos todos los amigos, alguien dice: "Preparados, listos, ¡ya...!", y yo salgo corriendo con todas mis fuerzas. Bueno, pues cuando miro para atrás, ya no hay nadie. Y eso es porque no me han podido seguir y se han cansado; en cambio, yo sigo adelante y adelante hasta que me encuentro con la valla del colegio.

¿Sabéis que cuando voy tan rápido, el viento me hace cosquillas en la cara? Y cuando esto sucede, pienso que soy un pájaro que vuela muy, muy alto, donde ya no lo puede seguir nadie para decirle, antes de empezar a volar, que no es capaz de llegar tan alto.

Mis padres hablaron ayer conmigo, y me dijeron que yo era una persona muy especial porque sabía lo que quería ser en la vida y lo que me gustaba, y que no todo el mundo sabía esto, y menos todavía disfrutaba con lo que hacía. Así que yo soy deportista, y es lo que más me gusta en la vida.

Hoy ha llegado ya el día de la carrera y estoy un poco nervioso, porque hay gente por todos lados y me parece que van todos más rápidos que yo, pero eso es solamente porque dan órdenes para que todo salga bien y nosotros podamos correr y divertirnos.

Sin embargo, por si acaso he aplicado la técnica que me ha enseñado mi profesor de deporte, que es respirar muy profundo y soltar el aire muy despacito por

Yo, deportista

la boca. Así puedo concentrarme en la meta que hay al fondo de la pista, donde se suelen colocar todas las personas que se alegran y aplauden.

Ya ha llegado el momento, y a todos los niños que participamos nos han colocado en la línea de salida. Ahora se me ha secado la garganta, pero no tengo sed. Esto siempre ocurre antes de salir corriendo. Yo creo que el corazón late también más deprisa ahora que cuando terminé de correr. Mi madre dice que lo tengo muy grande y por eso late con tanta fuerza.

Y ahora viene la parte que más me gusta, cuando se pronuncian las palabras mágicas: “preparados...”, “listos...”, “¡ya!”. Ya estoy corriendo, ya estoy haciendo lo que más me gusta en la vida. Qué suerte tengo.

Ya puedo ver a mis padres en la meta. Y los veo cada vez mejor porque me estoy acercando. Ya queda muy poco para que me abracen y lloren de alegría. A mí me están entrando ganas de llorar antes de llegar, pero tengo que aguantar un poco. Creo que voy a ganar una medalla. Creo que soy capaz.

EL VERDADERO SIGNIFICADO DEL DEPORTE

Laura Madera Gómez

Sus ojos se nublaron, pues un mar de lágrimas inundaban sus pupilas y le recorrían todo el rostro. No era capaz de escuchar ningún tipo de palabras que le consolaran, ya que se sentía hundido, fracasado e inútil. Para muchos la natación no es más que un deporte, sin embargo para Pablo era su vida. Sus compañeros del instituto soñaban con ser policías, pertenecer al ejército o cualquier otro tipo de profesión. Sin embargo Pablo no, y por ello siempre lo habían tomado por un soñador, un iluso que era capaz de ver una luz de esperanza en medio de la oscuridad. Él siempre había soñado con ser un nadador de élite, poder llegar a representar a España en alguna que otra Olimpiada y ganar una medalla. Pero su sueño empezaba a quebrarse, pues aunque había conseguido ser el campeón de Andalucía en varias pruebas, no era suficiente.

148

Pablo era un chico de 16 años al que le gustaba leer, ir al cine, salir con sus amigos y los videojuegos. Pero había algo que hacía que todo lo demás se quedara diminuto a su lado, pues nada en el mundo adquiriría más fuerza e importancia para él que la natación. Para él tirarse a una piscina y poder sentir cómo el agua se deslizaba por su cuerpo en cada brazada era una sensación única y por la que valía la pena dejarlo todo. Sabía que para ser uno de los mejores debería dejar muchas cosas que para un adolescente son bastante importantes, y estaba dispuesto a ello. Pablo dejaba a un lado las salidas de los viernes por la noche, pues el sábado le esperaba un día duro de entrenamiento.

La respiración se le aceleraba por momentos y mil pensamientos se apoderaban de su cabeza, no era capaz de ver nada con claridad, no era capaz de escuchar ninguna de las voces que a su alrededor intentaban decirle algo. Sólo quería correr, salir de allí para poder estar solo y gritar. No entendía qué estaba sucediendo, había estado entrenando muy duro para poder conseguir esa marca, sólo tenía que bajar dos segundos y sería el primer paso para poder competir por una plaza en la Federación Española. En esa prueba se jugaba prácticamente toda su carrera como nadador, pues era la última competición de la temporada y necesitaba conseguir aquella marca. Había trabajado muy duro, había sacrificado infinidad de cosas,

merecía conseguir la marca, es más, él sabía que podía hacerlo. Sin embargo, no lo hizo.

Los nervios se apoderaron durante un segundo de todo su cuerpo cuando el árbitro pitó para que todos subieran al pódium, se apretó las gafas y se preparó para saltar. Tras la salida Pablo saltó y comenzó a nadar, la ventaja que desde un primer momento le llevaba a sus compañeros era espectacular, el público lo animaba y todo el mundo estaba impactado por la rapidez y la elegancia con la que era capaz de deslizarse en el agua. Pero esos cuatrocientos metros dieron para mucho más de lo que todos esperaban. Cuando apenas quedaban cincuenta metros para terminar algo pasó. Pablo se paró en seco, nadie podía entender qué le podía estar sucediendo. Iba a una velocidad increíble, iba a conseguir bajar el tiempo del record de España, cuando de repente le dio un calambre en el gemelo. Pablo tenía experiencia y sabía que debía de pararse y darse un masaje, pero esta vez era diferente, tenía que continuar nadando, tenía que seguir porque de lo contrario tendría que esperar un año más y eso bajo ningún concepto podría ocurrir. A pesar de que un dolor intenso le presionaba el gemelo derecho, tras una pausa de varios segundos decidió dar el viraje y seguir nadando. Cincuenta metros escasos eran los que le separaban de su gloria y debía luchar por conseguir terminar la prueba. Pero a cada brazada que daba el dolor aumentaba. Haciendo caso omiso siguió nadando, pero sentía que no avanzaba, que cada vez la pared se alejaba más de él. Fue entonces cuando vio cómo sus compañeros le adelantaban sin ningún problema y le sacaban una gran ventaja. Ante tal situación se agarró a la corchera y se empujó con fuerza hacia delante, ya que el dolor no le dejaba mover su pierna derecha. El calambre ya no se encontraba sólo en su gemelo, sino que se había apoderado de todo su muslo. Los quince últimos metros fueron los más largos de toda la prueba, pues a pesar de que ya casi no le quedaban fuerzas para poder seguir nadando, el dolor que le producía saber que era el único que quedaba por finalizar la prueba le oprimía el pecho y dificultaba su respiración. Cuando su mano tocó la pared y sus ojos se alzaron para mirar el tiempo que había tardado en realizar aquellos cuatrocientos metros, su mundo se rompió en pedazos. A pesar de que el tiempo no era del todo malo para haber sufrido un calambre, no era la marca que necesitaba para poder entrar dentro del equipo nacional. Su mente se quedó en blanco, intentaba dotar de significado a aquellas cifras que se reflejaban en la pantalla pero no era capaz. Fue el sonido del silbato lo que le devolvió al mundo real, le indicaban que debía abandonar la piscina para que pudiese salir la siguiente serie. Se deslizó por debajo del agua hasta llegar a la escalera para subir, fue entonces cuando notó que su pierna estaba completamente contraída y que no podría subir sin ayuda. Y allí estaba como siempre su entrenador, Marcos, con una sonrisa amarga en el rostro pero tendiéndole la mano para ayudarle. Pablo se agarró y dejó que éste le llevara hacia un banco. Fue entonces cuando Pablo

se quitó las gafas y el gorro y sus ojos se nublaron, pues las compuertas de sus pestañas se abrieron para dejar paso a un mar de lágrimas.

El entrenador se dirigió a él, diciéndole: “Pablo, no tienes motivos por los que derramar ni una sola lágrima. Escúchame, llevo veinte años siendo el entrenador del club, he asistido a muchas competiciones, he conocido a infinidad de nadadores. Y te puedo asegurar que jamás nadie ha continuado nadando cuando le ha dado un calambre”. Pablo, casi sin aliento, le contestó: “Eso de poco sirve. No tiene ningún mérito haber seguido nadando. He entrenado muy duro para conseguir esa marca y ¿para qué? Para nada, soy un perdedor. No sirvo para esto, lo mejor será que deje de nadar”. Marcos, incrédulo ante tales palabras, le dijo: “¿Un perdedor? Pablo, mira, es cierto que no has conseguido clasificarte para poder entrenar con la Federación Española, pero estás dentro de la andaluza, ¡eres el mejor de Andalucía! Siempre que te has propuesto algo lo has conseguido, no te puedes venir abajo por esto. Tienes mucho potencial y sabes que entrenando como hasta ahora podrás conseguirlo”. Pablo con lágrimas en los ojos finalizó aquella conversación diciendo: “Te agradezco tus palabras pero la decisión está tomada”.

En cuanto Pablo se recuperó del calambre cogió sus cosas y se dirigió a casa. Sus padres intentaron animarlo y convencerlo para que no dejara de nadar pero fue en vano.

Ya habían pasado tres meses desde el día de la competición. Pablo había continuado con su vida dejando atrás su rutina de entrenamiento, ahora sus notas habían mejorado y tenía más tiempo para estar con sus amigos del instituto. Pero a pesar de tener todo lo que necesitaba había algo que le faltaba, pues sentía un gran vacío, que sólo la natación podría llenar. No había día en el que no recordara aquella magnífica sensación de entrelazar su cuerpo con el agua, los duros entrenamientos, la satisfacción de ver cómo sus marcas mejoraban y la compañía de sus compañeros, que siempre estaban junto a él dándole ánimos. Se había prometido que nunca más se tiraría a una piscina con la intención de nadar, que sus días de nadador ya habían pasado a la historia. Sus pensamientos se interrumpieron cuando llamaron al timbre. A Pablo se le desencajó la cara cuando abrió la puerta de su casa y vio a su entrenador, pues a pesar de que Marcos lo había llamado en numerosas ocasiones, Pablo nunca había accedido a contestar a sus llamadas. Marcos con una sonrisa radiante le saludó con mucho interés diciéndole: “¡Hola, Pablo! ¿Qué tal estás? Hoy ha venido un viejo amigo a visitarme. Estuvimos hablando acerca del club, y hablamos de ti. Él quedó maravillado cuando le hablé sobre tus marcas y le encantaría conocerte. Es uno de los mejores nadadores que he conocido en toda mi vida y pensé que te gustaría conocerlo”. Pablo pudo ver cómo en su mirada se notaba que le echaba de menos y que tenía ganas de pasar un rato con él aunque fuese fuera de la piscina, pero Pablo no quería, pues no deseaba que le insistiera en que volviese a nadar. Así que casi sin voz dijo: “¡Hola! Marcos, verás... Me

encantaría conocerlo, pero es que tengo mucho que estudiar. Hoy es imposible, lo siento". Marcos rió complacido, mientras decía: "Sabía que me esquivarías con una excusa, por eso le he pedido que venga aquí conmigo. Aguarda un momento, que tiene que estar a punto de llegar. Mira, ahí está, se llama Alberto Quiñojo Sanz".

Pablo miró hacia la dirección en la que Marcos miraba mientras movía enérgicamente su mano a modo de saludo. Pero... el hombre al que estaba saludando estaba inválido, era imposible que ese hombre fuese Alberto Quiñojo, debía de ser otro conocido de Marcos, pensó Pablo. Pero para su sorpresa, cuando el hombre se acercó en su silla Marcos lo presentó como Alberto Quiñojo. Pablo los invitó a merendar, a pesar de que durante tres meses había evitado cualquier contacto con alguien perteneciente al club, tenía que admitir que lo echaba de menos. La tarde la pasaron contándose anécdotas entre risas. Pablo agradeció aquella visita sorpresa y quedó para echar unos largos con ellos al día siguiente.

Durante la cena los padres de Pablo le preguntaron qué tal le había ido el día y se quedaron atónitos cuando Pablo anunció que volvería a nadar, a competir y que lucharía por conseguir una plaza en la Federación Española. Los padres se interesaron por saber qué había provocado en él tal cambio y preguntaron ansiosos por saber la respuesta, fue entonces cuando Pablo les relató la visita sorpresa de Marcos con un compañero que también había sido nadador. Al principio a Pablo le pareció imposible que una persona discapacitada pudiese nadar, pero cuando conoció a Alberto lo entendió todo. Alberto había sido un gran nadador, consiguió pertenecer a la Federación Nacional con tan sólo 18 años, pero un mes antes de que pudiese competir en su primera Olimpiada tuvo un terrible accidente que le dejó sin movilidad en las dos piernas. Alberto le contó que lo pasó realmente mal, porque no podría conseguir su sueño y además ya nunca podría andar, pero a pesar de ello nunca dejó de nadar. Al principio no podía dar más de cinco brazadas seguidas, pero con mucha paciencia y dedicación fue mejorando y consiguió entrar en el equipo paralímpico, en el que hoy es el entrenador. Pablo quedó igual de fascinado con aquella historia que sus padres, y fue por eso por lo que comprendió que el deporte era mucho más que conseguir una marca. El deporte para él, igual que para cualquier deportista, es una forma de vida, que te aporta felicidad, comprensión, dedicación, admiración, te enseña a ser constante, a luchar por algo y a crecer como persona. El deporte no es sólo ganar o perder, pues en él nunca se pierde, ya que a pesar de no conseguir una medalla o una buena marca, siempre consigues algo; satisfacción por haber conseguido acabar la prueba y superarte a ti mismo, y también el compartir con tus compañeros todos esos momentos de alegría, de nervios, de unión, y a veces de tristeza, pero con la seguridad de que alguno de esos compañeros te pondrá una mano en el hombro y te dirá que no te preocupes, que cuentes con él para lo que haga falta, que para eso están los amigos. En el deporte no hay perdedores, todos los deportistas son ganadores. Y como en el caso de Alberto, todo lo que te propongas

Yo, deportista

con esfuerzo se puede conseguir. Los padres de Pablo quedaron maravillados ante aquellas palabras y se sintieron orgullosos de que a pesar de la temprana edad de Pablo hubiera entendido el verdadero significado del deporte.

Porque, como habrás escuchado muchas veces: “Lo importante no es ganar, sino participar”.

UNA PARTE DE MÍ

Silvia Madera Gómez

- ¡No podéis hacerme esto! –mi cabeza trabajaba como un tren a toda velocidad. La conversación que estaba teniendo con mis padres me estaba dejando sin aliento. - Lo siento mucho, Elisa. Pero desde que pasó aquello... Creo que es lo mejor, cielo. No queremos que nada malo te suceda, no es necesario correr de nuevo ese riesgo. Lo que mi madre estaba diciendo era absurdo. No quería enfadarme con ella, pero me lo estaba poniendo muy difícil. Sus ojos brillaban a consecuencia de las lágrimas que se estaba obligando a guardar. Su voz se quebró en mitad de la frase. Me sentía francamente mal, pero no podía rendirme. - ¡Mamá, no lo entiendes! No es un simple capricho, el buceo es mi vida. Lo que siento bajo el agua es imposible de explicar. No puedes quitarme eso. Sabía que así no llegaría a ningún lado. Tenía todas las de perder. - No volverás a bucear y punto. Vete a tu habitación a hacer los deberes. Es en eso en lo que deberías estar, y no en tanta tontería. Como vuelvas a suspender un solo examen, te juro que no vas a meter un pie en el agua en toda tu vida. Mi padre puso el punto y final a la conversación. Mis mejillas ardían de ira, y mis ojos no eran capaces de soportar las lágrimas que me pesaban dentro. Me fui corriendo a mi habitación, y cerré de un portazo. Estaba llorando, quería mantenerme fuerte y erguida, pero era inútil. Todos mis intentos para conservar aquello que amo estaban fracasando. Cada una de las lágrimas que brotaban de mis ojos me hacían menos y menos fuerte. Consiguiendo en mí una debilidad absoluta. Moje sin querer una foto que tenía encima de la cama. Era de cuando tenía 7 años, fue mi primer día en el club. Me enseñaron a bucear desde pequeña, y he crecido con una parte de mí en el agua. Al ver cómo yo era la única culpable de que la foto estuviera siendo mojada, me sequé las lágrimas. - No me pienso rendir. –Y con este pensamiento, cerré los ojos intentando soñar que volvía a bucear.

Cuando me desperté, un nuevo día había hecho su aparición, y me senté en la cama intentando incorporarme. Tenía el tiempo justo para prepararme e irme hacia el instituto. Ya preparada, me disponía a salir cuando escuché desde la cocina las voces de mis padres discutiendo: - No nos va a perdonar en la vida, Sam. ¡Mi hija nos odia! No podré vivir con ese peso encima. La competición es esta tarde y francamente,

lleva toda su vida preparándose para ella. –La voz de mi madre sonaba muy cansada, y me inundaron unas ganas terribles de darle un abrazo, pero mi padre ya lo estaba haciendo–. - Sé que le costará al principio, pero no podemos arriesgarnos a perderla de nuevo. Aquellos meses fueron los peores de nuestra vida.

Sabía que tenían toda la razón respecto a aquel pensamiento. Es cierto que los meses de mi “accidente” fueron espantosos. Absorta en mis adentros, escuché el claxon de mi autobús escolar, y salí de mi casa sin hacer ruido.

Busqué mi sitio dentro de éste con la mirada, y finalmente me dirigí hacia él. Álex estaba sentado a mi lado, y me saludó con una sonrisa. -¡Hola! No traes buena cara... –Me encantaba la sinceridad de Álex. Nos conocíamos desde los 3 años, y llevábamos juntos en la misma clase desde entonces–. - Ya... mis padres siguen sin recapacitar acerca de mi vuelta al agua. Álex me miró comprensivo y con pena. - Francamente... Creo que tus padres tienen razón... Sabes que lo pasamos fatal. Di un resoplido de enfado y contesté: - Álex, yo también lo pasé muy mal. Pero lo he superado. Ya no tengo miedo a volver a bucear, ¿Por qué lo tenéis todos? Álex no contestó, y miró por la ventana intentando distraerse. Estuvimos en silencio hasta que llegamos al instituto. Pasaron las clases, como horas prolongadas, cada una más sofocante, hasta que por fin sonó la campana que anunciaba el recreo. Al ver que Álex estaba distante decidí no reanudar el tema del autobús. - Oye, Álex. No quiero estar enfadada también contigo, con mis padres echando chispas y mi hermano fuera de casa no quiero más problemas.

Noté en mi propia voz el cansancio y la impotencia. No podía hacer nada, no podía arreglar mi familia por mucho que lo intentara. Álex me puso la mano en el hombro y me sonrió. Su sonrisa siempre me hacía sentirme mejor. Nunca me había dado cuenta hasta hace unos meses, pero ha cambiado mucho desde que lo conocí. Su pelo, ahora lo tiene más largo, no como el chico pelón que jugaba conmigo a las palas. También ha desarrollado su cuerpo, está muy alto, una espalda ancha y una piel blanca como la nieve. Sus ojos siguen siendo de un azul verdoso y su mirada igual de cálida que siempre. Algo que yo sabía que no había cambiado nada, era en su sonrisa. Tenía la misma expresión que de pequeño. Me sentí reconfortada, al saber que con el paso de los años, Álex aun conservaba su preciosa sonrisa.

- ¿Estás bien Ell? –Ell... Así me llamaba desde que me conoció con tres años. Una chica con dos coletas saltando dentro de un charco de agua. Un chico gritando al verse empapado por el agua que ella había salpicado. Cuando se disculpó le dijo su nombre: “Me llamo Elisabeth, pero es muy largo y no me gusta.” El chico rió y le dijo: “Yo me llamo Álex, encantado de conocerte Ell.” Desde aquel día me encanta mi nombre, y Álex siempre me llama así–. - ¡Ah! Perdona, estaba pensando en mis cosas. Ambos nos reímos sin saber bien el motivo, cuando sonó de nuevo la campana. Aún faltaban tres insufribles clases.

Al llegar del instituto, estaba mucho más animada. Tras haber estado con Álex me sentía más reconfortada. Mi madre me dio un beso al entrar. Tenía una sonrisa en la cara. Me extrañó un poco, y cuando le pregunté el por qué, me señaló la cocina. Me disponía a ir, cuando alguien abrió la puerta de la habitación y vi a mi hermano. - ¡¡Nico!! Me abalancé a sus brazos.- ¡Eeeeh! ¡Pequeñaja! Te he echado mucho de menos. Las lágrimas le mojaban la camisa, y me sentí una niña pequeña.- ¡¡Por fin has vuelto!! Todos estábamos muy contentos, y después del gran almuerzo que preparó mi madre, me fui a mi habitación a hacer los deberes. Estaba muy contenta, pero algo me decía que no estaba todo bien. Nico se fue de casa tras mi accidente. Decía que se sentía culpable, aunque no sé por qué. Aquello fue sólo culpa mía. Y de las botellas de aire comprimido. Estaba pensando cuando llamaron a mi puerta. Era mi hermano. Se sentó en mi cama.- Eli, quiero hablar contigo. Me senté a su lado y asentí.- Claro, dime. Él tomó aire y empezó a hablar.- Verás, sabes que me siento terriblemente culpable por lo que pasó. Intenté contradecirle pero no me dejó hablar.- Eli, no ha habido día que no deseara no haberte obligado a aquello. ¡Por mi culpa estuviste en coma 5 meses! –Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, y mojaban sus mejillas dejando un camino de cristal a su paso. Ver a mi hermano de 17 años llorar por mi, me helaba la sangre y me hacía sentir extraña-. - Nico, aquello no fue tu culpa. En todo caso fue mía por aceptar tu desafío. Pero aun así, ninguno de los dos podíamos saber que las botellas iban a tener una fuga y perdería el conocimiento. Igual que me pasó ese día me podría haber pasado uno mientras entrenara. Mi hermano me miró a los ojos - Elisabeth, no lo entiendes. Yo te dije: “Tírate al agua” y tú sabías que no estabas preparada para hacerlo sin ayuda. Yo fui el único que te tentó para que lo hicieras, sin comprobar siquiera las botellas que por poco acaban con tu vida.

Sin darme cuenta yo también estaba llorando, y no quería seguir participando en esa conversación tan fría. - ¡Nico por favor! No fue tu culpa, ¿vale? Y aunque lo fuera, te perdono. ¿Lo entiendes? No estoy enfadada. –Él se levantó de un brinco de la cama y espetó: - ¡No estás enfadada pero podrías estar muerta! ¡Y todo por mi culpa! Antes de que pudiera reaccionar, sin pensarlo, yo le grité: - ¡Pero no lo estoy! ¡Igual que yo he recibido una segunda oportunidad, tú también te la mereces! ¿Me oyes? –Y al decir esto me abalancé en sus brazos y no me solté hasta que mis lágrimas dejaron de nacer y morir en mí. Hasta que terminé de sentirme oscura. Hasta que volví a ver el sol.

La discusión nos había unido más. Bajamos al salón, donde mis padres estaban discutiendo de nuevo. Cuando nos vieron juntos se extrañaron un poco y nos miraron esperando a que le contásemos que ocurría.- Mamá, papá, quiero deciros una cosa. –La voz de mi hermano sonaba dura y firme–: He hablado con Eli, me ha perdonado. Y me ha ayudado a quitarme esa culpa que tenía en mí. Por eso, quiero que la dejéis volver a bucear. Que la llevéis al campeonato de buzo, porque todos

sabemos que está preparada para ganar. Mis padres estaban muy sorprendidos por lo acontecido, y mi padre se levantó lentamente:- Me alegro mucho de que los dos hayáis arreglado las cosas, y que te sientas por fin en paz contigo mismo. Pero... Nuestra decisión no tiene nada que ver con vosotros, lo siento. Elisa no volverá a bucear nunca más. Es una decisión irrelevante. Noté como se me encendían las mejillas y mi mano se cerraba en un puño.- ¿Cómo que no tiene nada que ver con nosotros? ¡Buceo yo! Yo corro el riesgo, yo quiero correrlo. Todos los deportes tienen su parte buena y su parte mala, ¿por qué no os dais cuenta de que me estáis arruinando la vida?

Al terminar de hablar salí de mi casa y cerré con un portazo. Estaba harta de todo. De su protección estúpida, de su miedo a que me volviese a ahogar. ¡Sólo perdí el sentido por no ir bien preparada! Pero eso no volverá a ocurrir. Me metí la mano en el bolsillo y llamé a Álex. Necesitaba estar con alguien y contarle lo que estaba a punto de hacer.

-¡Esto no está bien, Ell! ¡No deberíamos estar aquí! -Álex estaba nervioso, se le veían en sus ojos unas ojeras cansadas, como si no hubiera dormido en toda la noche-. - Ya sé que bien no está, pero es lo que debo hacer. Llevo toda mi vida entrenándome para esta competición y créeme, no pienso rendirme sin luchar. Tenía un sentimiento nuevo dentro de mí. Pellizcos en el corazón, una fuerza invisible empujándome a conseguir mis sueños. - ¿Estás completamente segura de lo que vas a hacer? Nos miramos a los ojos y me transmitió una confianza única. Álex siempre ha sido una persona indispensable para mí, cada vez que necesitaba ayuda no dudaba en pedírsela y él en dármela. Ahora lo tenía allí, delante mía. Apoyándome en algo en lo que no estaba de acuerdo, pero no por ello cortándome las alas. - Ell, ¿estás bien? No es la primera vez que te quedas embelesada con la mirada perdida... ¿Te ocurre algo? Sus ojos azules penetraban en los míos y mientras intentaba ver más allá de mi reflejo, una mano se posó en mi hombro. - ¡Elisabeth! ¡Qué de tiempo sin verte! ¿Cómo estás? Era mi entrenador. Siempre ha sido un hombre al que admiro muchísimo, y me ha enseñado todo lo que sabe. Tener que mentirle no era una de mis mayores aficiones, pero era totalmente necesario.- Ricardo, he venido a competir. A mis padres les ha surgido un imprevisto y no llegarán, así que tengo que ir a cambiarme ya. Ricardo rió y me dio unas palmaditas en la espalda.- Muy bien, el vestuario está allí. Dicho esto se fue a hablar con un hombre.- Ell... yo...Ten cuidado, ¿vale? -Álex me acarició con la mirada, y yo no supe qué hacer. Estaba nerviosa por lo que iba a hacer, por mentir, por engañar, por volver a tirarme al agua, por obligarlo a encubrirme...-. Le cogí la mano y me la puse en la mejilla:- Álex, voy a luchar por conseguir mis sueños. Él me sonrió y yo le besé. Fue un beso dulce, tierno, suave. Sus ojos se abrieron de par en par y yo, roja como un tomate, me fui hacia el vestuario. Tenía que prepararme para la competición de mi vida.

Vistiéndome, los nervios se apoderaban de mí. El estómago dejaba de funcionar, a mi corazón lo habrían multado por exceso de velocidad, y no simplemente por la competición. Cuando salí, escuché mi nombre por megafonía y me monté en el barco. La prueba consistía en montarte en el barco, en el sitio preciso del mar, te tirabas y bajabas al fondo. Cuanta más profundidad, más puntos. Ese era mi objetivo. Llegar hasta la bandera más baja, hasta lo más profundo. Montada en el barco, con el corazón en un puño miré hacia atrás, y le sonreí a Alex con la mejor cara que pude. Él me devolvió la sonrisa y pude leer en sus labios: “Te quiero”. Aquello ya me había dado las fuerzas suficientes. Sonó el pitido de salida y me tiré al agua. No sin antes haber comprobado que esta vez las botellas de aire estaban en perfecto estado.

Las sensaciones al volver a zambullirme fueron totalmente nuevas. No tocaba el agua desde mi accidente, y no recordaba las emociones que era capaz de experimentar allí dentro. Mis ojos dejaban de ver el mismo color, y todo cambiaba, tanto formas y figuras. Yo misma era diferente entre gotas, una chica libre, sin ataduras. A medida que iba bajando, me costaba más trabajo respirar, pero no iba a rendirme. Mis oídos no funcionaban porque el sonido exterior no era más que un recuerdo. Cuanta más profundidad, peor me sentía, por cada metro, perdía un sentido. Eché en falta las semanas y meses de preparación que había tenido antes del accidente, y que debería haber seguido en forma desde entonces. Pero no era así. Me costaba respirar y mis ojos iban enrojeciendo al no percibir nada de luz y yo obligándolos a seguir hacia la oscuridad. Aunque ya podría subir y quedar cuarta o incluso tercera, mi orgullo me pedía mucho más. Bajé y bajé, a duras penas, pero me sentía con las fuerzas necesarias para continuar. Cada metro que bajaba sentía que estaba un poco más cerca de mi sueño, pero más lejos de mi vida. ¿Qué pasaría cuando mis padres se enteraran? Aparté ese pensamiento de mi mente. Pero ya era tarde, llevaba demasiado tiempo y no estaba preparada. Me vi obligada a tirar de la bandera que tenía a mi lado y terminó para mí la competición.

Al salir del agua me sentía ahogada, no recordaba cómo respirar. Tenía las pupilas dilatadas, las yemas de los dedos arrugadas, la nariz taponada, los oídos no me dejaban distinguir los sonidos, se encargaban de mezclarlos todos para que no entendiera nada. Y mi corazón... Mi corazón ya no me pertenecía. Ahora era de ese sueño por el que lo había dado todo, y... del que no había conseguido nada. Cuando ya me recuperé de mi esfuerzo, vi a mis padres a mi alrededor. Quise volver a desmayarme. Sus ojos estaban posados en mí, bueno, más que en mí, en lo que llevaba en la mano. Tenía la bandera de color negro. Por lo que parece, había llegado hasta el final, pero no la había visto por el dolor que sentía en los ojos. Mis padres me abrazaron y no eran capaces de decirme nada. Yo tampoco sabía bien qué decir. Al finalizar la competición, anunciaron a los ganadores y conseguí el primer premio. Cuando tenía la copa en la mano me sentí inmensamente feliz. Lo había dado todo

por mi sueño. Había puesto en peligro mi relación con mis padres, pero, al final, había conseguido lo que nunca podría haber imaginado: estar despierta y seguir soñando.

El abrazo que recibí no fue lo que se dice pequeño, las lágrimas inundaban la sala.

- ¡Mi vida! ¿Lo has conseguido? ¡Lo has conseguido! Te quiero, cariño –Mi madre no podía dejar de sollozar en cada frase–. - Entonces, ¿me perdonáis? ¿Ya puedo volver al agua siempre que quiera? Mi padre me cogió de las manos y me dijo: - En realidad siempre has estado preparada, éramos nosotros los que no lo podíamos imaginar. Eres muy fuerte, y, aunque nos desobedeciste, le hiciste caso a tu corazón. Que es al que debes seguir siempre, porque será el que nunca te abandonará. A mi padre se le cayó una lágrima que me hizo sonreír. Nico habló ahora:- Hermanita, creo que deberías ir a ver a la persona que nunca ha dudado de tu sueño. Señaló la puerta de cristal que daba la terraza. Por ella se podía ver la silueta de Álex.

Cuando abría la puerta, Álex se giró y me saludó en un abrazo inmenso. Sentí su calor, su alegría, su apoyo, todo lo que no podía explicar, eso y más, sentí en sus brazos. - Temí por ti, pero en ningún momento dudé de que lo conseguirías. –Su sonrisa ya era mi premio–. - Álex, fuiste el único que me apoyó mientras los demás me negaron comprensión. Sólo tú me prestaste tu compañía cuando ni yo quería acompañarme. Por ti saqué las fuerzas necesarias para seguir... Álex me puso la mano en la boca y me sonrió: - No quiero más palabras... Te quiero a ti, sólo a ti.

Y después de esto, fundimos nuestros labios en un hermoso sueño. La única manera de parar el tiempo, y pararlo allí. En aquel día, de aquel mes, de ese año; justo, en aquel instante en el que mi corazón estaba lleno. De amor, de comprensión, de cariño y... de agua.

YO, ÁRBITRO

Daniel Madueño Silva

Llevo toda una vida esperando este momento. Cuando comencé mi caminar por este mundillo nadie me entendía, ni siquiera mi familia. Mis amigos me decían que debía de estar loco para hacer esto. Ni un solo apoyo. Pero de eso hace ya más de veinte años. El tiempo pasa volando, sobre todo cuando haces lo que realmente te gusta. Cuando empecé no podía imaginar, ni en mis mejores sueños, que hoy estaría aquí, haciendo realidad la ilusión de tanta gente: estar rodeado de los mejores jugadores que hay actualmente en el mundo.

¿Qué niño no desea ser jugador de fútbol? Yo debo de ser un caso especial, porque aunque me encantaba el fútbol, mi único deseo era ser árbitro. Sí, ese personaje cruel, al que todos tildan de diablo, que en cada partido sufre las vejaciones de los perdedores y la indiferencia de los que ganan. A mí no me interesaba regatear a nadie, ni marcar un gol de chilena, a mí me atraía ese hombre que siempre vestía de negro y que, fuera como fuera, siempre era vilipendiado. Si me preguntáis los motivos, no podría responderos, porque ni yo mismo lo sé. Lo único que tengo claro, es que he nacido para ser árbitro.

Cuánto tiempo pasé por las noches, pensando cómo les diría a mis padres que quería formar parte del colectivo arbitral. Cuántas veces, mis amigos me preguntaban que si estaba en las nubes, mientras yo me imaginaba con un silbato en mis manos y recibiendo el cariñoso saludo de todos los jugadores al término del encuentro. Cuántas veces pasé por delante de la puerta de la mansión de Lucifer... hasta que un día me decidí a entrar.

Allí viví momentos increíbles, como cuando conocí en persona a Antonio, ese famoso árbitro que salía por televisión y que con sus palabras hizo que me sintiera integrado desde el primer día. Nos trataba a todos igual, no había diferencias entre veteranos y novatos. Me dijo palabras que aún hoy perduran en mi memoria:

“Daniel, si realmente quieres ser alguien importante en este mundillo, lo más importante es la perseverancia y la ilusión. Si en algún momento te abandonan alguna de estas virtudes, tu camino habrá terminado. No importará que seas un

portento físico, ni que te sepas el reglamento a la perfección. Esos son aspectos interesantes, pero lo realmente importante es que cuando te vistas de árbitro y saltes a un campo de fútbol, la ilusión del primer día no haya desaparecido”.

Mucha gente piensa que eres árbitro de fútbol para sacar un dinero fácil. Craso error, ya que el dinero que sacas es bastante poco y, desde luego, no es fácil. Cuando comienzas y estás pitando un partido de juveniles, por ejemplo, tienes que estar una hora antes del inicio del partido en las instalaciones del equipo local. Después, dos horas de partido, a lo que hay que añadirle un mínimo de una hora para la redacción del acta, lo que suma un total de cuatro horas, por las que consigues quince euros, aproximadamente. Si a eso le descuentas transporte y cuota que hay que pagar en el colegio de árbitros, es fácil deducir que repartiendo pizzas obtendrás un rendimiento mayor y muchos menos quebraderos de cabeza. La mayoría cree que se ganan miles de euros, porque es lo que escuchan en la radio o leen en los periódicos, pero eso ocurre solo en el fútbol profesional, cruelmente alejado de la miseria que soportan día a día miles de jugadores y árbitros amateurs.

Aunque al principio era muy reticente a la idea de ver a su hijo en un campo de fútbol de otra forma que no fuera de jugador, con el paso de los días se convirtió en mi aliado perfecto. Mi padre me acompañaba a todos y cada uno de los partidos que yo jugaba, la mayoría de ellos de incógnito, si bien yo sabía perfectamente que estaba sentado en la grada, camuflado entre la muchedumbre, observando minuciosamente si existía algún peligro que acechara a su cachorro. Sin su ayuda, hoy no estaría aquí, bueno a decir verdad, hoy no estaría vivo.

Era un partido en el que yo hacía de juez de línea. En las categorías inferiores hay que hacer de todo, ya que por desgracia somos muy pocos los árbitros y muchos los partidos que arbitrar. Corría el minuto 30 de la primera parte y el partido hasta ahora entre el Portada Baja y el Churrero FC discurría por los cauces de la normalidad. Sin embargo, yo ya había percibido que el número 9 del equipo local, el Portada Baja, estaba calentito. Es verdad que le estaban entrando muy duramente los defensas rivales, pero él tampoco se quedaba atrás con continuos agarrones, empujones y demás marrullerías. El árbitro estaba llevando el partido con bastante seguridad, se notaba que tenía muchos partidos a sus espaldas y, a pesar de las constantes presiones que recibía del exterior, no se dejaba manipular. En ese minuto 30, el jugador número 9 recibe un pase de un compañero y se queda solo delante del portero. Yo levanto la bandera porque se encontraba en posición de fuera de juego. El jugador marca gol y todo el mundo va a celebrarlo pero yo permanezco impassible con la bandera levantada. El árbitro me ve y anula el gol y entonces el jugador viene hacía mí, profiriendo palabras que tenían toda la pinta de ser insultos. Yo intento mirar para otro lado, para no tener que tomar una decisión grave, pero el nene no se corta, llega hasta donde me encuentro y me insulta gravemente. Yo no lo dudo ni un solo instante y aviso al árbitro para contarle lo que me ha dicho. Él, ni corto ni

perezoso, se acerca al jugador número 9 y le saca la tarjeta roja. Acto seguido, el jugador se viene a por mí hecho un energúmeno. Entre los compañeros y el delegado consiguen frenarlo, cuando ya se encontraba muy cerquita mía. Goterones de sudor frío me recorren la espalda. ¡Qué mal rato! Pero no podía callarme. Me ha insultado gravemente en mi propia cara.

El partido continuó con el público bastante calentito, si bien la mayoría de los que estaban por mi zona habían escuchado perfectamente el insulto y “disculpaban” en cierta medida que me hubiera chivado al árbitro. Habían pasado unos cinco minutos y escuché a mis espaldas un alboroto. No quería mirar porque muchas veces es mejor parecer sordo, ciego y tonto. Pero en este caso, mi intuición me dijo que debía mirar hacía atrás. Lo que me encontré fue alucinante. Mi padre sujetando por los brazos al dichoso jugador número 9. El “angelito” tenía una piedra, más bien una roca, entre sus manos y todo el mundo estaba mirándolo impasible, como esperando que me reventara la cabeza con el pedrusco. La verdad es que no me extraña que el público se quedara expectante, ya que yo mismo me quedé petrificado, como esperando un final inevitable. Solo mi padre luchaba contra mi cruel destino: morir con la cabeza aplastada por un desgraciado. Supongo que fueron décimas de segundo, por los movimientos rápidos y enérgicos; sin embargo, a mí me parecía que estábamos en la película “Matrix”, con desplazamientos a cámara lenta, como sabiendo lo que va a pasar con antelación. Veo venir la roca hacia mi cabeza, pero yo no soy Keanu Reeves. Ni siquiera a cámara lenta esquivo rocas, imagínate balas. Quizás si yo fuera un macarra de esos que están acostumbrados a pelearse día sí y día también, mi reacción hubiera sido otra, pero me han educado para solventar los problemas con palabras y no con pedruscos. Menos mal que ahí estaba mi guardaespaldas para intentar salvarme la vida. El número 9 inició su golpe final. Estaba bajando los brazos con destino a mi cráneo. El triste desenlace estaba escrito. Mi padre, que había sido zarandeado por el salvaje, solo podía jugarse mi vida a una carta. Y se la jugó. Se lanzó sobre el futuro asesino con toda la energía que un hombre de su edad podía tener, pero a la que se le sumaba la fuerza del amor que sentía por su hijo. Fuerza infinita, porque el número 9 salió volando junto con la piedra y mi padre hasta caer unos cuantos metros más allá de donde yo me encontraba. En ese momento, todo el mundo volvió a la realidad. No menos de diez personas rodearon al jugador impidiendo un segundo intento. Entre tanto alboroto, nadie se fijó en mi padre, que se encontraba tirado en el suelo, inmóvil. A mí se me vino el mundo encima. Me acerqué lo más rápidamente que pude para comprobar su estado. Estaba tirado boca abajo en posición fetal, pero afortunadamente no tenía más que magulladuras.

Por desgracia, no ha sido la última vez que he pasado por algo similar. Pero sí que fue la primera ocasión en que me planteé si merecía la pena pasar por esto. Después de muchas discusiones, algunas de ellas conmigo mismo, decidí que no iba

a amedrentarme por unos cuantos patanes. Yo iba a ser árbitro, y no un árbitro cualquiera, porque si la ilusión y la perseverancia eran las premisas necesarias para triunfar, yo conseguiría mi objetivo: llegar a arbitrar en Primera División.

Muy duro fue ver cómo algunos de mis supuestos amigos me dejaban de lado al ver que no iban a sacar beneficio alguno de mi amistad. Recuerdo un encuentro en el que se jugaban el campeonato regional, el Filemón CF, equipo en el que jugaba de delantero centro mi amigo Samuel, y el CD Puerta Negra. La expectación por el partido era máxima, ya que los equipos mantenían una rivalidad regional desde hacía muchos años. Ser designado para arbitrar este partido era un honor muy grande, pero el problema residía en que uno de mis mejores amigos militaba en las filas del Filemón CF. Samuel suponía que tenían el campeonato ganado, ya que arbitrando el partido su gran amigo Daniel, no se les podía escapar de las manos. Así se lo hizo saber a todo su entorno, pero lo que Samuel no intuía es que por encima de mi sentido de la amistad, está el de la justicia:

El partido estaba empatado a uno y solo quedaba un cuarto de hora para el final. El acoso sobre la portería del Filemón CF estaba siendo total, se veía venir el gol. Sin embargo, un balón despejado, es controlado magníficamente por Samuel, cerca del área rival. Tiene a dos contrarios encima, con lo que no le va a resultar fácil zafarse de ellos. Aun así, consigue driblar al primero y cuando está a punto de hacer lo propio con el segundo, éste se interpone con su cuerpo y le arrebató limpiamente la pelota, mientras Samuel se tira exageradamente dentro del área, pidiendo un penalti que podía marcar el desenlace del partido. Las protestas son demasiado airadas y me veo en la obligación de acercarme a él para mostrarle la tarjeta amarilla.

- Pero, ¿qué haces? ¿No has visto que ha sido penalti claro?

- Cállese y siga jugando –le respondí yo.

- El partido estaba en esta jugada y podías haber señalado penalti perfectamente.

- No ha sido penalti y lo sabes, Samuel.

- ¡Qué más da que haya sido o no penalti! Si quieres lo podías haber pitado. ¡Tú eres tonto!

En ese momento podía haberme hecho el sueco, pero no hubiera podido dormir tranquilo. No es justo que pueda insultarme simplemente por el hecho de ser mi amigo. Si a los demás no se lo consiento, a él tampoco. La cara que se le quedó a Samuel cuando le saqué la tarjeta roja, es algo que siempre tendré grabado en mi memoria. Una mezcla de estupefacción y odio, afloraba a través de sus ojos. Desde ese día no he vuelto a saber nada más de su interesada amistad.

Ni siquiera las chicas me han acompañado en este arduo camino. Es muy complicado explicar a una muchacha que el fin de semana te lo vas a pasar

desarrollando una actividad deportiva que no sea caminar cogidos de la mano. Un fin de semana se puede permitir, dos, si la chica realmente está interesada en ti, pero un año entero no lo aguanta con esas edades nadie. Si te pasas la semana entera estudiando, deseando que llegue el fin de semana para poder salir con tu chico, y éste decide que prefiere entretenerse con balones y pitos antes que sentir el calor de un beso, es lógico deducir por qué no he conseguido mantener ninguna relación más allá de un par de citas. Desde luego que me apetecía sentir los labios de una mujer, pero lamentablemente en la vida no se puede tener todo y mi gran prioridad en aquel momento era llegar a ser árbitro de Primera División.

Pero desde luego, también ha habido momentos buenos. Aparte de la explosión de adrenalina que se vive en cada partido, y que es una sensación que no se puede explicar con palabras, me quedo con los cientos de viajes que he realizado con mis compañeros. Miles de horas, metidos en caravanas interminables y en las que, a pesar de todo, lo pasábamos genial. Los compañeros amenizaban con sus anécdotas o cantando coplillas con sus “desgarradoras voces”. Cualquier cosa con tal de llegar a los partidos lo más relajados posible y, sobre todo, volver a nuestras casas con el ánimo renovado, soltando toda la tensión acumulada con risas y acompañándolas con unos homenajes gastronómicos, que nos obsequiábamos para recuperar las calorías perdidas en el fragor de la batalla.

Otro aspecto por el que siempre me han preguntado ha sido el de los sobornos. Evidentemente, en las categorías inferiores, en las que no sobra el dinero, la manera de presionarte era muy graciosa, al menos ahora que lo veo con perspectiva, ya que en aquellos años no me hacía ninguna gracia tener que ducharme a cero grados con agua fría, o recibir treinta euros en monedas de un céntimo, con lo que tenía que dedicar otra hora a contarlas. Eran formas de fastidiar al árbitro, más que sobornarlo, siempre y cuando el equipo local hubiese perdido y tú no hubieras estado a la altura exigida, claro está, desde su punto de vista.

Pero una vez que llegas a la élite, sí que es cierto que las tentaciones son múltiples. Aquí abunda el dinero y no hay problema en hacértelo llegar. Por suerte, ni yo ni ninguno de mis asistentes hemos caído ante la fascinación de los “regalos fáciles”. Recuerdo una vez, en mi primer partido internacional, en la que nada más aterrizar en Moscú con mis asistentes de confianza, nos recibió una comitiva del equipo local con los brazos abiertos. Todo fueron agasajos y buenas palabras, todas ellas en un castellano más que correcto. Desde luego se esforzaban por hacernos sentir como en casa. Nos acompañaron hasta el hotel y una vez allí nos invitaron a una fabulosa comida, con caviar ruso y todas las exquisiteces que no estaban normalmente a nuestro alcance. Esto ya no sé si es tan habitual, pero de momento no tengo por qué desconfiar, o al menos eso me repetía una y otra vez mientras degustaba plácidamente aquellos manjares. Mis asistentes para este partido eran Federico y Adrián, dos jóvenes linieres que habían alcanzado la internacionalidad el

año pasado. Según me comentaban, era relativamente normal que los equipos, sobre todo los de Europa del Este, obsequien a los árbitros con alguna que otra chuchería sin importancia, siempre y cuando no pisemos el terreno de la ilegalidad. Pero las dudas que me acechaban se disiparon en cuanto llegamos a la habitación del hotel y estaban esperando para recibirnos tres mujeres de esas que hacen perder la cabeza a cualquier hombre. Estaban acompañadas de un personaje con pinta de mafioso que debía ser su traductor, porque las señoritas no parecían entender nuestro idioma, ¡ni falta que les hacía! Lo más curioso es que las tres chicas iban vestidas con unos imponentes abrigos de visón. El caballero, por llamarlo de alguna forma, nos hizo ver que siempre y cuando su equipo ganara, los visones y sus “complementos” serían obsequiados a nuestra causa. Rápidamente y sin que ni siquiera diéramos lugar a la duda, expulsamos con tarjeta roja a semejante personaje y a sus chicas. Nos quedamos bastante rato asimilando lo que el tipo había tenido la desfachatez de ofrecernos. Lo comunicamos debidamente, pero evidentemente no se podía hacer mucho más de lo que hicimos, ya que el “caballero” en cuestión no era ningún dirigente oficial del equipo ruso.

Y aquí estoy, en la bocana de acceso al campo, un campo repleto de aficionados, engalanado con los colores de ambos equipos y en los que el ambiente que se vive es algo que no se puede explicar con palabras. Pitar una final de la copa del Rey es algo que solo los privilegiados pueden hacer. Y es así como me siento, un elegido. Todo lo que he tenido que soportar en estos veinte años está más que recompensado con mi presencia hoy aquí. Suena el himno español y los vellos se me ponen de punta. Escuchar esos acordes magníficamente interpretados por la orquesta local hace que las lágrimas afloren a mi ojos. Pero debo controlarme, tengo delante de mí un desafío único, impartir justicia en un partido en el que millones de espectadores de todo el mundo estarán pendientes de los jugadores y, por qué no decirlo, de mis errores. Porque errores voy a tener, es algo con lo que he aprendido a vivir. No somos máquinas, por mucho que haya personas que no lleguen a comprenderlo. Al igual que un delantero falla un penalti o un portero comete un error al bloquear el esférico, el árbitro y sus asistentes, a lo largo de los noventa minutos de partido, es prácticamente imposible que no se equivoquen. Y más, cuando hay decenas de cámaras dispuestas a detectar el más mínimo error que cometan. Los capitanes se acercan para el sorteo de campos. Es un placer poder compartir estos momentos con figuras mundiales. Mis dos árbitros asistentes y yo nos echamos unas miradas de complicidad. Ellos también han luchado mucho para estar aquí y tenemos que estar más unidos que nunca para sacar adelante este desafío. Con los años han pasado de ser meros compañeros a ser algo más que amigos. Somos un equipo. Solo falta alguien para que la fiesta sea total. Mi eterno protector seguro que está viendo, desde el mejor palco de honor imaginable, cómo su hijo está haciendo realidad su sueño. Va por ti, papá. ¡Qué empiece el espectáculo!

PIRATAS Y BONOBUSES

Víctor Manuel Martín Barrera

Era una mañana helada, los rayos del gentil sol brillaban por estas latitudes de tal manera que los pajarillos se apresuraban a esconderse entre las enhiestas copas de los árboles de la avenida. Mientras mi padre se dirigía ya cabizbajo a su lugar de trabajo, en casa quedaba ya el olor a tabaco, a café y a tostadas de manera omnipresente y vespertina el rumor de los coches y autobuses entraba por mis oídos. Tenía yo 10 años y me encontraba ultimando la Educación Primaria. Eran jornadas largas, pero como niño que era, solo tenía tiempo de jugar y divertirme. Era una mañana congelada en el tiempo, impenetrable para mis recuerdos, mis ilusiones, mis labores de chaval inquieto y ágil con el pie izquierdo. Esta es la historia de un zurdo o, como en épocas antiguas y en contextos no tan urbanos se nos llamaba: los chotos. Esta es la historia de un viaje, de un complejo periplo hacia los días actuales porque pienso, creo y practico que nunca se deja de aprender.

165

Os narro la incredulidad de una infancia despierta por entre las calles de un barrio, de una ciudad celeste. Aquí y ahora vienen a mí retazos de una infancia que pasaba casi todos los días en contacto directo con la realidad deportiva, ya que cuando tenía diez años mis padres me apuntaron a un equipo de fútbol. Es una tarde ceniza y ocre, el cielo avisa truenos y lluvia pero aún sigo escuchando, en sueños, la voz de mi madre que nos dice a mí y a mi hermano mayor: pero cómo vais, con el tiempo que hace, a entrenar... A nosotros no nos importaban las temperaturas, los minutos que tardábamos en llegar a las instalaciones deportivas, les cuento...

Acontecen lentas las esperas, terminan, empiezan las horas y el reloj te embauca silenciosamente. Les hablo de vivencias, experiencias sutiles que ferozmente devoran la infancia. Son las 4 y media de la tarde, es invierno en esta ciudad celeste y tras contemplar el techo de mi habitación, toco en la puerta de mi hermano y el autobús no espera, es ese medio de transporte en el cual se cruzan miradas, olores, sensaciones que hacen del conductor como un tripulante de sueños y melancolías.

Allá nos espera la meta, tocar el balón que es el objetivo que todos; en el autobús, vamos sintiendo, contando y aprendiendo, ya que, en aquellos entonces, les

hablo de los años noventa, en el centro de la ciudad celeste no teníamos los chavales tantas oportunidades como tienen los actuales infantes. Cabe decir que para poder tocar un esférico teníamos que sortear multitud de obstáculos y paradas de autobús para, al fin, poder encontrarnos con nuestros compañeros, amigos y camaradas de la pelota.

La semana transcurría, para casi todos, con pensamientos de partido de fin de semana; el bote estrepitoso de la pelota acaecía fugaz, la paras, la miras, como observas a una mujer bonita, y callando, golpeas, centras, controlas todos los elementos que tu entrenador te va enseñando, mostrando. Un día más de entrenamientos suponía volver a cruzar la ciudad y además de esto el hecho de sentarte con tu padre a hacer las cuentas de autobús, de equipación, etc. Nuestro equipo es humilde y mientras todos los operarios de la institución reparan las porterías, nosotros vamos agarrando la tarde de tal forma que la mente queda lejos del colegio; cuando el sol está cayendo y las farolas del barrio empiezan gentilmente a alumbrarnos, llega la hora de marcharse, de volver a casa.

Estás cansado, ilusionado, crees en el sueño de ser futbolista profesional y, hay gente que te chilla, que te anima a ello. Con el tiempo te das cuenta de que nada es en vano y los intereses siempre están ahí. Es sábado, vamos a Córdoba y está lloviendo.

El invierno sigue haciendo mella en la tierra, aún recuerdo ese viaje en autocar, sentado en la ventana, mirando el pasar de los demás vehículos como una amplia y colorida cabalgata de destinos finales. Realmente estás solo, hay gente, ruido, pero el partido llega pronto y es cuando te pones más nervioso, ya que la lista de los chavales que no entran en el acta está por determinar.

Es una sala oscura, levemente iluminada por dos bombillas incandescentes, llegas a ver, desde tu infantil perspectiva de vida, que ahí se puede terminar todo, que tus sueños se vienen abajo por una decisión personal. La historia no termina, la lluvia incesante hace estragos en nuestras musculaturas de tal manera que el viento azota, ruga, desvirtúa el espectáculo. Ese día, en esa latitud, en otra ciudad, piensas que has logrado tu reto, tu viaje.

Contamos historias, las recreamos, las vivimos pero casi nunca reflexionamos sobre lo sucedido. Antes del partido, durante la semana de entrenos el clima en la cancha es muy bueno, haciendo una metáfora e intentado recordar lo vivenciada allá, es como si se tratase de una compañía militar, la cual está esperando una orden. Tenía yo diez años cuando la merienda estaba lista en el sofá y tenía diez años cuando el vaso de Cola-Cao se derramaba por entre mis labios, con ese calorcito que me encantaba.

Viví una infancia mezclada y, desde la incursión en el mundo del fútbol, he conocido a mucha gente. La brisa que mueve las equipaciones, a nuestro lado

tendidas mientras estamos estirando en la valla, mueve mis párpados de tal manera que la infancia se va diluyendo, entrando en el túnel de vestuarios. Son estaciones olvidadas, personas a las cuales ves por 90 minutos como alguien extraño, desconocido, pero que, como nosotros, tienen las mismas ilusiones y esperanzas: tocar la pelota.

Ahora es el lugar destinado a apartamentos, allí pasé cientos de horas disfrutando del deporte; cuando me paro delante de él aún en el vestuario, las lágrimas acontecen en mi cara, en mis pupilas, de tal manera que nunca el viento se las llevará. Un recuerdo, un peto compartido, una lista, una señal de ¡listos!...La vida pasa deprisa y el balón sigue rodando.

Un tiempo, una luz, un entrenador que nos anima, nos conoce y que él también tiene su sueño. Formábamos todos un gran barco que se dirigía hacia la consecución de unos valores sociales y deportivos. La infancia sigue creando escenarios futbolísticos, estadios, espectadores que están en la grada para vernos y pensar en que algún día serán como nosotros. El pitido vibrante del árbitro indica el final del primer periodo y el encuentro está empatado; la lluvia sigue cayendo y suena calamitosamente en la uralita de la oscura sala que nos alberga por esos inolvidables segundos que ya están pasando a esta historia que les narro.

Con felicidad interrumpida, con letargo inacabado estamos ya de vuelta, por la carretera, hacia la ciudad celeste. No importa el resultado, sino que hemos estado allí, impregnados de barro, de agua, de esfuerzo y sinrazón porque que es el fútbol sin la irracionalidad, sin la locura y espontaneidad de un crío que la noche anterior sólo ha pensado en marcar un gol al equipo adversario en ese campo. Quedan viajes, quedan medias que calzar, si el presupuesto acompaña iremos más lejos la próxima temporada, habrá más rifas, más sorteos, más charlas con tu padre después del partido y por qué no, más lavadoras funcionando.

Era una mañana helada, un viento que rugía, un balón que soñaba.

SUEÑOS, RECUERDOS Y SENSACIONES

Francisco Javier Mateo Sánchez

De pronto todo estaba oscuro, como si fuera una de esas noches cerradas de invierno en las que miras el cielo y no se distingue nada. Absolutamente nada, ni tan siquiera la luz de una estrella o el resplandor de la luna. Todo era negro, insondable, y percibía como un tenue rumor parecido al de las olas al romper en la playa. No, era otra cosa. Era como una tormenta lejana que poco a poco va acercándose. Como cuando éramos niños y contábamos los segundos que transcurrían entre ese relámpago que nos ponía el vello de punta y alumbraba nuestras caras, asustadas y asombradas. Y justo después, cuando ya la impaciencia hacía mella en nosotros, rugía el sonido del rayo rasgando la noche y entonces sabíamos que la tormenta se estaba acercando, que se haría más fuerte y que toda esa negrura se iría convirtiendo en día, sucesivamente, tras cada relámpago. Y tras él, un nuevo estruendo. Y de nuevo la luz...

168

Había algo en esos sonidos y esas sensaciones que me hacía recordar algo que ya había vivido. No era algo lejano ni aislado. Era la sensación de algo vivido y repetido muchas veces, pero no recuerdo el qué. Ni siquiera soy capaz de estar seguro si es algo real o algo que soñé y que sin querer me viene a la mente y me engaña mezclando imágenes, sonidos y hasta olores. Porque huelo a hierba, a humedad. Como si hubiera estado lloviendo y esa hierba se hubiera empapado dejando un rastro de charcos. Y yo voy a tientas en esa oscuridad pisando esos espejos de agua. Espejos negros y oscuros que van salpicando gotas sin brillo a medida que voy caminando a través de ellos. No sé dónde estoy, pero al mismo tiempo me siento cómodo allí. No siento miedo a pesar de la oscuridad, porque sé que he vivido esa situación otras veces. Muchísimas más veces, y sé que puedo estar tranquilo aunque el corazón me late deprisa, descontrolado. Estoy cansado y mi piel está empapada de sudor. No sé qué me pasa pero noto mis músculos agarrotados, en tensión. Hace calor, pero no sé de dónde viene. Es como si el sol estuviera pintado de negro. Como si sus rayos fueran de ese color y por eso no puedo verlos, pero al mismo tiempo siento su calor. Noto fuego en mi espalda, en mis brazos y el sudor resbala por ellos como un río caliente, como un volcán arrasando las laderas de la

montaña. Noto la sal en mis labios y siento sed. Una sed ansiosa, como si llevara horas al sol y no hubiera bebido nada. Daría cualquier cosa por un sorbo de agua ahora. Un trago que calmara esa sequedad. Trago saliva y me duele la garganta. Tengo la lengua seca y los labios agrietados. No sé lo que me pasa, pero noto mucha presión. Presión física, como si estuviera sosteniendo con mi cuerpo algo muy pesado y esa sensación hace que mis brazos se tensen un poco más. Se convierten en roca, en acero, y cada músculo, cada fibra que los compone adquiere esa misma rigidez. Noto la sangre fluir por ellos. La noto en mis sienes. La noto latir incansablemente, frenéticamente, y ese ruido incesante se repite una y otra vez. Al mismo ritmo. Una y otra vez.

Intento abrir los ojos pero no puedo. No es algo físico. Realmente podría hacerlo. De hecho es como si los tuviera abiertos y no viera nada, como si la única realidad que existiera fuera la que está en mi cabeza, dentro de mi mente, en mis sueños. Poco a poco los sonidos van desapareciendo tal como empezaron. Es un zumbido, un rumor de hojas que va disminuyendo de intensidad hasta que no se escucha nada. Silencio. Solo el sonido del aire, pequeñas ráfagas que me rozan con su frescura. Mi piel agradece esa sensación placentera que alivia en parte el sufrimiento de estar expuesto al sol. Me recuerda cuando de pequeño me llevaban a la playa y tumbado en la arena cerraba los ojos y escuchaba las olas romper en la orilla, y ese sonido se mezclaba con el roce de la arena, que arrastrada por la brisa nunca se quedaba quieta y adoptaba mil formas distintas. Esa misma arena que cogía en mis manos y dejaba resbalar entre los dedos una y otra vez haciéndome sentir un efecto placentero, un estremecimiento, una percepción de inmensidad, a veces de vacío o de soledad, ajeno a todo lo que ocurría a mi alrededor, abstraído de los demás sonidos. Solo apreciaba lo que me aportaban esas pequeñas partículas de arena con miles de brillos como el cristal, que de nuevo, una y otra vez se precipitaban como pequeños ríos de una mano a otra, y volvían a su origen tejiendo una alfombra de dunas que de nuevo el viento se entretenía en alisar. Y de pronto me di cuenta de que en la oscuridad en la que me encontraba notaba esas mismas partículas de arena en mis manos. No las mismas, distintas, como pequeños sílices que arañaban mis nudillos hasta hacerlos sangrar. Y empezó de nuevo ese murmullo bajo, ese soniquete que era como una exclamación que iba creciendo paulatinamente, llena de sonidos como voces, cantos, pequeñas canciones sin sentido, sin letra, pero que poco a poco se fueron convirtiendo en palabras que no podía entender, que recordaba de alguna manera, que se metían en mi cabeza y buceaban en mi interior llamando puertas que no se abrían hasta que en ese pequeño susurro, como en un siseo, me pareció escuchar mi nombre. Era como si alguien me llamara. No una sola voz, varias voces llegaban a mi oído y como un eco, resonaba una y otra vez mi nombre desde la lejanía.

Y entonces abrí los ojos y en un segundo lo entendí todo. Como si despertara de un sueño empecé vagamente a distinguir lo que había a mi alrededor. Repentinamente tomé consciencia de todo. De los sonidos y voces que escuchaba, del calor, de ese sol abrasador, de la arena, de la sed en mi garganta, de esa sensación placentera que produce la tensión, de ese agarrotamiento en mis músculos, de ese sabor metálico que se siente cuando estamos en un estado de concentración máxima que nos exige una abstracción total y que nos saca del mundo real. Allí estaba yo, de pie, mirando fijamente ese suelo verde, parcialmente cubierto de arena como una alfombra de cuarzo. Y su brillo me hizo desviar la vista. Y miré mis manos, mis nudillos rojos y con restos de esa arena aferraban con fuerza el stick de hockey que se balanceaba sutilmente arriba y abajo. Entonces miré al frente y vi la portería y bajo su estructura cinco sombras en tensión, impacientes por la espera, aguardaban el momento para, como en una explosión, salir despedidas a toda velocidad. A mi lado distinguí otra figura familiar y cuando observé su rostro expectante me di cuenta de que me hablaba y sus palabras poco a poco se convirtieron en frases y en esas frases escuchaba mi nombre mezclado con mensajes de ánimo. Y agarré mas fuerte el stick balanceándolo de nuevo suavemente, con la mirada fija en aquella silueta oscura y grande que tenía enfrente. Esa forma borrosa acolchada, acorazada, tapizada de múltiples protuberancias que le conferían un aspecto amenazador y una corpulencia inhumana. Esa sombra rematada con un casco a modo de corona que se inclinaba hacia delante con todos los músculos en tensión. Casi sin darme cuenta escuché algo parecido a un pitido, el árbitro nos miró al portero contrario y a mí, y con un sutil gesto confirmó que estábamos preparados. Miré hacia la izquierda de la portería y allí estaba preparado mi compañero, también en tensión y concentrado en dirigir la bola al sitio elegido. Y la bola rodó, con rapidez, dando una y otra vuelta sobre su eje. Y su efecto fue como una explosión de adrenalina en cada uno de los que estábamos allí, quemando la energía acumulada en nuestros músculos. Y esa bola llegó a su destino donde con seguridad otro compañero la paró e inmovilizó con su stick sometiénola a la esclavitud de su dominio, para que sin tiempo previo mis brazos actuaran como un resorte, cortando el viento, y golpearan la bola bruscamente en dirección a la portería ansiando escuchar el estruendo al estrellarse con la chapa. Y entonces, justo antes del soñado estrépito, desperté...

DÍA DE LLUVIA

Ana Molina Ordóñez

Desde la ventana de mi habitación veía la lluvia caer y el viento azotar los árboles. Se escuchaba algún que otro rayo. Abrí la ventana y el olor a tierra mojada inundó mi cuarto.

¿Y ahora tengo que ir a entrenar...? –me pregunté, con resignación–. Sin embargo, cerré la ventana y me dispuse a cambiarme de ropa, mientras veía como seguía lloviendo sin tener intención alguna de escampar.

Bueno, si sigue lloviendo así de fuerte, no saldremos a remar. Nos iremos al gimnasio y no se qué haremos –pensé.

Pero cuando llegué al club, había escampado. El cielo seguía lleno de nubes grises y podía ponerse a llover de nuevo en cualquier momento, pero mi entrenador nos mandó salir al agua. Mis compañeras y yo sacamos los remos de la casa de botes y los colocamos sobre el mojado pontón. Después nos preparamos para salir a remar: nos quitamos la ropa de abrigo, llenamos la botella de agua, etc. Cuando ya estábamos las nueve listas fuimos a donde se guarda el ocho con timonel, y cada una se colocó en su sitio. Lo sacamos de su estantería y nos lo colocamos en el hombro. Poco a poco empezamos a andar hacia afuera, con mucho cuidado de no darle golpes ni a nuestro bote ni a ninguno de los que estaban en sus respectivas estanterías. Llegamos a la puerta de la casa de botes y extremamos la precaución, ya que la puerta es un poco más baja que el techo de la casa de botes. Cuando yo, que iba de proa y por lo tanto era la primera en salir de la casa de botes, ya estaba fuera, me cayó una gota de agua. Miré hacia el cielo y seguía igual que antes. Miré hacia el río, que estaba en calma, completamente plato, como decimos nosotros. Sin embargo, me cayó otra gota. Habíamos seguido andando y ya había otras tres chicas fuera de la casa de botes. Una de ellas comentó:

- ¿Está chispeando, no?

- Pues como se ponga a llover de verdad, yo no salgo a remar, ¿eh? –avisó una de las que todavía estaba dentro.

Nuestro entrenador, que estaba por allí, soltó:

- Pero si esto no es “ná” ... Anda, no os quejéis tanto y al agua ya, que luego os toca remar una regata lloviendo y no sabéis.

- Pues yo prefiero remar así, que el agua está plato, y no un día con un vendaval bestial –dije yo.

Al fin teníamos el barco en el agua, y mientras cada una colocaba su remo en su chumacera, discutíamos quién iba a llevar los botines a la casa de botes para que no se mojasen si se ponía a llover. Nadie quería ir porque al volver había que hacerlo descalza, y nadie quería mojar y manchar sus calcetines. Al final se decidió que tenía que ir la timonel, ya que ella no se tenía que quitar los botines.

Cuando ya estábamos todas con un pie puesto en el bote y el otro en el pontón, la timonel gritó:

- ¡Listas, fuera! ¡Fuera! –y nosotras dimos una patada al pontón para alejarnos de él, aunque más de una que no quería que sus calcetines se manchasen no dio la patada, por lo que el bote apenas se separó del pontón y tuvieron que ayudarnos a salir algunos compañeros nuestros que aún estaban en tierra.

La timonel mandó remar a mano, solo moviendo los brazos, para salir de la zona de embarque y llegar a la otra orilla del río. Allí, todas nos dispusimos a acomodarnos, colocando las pedalinas en el lugar correcto, cambiando los clips de la chumacera para regular la altura del remo y moviendo las vías hacia proa o hacia popa.

La timonel preguntaba de vez en cuando si ya estábamos listas. Al rato, las cuatro chicas de popa, es decir, las cuatro que van sentadas más hacia popa y por tanto más cerca del timonel, dijeron que ya estaban listas. Pero las de proa aún no lo estábamos, así que la timonel mandó remar a las cuatro de popa. Como siempre, comenzaron a remar a mano unas veinte paladas, luego pasaron a remar a manos-cuerpo, moviendo los brazos y el cuerpo, otras veinte paladas; después, a medio carro, es decir, utilizando ya las piernas para mover el carro, pero avanzando solo la mitad del recorrido total del carro. Y tras veinte paladas, comenzaron a remar largo, con todo el recorrido posible del carro. Después, la timonel mandó cambiar a la proa, de forma que ahora nosotras hicimos todo ese proceso hasta terminar remando largo. Luego, las ocho juntas volvimos a empezar a remar a mano, luego a manos-cuerpo, después a medio carro, y finalmente, largo.

Ya habíamos avanzado casi dos kilómetros, habiendo llegado a la altura de la Torre del Oro. El bote ya iba avanzando bien, fluido, todas a una, con el sonido de fondo de la timonel gritando pequeños detalles técnicos que debíamos mejorar, a pesar de que las ocho íbamos perfectamente acopladas y el barco andaba prácticamente solo, sin apenas esfuerzo. Ese día todo iba de maravilla, seguramente

porque el agua estaba realmente tranquila, sin olas de ningún tipo y sin nadie navegando por él, solo nosotros, los remeros.

Aún no llovía cuando llegamos al Puente de Triana, pero poco antes de llegar al del Cachorro comenzó a chispear cada vez más fuerte. Algunas de mis compañeras se quejaron y propusieron volver e irnos a los ergómetros a terminar el entreno. Pero la mayoría queríamos seguir porque, si no, nuestro entrenador se enfadaría, y además, tan solo era agua lo que nos caía.

Tras esa pequeña discusión, volvió a reinar el silencio, roto tan solo por el chasquido de los remos entrando en el agua, un solo “chac” que producían los ocho remos atacando a la vez.

Pero en ese momento el silencio se rompió, además, por el ruido de la motora del entrenador que se acercaba a toda velocidad a nosotras. Estoy segura de que a todas se nos pasó por la mente que venía a decirnos que diésemos la vuelta y entrásemos al club, porque todas, en el fondo, los estábamos deseando. Las frías gotas nos martilleaban el cuello y las manos, mientras que la ropa que llevábamos encima estaba empapada, y nos caían gotas del pelo, igualmente empapado. La pobre timonel era la que peor lo debía de estar pasando porque ella estaba completamente quieta, a pesar de que era la que más abrigada iba y la única con chubasquero.

Sin embargo, David no nos dijo nada de entrar. Se limitó a ponerse a nuestro lado y seguir nuestro ritmo mientras nos gritaba:

- ¡Ese ataque a una! ¡No espero a nadie! ¡Llegamos y atacamos! ¡Eso es!

Nos siguió durante tres kilómetros, ya que ese día, al estar lloviendo, había bastante gente que había faltado al entreno, por lo que había menos botes a los que seguir y se podía dedicar más tiempo a nosotras. Eso estaba bien porque aún teníamos que mejorar muchos aspectos.

Para eso David nos mandó hacer algunos ejercicios técnicos, para mejorar ciertos movimientos. Durante los ejercicios el bote iba más lento y la lluvia se notaba más. En uno de los ejercicios, nos pidió que lo hiciera primero la popa, luego la proa, y luego todas juntas. Y así lo hicimos; pero cuando nos tocaba estar paradas, el frío aumentaba. David se debió de dar cuenta de que nos poníamos a tiritar cuando no remábamos, porque una vez que terminamos ese ejercicio ya no nos mandó ninguno en el que nos tuviéramos que quedar paradas un rato.

Al cabo de dos kilómetros con David al lado gritando, yo ya estaba harta de él, y deseaba que se fuese de una vez por todas. Sin embargo, seguía ahí, gritándome:

- ¡Largo, Ana, largo! ¡Es muy importante que vayas largo! ¡Más largo, Ana, más largo! ¡Y ataque, ataque todas! ¡A una el ataque, que se escuche un solo “chac”!

¡Eso es, que ya lo tenemos! ¡Sin subir la pala en el ataque, cerca del agua! ¡Un solo tirón atrás de piernas, saltamos de la pedalina! ¡Como una repetición de sentadilla! ¡Rápidas las piernas abajo! ¡Velocidad en la pasada! ¡Y sacamos la pala vertical del agua, que no se nos olvide!

Su voz me agujereaba los oídos, ya no podía más. Iba muerta y él me pedía más piernas. “Por favor, vete ya... No puedo más...”, era lo único que se me pasaba por la mente. Pero luego intentaba apartar esos pensamientos de mi cabeza y me decía: “¡No, Ana! Sí que puedes, claro que puedes; he aguantado cosas peores”.

“Tengo mucho frío... No aguanto más...”.

“¿Frío, Ana, frío? ¿Acaso no te acuerdas ya de aquella regata en Vegadeo? Claro que me acuerdo, eso sí que era frío, no como ahora. El frío es psicológico. No tengo frío, esto no es frío”.

“Pero es que no siento las manos..., las tengo congeladas..., y encima David no deja de gritarme que vaya largo. ¡No puedo ir más largo, no con este frío! Que se ponga él a remar, a ver qué dice”.

- Venga, Ana, que no es para tanto, que soy capaz de aguantar esto y mucho más. Que eres muy fuerte, que tú soportas todo lo que te pongan por delante. ¿O vas a dejar que las demás piensen que eres una débil? Ellas deben de ir peor que yo, porque tu eres la más fuerte, tú eres la mejor del equipo. La mejor, Ana, ¡la mejor! Y no lo digo yo misma, te lo ha dicho David mil veces, y los hechos lo demuestran. Les ganas en todos los test. Así que ahora no vas a ser tú la débil del equipo, porque tú no eres débil. ¡Yo soy fuerte!

Por mi mente pasaban todos estos pensamientos y cuando me convencí de que yo era fuerte, la motora de David se frenó y dio la vuelta, siguiendo a otro bote que iba en dirección contraria. Además, me di cuenta de que ya apenas llovía.

- Venga Ana, que ya se ha ido, ahora ya no te va a martillar la cabeza, y ya solo queda un kilómetro para dar la vuelta y beber agua. Por fin. Y además, ya casi no llueve. Venga, que esto ya está hecho, que lo peor ya ha pasado.

Ese kilómetro pasó bastante rápido. Cuando yo pensé que realmente ya no podría dar ni una sola palada más, se escuchó la voz de la timonel por encima del leve sonido de las gotas de lluvia cayendo sobre el río, como un vaso de agua en medio del desierto, como una hoguera en medio de un páramo de hielo, diciendo:

- ¡En dos, fuera!

Una palada.

Otra palada.

- ¡Fuera!

Y todas a una paramos nuestros brazos en el mismo lugar, dejando caer los remos sobre el agua. Poco a poco, el bote se fue frenando, y entonces la timonel mandó clavar a las babores y remar a las estribores, para así dar la vuelta.

Parecía que ese momento no iba a llegar nunca, pero llegó.

Suspiré, estaba muerta.

Busqué mi botella de agua y me dispuse a beber cuando, de repente, sonó un trueno, amenazadoramente cerca, y vimos cómo una cortina de agua bien tupida se acercaba a nosotras demasiado rápido. Se escucharon gritos de mis compañeras:

- ¡Venga, vamos! ¡Que nos mojamos!
- ¡Corre! ¡Deja de beber agua y vámonos!
- ¡Venga, va, que ya estoy más o menos seca y no quiero volver a mojarme!
- ¡Pero vámonos de una vez por todas!
- ¡Listo avante! –acalló la timonel– ¡¡Avante!!

Y comenzamos a remar de nuevo.

Una parte de mi ser prefería haberse quedado allí y mojarse. Sin embargo, la fugaz parada me había descansado un poco, lo suficiente para seguir con más fuerzas que antes. Además, ahora por mi mente pasaba el pensamiento de que ya quedaba menos de lo que llevábamos.

Sin embargo, la lluvia acabó alcanzándonos. Pero lo cierto es que a mí ya me daba igual. Ya estaba empapada, aunque era verdad que la ropa ya se había secado un poco. Pero yo sabía que tenía ropa seca en mi mochila, y en cuanto terminase el entreno saldría corriendo camino de la ducha.

Seguíamos remando, desafiando a la lluvia y el viento, que ahora soplaba en contra. Nos quedaban siete kilómetros, viento en contra. Pero yo no me desanimé porque ya íbamos de vuelta, ya solo quedaba volver.

Dejó de llover y David nos volvió a seguir cuando ya sólo nos quedaban apenas tres kilómetros, a la altura del Puente del Cachorro, pero esta vez le soporté mucho mejor.

La lluvia volvió a arreciar poco antes de llegar al puente de Triana, donde las pocas personas que paseaban por él nos miraban con cara de decir “Esta gente está loca”, mientras corría huyendo hacia un techo bajo el que refugiarse. Sonreí al ver la expresión de sus rostros, porque sí que era cierto que estábamos locas. Todos los remeros lo estamos un poco porque antepoemos el remo a cualquier cosa; el remo es nuestra vida, sin él nos moriríamos; y salimos a remar siempre, ya haga 40º C y un sol abrasador, o 5º C y una lluvia extremadamente fría.

Al fin llegamos al club y, gracias a Dios, ya no llovía. Hicimos la maniobra para entrar en el pontón y en cuanto la timonel se bajó del bote, fue corriendo a buscar nuestros botines, que aguardaban, bien secos, en la casa de botes. Acto seguido, cogimos el bote entre las ocho y lo guardamos en su sitio.

Luego, tras comentar con mis compañeras de bote y con mi entrenador cómo había ido el entreno, compartiendo diferentes sensaciones y opinando sobre qué pensábamos que había que mejorar, nos fuimos todas juntas a los vestuarios para darnos una buena ducha de agua caliente, que a mi me sentó de maravilla. Estuve un largo rato bajo el chorro, disfrutando de esa sensación de calor, tan necesaria después de haber pasado tanto frío en el río.

Al terminar, me despedí de ellas hasta el día siguiente, y salí de mi club envuelta en un chubasquero, bajo un paraguas verde y con la mochila a la espalda, y comencé a andar hacia mi casa.

En cuanto alcancé mi cuarto me dejé caer pesadamente sobre el mullido colchón de mi cama. Cerré los ojos y pensé quedarme así, en esa misma posición, hasta que mi madre me avisase para comer.

Sin embargo, apenas unos segundos después de cerrar los ojos, me sobresaltó el lejano sonido de la melodía de mi móvil. En un principio no tenía intención de cogerlo, estaba demasiado cansada para ir a buscarlo. Pero no paraba de sonar, así que me vi obligada a levantarme y rebuscar en mi mochila, que había quedado abandonada en un rincón de mi habitación, hasta que di con el móvil y vi en la pantalla el nombre de mi mejor amiga de la facultad. Así que lo cogí:

- ¿Sí? -contesté con voz cansada.

- ¡Ana! ¿Te apetece venirte esta noche a una discoteca? La entrada cuesta veinte euros y para las chicas hay barra libre. ¿Te quieres venir?

- ¿Esta noche? Uff... no sé, estoy reventada...

- ¡Venga, Ana! Vente, que vamos a ir toda la clase.

- ¿Pero hasta qué hora sería eso?

- No sé, hasta la que tú quieras. La entrada es a partir de las once.

- Pero es que no voy a pagar una entrada de veinte euros para estar solo un par de horas. Porque entre que se entra y no, son las doce, y a mí me gustaría estar en mi casa antes de las dos y media, como muy tarde, que mañana tengo entreno a las nueve, y además hay series.

- Pero por un día no pasa nada, ¿no? ¡Anda! ¡Vente! No seas tonta, que nos lo vamos a pasar muy bien. Que nunca vienes cuando quedamos, siempre pones la excusa del remo...

Yo, deportista

- Ya lo se que nunca voy, pero es que el entrenamiento de mañana es muy importante y... No sé... No debo faltar mañana. Es que tenemos una regata dentro dos semanas y no podemos perder entrenamientos, porque si no...

- Si yo lo entiendo, pero es que siempre es la misma historia. Yo se que para ti el remo es tu vida, pero también deberías salir y divertirte. ¡Tanto remo no puede ser bueno!

-Ya... si el remo es una droga... –dije yo, riéndome– en cuento lo pruebas ya no puedes dejar de remar.

- Y una secta, también; os lavan el cerebro –contesto ella, también riendo–. Entonces no te vienes, ¿no?

- No, lo siento, pero no puedo. No ahora. Ya sabes que en verano puedo quedar todo lo que tú quieras. Pero ahora no puedo. Lo siento.

- Bueno, no pasa nada. Otro día será... Pero recuérdame que para la próxima vez que me eche una amiga, me asegure antes de que no sea remera, ni piragüista, ni deportista de ningún –dijo ella, bromeando.

Cada vez que mis amigos de clase me proponían un plan para salir, siempre me pasaba lo mismo. Nunca iba porque al día siguiente tenía que entrenar. Pero otras veces pensaba que a lo mejor debería no darle tanta importancia al remo y salir un poco más. Sin embargo, no podía. Algo en mi interior me lo impedía. Además, ese año quería intentar ir al equipo nacional y eso era algo demasiado difícil como para permitirme el lujo de perder entrenamientos por una noche de fiesta.

Mis compañeros de clase no me entendían. No sabían cómo podía no salir, y además madrugar todos los fines de semana para pasar frío y sufrir sobre el agua. Pero para mí era lo era todo. Me había criado en el río, entre remos y barcos, y desde muy pequeña había aprendido a hacer del remo mi vida. No en vano mi padre había sido también remero y ahora era entrenador. Mis compañeros de remo me decían que yo había nacido remando, y prácticamente, era verdad.

Y es que el remo me da miles de cosas, que no cambiaría por nada del mundo.

LA PELOTA

Antonia Mora Vico

Estaba sentado en el escalón desde hacía mucho tiempo, no sabía cuánto. Muchos días lo hacía así, sin más. Se sentaba y empezaba a esperar que alguien lo llamara para jugar. Los niños jugaban en la acera de enfrente y se imaginaba entre ellos, como uno más, compartiendo juegos y alegrías. Nunca lo hacían, la única que lo llamaba era su madre, a la hora de cenar.

Eran muy pobres y, en aquella época, el dinero no se invertía en comprar juguetes. Quizás si hubiera tenido un juguete los niños se hubieran acercado a jugar con él, pensaba con frecuencia.

Pero no, él no tenía juguetes, como les ocurría también a otros muchos niños. Eran tiempos duros, de carestía y sufrimiento.

Si hubiera sido menos tímido se hubiera acercado a los otros niños, sólo había que cruzar la acera, dirigirse a ellos, hablarles y entrar en su mundo de juegos y fantasía. Él tenía miedo, temía que lo rechazaran. Algunas veces sentía que lo llamaban:

- Pedro, ven a jugar con nosotros.

Entonces iba corriendo, feliz, y jugaban juntos hasta que el atardecer descendía sobre ellos y los envolvía con una luz tenue y dorada, como de ensueño.

Y Pedro despertaba de su sueño, se le había hecho tardísimo allí sentado, sin dejar de mirar al frente, y era su madre, nuevamente la que lo llamaba para la cena.

A la hora de dormir, lloraba entre sueños, con la cabeza tapada con la sábana, para sofocar su llanto. Se sentía solo y desdichado.

Una tarde su madre estaba cosiendo y él la miraba absorto y pensativo. Veía cómo su madre cortaba la tela y con manos hábiles y mágicas, daba forma a un vestido. De repente le dijo:

- Mamá, ¿me puedes dar los retales y ese ovillo de lana?

Yo, deportista

La madre le dio ambas cosas extrañada por aquella petición de su hijo. Al llegar la noche, Pedro casi no pudo dormir, esperaba ansioso la llegada del nuevo día y la luz del amanecer penetró entre los visillos de la habitación, acariciándole el rostro con suavidad y ternura. Pedro se levantó de un brinco, se lavó y vistió, desayunó rápido para irse a la calle.

En un bolsillo del pantalón llevaba el ovillo de lana y en el otro los retales. Se sentó en el escalón, cogió los retales y los fue envolviendo con la lana. Después de un rato, ya había dado forma a sus sueños y al fin tenía un juguete, una pelota. Comenzó a jugar con ella entusiasmado, llevándola de un lado al otro con suaves patadas.

Durante varios días estuvo jugando a la pelota y se sintió menos desdichado, pero pronto comenzó a sentirse triste. Los niños de la acera de enfrente no habían reparado en él ni en su pelota. Fue entonces cuando encontró el valor de ir a buscar a los niños, quería compartir con ellos su pelota. Cruzó la acera, se la mostró, y los niños jugaron con él y su pelota como tantas veces había soñado.

UN EQUIPO PARA TODA UNA VIDA

M^a Jesús Moreno Herrerías

Estoy cansada, todavía no quiero abrir los ojos. Siento tu pequeño cuerpecito pegado a mi pecho y oigo a las chicas hablando en susurros para no despertarme, no entiendo muy bien lo que dicen, todas hablan a la vez, y de todas formas estoy sumergida en mis pensamientos.

Han venido las cuatro, me las imagino perfectamente a todas, mirándome y, en mi memoria aparece una imagen similar, hace veinte años en aquel patio de colegio, cuatro amigas, buenas estudiantes y grandes deportistas, mirando incrédulas a la nueva incorporación del equipo de baloncesto, la mejor candidata al fracaso escolar.

Recuerdo perfectamente aquel momento, y con el paso de los años, estoy segura de que en aquellos instantes todas pensamos lo mismo, el “profe” Juan se ha vuelto loco. Ellas no me querían en el equipo, ni yo quería tener ninguna relación con ellas, por supuesto, no me interesaba para nada el deporte, era solamente un castigo del que debía buscar la manera de librarme.

Posiblemente no se lo cuente nunca a nadie, pero en aquellos momentos, en los que se supone debía sentirme plenamente realizada como mujer y madre, en los que estaba trayendo una nueva vida al mundo, en mi mente solamente se repetía una frase: “El esfuerzo y el sacrificio son necesarios para ganar en la vida”.

Debía haber pensado en mi pareja, mi madre e incluso en la manera de respirar, pero acordarme del lema preferido del “profe” Juan me ha hecho darme cuenta de la influencia que ha tenido en mi desarrollo como persona.

Es difícil de explicar que el profesor que ha influido más en mi formación y que para mí ha tenido mayor importancia ha sido un profesor de Educación Física, el “profe” Juan. El me enseñó a amar el deporte y lo que ello significa, con él aprendí el significado de equipo, que terminó derivando en compañerismo y amistad, disciplina y esfuerzo, que me han ayudado a convertirme en una buena profesional y, sobre todo, me dio la necesaria confianza en mí misma para ser capaz de crear una nueva vida a la que deberé guiar y proteger.

En este momento de mi vida, en el que mis prioridades han cambiado supeditándose a ese trocito de vida que se aferra a mí, es ahora cuando siento profundamente no haberle agradecido nunca a mi profesor que realizara su trabajo de educador con tanto entusiasmo y generosidad. Ahora me pregunto si él ha llegado a conocer o imaginar siquiera el poder que han tenido en sus manos una pista de colegio y una pelota de baloncesto.

Es curioso cómo la distancia pone en su sitio los sentimientos y aclara los recuerdos.

Yo he de reconocer que era una de las adolescentes que podríamos definir como difíciles; mi único interés, al que me aplicaba al cien por cien, eran los chicos, las discotecas, la bebida y el tabaco, y no necesariamente en ese orden. Por supuesto, en el otro extremo se situaban el colegio y mis padres, con toda esa gran cantidad de normas pensadas exclusivamente para fastidiarme.

Y tuvo que suceder, amenaza de expulsión, y ese profesor que, sin que nadie se lo pidiera, quiso darme otra oportunidad con la condición de que formara parte de su equipo de baloncesto. Todas las partes interesadas, el colegio y mis padres, a mí nadie se molestó en preguntarme, estuvieron de acuerdo, y yo pasé a formar parte del equipo de baloncesto del colegio.

Los tres primeros meses fueron terribles y muy satisfactorios al mismo tiempo. Sé que es una contradicción en sí misma, pero cuando más fuera de lugar me sentía, mayor era mi necesidad de esforzarme físicamente para poder descargar toda mi agresividad hacía el mundo en general. El cansancio me reconfortaba y me hacía estar orgullosa de mí misma, por haber sido capaz de superar mis propios límites.

Me hipnotizaba cómo el “profe” Juan se transformaba en nuestro entrenador, cómo era capaz de transmitirnos su entusiasmo por el equipo y al mismo tiempo era capaz de hacernos sentir a cada una de nosotras como una pieza esencial del juego del equipo; nos hacía sentir especiales como jugadoras y como equipo, y eso provocaba que todas, independientemente de nuestros sentimientos de rechazo entre nosotras, nos esforzáramos por ser un equipo, el mejor equipo de baloncesto.

Me costó encajar, ninguna estábamos preparadas para aceptar nuestras diferencias, nuestros prejuicios ponían un muro entre nosotras. Cuando llegamos a comprender que el espíritu de equipo significaba respetarnos, mirarnos sin hostilidad e intentar comprendernos y, sobre todo, aceptarnos tal y como éramos, entonces empezamos a ser un verdadero equipo, a jugar al baloncesto y, sobre todo, a divertirnos.

Me acostumbré a mi nueva vida con las chicas, y empezó a gustarme ir a los entrenamientos y volver con ellas a casa hablando de baloncesto. Poco a poco, sin darnos cuenta, las conversaciones fueron derivando a temas más personales y la

relación entre nosotras derivó de una manera natural a abrir a las demás nuestro yo más íntimo y personal. En el mismo instante en que desnudé mi alma delante las chicas supe que había encontrado cuatro amigas de las que duran toda la vida.

Y aquí estáis las cuatro acompañándome en uno de los momentos más importantes y felices de mi vida. En unos minutos estoy con vosotras, pero ahora necesito unos momentos más de soledad, para ordenar todos estos recuerdos que se agolpan de repente en mi mente y que parece que se me escapan directamente del corazón.

Nos convertimos en un buen equipo, éramos casi invencibles, nos acostumbramos a ganar en la liga entre colegios y llegó el momento de jugarnos el pase a la fase provincial. Cómo nos esforzamos durante los entrenamientos y jugamos y lo hicimos muy bien, pero no lo suficiente como para ganar, o quizás la suerte nos dio la espalda ese día, quién sabe.

Nos recuerdo sentadas en la cancha llorando, y ese sentimiento de rabia y frustración que era como fuego que nacía dentro de mí y amenazaba con hacerme estallar como un volcán. Te recuerdo a ti, entrenador, y recuerdo tus palabras casi exactamente como salieron de tu boca: “Estoy orgulloso del equipo, habéis jugado muy bien y os habéis divertido. Tan importante como saber ganar es aprender a perder. Siempre que, en conciencia, os hayáis esforzado al máximo, deberéis sentir os en paz con vosotras mismas y satisfechas, aunque el resultado no sea el esperado. Siempre que el juego haya sido limpio es importante saber felicitar al ganador, pero de corazón”, y entonces hizo lo inesperado, saco de su mochila cinco medallas de oro con la inscripción “Un equipo para toda una vida” y nos las fue colocando una a una.

182

Habíamos ganado, porque nos habíamos convertido en un verdadero equipo; habíamos aprendido el valor del esfuerzo, la disciplina, la lealtad y, lo más importante de todo, la amistad.

Han pasado veinte años y seguimos juntas. Aunque cada vez nos vemos menos todas sabemos que podemos contar las unas con las otras.

Ha llegado el momento de presentaros a la nueva suplente de nuestro equipo. ¿Seré capaz de transmitirle todo lo que tú me enseñaste?, ¿llegará a comprender qué significa la medalla que sus cuatro madrinas le han regalado?

Hola chicas, gracias por venir, os estábamos esperando.

EL ANCLA

Ginés Mulero Caparrós

*El amor del hombre es algo aparte de su vida,
mientras que el de la mujer es su existencia.*

Lord Byron

Prólogo

Juanmi está sentado en la salita de estar sobre un baúl muy antiguo, de los abuelos de su esposa. Ella se acerca con un vaso de Coca-Cola que contiene dos cubitos y un gajo de limón, se lo ofrece y se sienta junto a él. Luego, entrebancándose, le acaricia las olas de su pelo enmarañado y deja que lllore como un niño al que le han robado la bicicleta. Sus lágrimas son mudas y ruedan sobre la mejilla acalorada con el peso de las perlas. El pobre hombre acaba de perder el trabajo en la farmacéutica. Veinte años sacrificándose por la empresa, para qué. Vaya manera de agradecerse. Mentalmente quiere arrepentirse de las horas extras que ha regalado a sus jefes, pero la presencia de su amada se lo impide. Ella irradia bondad por los cuatro costados y no quiere que piense que todo se le enturbia como cuando suelta la tinta el calamar a modo de defensa. Ahora, él siente cómo se le clavan los hierros negros que hacen de contrafuerte en las nalgas y se acomoda mejor en el combado asiento. Siente el candado urdiéndole la pantorrilla, aprisionándosela. Entierra su rostro abotargado sobre los remos de sus manos trémulas. Hipa. Jadea. Nada le consuela.

-Tienes el paro...

Juanmi no contesta. No quiere balbucear su rabia. No quiere mostrar su rostro ajado por las lágrimas y que ella le ofrezca compasión. Su esposa le cuenta las costillas con los dedos, es el dibujo de una caricia singular que pretende tranquilizar, diluir el dolor que alberga en el hondón del alma. Ella lo mira con cariño y piensa rápido. No desea que el naufragio se hunda. Se levanta y lo levanta. Abre el candado del arcón y remueve entre un sinfín de viejas fotografías en blanco y negro. Deslizándolas anárquicamente a un lado y a otro encuentra lo que busca.

- El mapa del tesoro –le dice.

Juanmi no entiende. La esposa le recuerda que veinte años atrás él le decía que si tuviera tiempo se iría a navegar con sus dos amigos de la infancia y buscaría un tesoro para ella aunque fuera en Utopía. El mapa lo encontraron los tres muchachos, troceado, en una abrupta playa abandonada de Denia donde dicen que atracaban los piratas, lo unieron penosamente con trozos de celo adhesivo y desde entonces permanece latente en aquel ataúd de los recuerdos. Los tres amigos, muchachos indolentes, estaban enamorados de la misma jovencita...

- Ahora posees todo el tiempo del mundo.

I.

Juanmi entra en Razón, algo más que una caverna acuática. El tiempo lo han inventado los humanos. El tiempo no existe. Babilonios, griegos y romanos. Relojes de agua. Relojes de arena. Relojes de sol. Mecánicos de cuerda. De pilas. Digitales. El tiempo es una mentira de oro viejo, calcula. De nada sirve estar lamiéndose las heridas eternamente.

- Dame una semana –dice entusiasmado como un niño con zapatos nuevos, sin entender del todo la dimensión de su análisis–. Te traeré el tesoro marcado con una tónica equis. Me lo tomaré como una aventura, como un deporte.

Juanmi toma provisiones. Se compra un traje de neopreno, gafas de bucear, aletas, botella de oxígeno... Alquila un barco con motor y se va a alta mar. Por unos momentos se está liberando de su odio. El sol canicular allá en lo alto noquea como un boxeador. Él mira el viejo mapa del tesoro y cree estar en el lugar adecuado. Sería un milagro encontrar el botín a la primera, con tantos cazadores de tesoros que viven de eso. Pero confía en la suerte más que nunca. Piensa que todo lo que ocurre en la vida tiene un porqué.

- Tal vez todo sea una señal para que los sueños se hagan realidad –se autoconvence.

II.

Juanmi, con su traje de goma sintética inventada por científicos de DuPont, se zambulle en el agua. Otra densidad. Otra dimensión. Tal vez sea una oportunidad para ver las cosas de otra manera. La oportunidad de convertirse de la noche a la mañana en un dios millonario, aunque tenga que dar un porcentaje al Estado, eso si le pillan... Aquí las aguas no son tan frías, piensa. El azul del fondo es decolorado y pasan junto a él un banco de sardinas plateadas y tan refulgentes que encandilan. En el horizonte marino, sumergido a más de treinta metros, perdida ya la claridad superficial, ve unas montañas de niebla y va hacia ellas como atraído por un imán. Oye su propia respiración. Hay ansiedad en ella, pero se siente tranquilo con el tubo

introducido en la boca mientras tantea la botella de oxígeno. También sabe del detalle técnico que el aire que queda atrapado en el neopreno durante su fabricación es sustituido por nitrógeno puro, debido a sus propiedades aislantes y él se siente bien en el fondo, aislado del mundo.

- Me gusta la soledad elegida.

III.

Una morena se acerca hasta sus mismas gafas. Juanmi conoce a ciencia cierta que si no se siente amenazada no morderá. Efectivamente, se marcha serpenteando un camino invisible. Nuestro cazador de tesoros en paro pedalea con sus aletas avanzando sobre la arena esponjosa, levantándola, imaginando que en cualquier momento encontrará un doblón de oro que le llevará a la pingüe lujuria. Mientras rastrea piensa en sus amigos de la infancia. Los tres enamorados de la misma muchacha. Cuando él consiguió seducirla y se casaron tan jóvenes, sus amigos ya universitarios se sumieron en la desolación. Fue justo cuando acabaron la carrera, en la celebración, que sus amigos se mataron en un accidente de tráfico, los dos juntos, un autobús de pensionistas que venían de un mitin los arrolló sacando su vehículo de la calzada y dando seis vueltas de campana, el coche un amasijo de chatarra; acabaron con sus huesos contra un árbol de carretera, apuntalándolo tétricamente. Los jubilados... sólo el susto, alguna herida superficial, alguna quemadura de tercer grado. Él no pudo ir, tenía un compromiso con la empresa, un congreso en Estocolmo, creo.

- Cómo os echo de menos... -les hace un sencillo homenaje: brinda con una copa inventada.

IV.

Juanmi no encuentra todavía el ansiado tesoro. Nada en la vida es fácil. Nada. Y lo hace en vertical, hacia el abismo. Treinta y cinco, cuarenta metros de profundidad. Ve un banco de coral, colores irisados que parpadean con latidos de luz. Retuerce el cuello en un giro imposible y mira hacia el cielo del mar: no hay estrellas y el azul es de un nocturno intensísimo, a la izquierda, tal vez, se ve un pez luna. Al noreste, ve caracolear un tiburón como un fantasma; sabe que depredan cada seis días, no va coincidir, no va a tocarle esa lotería maldita. Mal fario: los tiburones le invitan a pensar en sus jefes de la farmacéutica, pero lo desecha. Prefiere recordar cómo jugaban la trenza de amigos a la ONCE, a la lotería de Navidad, a las quinielas de fútbol... Creían en la zanahoria brillante colgando de un hilo tras un palo. Es otra forma de buscar tesoros... Una vez había leído el titular de un artículo periodístico – firmado por un cineasta– que rezaba así: *Si supiéramos la realidad de la condición humana nos suicidaríamos en masa*. Pero él sabía que sus amigos eran auténticos: verdaderos frutos del mar. En un relumbrón de sentido común se dice:

- Cuánta ingenuidad –de golpe, a pesar de sus cincuenta años, deja de ser niño.

Epílogo

Juanmi ha regresado de su expedición marítima. Ha pasado la semana buceando también en la mente. Ha roto en mil pedazos el ajado mapa del tesoro de finales del siglo XV. No ha encontrado más allá que un ancla enrobinada y musgo sobre las rocas, y caracolas de mar, y mucho plancton. Juanmi sabe que su esposa buena le está esperando, silenciosa, cargada de abrazos y ternuras, su corazón es de espuma de mar, su cuerpo es de sirena generosa, su alma es esponjosa. Podría sondear cientos de veces los mares del norte, del sur, del mundo, escrutarlos aciagamente hasta la extenuación. Por un momento piensa en la convivencia de un cuarteto, humano, idílico, musical, poético/submarino. Si tuviera oportunidad de dar marcha atrás haría partícipes a sus amigos de su revelación. Ahora, cuando llegue, lo hará con ella:

- Qué ciego he estado durante tantos años. Cariño, tú eres mi verdadero tesoro – aún no sabe que bajo el robín herrumbroso del ancla guardada en un baúl viejo junto a otros abalorios, late un metal de 24 quilates; nunca es tarde si la dicha es buena: aún no sabe que será su nieta, trasteando en los sentimientos familiares, quien lo descubrirá, muchos años después.

UN PASO TRAS OTRO

Ekaitz Ortega Rodríguez

Un medio maratón no es tanto si lo piensas fríamente, tienes dos horas y cuarto para correr 21 kilómetros. Casi cualquier persona con un mínimo de preparación lo puede afrontar. No hay acto heroico en llegar hasta la meta, aunque siempre guste levantar los brazos cuando acabas una carrera o un proyecto.

Una hora antes de comenzar mi primer medio maratón ya estaba cambiado y paseaba de un lado a otro sin saber bien qué hacer. Me había metido un buen café y el desayuno descansaba desde hacía horas en algún sitio de mi maltrecho estómago. Llevaba más de dos horas cerca de la salida, fui con antelación para poder aparcar el coche sin problema y porque ya no podía dormir.

El despertador sonó a las siete menos cuarto, aunque ya llevaba un buen rato despierto, no creo que durmiese más de una hora sin despertarme. La habitación era un pequeño zulo cuya extensión estaba casi completamente ocupada por la cama. Por la ventana se veía la extensión verde cántabra, bañada por la bruma, no daba la sensación de que luego fuese a hacer tanto calor. Me duché para despertar el cuerpo y desayuné. La fibra la había desechado para evitar sustos estomacales en carrera y comí un poco de ensalada de pasta, un té frío, dos galletas, una barrita energética de chocolate y un plátano y medio. Me tumbé en la cama, evitando pensar en la llamada o en la familia. Encendí la televisión y zapeé sin encontrar nada que me interesase demasiado hasta encontrar el resumen del partido de baloncesto que había visto la tarde anterior. Cuando sonó el himno nacional tres hombres vestidos con chándal blanco se levantaron e hicieron el gesto fascista hasta los últimos acordes. Nadie aparte de mí pareció fijarse en ellos. Fue un emocionante partido en el que cambié de banqueta en cada cuarto, buscando el lugar en que no me enfocase el aire acondicionado, temeroso de enfermarse. A la salida del hotel crucé una doble raya continua para coger la carretera y conduje los veintipocos kilómetros escuchando música motivacional.

Estiré, trote con suavidad, fui al servicio dos veces. Observé a los demás corredores: yo era de los más jóvenes y también de los más voluminosos. Me pregunté cuántos más de los setecientos deportistas que había allí pesarían ochenta

kilos, muy pocos. No me sentí un amateur, pero tampoco en mi ambiente. Hacía meses que no me encontraba cómodo en ningún lado, estaba sufriendo demasiada tensión emocional y me costaba relajarme. El 2010 iba a ser un año para olvidar. Me sirvió para descubrirme, pero se estaba llevando demasiado de mí, aún hoy no lo he superado.

Como en todas las carreras en que participaba, me coloqué a tres o cuatro metros de la línea de salida, entre los más rápidos. Me gustaba esa posición, sentía que la marea humana me arrastraba durante el primer kilómetro. Preparé el pulsómetro, con GPS, para que sólo me apareciesen en la pantalla las pulsaciones, la distancia y el tiempo. No quería más detalles, iría a buscar sensaciones. Mi objetivo era bajar de hora y cuarenta y cinco, aunque a los demás les dije que me contentaba con acabar –lo cual era cierto–. Sabía que podía llegar a correr en una hora y treinta y cinco si tenía una buenísima carrera. El sol comenzaba a calentar sobre los hombros. Apuré el último trago de la botellita de agua que llevaba y la lancé a un lado de la carretera. Estiré, salté, respiré con velocidad para subir las pulsaciones. Esperando, esperando. La salida se retrasó los clásicos cinco minutos y cuando sonó el disparo de salida la tensión se palpaba en todos los corredores, tanto que pareció un orgasmo liberador el poder dar las primeras zancadas hacia delante.

Empujones, miedo a tropezar, las manos en la espalda de otros corredores para evitar que se cruzasen en mi camino. El sentir que las vías respiratorias se abrían e incluso dolían al querer absorber todo el oxígeno que me rodeaba. Correr, para eso estaba allí. Llevaba cuatro meses con la idea en la cabeza, diez corriendo con asiduidad. El último trimestre salía a trotar a media tarde, cuando había acabado en el hospital, siempre con espartana regularidad. Había llegado el momento en que me obligaba a entrenar como fuese, corría a 42º buscando la sombra de los pequeños árboles que me encontraba o subía al monte en medio de una tormenta. Sufrí todo lo que marcaba el plan de entrenamiento. Me liberaba y transformaba en físico el dolor que estaba sintiendo, se había convertido en mi medicina. Me daba igual que no lo entendiese la familia o se riesen los amigos al verme, el mundo se había transformado en una cruenta lucha que parecía querer vencerme y yo me rebelaba como podía. Mi cuerpo funcionaba bien y las lesiones llevaban años sin aparecer a pesar del maltrato al que lo sometía

Los primeros kilómetros pasaron volando, notaba que funcionaba cual máquina de vapor, controlando la respiración cada tres zancadas y con un ritmo, quizás, excesivo. Las pulsaciones iban disparadas, pero pensaba que podría controlarlas según avanzase. Los corredores nos habíamos disgregado según el ritmo que llevásemos, a mi alrededor eran todo hombres, casi todos en buen estado de forma. Íbamos dirección al sol por una carretera de doble sentido, siempre pegados al lateral en que pudiésemos agenciarnos algo de sombra. Estaba consiguiendo mantener mis procesos mentales alejados de distracciones. Intentaba concentrarme

en la carretera, la longitud y posición de cada movimiento, la sensación de estar descendiendo o lo que quedaba hasta la siguiente curva. No me sentía estresado ni ansioso por llegar a meta, el agobio de “todavía me quedan dieciocho kilómetros” no llegaba. Iba con un tiempo demasiado bueno, superando el de mis mejores carreras de diez kilómetros.

El camino hasta el primer avituallamiento lo hice volando, el tapering parecía haber funcionado, las piernas tenían potencia. Cogí la botella y bebí la mitad. No tenía sed, pero sabía que el calor me haría sufrir en la segunda parte de carrera. Me preocupaban las pulsaciones, siempre rozando mi máximo, sin bajar de 170, lo que solía ser mi pico puntual entrenando. Factura, pagaría la factura. En el tramo que iba hasta mitad de carrera supe que sufriría.

La noche anterior pasó entre continuos despertares, dolor estomacal y ganas de lamentarme. Mi cerebro me pedía que fuese alguien duro, el chico más duro de todos. Dos días antes de la carrera me había despedido de mi abuelo, dejándolo en paliativos, más enjuto que nunca. Me habló un poco, desgraciadamente no recuerdo sobre qué. Ya lo había vivido antes, años atrás otra abuela había muerto en el mismo hospital. Sientes cuando es la última vez que vas a ver a alguien, lo supe anteriormente y lo supe con mi abuelo. Me fui triste, sabiendo que no volvería a ese hospital más, que por fin se apagaría su sufrimiento. Recordé sin quererlo, sin poder evitarlo. Fueron cuatro meses de hospitales, desde el descubrimiento de que tenía un cáncer demasiado extendido hasta aquellos días. Todo lo demás vino rodado. La operación, la decadencia. Sabes que algún día sonará el teléfono y será el comienzo – o final– de una situación terrible. En el 2010 sonó. Recordé cuando el médico nos dijo que era terminal, recuerdo el hablarlo con su mujer –mi abuela–, con mi hermano. Las lágrimas de todos. El tener que mirar hacia delante. Ocultarle la enfermedad para que pudiese disfrutar, por llamarlo de algún modo, sus últimos meses. El mentirle a la cara y hablar con los médicos antes de que lo atendiesen.

Los pensamientos se amontonaban cuando crucé la señal de los diez primeros kilómetros en un tiempo inferior a 44 minutos. Demasiado bien, me dije. Entré en el pesimismo más absoluto y me empecé a hundir mentalmente. La cabeza me bullía en pensamientos y mareos. El calor resultaba cada vez más sofocante y los brazos goteaban sudor. La visera ya estaba seca de la esponja húmeda que había vaciado en su interior. Pasado un kilómetro nos cruzamos con los que iban por el nueve e intercambié miradas con algunos. Mi cara debía ser de cuadro. En el doce me hundí. Tuve que dejar de correr para hacer footing. Tomé el gel que llevaba en el bolsillo y cogí aire. Los corredores comenzaron a adelantarme. Miré el reloj y me di medio minuto. Las piernas no querían responder pero las obligué a hacerlo, un paso tras otro, no al ritmo de antes pero a una velocidad adecuada. Con el sol abrasándome. Adelanté a un corredor que se había sentado fatigado en el suelo, él estaba mucho

peor que yo. Pensé que había forzado demasiado y la apuesta se estaba tomando su precio.

Las piernas pesaban, me dolía la base de la espalda. Se me nublaba la vista y la lengua pedía líquido, mucho más líquido del que bebería en toda mi vida. Podía rendirme, pero sabía que era una estupidez. Los trece kilómetros los había superado en decenas de entrenamientos. Hasta los veinticuatro podían ser corridos a nada que me motivase. El cansancio era mental, pero tenía que saber separarlo del físico. Mi cuerpo estaba fatigado, aunque aguantaría lo que yo le echase, como siempre.

Busqué los pensamientos positivos, la abstracción del mal.

Pensar en deporte, en partidos, me relajaba a la hora de dormir cuando la negatividad me abordaba en la oscuridad. Pero en aquel momento no era lo que yo buscaba.

Fui a por la reserva:

La noche anterior hablé por primera vez con una chica con la que llevaba manteniendo un contacto muy intenso por Facebook, mail y mensajes de móvil durante los últimos dos meses. Yo había atrasado el contacto telefónico lo más posible, en ocasiones anteriores había sido un fracaso y no quería que se rompiera la magia. En aquel momento aquellas letras que recibía vía tecnológica estaban siendo de los pocos oídos que podía tener. Sabía que debía avanzar, aunque no que meses después me trastornaría hasta tal punto de querer olvidarla. La charla de dos horas de la noche anterior fue inmejorable. Llamé cuando subí a la habitación tras acabar el partido y el diálogo fue agradable, muy personal, lleno de referencias comunes. Me había ganado y sabía que yo también la tenía ganada. Pero estaba mentalmente destrozado en aquellos días y me costaba articular palabras con los demás. Por eso me evadía en los silencios y las carreras. Aquella noche me sentí salvado, volviendo a ser yo mismo. Apartado de la muerte que tanto aplastaba mi forma de pensar.

Pensé en la llamada, en ella.

Pero no sirvió de nada.

Me dije “Aguanta hasta el final. Aunque llores por primera vez en años. Aunque vayas andando. Aunque te dé un ataque al corazón”. Y fue tan sencillo como eso. Sufrí hasta el kilómetro quince. Allí bebí una botella entera con tranquilidad y volví a trotar. La carretera empezó a serpentear y los árboles a cubrirme. Me reencontré y volví a un ritmo aceptable. Incluso sentí que adelantaba a gente. La cuesta del antepenúltimo kilómetro –de la que ya me habían avisado– la subí tirando de gemelos. Rompiéndolos. Extasiado y sufriendo.

Cuando quedaba medio kilómetro sentía que mis pies eran masas de líquido cerca de explotar. Llegaría rozando la hora y cuarenta, por mitad de los participantes.

Yo, deportista

Lo cual no estaba mal si juzgaba que era mi primera carrera en esa distancia y todo lo que llevaba sobre los hombros. La última recta se me haría eterna, lo supe en cuanto vi la meta al fondo. Todavía no sabía que nada más cruzar la meta bebería un litro de Gatorade de un trago, que andaría medio kilómetros hasta el coche y casi no podría descalzarme. Ni que conduciría una hora hasta casa, teniendo que parar a mitad de camino para escribir un mensaje a la chica del teléfono y comprar una botella de dos litros de agua que iría bebiendo mientras conducía. Que había perdido cuatro kilos. Que nada más aparcar bajaría mi hermano a ayudarme con la mochila y me diría que mi abuelo había muerto. Que la chica me haría las dos únicas cosas con las que podía causarme dolor. Que mi desesperación no cesaría ni medio año después, ni mientras escribo esto. No sabía nada de eso, sólo observaba la meta, dudando si tendría fuerzas para levantar los brazos una vez que la atravesase, pero con la sensación de que podía lograr todo lo que me propusiese.

LA NADA

Ernesto Antonio Parrilla

El día que la sordera me ganó la batalla, era el más importante de mi vida. Desperté alterado, por cierto dolor de cabeza y un zumbido angustiante. La oscuridad y el silencio me asustaron sobremanera.

Al ponerme de pie, sentí que la habitación se tambaleaba. Me aferré de las paredes, pero caí al suelo. Sentí el golpe con toda la fuerza en cada hueso, pero no lo escuché. Aquel detalle, no menor, me paralizó el corazón.

Me miré las manos, sin atisbar ningún intento de ponerme de pie y chasqué los dedos. El movimiento fue perfecto, los dedos se frotaron en ese instante justo necesario para producir el sonido que desde chico me divertía hacer. Pero ahora, en la penumbra, con la mano bien cerca de la vista, solo produjo la nada.

No podía ser verdad, tenía que tratarse de una pesadilla. Me arrojé otra vez a la cama, me cubrí con las sábanas hasta la cabeza, consciente a cada instante del silencio que gobernaba las acciones. Me esforcé en dormirme, mas no pude hacerlo. Cerré los ojos y permanecí así, en un estado entre el llanto y el sueño.

Me asustó una mano sobre el hombro, que me zarandeaba. Giré con los ojos bien abiertos y la piel helada. Era don Jacinto, el técnico, que gesticulaba con las manos al mismo tiempo que movía los labios sin producir sonido alguno.

En realidad, comprendí, sí lo producía. Pero estaba aquello ajeno a mis sentidos. Abrí mi boca para hablar, pero la sentí a mil kilómetros de distancia, como que también había dejado de ser dueño de la misma. No supe si hablaría bajo, normal o gritaría, así que opté por cerrarla y atinar a levantarme.

Mi cabeza no cesaba en su intento de encontrar una explicación. Se remontaba a los primeros dolores, a la infección del pasado año, a los antibióticos y otros estudios a los que me había sometido. Pero nada le dije al equipo. Siempre los hice en privado. Temí que el problema me apartara de lo que más me gustaba hacer, que era salir al campo de juego.

Me dirigí con mucho miedo a la cocina. Las largas mesas ya estaban servidas y prácticamente todo el plantel estaba en sus lugares. La escena era surrealista. Los movimientos, los gestos, los cubiertos y pocillos que iban y venían, seguramente tintineando, con voces alegres y distendidas jugando bromas de un lado a otro y sin embargo, ante mí se extendía un campo árido de silencio, una barrera invisible de incompreensión.

El pánico se apoderó de mí, no podía estar allí. Vi que Manuel y Jaime me llamaban con sus manos. Supe que si me quedaba allí parado, colapsaría. Giré sobre mis pasos y abandoné el lugar. Caminé por el pasillo sin escuchar mis propios pasos. Si alguien me estaba llamando para que regresara, jamás lo supe.

Mis pasos se aceleraban en proporción a mi desesperación. Crucé el gimnasio y estuve a punto de llegar al hall de entrada, pero giré hacia los dormitorios. Me encerraría hasta el horario del partido. No debían saber lo que me sucedía. Si eso ocurría, me dejarían al margen y toda mi vida hasta aquí habría sido en vano.

Estaba a metros de la habitación, lo estaba consiguiendo, cuando, al doblar un recodo, choqué de frente con el Dr. Almamonte. Iba rápido, no pude evitarlo. Jamás sentí su andar hacia mí o quizá, el típico silbido con el que se paseaba de un lado a otro. Me llevé la mano a la boca y extendí mis manos hacia él. De alguna forma quería hacerle saber que lo sentía.

El movimiento de sus labios fue claro, pero no supe qué dijeron. En su semblante, no obstante, no había indicio de disgusto. Es más, sonreía y me hablaba. ¡Qué contestarle! Atiné a una reacción instintiva: sonreí. El doctor me miró como estudiándome. Seguí viaje, dejándolo atrás. De pronto, lo tenía a mi lado, lo miré de reojo y seguí caminando. La puerta de la habitación estaba a escasos diez metros. Pero el doctor me tomó del brazo y me obligó a que me girara hacia él.

Fue angustia lo que observó en mi rostro. Mis ojos no resistieron más y dejaron a su suerte varias lágrimas, que raudas descendieron como un tropel sobre mis mejillas. El hombre me hablaba, pero bajé la vista hacia el suelo.

Me llevó hasta mi habitación y agradecí interiormente que al entrar, cerrara la puerta a nuestras espaldas. Me sentó en la cama y acercó una silla. Seguramente me hablaba, porque con cierto recelo levantó mi mentón para que mis ojos posaran su vista en él.

Veía sus labios desplegarse en movimientos familiares, permitiendo que el sonido se formara como por arte de magia. Pero el truco me había sido vetado, desconocía la clave para descifrar tal maravilla. Aquello que era tan natural, ahora me distanciaba de todos, me había convertido en un horrendo despojo de inutilidad, que a partir de entonces vería destrozados todos sus sueños. Lloré con mayor intensidad.

Vio mi angustia pero no la comprendía. Seguía hablándome. Con temor, levanté mis manos y las llevé a mis oídos. Con ellas, los tapé y con un movimiento de lado a lado con la cabeza, dije el resto.

El doctor quedó callado. Esta vez creí entender lo que sus labios decían: ¿No oyes?

No oyes. Dos palabras que me sentenciaban. Eso había preguntado el doctor y la respuesta era afirmativa. No oía. Le hice un gesto de esperar, me puse de pie enjugándome las lágrimas y me dirigí al cajón inferior, donde guardaba mis pantalones. Debajo de la ropa había un sobre marrón.

Lo saqué con culpa y se lo entregué. Eran mis estudios previos, de dos años hasta la fecha. Era el paso a paso de mi enfermedad, el presagio de esta sordera que nunca imaginé, llegaría. Me senté a observar con más angustia que antes, el semblante del hombre al pasar minuciosamente las hojas de los informes, ver las placas radiográficas y asentir con pesadez ante las conclusiones que ya había leído mil veces.

Esos diez minutos fueron eternos. Como la lectura de un veredicto de un juez. Y el acusado, el que estaba en el banquillo, era mi futuro. El doctor, finalmente, apoyó las hojas sobre su regazo.

Me miró con firmeza, pero tuvo el tino de no hablarme. Dio vuelta a una de las hojas y dejó la cara en blanco hacia arriba. Sacó una pluma de su bolsillo y escribió algo que luego me mostró:

- ¿Por qué no recurriste antes a mi oficina? ¿Tenías miedo de que te apartara del equipo?

Dejé correr una lágrima. No tuve necesidad de expresar nada más. Lo entendió. Escribió otra cosa:

- Debo hablar con el entrenador, debe saberlo. El partido es en dos horas.

La desesperación se apoderó de mí y él lo comprendió.

- Debo decirle –escribió.

Le imploré como podía que no. No sabía cómo hacerlo, así que me arrojé a sus piernas y las abracé, como si fuera mi madre y tuviera cinco años. Era la misma sensación, de pedirle perdón y una nueva oportunidad. El hombre me sujetó de los hombros. Vi en sus ojos que estaba conmovido. Quizá mis lágrimas, mis deseos de jugar, mi futuro tan incierto, lograron convencerlo. Quizá algo de todo. Quizá nada de eso.

Me pidió que lo esperara. Volvió a los pocos minutos, escribiendo en una hoja apoyada ahora sobre una carpeta.

- Le he dicho al entrenador que estás con unos pequeños problemas estomacales, pero nada que impida que juegues. Por favor, acompáñame ahora. Estaré cerca en todo momento y veré cómo hacer para que nadie se entere de tu situación. Pero sabes que luego del partido, deberé informarlo.

Asentí con ganas. Por primera vez en el día, la esperanza me abrigaba como una tibia manta en un crudo invierno.

El doctor me acompañó al vestuario y a lo lejos me hacía señas comprensibles, para que asintiera en tal o cual situación. Es que me hablaban, me preguntaban si estaba bien y necesitaba el pie para contestar. Actué un poco, para que me creyeran tan concentrado en el partido que no escuchaba a nadie. La verdad era otra. Realmente, no escuchaba a nadie.

La salida al campo de juego fue atípica para mis sentidos. Todo el colorido sin sonido, la algarabía silenciosa. Mis compañeros me palmeaban la espalda y arengaban, pero solo veía el movimiento de sus labios.

Unos contrincantes se acercaron, pero los evité, por no saber qué sucedería. No podía arriesgarme. Cuando empezó el partido, me sentí perdido. No escuché el silbato del árbitro. Me di cuenta que estaba en marcha porque mis compañeros comenzaron a moverse. Comprendí que si alguien me pedía apoyo, no lo escucharía. Por un momento pensé en abandonar. Pero me era imposible. Era el cotejo más importante de mi vida, la gran final.

Las gradas colmadas parecían olas de un mar lejano, cuyo sonido me era imposible descifrar. Pero me alentaba ese movimiento hipnótico, casi afrodisíaco, que solo la pasión puede despertar.

Cometí un par de errores, por no escuchar al árbitro. Pero fui disimulando bien. El técnico batía sus palmas con fuerza cuando le pasaba cerca, como si me pidiera mayor esfuerzo o quizá, mayor concentración.

Así transcurrió el partido sin que pudiéramos sacarnos diferencias. Sobre el final tuve la oportunidad soñada, la que imaginé desde pequeño, jugando en el colegio o en las calles de mi barrio junto a los amigos de la infancia. Esa jugada que está más allá del bien y el mal, que es la gloria misma, que solo se les permite a los que harán historia como santos o demonios y cuya suerte queda echada por ese momento crucial, único, definitorio. El silencio era mi reino y también mi salvación. No sentí la presión, no escuché los gritos. Avancé y ejecuté, sabiendo que era mi última ocasión para llegar al sueño, ya que después, vendría la nada.

Vi moverse la red, sentí el suelo temblar bajo mis pies y de pronto mis compañeros se arrojaron sobre mí. Lo viví en total silencio, soltando el llanto contenido, la angustia de las últimas horas.

Yo, deportista

Me arrojé exhausto al suelo, sin poder detener las lágrimas. Me ayudaron a levantarme, casi me empujaron hasta mi campo de juego. El final llegó segundos después. Y más abrazos, más rostros felices, más lágrimas. Una fiesta silenciosa, en la que disfruté sin gritos.

Almamonte me abrazó y lloró conmigo.

Una hora más tarde, el plantel sabía mi verdad.

Hace dos meses que estoy haciéndome estudios continuos. Pero parece que no hay forma de revertir la enfermedad. La infección me dejó sordo, de los dos oídos. Practico a diario y logro entenderme muy bien con mis compañeros, que día a día me están enseñando una lección de vida. Mis miedos, ya no existen.

El vacío que dejó la ausencia de voces, lo colmo con el afecto de todos y el amor por el deporte. La nada al final nunca llegó. En su lugar lo hizo la esperanza y el cariño. Hoy soy más deportista que antes. Ahora comprendo que los sueños nunca terminan. Siempre hay algo más por lo que luchar.

EL ÚLTIMO PARTIDO

Julia Rincón Valdez

Eran las 11:25 de la mañana y las nubes se apilonaban por encima del patio del recreo amenazando lluvia. A pesar de ello hacía calor y Lola se lamentaba no haberse traído de casa una botella de agua, porque después del partido iba a necesitarla y la fuente del patio siempre estaba abarrotada de niños de primero que jugaban con ella.

Parecía que la profesora de matemáticas quisiera dar todo el temario del curso en aquella hora, y nada más lejos de la realidad, pues se acercaban los exámenes de suficiencia de junio y los alumnos con matemáticas pendientes se estaban ya poniendo nerviosos. Lola, sin embargo, prefería mirar por la ventana que tenía vistas al patio y así contemplar las clases de Educación Física. Le parecía emocionante ver en directo cómo encestaban las pelotas en baloncesto, cómo las remataban en voleibol y cómo las chutaban en fútbol, pues desde su ventana tenía la perspectiva perfecta para ver los mejores goles. Una vez llegó a meterse tanto en una jugada que se levantó en medio de su clase gritando “¡Falta!” e interrumpió la explicación de la guerra del 98, lo que le costó el rubor de sus mejillas y un posterior cambio de pupitre. Pero es que le resultaba inevitable girar la cabeza cuando escuchaba el silbato del profesor al marcar los tiempos en el test de Cooper, o cuando tiraban el bate al suelo después de haber lanzado la pelota de béisbol, a veces tan fuerte que había llegado a sobrepasar los muros del instituto.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando le vibró el móvil. Había aprendido a ponerlo en silencio tras innumerables broncas. Era un mensaje de Susana: “¿Hoy tienes partido?” Lola levantó la cabeza, miró a su amiga y asintió. De mala gana Susana le volvió a escribir: “Vale, tía, pero tampoco te olvides del ensayo del baile para fin de curso” “Que no, hoy es la semifinal, si ganamos, solo nos quedaría el partido de mañana contra los profesores”. Era por lo menos la quincuagésima vez que se lo decía esa semana. Susana parecía haberse quedado más tranquila, aun con cara de “esta chica no tiene remedio”.

Apuntarse a la Liga Interna del instituto era de las mejores cosas que había hecho Lola ese año. No sólo reforzaba lo que aprendía por las tardes en el

polideportivo, sino que sin darse cuenta había conocido a casi todo el instituto entre partido y partido. En la Liga Interna un equipo representaba a cada clase y a lo largo del curso se iban disputando partidos para determinar al final qué clase era la mejor en fútbol, baloncesto, voleibol y béisbol.

Las manecillas del reloj ya se acercaban a dar las 11:30, cuando llegaba el momento del ansiado recreo. A las aulas ya entraba el olorcillo de los bocadillos de tortilla casera que Manuela preparaba para los alumnos, ¡así no había quien se concentrara! A todos les rugía el estómago de una manera espantosa, incluso a la profesora, por lo que concedió los últimos cuatro minutos de su clase. Los alumnos salieron escopetados por la puerta, ni se molestaron en guardar los bolígrafos en las cartucheras ni los cuadernos en la mochila. Con una carrerilla, Lola fue de las primeras en llegar a la cafetería y pidió su rutinario tentempié de media mañana junto con el de sus amigas. Qué bien le iban a sentar el zumo y el bocadillo después del partido.

Sus amigas la acompañaron a la pista de voleibol y se sentaron en los escalones que hacían las veces de gradas. Lola se quitó las pulseras y el reloj y empezó a calentar un poco los tobillos mientras que Susana les contaba los últimos cotilleos sobre el chico que le gustaba. Pasados cinco minutos, fueron llegando los contrincantes de 3º C de una forma majestuosa, imponiendo respeto. Parecía que caminaban todos en una coreografía marcada, a cámara lenta, como en una película. El equipo de voleibol de 3º C era maravilloso. Contaba con los chicos más corpulentos del instituto, que remataban los balones con una fuerza sobrenatural. Lola no se atrevía a recibir ninguno desde la última vez que lo intentó, pues aquella vez no tenía los brazos estirados y se dio con el balón en toda su pobre cara. Y además la nariz le estuvo sangrando hasta que llegó a casa. Sofía Jiménez, la semimastodonte que le lanzó esa pelota, era tan bruta e imponía tanto respeto que nada más tocar el balón hizo que un escalofrío recorriera la nuca de Lola.

- Ya sabéis chicos, quiero juego limpio –nos recordó el profesor de Educación Física, que hacía de árbitro– y gana el que más puntos consiga hasta que toque el timbre del recreo.

Lola se recogió el pelo con una goma gruesa, dio pequeños saltitos y empezó a notar cómo su corazón empezaba a bombear la sangre más rápidamente. A suertes, le tocó a 3º C sacar, y para disgusto de Lola fue Sofía Jiménez la encargada de hacerlo. Realmente esa niña parecía un pitbull que miraba un filete recién hecho. El silbato del profesor sonó y Sofía lanzó hacia arriba la pelota para seguidamente golpearla con la mano derecha. Instintivamente, Lola cerró los ojos, pues volvía a verse la pelota en su cara. Pero cuando los abrió descubrió que la pelota había dado con la red y el saque tenía que volver a repetirse. En este segundo saque se armó de valor y siguió toda la trayectoria de la pelota, que fue recibida en los fibrosos

antebrazos de Juanillo. Lola corrió y mientras Teresa le colocaba la pelota dio un salto que la dirigió a mitad de la red y finalmente remató la pelota que marcaría el primer punto para su equipo. El resto de su clase gritó de la emoción desde los escalones, incluida Susana, a quien con tanto jaleo le habían tirado sin querer un zumo en la camiseta.

El equipo de Lola no volvió a marcar un punto pasados 10 minutos, pues aquel comienzo había sentado muy mal a los magníficos alumnos de 3º C y no perdieron tiempo en ponerse las pilas. Hubo saques buenos, remates malos, caídas e incluso una pequeña tángana a causa de un punto dudoso, que finalmente resultó para 3º C. Cuando cambiaron de campo, 3º C les aventajaba 15-3. Teresa empujó a Carlitos Brown, de 3º C, por haberse reído de su forma de sacar y los dos fueron inmediatamente expulsados del partido. La cosa cada vez se ponía más interesante, incluso el tiempo atmosférico parecía querer ponerles más nerviosos, pues había empezado a lloviznar. Las gotas de agua se mezclaban con el sudor de los alumnos. Lola sentía el apoyo de su clase, y marcó otro punto más. 15-4. Le gustaba sentir cómo impulsaba su cuerpo y rematar la pelota suspendida en el aire, siempre y cuando no fuera bloqueada por Daniel y Samuel, dos gemelos larguiruchos especializados en sabotear las jugadas de Lola. Cuando Lola sacaba se ponía aún más nerviosa, porque lanzaba muy suavemente y apenas suponía alguna complicación para el equipo contrario. De esa manera Lola casi regaló un par de puntos a 3º C. “¿Qué hora será?” Se preguntaba Lola con desesperación. El recreo tenía que estar a punto de terminar y raro era si el profesor no había suspendido el partido, pues la lluvia cada vez era más y más fuerte. Juanillo remató la pelota un par de veces, ambas refutadas por la corpulenta Sofía. En el último lanzamiento de ésta, Lola respiró hondo y se dirigió corriendo a recibirla con sorprendente éxito y devolvió la pelota al campo contrario con la mayor fuerza que le permitieron sus brazos. La pelota estaba a punto de alcanzar el suelo cuando, sin previo aviso, sonó el timbre del recreo.

- ¡No!

- ¡17 a 14! ¡El partido ha terminado, a clase! –ordenó el profesor de Educación Física– Enhorabuena, 3º C, mañana disputáis la final contra los profesores, preparaos para perder, ja jaja.

Lola no podía creérselo. Permanecía de pie, mirando la red y empapándose por momentos. De fondo escuchaba los vítores de la clase contrincante, que cantaban sin cesar “¡Campeones, oé, oé, oé!”. Los de primero se amontonaban en la fuente, y Lola ni siquiera pudo ir a beber. Susana la despertó de sus pensamientos al devolverle las pulseras.

- Hey, lo siento, pero habéis jugado muy bien, de verdad –intentó animarla Susana.

Lola también pensaba que habían jugado genial, incluso una parte de ella estaba convencida de que su equipo iba a ganar. Tampoco tenía por qué sentirse tan sumamente triste, era simplemente la Liga Interna de un instituto, pero aun así, ni ella ni el resto de los componentes de su equipo abrió la boca el resto de las horas que quedaban de clase.

Al día siguiente Lola se despertó de muy mal humor. No solo tenía que haberse quedado hasta tarde estudiando para el examen de matemáticas, sino que iba a tener que soportar durante los intercambios de clase de toda la mañana la expectación de 3º C a causa del partido. Se lamentaba junto a sus compañeros de la falta de tiempo en el partido de ayer y Teresa se quejaba de la decisión del profesor al echarla. Cuando sonó el timbre del recreo 3º B, la clase de Lola, se fue al otro lado del patio para comentar el examen de matemáticas y para mantenerse lo más alejados posible del último partido de voleibol. Lola y Juanillo discutían sobre la solución del tercer problema del examen cuando una figura grandota les tapó el sol que había comenzado a brotar de entre las nubes.

- Nos faltan dos –dijo Sofía con determinación– Samuel se ha puesto con fiebre y el profesor sigue sin dejar jugar a Carlitos Brown.

A Teresa se le escapó una risita, mientras que Lola y Juanillo se miraron.

- ¿Qué quieres, que juguemos con vuestro equipo? –preguntó Lola entre molesta y entusiasmada.

- Pues nos haríais un favor. Creo que vosotros dos jugáis muy bien.

Lola y Juanillo no pudieron rechazar la propuesta y aún con vaqueros se metieron en la pista. Todavía quedaban pequeños charcos de la lluvia de ayer y Lola temía caerse en alguno de ellos. Esta vez no estaba igual de ilusionada, pero le venía bien pelotear un rato para despejarse de las agotantes horas que había dedicado al examen de matemáticas.

El partido comenzó y se respiraba un ambiente algo tenso, pues los de 3º C no querían dejarse ganar, pero no olvidaban que eran los del equipo contrario los que ponían las notas de sus evaluaciones. Lola se quedó muy sorprendida por el profesor de Historia, pues le creía un cuarentón oxidado y resultó ser muy ágil en sus movimientos, al igual que con la profesora de Química, que parecía haberse tomado algún compuesto de su laboratorio, pues la fuerza que demostraba en los saques era cuanto menos inesperada.

Aún con la sorpresa del estado físico de personas que les triplicaban la edad, 3º C iba ganando 18-14. Juanillo era un excelente recibidor de remates y el resto del equipo estaba siempre atento a lo que él hacía. Una vez, Lola y Daniel bloquearon un poderoso remate que venía de los brazos musculosos del profesor de Educación Física.

Yo, deportista

- Lola, voy a tener que decirle a Samuel que aprenda a bloquear como tú, ¡qué impulso, chiquilla!

Lola le sonrió, eran tan graciosos estos gemelos, que se había olvidado lo mucho que llegó a odiarles el día anterior.

El partido terminó a favor de 3º C, no sin antes haber presenciado caídas en los charcos. Lola y Juanillo habían ayudado a ganar a aquellos que les habían derrotado y además acabaron llenos de barro. Pero realmente no les importaba demasiado, la verdad es que habían pasado un buen rato. 3º C estaba que no cabía de gozo y toda la clase gritaba y saltaba y se pasaron el resto de la mañana cantando por los pasillos. En uno de los intercambios, Daniel y Sofía se acercaron a 3º B para agradecerles su ayuda, dejando sin querer un saborcillo agridulce.

Al finalizar el día, a la salida del instituto, Lola se disponía a ponerse los cascos para emprender el camino de vuelta a su casa cuando unos dedos tintinearón en su hombro. Era Sofía y le estaba sonriendo.

- Oye, tú para el año que viene ¿qué vas a escoger como asignaturas? –le preguntó.

- Pues supongo que las de Ciencias, me ha ido bien este año –Lola no sabía qué era lo que Sofía pretendía.

- Eh...oye, pues probablemente estemos en la misma clase ¿eh? Podríamos estar juntas en el equipo de voleibol.

- Ah, claro, mujer.

- Y podría enseñarte a estirar mejor esos bracitos que tienes –se rió tímidamente.

- Huy, por favor, me vendría de maravilla –Lola también se rió.

Ambas compartieron una pequeña charla sobre temas banales y al final, Sofía le comentó que le habían regalado una red de voleibol y que se moría por probarla en la playa. Una revancha extraoficial pobló los pensamientos de Lola, aparte de querer aprender nuevas formas de saque con Sofía. Sí; iba a ser un verano divertido.

CICLISMO

José M^a Rodríguez Matarredona

Hola. Me llamo Francisco Montero y tengo 15 años. Me gusta mucho montar en bicicleta y mi padre, Diego Pablo Montero, me ha comprado hace poco una bicicleta de montaña con amortiguación trasera y delantera que le ha costado 580 euros. Estoy muy contento. Mi padre también está muy contento. Dice que al principio hacíamos etapas cortas para que no me cansara, pero que ya soy mayor y con la bici nueva podemos hacer etapas más largas, que ya no soy un niño. Esto me pone aún más contento.

Me encanta ir en bicicleta con mi padre porque me explica cosas del camino y porque si pincho o se me estropea la bici él me la arregla mientras yo me siento en el suelo. Lleva en una bolsita debajo de su sillín todo el material necesario para estas reparaciones. Normalmente la arregla rápido, pero a veces tarda más y se pone a sudar y se enfada. Una vez le escuché decir ¡puta bici! y le dio una patada muy fuerte. Yo miré para otro lado para disimular porque sé que luego se arrepiente y a los pocos minutos me dice:

-¡Qué bien vamos en la bici, eh!

Siempre he disfrutado mucho de estos paseos en bici, que ya eran según mi padre auténticas etapas ciclistas. Nunca noté nada raro. Además, mi madre también parecía disfrutar y nos despedía muy contenta los domingos por la mañana. Pensándolo ahora a toro pasado, o a posteriori, no sé cómo no me pude dar cuenta antes. Porque además yo soy alguien que se fija mucho en esas cosas.

En estas rutas ciclistas a veces en una parada mi padre sacaba unas peras y nos las comíamos. En principio podría parecer que no pega mucho comer peras a mitad de una etapa ciclista, pero sientan muy bien y eso que a mí las peras no me gustan mucho fuera del ámbito ciclistico. Cuando la etapa está siendo especialmente bonita y hace un día bueno (ni mucho frío ni mucho calor) para pedalear, a mi padre se le escapa un gritito de emoción (Uoohhhh!) cuando baja alguna pequeña pendiente y yo procuro solidarizarme y también grito. La verdad es que lo pasamos muy bien.

Tan bien lo pasamos que siempre se lo ando comentando a mis compañeros de clase Moisés Carvajal y Diego Navas, que son mis mejores amigos. Yo creo que a ellos les da envidia porque sus padres están gordos y aunque llevan chándal habitualmente no tienen aspecto de montar en bicicleta y mucho menos de acometer las cuestas hacia abajo con joviales gritos de ánimo. Entonces, mis mejores amigos Moisés Carvajal y Diego Navas me preguntaron un día si podían venirse con mi padre y conmigo de ciclismo y yo les dije que no sabía, que se lo preguntaría a mi padre. Cuando se lo pregunté a mi padre, Diego Pablo Montero, primero puso una cara rara pero después le pareció bien. Eso sí, me advirtió que les dijera que sus bicis debían ser de las buenas, porque los caminos por los que vamos son muy complicados. Mis amigos me comentaron que sus bicis son buenas, que las compraron en Carrefour. Yo desconfié en silencio porque había escuchado a mi padre alguna vez que las bicicletas de los centros comerciales de poco más de cien euros no valen para nada, pero no dije nada, porque tenía buena voluntad y porque a los amigos hay que perdonarles las pequeñas imperfecciones.

El primer domingo que salimos juntos hicimos una etapa bonita pero poco exigente desde el punto de vista físico, porque mi padre no quería machacarlos con una de nuestras etapas más duras. Ese primer día no hubo ningún problema y todo fue muy bien. Mi padre tiene un móvil muy bueno que lleva GPS y vamos registrando las etapas que hacemos. El registro del GPS luego lo exportamos a Google Earth, que te saca el recorrido y el perfil de la etapa, como en la prensa deportiva con las etapas del Tour. Cuando les mandé por correo electrónico el archivo de la etapa que hicimos, Moisés Carvajal y Diego Navas fliparon.

No fue hasta el segundo domingo que me di cuenta de que algo raro pasaba. Moisés y Diego son muy buenos amigos pero a veces se ponen un poco tontos. A mí a veces también me entra el pavo con ellos, sobre todo cuando estamos en clase. En clase nos entra la risa floja con cualquier tontería. No sé qué tiene estar en clase que te da por reírte de cosas que luego fuera de clase no te parecen tan graciosas. Cuando no sé de qué se ríen Moisés y Diego me da rabia porque me creo que se ríen de mí, concretamente de una verruguilla que tengo en la nariz. El dermatólogo me ha dicho que aún no me la puede quitar, que hay que esperar a que crezca y entonces la elimina aplicando nitrógeno líquido con una especie de sifón tela de chulo que vi en su consulta.

Ocurrió en una cuesta arriba que estábamos subiendo. Mi padre iba el primero poniendo su cara de no hacer esfuerzo, yo iba detrás de él y Moisés y Diego se habían quedado rezagados. Yo miré para atrás y vi cómo Moisés y Diego se partían de la risa. Uno no puede reírse y hacer ejercicio físico a la vez. Comprobadlo. El esfuerzo provoca todavía más risa, casi como si uno estuviera en clase. Recuerdo que a Diego se le saltaban las lágrimas. Se hacían unos gestos con las manos que yo no entendía.

Finalmente supe de qué se reían. Lo descubrí de repente. Insisto en que pensándolo ahora no sé cómo no caí antes. Se reían del look de mi padre, de su equipamiento deportivo. Y la verdad, no les faltaban motivos. Deberían haber mostrado más respeto hacia mi padre y hacia mí, pero viéndolo ya en frío casi comprendo que se rieran.

No todo el mundo sabe que los culotes que llevan los ciclistas profesionales no son tipo calzonas sino que llevan unos tirantes que se colocan sobre los hombros. Naturalmente los ciclistas se tapan estos tirantes poniéndose el maillot por encima. Mi padre no hacía esto, sino que se ponía primero la camiseta y después los tirantes del culote por encima, con la camiseta bien remetida por dentro de los culotes. A todo esto añadía una riñonera de Pepsi-Cola atada a la cintura. Ahora sonrío cuando recuerdo las lágrimas como garbanzos que le salían por la risa a mi amigo Diego, pero en su momento no me hizo ninguna gracia.

Es mucho menos importante, pero hay que añadir que mi padre nunca usaba calcetines de deporte, sino azules o negros de vestir normales.

A mí el asunto me superaba un poco y no sabía cómo solucionarlo. Como siempre que ando preocupado con algo fui a comentárselo a mi madre, Antonia Martagón. En aquella época no había para mí droga más dulce para calmar el dolor que un *no te preocupes* pronunciado por mi madre. Creo que en la cara de mi madre, Antonia Martagón, comenzó a dibujarse una sonrisa mientras yo le contaba el problema, pero enseguida se percató de la gravedad del asunto.

204

No sé qué hizo mi madre para solucionarlo, pero al siguiente domingo, mi padre lucía un nuevo equipamiento perfectamente digno y adecuado, sin excesos. El exceso de equipamiento suele ser un error muy común entre los padres.

Mis amigos no volvieron a reírse y lo pasamos muy bien; yo notaba cómo escuchaban con admiración las explicaciones de mi padre y me ponía muy orgulloso. Cuando cuento esta historia a la gente suelen alabarme el tacto y la capacidad mediadora de mi madre para resolver un asunto tan complicado, y es verdad, pero a mí me gusta también destacar la buena condición de mi padre, que se repuso con dignidad y nunca dejó de tratar bien a mis amigos. Adiós.

Ocaña, enero 2011

AL PRIMER PALO

Juan Antonio Román Muñoz

¡Maldita sea!, exclamó para sus adentros Quique Gómez, al ver cómo el extremo del Tartesos FC se le volvía a escapar por la banda; era un tipo menudo y ya curtido, rondando los 30 años, pero el cabrón corría como la madre que lo parió y ya había conseguido centrar un par de veces, aunque el Negro Alami, el delantero centro, no había podido aprovechar porque el central Cayetano aguantaba bien las primeras partes y era perro viejo, por lo que el Negro, que ya llevaba varios codazos en las costillas, no había podido ni siquiera tocar una pelota en la media hora de partido que llevaban.

El Trajano Balompié, el equipo donde militaba Quique Gómez, se jugaba el descenso en aquel encuentro. Había habido muchas lesiones, y además la camada de jugadores jóvenes cuando el partido era en domingo llegaban fundidos de la juerga de la noche del sábado y no daban la talla, por lo que se perdían partidos con mucha facilidad. Y así se había llegado a aquella dramática situación: si perdían, *bajaban al pozo*; si empataban o ganaban, se salvaban.

Era un domingo de finales de mayo, sobre las cinco de la tarde, como en los toros. El sol brillaba en Villanueva de Trajano, con un campo a rebosar. El graderío rugiendo como fieras, amedrentando al árbitro, a los jueces de línea y a los jugadores rivales que corrían la banda. Y para controlar todo, el cabo Huertas y el número Regueiro, ambos ya con varias copas de coñac en el cuerpo y con más sueño encima que una espuerta llena de gatos recién nacidos, ya que habían patrullado casi toda la noche porque había habido robos en algunos campos de cultivo de la comarca.

El árbitro les había avisado de que el partido podría complicarse, y que estuvieran alerta, no fuera a ser que acabaran tirándolos al río si las cosas se torcían.

- Pues procure usted que no se tuerzan –le contestó el cabo Huertas–. A ésos no les pasa nada si pierden –dijo, refiriéndose al Tartesos FC.

El extremo izquierdo del Tartesos FC, a quien todos llamaban Jesús el Zocato, era un jugador exquisito, de aquellos que llevan la pelota cosida al pie y que centran de una manera perfecta; sus centros eran casi siempre medio gol. Donde

ponía el ojo ponía la pelota. De no ser por las lesiones, seguramente habría triunfado en algún equipo de la parte media de la tabla, pero le habían cazado muchas veces, en miserables campos de tierra con vestuarios que parecían calabozos del tercer mundo, pero ahora llevaba un par de temporadas en que las cosas le estaban saliendo bien. Era capitán y titular indiscutible en el equipo, y además trabajaba en el ayuntamiento del pueblo, que aunque era un empleo provisional le estaba dando una estabilidad suficiente como para montar una familia.

Hoy era un domingo importante para él, y también para el futuro de su familia. Rogelio, el alcalde de Villa Tartesio y además promotor y mentor del equipo de fútbol, estaba más que interesado en que el Trajano Balompié bajara de categoría. Intereses personales y políticos se mezclaban en el asunto. Al parecer, Nicasio, el alcalde rival, había tonteado de joven con la mujer de Rogelio, y además eran de signo político contrario. Rogelio tenía una oportunidad de hacerle la puñeta a su colega y no la iba a desaprovechar.

- Se va a crear una plaza fija –le comentó a Jesús el Zocato–, y ya sabes que seré el presidente del tribunal. Tú te la mereces, y posiblemente la ganes... aunque ya sabes que en esta vida no todo es gratis...

Jesús, por una parte pensó en la posibilidad de acceder al empleo fijo, algo que en los tiempos que corrían era una cosa muy codiciada, sería el primer funcionario de la familia y eso marcaría un hito. ¡Qué orgulloso estaría su padre si hubiera vivido para verlo! Por otra parte, no sabía a qué atenerse con Rogelio. ¿Qué le iba a pedir a cambio? Muchas cosas pasaron por su mente, algunas hasta escabrosas. Sólo conocía a Rogelio del fútbol, en el ayuntamiento apenas lo veía, pero en muchas ocasiones había bajado al vestuario para felicitarles por alguna victoria importante.

- Si esos bajan de categoría –le dijo muy serio– la plaza es tuya. Quiero dejar de ver a Nicasio en los campos de fútbol una buena temporada. Así que ya sabes...

Jesús se tranquilizó cuando supo lo que quería el alcalde; podía haber sido peor, le podía haber pedido que se dejaran perder, pero ganar era el objetivo principal de todos los equipos. Además, con el empate había más que suficiente. No pensaba que el Trajano Balompié les fuera a dar problemas, al menos en el partido de ida le encasquetaron un 3-0, y las cosas no tenían por qué haber cambiado. Pero jugarse el descenso era otra cosa, y más sabiendo que el equipo contrario no tiene nada que perder. Los del Trajano iban a apretar, a enseñar los dientes, de eso no cabía ninguna duda.

Quique Gómez estaba mosca, no entendía muy bien por qué algunos jugadores del Tartesos FC jugaban y corrían como si estuvieran jugándose la Champions League. En uno de los paréntesis del juego tuvieron que salir las

asistencias para atender al Negro Alami, que había sufrido la enésima falta de Cayetano; se acercó a Jesús y le dijo:

- ¿Qué cojones os pasa? ¿Es que os han *untao*, o qué? ¿Os han dado un putito maletín lleno de billetes?

- Esto es un deporte, la obligación de todos es ganar o hacerlo lo mejor posible.

- ¡Anda ya! –contestó incrédulo–. Bueno, yo ya te he avisado, si hay lío ya sabrás por qué es.

El partido llegó a la media parte. Los jugadores del Tartesos FC agradecieron el descanso, puesto que ya estaban cansados de que los insultaran y de que les lanzaran todo tipos de objetos, de esos pequeños que no se ven llegar, como monedas, piedras pequeñas, garbanzos crudos, canicas, etc. El entrenador dijo de cambiar al Negro Alami al verle los moratones que llevaba en las costillas, pero éste no quiso. Buscó con la mirada a Jesús y le dijo:

- Los próximos centros búscame en el primer palo –dijo resollando–. Tengo que meterla para que ese cabrón pague todos los palos que me está dando, aunque sea lo último que haga en esta vida.

El Negro Alami tenía sus motivos, había llegado en una patera a Cádiz hacía unos diez años, y había trabajado durante mucho tiempo en los invernaderos de Almería, y también en la fresa en Lepe, hasta que consiguió regularizar su situación. Siempre había jugado muy bien al fútbol, y desde que obtuvo los papeles había jugado en bastantes equipos de categorías regionales, aunque ningún entrenador le había dado la confianza que necesitaba para poder demostrar su valía; siempre salía algún delantero del pueblo o de la comarca que le robaba la titularidad.

En todos los campos donde jugaba siempre había alguien o un grupo que no dejaba de meterse con el color de su piel. En el campo del Trajano Balompié eran especialmente beligerantes con aquel tema, y la verdad es que acababan con su paciencia. Y para más *inri* había trabajado unos meses en una azucarera de la zona y había sufrido un rechazo brutal por parte de un grupo de trabajadores jóvenes de la empresa; a dos de ellos los tenía ahora allí, en el terreno de juego, jugando contra él. Ya los había oído gritarle al central Cayetano varias veces de que vigilara al negro cabrón y otras cosas parecidas, e incluso uno de ellos le había hecho una entrada espeluznante de la que había salido airoso saltando hacia arriba como si fuera un saltador de salto de altura, aunque había conseguido clavarle el codo en el estómago cuando caía, a lo que el otro había respondido con un intento de agresión que afortunadamente entre algunos compañeros y el árbitro habían conseguido evitar. Después de la media parte este jugador no salió, al parecer tenía una fisura en una costilla, pero estaba en el banquillo, ronco de gritar consignas contra el Negro Alami;

éste inteligentemente evitó las bandas y deambulaba por el centro del terreno de juego, con Cayetano pegado a sus talones, como si fuera su sombra.

El partido llegaba al tramo final; el Trajano Balompié puso “el autobús” en la media luna del círculo central y se dedicó a achicar balones y a parar el juego con faltas. El colegiado ya sabía que quedaba poco y que tal como estaban las cosas no debería haber problemas al final del partido, así que hizo la vista gorda en muchas de las acciones antirreglamentarias del Trajano Balompié.

Jesús se desesperaba, el tiempo se acababa y veía esfumarse su futuro puesto en la Administración local. A la mayoría de sus compañeros, a excepción del Negro Alami, no parecía que les fuera mucho en el envite, así que ya apenas corrían riesgos. En un momento dado miró a la grada y pudo distinguir a Rogelio, que le miraba fijamente con una expresión como diciendo: Tú mismo, como esto siga así te has quedado sin plaza.

Todo parecía destinado al fracaso, cuando uno de sus defensas cedió la pelota al portero, pero tan mal que un delantero de los otros casi alcanza el balón; ante la presión el portero se jugó la pierna y soltó un balonazo que cogió una trayectoria elíptica de aquellas que no sabes dónde va a caer, como aquella de Nayim al portero del Arsenal en la final de la Recopa de Europa de 1995. Algo le dijo a Jesús que arrancara, tal vez su olfato y su experiencia, o la esperanza de poder sacar algo de aquella pelota con trayectoria envenenada. Así fue, el balón botó muy fuerte y sobrepasó la línea defensiva del Trajano, llegando con fuerza a los pies de Jesús; éste ya iba en carrera y por el rabillo del ojo veía como avanzaban hacia el área enredados como los brazos de una diosa hindú al Negro Alami y al central Cayetano, pero los casi noventa minutos jugados ya pasaban factura a Cayetano y en una frenada y en un movimiento circular, y a costa de dejarse un trozo de camiseta en las uñas de Cayetano, el Negro había conseguido desembarazarse de él un instante y aproximarse al primer palo. Jesús le había sacado más de un metro a Quique Gómez y ya había visto al Negro, apoyó la pierna derecha y conectó un centro con rosca a donde él creía que en milésimas de segundo aparecería la testa del Negro Alami, pero no pudo saber nada más porque sintió un golpe terrible en la pierna derecha a la altura del talón, como si una segadora le hubiera rebanado el pie. Cayó roto de dolor, desmayado por una fractura de tibia y peroné producida por el salto del tigre de un desesperado Quique Gómez. No supo que el Negro había marcado, ni que el árbitro tuvo que suspender el partido ante la invasión del terreno de juego por parte de los seguidores locales, y que el Negro Alami a punto estuvo de ser linchado y que no lo fue gracias a la intervención a culatazos del cabo Huertas y del número Regueiro, a los que se les pasó el sopor de la tarde del domingo en un santiamén.

Cuando Jesús despertó estaba en el Hospital Provincial, con la pierna derecha enyesada y con su mujer dormitando en una silla de la habitación. Debía de ser de

noche porque todo estaba en penumbra y apenas había movimiento de personal. A su izquierda había otra cama, con otro paciente; era un abuelo con larga melena blanca que parecía mirarle con unos ojos grandes y claros que brillaban en la penumbra.

- Me ha dicho un tal Rogelio –dijo casi deletreando– que lo que tú ya sabes ya está todo arreglado. Que no te preocupes, que él se encarga de todo y que te recuperes lo más pronto y mejor posible.

- Gracias por la información –contestó a la vez analizaba lo que había escuchado–. Puede que el Negro Alami la enchufara –se dijo.

- ¿Le partieron la pierna jugando al fútbol?

- Más o menos –le dijo sin ganas–. Me desmayé y no me enteré de nada. ¿Sabe usted cómo acabó el partido?

- Por lo que me dijo el tal Rogelio, acabó como el Rosario de la Aurora.

- Me refiero al resultado.

- Cero a uno.

La mujer de Jesús se despertó al oír la conversación, y con mucho cuidado de no tocarle la pierna escayolada, le abrazó y le dijo:

- ¿Cómo estás, cariño?

- ¡Ojo al dato! –le dijo imitando la voz del legendario periodista deportivo llamado José María García, alias Butanito–, que ya estás hablando con un futuro funcionario. La abrazó fuertemente, y mientras lo hacía volvió al último momento que recordaba...cerró los ojos y vio, como si fuera a cámara lenta, la pelota volando hacia el área y al Negro Alami pegando el golpe de riñones para elevarse y rematar el balón...

Sintió tristeza de no poder haber visto el gol, e incluso de no poder llegar a verlo nunca. Puede que alguien lo hubiera grabado, pero aunque consiguiera verlo a posteriori ya no sería lo mismo. El balón volando hacia el área, como un planeta ciego que busca su órbita, y la testa del delantero, con la fuerza de la cola de un cometa, desviando la trayectoria para alojar el esférico en la malla de los sueños, o lo que es igual: el espacio de los goles soñados.

UN BALÓN ENTRE MUÑECAS

Manuela Romero Landa

Colocó el balón en el punto de penalti, se amarró bien los cordones de las botas y respiró profundamente.

Había soñado eso muchas noches, cuando se acurrucaba entre las sábanas a las que le había bordado un escudo azul y blanco, y ahuecaba la cabeza en la almohada.

Ahora estaba allí, frente a la portería, como tantas veces se lo había hecho vivir a sus muñecas, cuando las ponía delante de un balón de plastilina y celebraba con ellas el gol de la victoria.

Susi era una niña pecosa de ojos verdes y colas interminables en las que entrelazaba sus dedos, juguetones, mientras esperaba que los niños de la vieja plazoleta la dejaran jugar con ellos.

Solía bajar muchas tardes hasta que caía el sol, pero precisamente ésa, Quique no la dejaba jugar. Hoy no, lo siento, le dijo casi sin mirarla a los ojos. Ella se sentó en un banco, con la mirada perdida sintiendo cómo le resbalaban dos lágrimas espesas por el rostro.

- ¿Por qué no puede jugar? –le increpó una señora mayor que tejía una bufanda para un invierno aún muy lejano, sentada al otro lado de la plaza.

- Es mejor que nosotros –le chilló Quique desde lejos sin dejar de darle patadas al balón.

Susi se sonrojó y esbozó una sonrisa casi perfecta. La vanidad le asomaba por las dos trenzas que le caían por los hombros.

Los niños del barrio le habían dicho a Susi que debía jugar con niñas, pero ella no era capaz de encontrar tantas como para formar un equipo. Pensaba que en el barrio de al lado tal vez si las encontraría, pero le daba miedo cruzar la línea que un día lluvioso su padre le marcó con el paraguas. De aquí, hacía allá, está prohibido pasar, le había dicho la primera vez que la dejó estar sola en la calle.

Susi era su única hija y tenía miedo a que le pudiera suceder algo. A veces su padre la observaba desde la ventana orgulloso de verla tan grande y haciendo regates imposibles a los niños.

Al fin Quique le lanzó el balón al pie, aparentando estar disgustado, y casi sin darse cuenta se vieron abrazados celebrando un gol imposible, cuando la pequeña pelota cruzaba por debajo del banco de barandas verdes que hacía la función de improvisada portería.

Ahora, delante del balón, dispuesta a lanzar aquel penalti, sintió oír el correteo infinito de los pies de todos los niños del barrio por las baldosas blancas y verdes de la plazoleta y pensó en aquella señora que un día le había secado las lágrimas con la bufanda roja que estaba tejiendo. Tal vez estuviera allí, entre la gente que observaba el partido y pudiese hacerle un guiño de complicidad, o tal vez ya habría dejado grabado su nombre en aquel banco.

Se miró las botas y recordó las primeras que le regaló su padre. Ildefonso era un hombre honrado, honesto, trabajador y humilde. No tenían ningún lujo pero tampoco pasaban necesidades. Cuando Susi cumplió doce primaveras sus padres le regalaron unas botas. ¡¡Unas multitaco!!, exclamó la niña mientras se las calzaba apresuradamente para salir a la calle.

Su madre no quería hacerle ese regalo porque lo entendía innecesario, pero su padre pensaba que su pequeña tenía cualidades para el fútbol y deseaba verla feliz.

No tenían más hijos, porque cuando nació Susi, su madre contrajo una enfermedad que le impidió tener más descendencia. Aun así, Margarita intentaba no darle a su hija todos los caprichos para que valorase el esfuerzo que hacían cada día trabajando duro para ella.

Le enseñó orgullosa sus botas a los niños de la plazoleta, y aunque le quedaban grandes no quiso decir nada por miedo a perderlas. Eran azules con un símbolo blanco y cordones rojos, su color preferido. “Son raras tus botas –le dijo Quique– pero con ellas seremos el mejor equipo en el campeonato”.

- Espera, Quique, ¿qué campeonato? –le preguntó Susi con los ojos aún abiertos de la sorpresa que se llevó cuando quitó el *celo* blanco y destapó la caja de cartón donde estaban guardadas las botas.

El Campeonato Primavera se celebraba cada año entre los equipos de los dos barrios; el de Susi y aquel al que su padre le había prohibido ir mucho tiempo atrás. Ahora iba a tener que pedirle permiso para jugar allí, en el barrio del Sol.

Hoy también estreno botas, pensó mientras esperaba ya una señal del árbitro para lanzar el penalti. Sonrió pensando que le sería imposible jugar ahora con aquellas multitacos duras y pesadas con las que jugaba en el campo de fútbol de la

escuela. Miró el césped bajo sus pies y le pareció ver en su pasado las hierbas que iban creciendo y que Joaquín, el jardinero del colegio, cortaba cada quince días mientras regaba el albero de aquel campo de sueños infinito en el que había crecido.

Para sorpresa de Susi y de todos sus amigos, en el equipo del barrio del Sol también había una niña. María era larguirucha, rápida, tenía el pelo corto y unos hoyos le marcaban la cara cuando sonreía. Se miraron sorprendidas, imaginando tal vez, que aunque ninguna de las dos pudiese pasar al otro barrio, serían amigas para siempre.

Quique y los demás volvieron a casa llorando amargamente la derrota, pero Susi no podía dejar de pensar que había otra niña como ella, con unas botas más feas que las suyas, pero que también la hacían volar por el campo, y soñó con que tal vez, en un futuro no muy lejano, pudieran encontrar otras niñas y formar un equipo solo para ellas.

- Ya eres muy mayor para jugar con niños –le había advertido el entrenador de Quique un tiempo después de aquello. Ella, nerviosa, traspasó la línea imaginaria y fue a buscar a María. No les podían robar la ilusión y debían recorrer cada palmo de su ciudad, cada pista polideportiva, buscando a otras niñas que también quisieran jugar al fútbol.

Frenó en seco su carrera cuando vio cómo su amiga se acercaba a ella con paso lento y una bolsa de deportes a la espalda.

- ¿Vas a entrenar? ¿Dónde? ¿Puedo ir? –la interrogó.

María bajó la mirada y Susi observó que en sus pies había unas finísimas zapatillas de ballet que no se ataban con cordones negros y gruesos sino con lazos de seda rosa.

No dijeron nada y cada una siguió su camino con la tristeza de sentir que la infancia había llegado ya a su fin.

La portera rival se le acercó en un ademán de ponerla nerviosa tal vez sabedora de la tensión que se había instalado en su cuerpo, pero Susi giró la mirada hasta cruzarla con la de María.

Recordó entonces el momento que las había llevado hasta allí cuando al comenzar la Universidad se habían reencontrado hasta volverse inseparables. Tengo una espina clavada, le dijo Susi delante de una taza de humeante chocolate. Yo también. Y suspiraron recordando un tiempo ya pasado.

Enlazaron sus manos y juraron que nunca más le pasaría aquello a ninguna niña, ni de su barrio, ni del barrio del Sol, ni de todos los barrios de su ciudad. Lucharían por cambiar el viento que soplaba para las mujeres a las que les gustaba jugar al fútbol.

Ildefonso tenía un amigo entrenador y les concertó una cita con él para que las ayudase a cumplir su sueño.

Varios cafés después, ya tenían un nombre, un escudo, y un montón de niñas de todas las edades con las que poder competir en una liga solo para niñas.

Debes ser nuestro entrenador, le dijeron ambas a Ángel. Pero él no estaba seguro de dar ese paso porque era un entrenador de éxito en el fútbol masculino y entrar en una aventura así le daba mucho vértigo. Acabó aceptando, aun oyendo a su espalda el ruido crítico de la sociedad más cruel.

Susi le hizo un gesto de complicidad a su amiga, cerró los ojos un instante y la vio celebrando goles uno tras otro en varios lugares. María se había convertido con el paso de los años en una jugadora de excelente técnica, con una calidad insuperable para muchos hombres y un olfato goleador propio del mejor delantero de dibujos animados.

Susi en cambio, era una jugadora más bien fuerte, con grandes carencias técnicas pero sobrada de esa casta de que la que también se hacen los equipos ganadores.

Tú dedícate a meter goles, que de aquí atrás ya me encargo yo, le había dicho muchas veces Susi sonriendo.

Habían pasado ya varios años desde que Ángel, Susi y María fundasen aquel equipo de fútbol femenino que cada vez aglutinaba a más niñas y conseguía escalar más posiciones en la sociedad. Era un camino largo y pesado y a veces se habían sentado en una de las piedras del mismo a llorar amargamente la tristeza que les suponía el escaso apoyo social que iban logrando. Cambiaremos las cosas, se decían mientras refrescaban sus ideas y continuaban caminando. Entonces, se acercaban a la escuela que ya habían creado y se sentían muy orgullosos cuando las niñas venían acompañadas de la mano de sus padres para entrar a formar parte del equipo y para crecer como personas en una estricta educación deportiva.

Las veían crecer con un balón en los pies y se veían ellas mismas en las viejas plazuelas de sus barrios, y veían a Quique, y al resto de chicos que jugaban con ellas sin importarles ya que fueran niñas.

El deporte es deporte y no discrimina a nadie, les decían siempre a los padres que, cada vez más entusiasmados, se acercaban a animar a sus hijas mientras observaban con satisfacción los ojos emocionados de los abuelos. Realmente algo sí está cambiando, se oía decir por las graditas pequeñas las tardes de partido.

Susi sintió un escalofrío por el cuerpo cuando alzó un poco la vista antes de tirar el penalti y le pareció ver a Quique escondido tras una nube de algodón. Se le humedecieron los ojos pensando en su mejor amigo y en cómo él mismo le había

dado el balón para que ella lanzara el penalti en aquel Campeonato Primavera ya lejano en el recuerdo. Había sido su mejor amigo, su maestro de regates, de pases, de centros y habían crecido juntos en el barrio mientras ella lo animaba, ilusionada en cada partido que él jugaba.

Una tarde, Quique no acudió a su cita en el viejo banco de barandas verdes en el que charlaban durante horas. Susi oyó unos gritos desgarradores y corrió calle abajo mientras la ambulancia se llevaba a su amigo para siempre sin que ella pudiera darle un último beso de despedida.

Sabía que vendrías, dijo en voz alta. Ahora ya estamos todos, le comentó a María que se había acercado al oído de Susi a darle un último consejo.

- Coloca la pelota. No le des fuerte, tan sólo asegúra -le susurró María recordándole que en el Campeonato Primavera había estrellado el balón en la madera del larguero.

En realidad Susi no entendía por qué ella lanzaba el penalti cuando desde que comenzaron aquella aventura siempre era su amiga la que lo solía hacer.

Miró de nuevo la nube y entendió los motivos de María, y sintió entonces unas ganas enormes de llorar.

La presión le atenazaba las piernas. Las sacudió un momento e hizo un gesto de conformidad. Estoy lista, pensó. Nuestro futuro en mis pies, dijo en voz alta.

El equipo se estaba jugando el descenso de categoría y todo pasaba por sus recién estrenadas botas blancas.

Ángel la miraba nervioso, casi alterado, y sus compañeras estaban abrazadas de pie junto al banquillo esperando saltar de alegría o llorar de decepción. Ascendieron a Primera División un año antes, cumpliendo así el sueño que tantas noches habían tenido desde que fundasen el club.

Habían paseado su bandera azul y blanca por los mejores campos de España, algunos como el de Bilbao, lleno de aficionados que celebraban la victoria de su equipo sin importarles para nada si eran chicas o chicos.

Habían ganado, perdido, empatado, pero sobre todo habían disfrutado y eran el ejemplo en el que se miraban todas las niñas de la cantera.

Susi echó una última visual a la grada. Vio a sus padres, a sus amigos, a gente que conocía pero de la que no sabía ni sus nombres. Observó a las más pequeñas, todas juntas, con los ojillos iluminados, nerviosas y reparó en una pecosa de colas rubias interminables y sintió más fuerza aún para cumplir el sueño de todos los que estaban allí.

Golpeó el balón con el alma.

EL CAMPEÓN ACCIDENTAL

Pau Sandham

No corro. No salto. No triunfo, ni venzo, ni someto, ni me impongo. No aventajo, ni hago sombra. No me subo a ningún podio, no me pongo ningún maillot. No apunto, no acierto, no esgrimo bates ni bolas, no acoso, no derroto a nadie.

Ya no.

Pero sé que soy el campeón del mundo.

A las diez y veinte de la noche del once de marzo del año pasado, ya cerca de mi casa, un despiste mío acabó con mi vida de antes.

215

Me enfrenté a azucaradas enfermeras, a batas blancas y verdes, manchadas de rojo, a floreros con flores, sonrisas, sábanas, a libros que no hablaban de mi vida, y al aburrimiento. Aprendí que el aburrimiento es peor que el dolor. Pero con las fuerzas de una persona que no soy yo, gané.

Yo gané.

Pronto jugaré, aunque no como antes. Mediré mis fuerzas contra otros. Ya no sentiré la rivalidad en las miradas de ellos, el desafío; no, ahora sólo habrá ternura, confianza, camaradería.

Contra ellos no. Con ellos. Y somos los campeones del mundo.

MI DEPORTE

María Amparo Soto González

Mi deporte es
movimiento, juego, disfrutar....
Probarse y desafiar...
Someterse a una medida para situarse....
Conquistar los elementos: tierra, agua, aire...
Sobre ruedas...
Solo, en pareja o en equipo.

Con mi deporte no voy
a campeonatos
aunque podría hacerlo,
unos juegos o pruebas
donde estuviéramos todos,
y donde todos
ganáramos medallas o copas.

Por eso soy capaz de admirar
al más capaz
y también a todos los demás,
incluyéndome a mí,
porque sé qué es hacer deporte.

Mi cuerpo está hecho para el movimiento que es placer y diversión.
Mi cuerpo ha aprendido y conoce... no sé de qué manera... que expandirse y
estirarse,
encogerse y achicarse, cambiar de ritmo y posición, jugando, esquivando y
entregándose, se siente bien y percibe bien dentro la emoción.
Porque mi cuerpo es más sabio que yo, con toda mi inteligencia, advierte la
emoción como un niño explorador.

Yo, deportista

Ha pasado mucho tiempo y recuerdo que era sólo una niña que apenas ponía los pies en el suelo. La ligereza, el ritmo contento, lo lúdico y también lo esforzado...siguen siendo las constantes en mi deporte, el que yo invento. ¿Cómo explicar la sensación?

Sólo podría decir que hay que estar vivo para vivirlo. Estar no quiere decir un estado, siempre es cambiante. Y la situación es tan intensa que no hay tiempo, no hay más que percepción.

Así me movía yo, con el compás del juego, con la gracia de la criatura que no tiene referencia y con nada se compara. Con la intensidad.

El salto desde lo más alto,
la escalada a los muebles,
el vuelo a los brazos, el nado "libre",
en cualquier lugar y cualquier momento.

Carreras con perros felices,
ven a atraparme si puedes ¡ja!,
lanzamiento "arroja la piedra lejos",
"a golpear con el palo" ¡ya!,
a ver si puedes colarlo por ahí,
"rueda la pelota"
y "lucha contra ése" ¡vamos!

217

Y con música... ritmo, que ni te cuento. Aventurarse y vibrar, gimnasia y belleza, acrobacia. Intentarlo con la corazonada de que lo puedes lograr. Hubo un tiempo en que mi mundo se ensombreció, y ya no escuchaba los latidos de mi corazón. ¿Se acabó mi infancia? Volver a ella vino de la mano del ejercicio.

El buceo me devolvió mi sonido interno, las burbujas de mi respiración. Creo que fue entonces cuando recuperé mi cuerpo.

Aunque el verdadero encuentro llegó de la mano del Tai Chi, entrenamiento físico milenario que me devolvió mi ser perfecto. Un arte, una maestría, que combinaba experiencia y enfrentamiento, equilibrio, coordinación y el presente momento.

Y juego, desde luego, porque se juega a ser lento.

Aprender lo que otros muestran con humildad, con dignidad,
un juego serio, aunque por dentro sientas sereno contento.

Oriente enseña a Occidente a madurar su movimiento.

Mis cambios fueron notables:

mis piernas se hicieron fuertes, la postura diferente,
una actitud sencilla para un juego atento.

Yo, deportista

Mis brazos tomaron aplomo,
mis hombros definición,
mi cintura, centro.
Los pies como raíces,
bien sostenidos en el suelo.
Y la cabeza aspirando al cielo,
sin altivez, desde luego.

El reto es conmigo,
cada día ser llamado a jugar este juego.
Donde se comparten sentimientos sin palabras,
llegues de donde llegues:
cansado, ofuscado o ligero.
Y la lucha es con los fantasmas
de este mundo incierto,
los miedos, los golpes, los errores...
Con ellos todos estamos en guerra, bueno es saberlo.

Entremos en el espacio propio, privado,
y al mismo tiempo compartido.
Unamos nuestro paso,
el ciclo natural de nuestro cuerpo,
ese que da serenidad, sabiéndolo.

Porque al conocerlo
nos hace más poderosos y más dueños.

Aún hago deporte,
tengo cien años.

DANIEL

Francisco Javier Terenti Sánchez

La infancia de Daniel había sido increíblemente triste, si es que algún adjetivo pudiera calificarla de alguna forma. Huérfano de madre y con un padre alcohólico y maltratador, Daniel no tuvo más remedio que dejar pasar los años. En el colegio no le fue mucho mejor, pues a su situación familiar tuvo que añadir las burlas y capones de sus compañeros y algún que otro profesor. Fue un niño solitario que pasaba el día soñando con un futuro mejor y las noches despierto, esperando la llegada de la siguiente paliza paterna. Estaba acostumbrado, y en su inocencia infantil, ni siquiera se rebelaba, ni buscaba una razón lógica a todo aquello.

Así transcurrieron los primeros años de su vida. Al principio, cuando salía de clases, daba vueltas por los alrededores del colegio, más tarde por el barrio entero, y cuando ya tenía nueve años, empezó a conocer el resto de la ciudad. Sabía que, al volver, su padre aún no estaría en casa. De este modo conoció el gran parque, la catedral, las iglesias, los callejones del centro y el río. Fue de hecho en una de estas excursiones como sin querer cambió su destino.

Era un paseo más, una excursión más en una fría pero preciosa tarde de noviembre en la que ya empezaba a oscurecer. Sin saber por qué, tras cruzar el río, bordeó aquel vetusto edificio en cuya fachada, y en relieve sobre el sucio granito, rezaba *Club de Piragüismo*. Se sentó sobre la húmeda hierba que adornaba la orilla. Allí dejó pasar el tiempo viendo a aquellos niños en sus piraguas. Pensaba en lo mucho que le gustaría estar ahí, en medio del río, solo con su piragua. Le hubiese gustado cruzar la esclusa navegando y escapar recorriendo el río en busca de otra vida. El alboroto de los niños que volvían con sus piraguas le hizo volver a la realidad. Era tarde y debía empezar a recorrer el largo camino de vuelta. Se levantó y comenzó a andar.

Al bordear de nuevo el edificio, observó desde detrás de la puerta aquel señorial vestíbulo, donde los hombres parecían esperar el regreso de sus hijos. Unos leían el periódico mientras otros, los más, tertuliaban con una copa de coñac en la mano. Las risas y voces de los niños que llegaban corriendo y jugando hicieron que los padres se levantaran y se formara un pequeño tumulto.

Sin saber la razón que lo empujó a entrar, cuando se dio cuenta, Daniel ya estaba dentro del edificio. Al otro lado del vestíbulo se encontraba una enorme sala que llamó su atención. Estaba repleta de librerías formando pasillos en todas direcciones, y sus paredes estaban forradas de trofeos. Sin que nadie se percatara de su presencia, decidió entrar en ella. Le encantaba el silencio sepulcral y decidió quedarse un tiempo dando vueltas por aquel laberinto que formaban las librerías, disfrutando de esa calma y del olor añejo del libro usado. Leía los rótulos de cada estantería y a continuación repasaba con la mirada algunos títulos.

Cuando se quiso dar cuenta, el edificio estaba en absoluto silencio. Los niños se habían marchado con sus padres. Pronto notó que no estaba solo en aquella enorme sala. De reojo, vio cómo se acercaba aquel viejo hombre al que ya había visto antes en la entrada, sentado tras un mostrador de madera de pino envejecido. Sin pensárselo dos veces, agarró el primer libro que encontró a mano, en cuya cubierta leyó *El piragüista*. Aún no había terminado de repasar la cubierta cuando notó la mano de aquella persona sobre su hombro. Dio un paso atrás, entrecerrando los ojos y agachando la cabeza como un perrito acostumbrado a las palizas de su amo. El viejo hombre se dio cuenta de lo ocurrido.

Aunque sin que Daniel lo sospechara él ya conocía su historia, por lo que, para ganarse su confianza, le indicó: Buena elección, chico. ¿Te gusta el piragüismo? Me llamo Anselmo y soy el bedel del club. ¿Cómo te llamas?

- Eh... Daniel.

- Encantado, Daniel. No suelo ver chicos de tu edad por esta sala. Me alegra que te guste la lectura. Verás, para poder llevarte un libro hace falta ser socio del club, pero no te preocupes, haré la vista gorda. Confío en ti. Llévate el libro y ya lo traerás cuando lo leas.

Daniel solo pudo soltar un simple “gracias” antes de irse a casa con el libro. Todo el camino se sintió extraño, raro. Era una mezcla de pena por sí mismo y por aquel viejo hombre, junto con una especie de felicidad por el trato que Anselmo le había dado. Aquella noche, Anselmo no pudo conciliar el sueño. Lo mismo ocurrió la noche siguiente y las tres que siguieron a ésta. Todos los días llegaba al club con la esperanza de que el chico apareciera.

Daniel, mientras tanto, pasaba los días esperando la llegada de la noche. Iba al colegio, luego a una de sus excursiones, llegaba a casa y esperaba la paliza a la vuelta de su padre, para inmediatamente, una vez que éste se durmiera, lanzarse a la lectura de un nuevo capítulo. Guardaba el libro con celo, por temor a que su padre lo viera y lo destrozara. No quería defraudar a Anselmo, de modo que tenía que leer el libro y devolverlo intacto. Era la primera novela que leía y aunque al principio le costó, poco a poco fue tomándole el gusto a aquella historia y pronto empezó a

sentirse identificado con su protagonista. Fue la tercera noche, justo después de una nueva paliza, cuando leyó la frase que cambió su vida. En ese pasaje un juez de menores se dirige al protagonista, un niño como él, y tras una benévola sentencia le advierte: “Cada uno es el autor del libro de su propia vida. Ahora, chico, debes decidir de qué tratará el siguiente capítulo del libro de tu vida y todos los que le sigan hasta el final”.

Daniel no paraba de leer aquella frase. Quería creer que era cierto, que él podía dirigir su destino. Sin embargo y por momentos, al pensar en cómo era su vida, se derrumbaba y se veía incapaz. ¿Cómo podía el enfrentarse a todo aquello? Era solo un niño, aunque aún en esa tardía infancia y con la inocencia temprana aún intacta, se decidió por intentarlo. Aquella noche no durmió y la quinta noche terminó de leer aquella novela. Estaba decidido a ser el autor del libro de su vida.

A la salida del colegio y sin perder un instante, se dirigió al club de piragüismo con la intención de devolverle el libro a Anselmo. Atravesó el centro de la ciudad con sus iglesias, plazas y callejones hasta cruzar el río. Deseaba ver a Anselmo, ver qué pasaría aquella tarde. Anselmo estaba sentado tras su mostrador de pino viejo, desde donde alzó la vista para comprobar cómo un crío de aspecto triste y temeroso se acercaba a él. Parecía que no hubieran pasado aquellos veinticinco años. Era como cuando su hija Lucía se acercaba para pasar la tarde con él a la salida del colegio. “Por Dios” –pensó Anselmo– “es su vivo retrato”.

Cuando Daniel alcanzó el mostrador, Anselmo apenas pudo contener aquella mezcla de emoción y rabia, por lo que se hizo el distraído fingiendo no haberlo visto. Finalmente, tras rehacerse un poco, alzó la vista.

- ¡Hombre, chico! ¿Qué tal? ¿Qué te trae por aquí?
- Vengo a devolverle el libro.
- Sabía que podía confiar en ti y que lo traerías de vuelta. ¿Ya te lo has leído? ¿Te ha gustado?
- Sí. Lo terminé anoche.
- Me alegra. Sabía que te gustaría. A mi hija Lucía con tu edad, le encantaba la lectura.

A Daniel, aquella frase lo dejó sin palabras. Sintió vergüenza y pensó que nunca estaría a la altura de la hija de Anselmo. Seguro que ella había leído todos esos libros y que su padre estaba enormemente orgulloso de ella por este motivo. Sintió envidia y rabia por no haber tenido nunca un padre como Anselmo. Estaba a punto de decir “Adiós, gracias” cuando Anselmo, que había intuido perfectamente lo que le ocurría al chico, se dirigió de nuevo a él.

- Bueno. Supongo que querrás leer otro libro.

Yo, deportista

- Sí –dijo Daniel titubeando.

- De acuerdo, aunque recuerda que yo me haré responsable de los libros que te lles. Puedo confiar en ti. ¿Verdad, chico?

- Sí, Anselmo.

- Muy bien. Déjame que te vaya familiarizando con los clásicos. Al principio, elegiré yo por ti, si es que te parece bien, claro.

- Si, Anselmo.

- De acuerdo. Continuaremos con un clásico que espero que te guste – Anselmo se dirigió a la enorme sala repleta de libros, volviendo al cabo de unos instantes–. Aquí está, *Tom Sawyer*. Espero que te guste, chico.

Daniel, con la cabeza gacha como siempre, soltó un leve “Gracias, Anselmo” y se despidió, llevándose el libro. Sin embargo, apenas había avanzado un par de pasos, Anselmo le llamó.

- Espera chico. ¿Te gustaría practicar piragüismo?

- Si, pero...

- Lo sé, no te preocupes. Verás, de joven fui piragüista y luego monitor de piragüismo, hasta que finalmente, terminé como bedel aquí en el club. Toda mi vida ha transcurrido entre este edificio y el río. La mayor parte de sus socios son viejos amigos, por lo que estoy seguro de que no pondrán ningún impedimento. Creo que podemos empezar mañana mismo, sobre esta hora, cuando casi todos se hayan marchado. ¿De acuerdo?

Una vez más, Daniel solo pudo responder con un leve “Sí, gracias, Anselmo”, a lo que éste respondió “Empezamos mañana”.

De camino a casa recorrió con la mente lo que podría haber sido su vida con un padre como Anselmo. Sentía envidia de su hija Lucía y no podía quitársela de la cabeza. Al día siguiente, volvió al club dispuesto a dar su primera clase de piragüismo. Anselmo le dio una pequeña explicación introductoria sobre aquel deporte. Le habló de la importancia de mantener el equilibrio, de las partes y tipos de piraguas, de la forma con que coger la pala y de qué hacer en caso de caer al agua. También le habló sobre aquel río, sobre sus corrientes, su profundidad y sus puentes. Aquel día, el chico uso una piragua ancha, típica de un principiante, aunque su habilidad y destreza innatas pronto obligaron a Anselmo a hacerle probar en K1 sin asiento, para a los pocos días hacerlo ya con asiento. Aun así, el chico mostraba unas cualidades increíbles. Nunca cayó al río y parecía haber nacido para aquello.

Daniel tampoco olvidó la lectura, devorando los libros que Anselmo le facilitaba. Acudía a diario a sus clases de piragüismo y cada pocos días, le devolvía

un nuevo libro, llevándose otro diferente. Con el tiempo aquello se convirtió en una rutina. La lectura y el piragüismo hacían que se olvidara de las palizas de su padre y las burlas en el colegio. Con los años se fue estrechando la relación entre ambos, y el chico fue perdiendo la vergüenza y la timidez que al principio sentía al estar con aquel anciano. Por su parte, Anselmo le trataba de forma especial y cada vez se sentía más unido a aquel chico. Imaginaba que volvía atrás en el tiempo y que modelaba de nuevo la pasión por la literatura y el deporte de su hija. Sin embargo, al llegar a casa, Anselmo era otro hombre. Sin consuelo, no dejaba de penar y rumiar su desgracia hasta la llegada de un nuevo día con Daniel.

El chico, como a Anselmo le gustaba llamarle, se hizo poco a poco adulto. A ello contribuyeron no solo la lectura y el deporte, sino también la infancia que le había tocado vivir. Desde bien temprano, había aprendido a valerse por sí mismo, sin la necesidad de que alguien le hiciera de comer o le planchara la ropa. Su padre también había cambiado. El alcohol había mermado su salud y ya no le temía. De hecho, no volvió a ponerle la mano encima desde aquella noche en que Daniel le plantó cara. La relación entre ambos era inexistente y solo sentía indiferencia por él, aunque meses más tarde, cuando éste murió y sin saber muy bien por qué, soltaría más de una lágrima.

Se centró en sus estudios de bachillerato. Quería ir a la universidad, pero aun así sacaba tiempo para la lectura y el piragüismo. También para las tertulias literarias y deportivas con Anselmo. Lucía no volvió a aparecer en sus conversaciones, en el caso de Anselmo para no desvelar la verdad y en el de Daniel porque envidiaba su figura.

Tiempo después y de nuevo en una fría pero preciosa tarde de noviembre, Daniel volvía al club para continuar con sus prácticas de piragüismo y comentar con Anselmo la lectura de su último libro. Anselmo se mostró ese día diferente. Parecía distante y más apagado que nunca. Era como si incluso le molestara la presencia del chico. Pronto, Daniel sabría el motivo. El cáncer se estaba comiendo a Anselmo, aunque éste nunca le comentó nada hasta pocos días antes de morir, aquella noche en que la relación entre ambos escapó de los muros del club.

Anselmo lo había preparado todo. Con una excusa invitó al chico a su casa, donde podrían tener una de sus tertulias. Daniel llegó puntual. Sabía de sobras donde vivía Anselmo, pues en más de una ocasión había merodeado furtivamente por allí con el fin de saber algo más sobre aquel hombre. Tras golpear suavemente el llamador de la puerta un par de veces, apareció Anselmo, que parecía incluso aún más apagado que la última vez en el club. "Hola, chico. Pasa, por favor".

Anselmo acompañó a Daniel hasta el salón. Atravesaron un largo pasillo con habitaciones a ambos lados. La casa era oscura y el suelo estaba cubierto de alfombras que mitigaban el ruido al andar. Los muebles, oscuros todos, estaban

repletos de libros y fotografías que no le dio tiempo a contemplar. De las paredes colgaban retratos, cuadros y relojes, uno de ellos de cuco que parecía celebrar la llegada del chico a la hora en punto. Una vez en el salón, Anselmo se excusó por dejarlo solo unos minutos. Tenía que terminar de arreglarse y de preparar la cena. Daniel le ofreció su ayuda, pero Anselmo la rechazó indicándole “Eres mi invitado, siéntete como en tu casa y echa un vistazo donde quieras.”

Daniel esperó a que Anselmo saliera para lanzarse a inspeccionar aquel enorme salón. Empezó por la librería, que ocupaba dos de las cuatro paredes hasta el techo. Los libros estaban ordenados por título, por lo que no le fue difícil encontrar aquella antigua versión de *El piragüista*. Cogió aquella obra y empezó a pasar rápidamente las hojas. Había recorrido más de la mitad de aquel libro cuando una mezcla de sorpresa y miedo le invadió. A modo de separador, encontró la fotografía en blanco y negro de una niña de unos cinco años. La reconoció inmediatamente. Era la misma niña que aparecía en otra fotografía, también en blanco y negro, que guardaba su padre en su caja de recuerdos y que solo pudo abrir tras la muerte de éste.

- Ven, chico. Sentémonos –dijo Anselmo que en ese instante entraba en el salón. Daniel, que no respondió, cerró el libro y lo fue a dejar en su sitio antes de sentarse junto a Anselmo–.

- No. Tráete la foto, por favor –dijo Anselmo–. Quiero contarte algo.

Daniel se sentó sin soltar aquella fotografía. Presentía que aquella niña tenía algo que ver con él, que estaría relacionada de alguna forma con su vida. Sentía miedo a lo desconocido, a aquello que Anselmo quería contarle. Por un momento, deseó no haber ido aquella noche a su casa y que todo continuara como antes, pero sabía que ya no había vuelta atrás.

- Verás, chico. No sé por dónde empezar, de modo que lo haré por el final –dijo Anselmo, quien tras unos segundos tomó aire y comenzó a hablar–. Como seguro que intuyes, el encuentro de hoy no es casual. No te he hecho venir para mantener una de nuestras tertulias literarias o deportivas. De hecho, creo que no tendremos ninguna más. Me han diagnosticado cáncer en fase terminal. Según parece, es cuestión de tiempo, días, todo lo más un mes.

Daniel no pudo o no supo cómo reaccionar. No sabía si mostrar su dolor o si tragárselo como había hecho toda su vida. Mudo, todo lo más que acertó a decir fue un “Vaya, lo siento”.

- Lo sé chico, lo sé, pero así funcionan las cosas. Yo ya tengo una edad. A pesar de todo, la vida me ha dado mucho más de lo que nunca jamás hubiera imaginado. Me ha dado la oportunidad de conocer el Amor. Si, el amor de una familia, el amor de mi mujer, el amor de mi hija y ahora el de mi nieto.

Daniel estaba totalmente desconcertado y dejó que Anselmo continuara hablando. Él no tenía palabras. “Sí, chico. Tú eres mi nieto. Nieto de sangre nacido del vientre de mi hija, la niña de la fotografía que sostienes en la mano”.

- ¿Pero...?

Anselmo interrumpió a Daniel por miedo a lo que pudiera preguntarle o más bien, a lo que pudiera reprocharle.

- Espero que puedas perdonarme algún día por no habértelo contado todo antes, pero fui un cobarde. Aun hoy me comporto como un cobarde, ya que no tengo valor para contarte todo lo ocurrido desde el día en que naciste y murió tu madre. Lo he dejado todo escrito en esa carta que hay sobre la mesa.

Daniel repasó la fría tapa de mármol de la mesa con la mirada buscando la carta. Estaba envuelta en su sobre blanco en el que se podía leer “Para mi Nieto”.

La noche transcurrió entre largos silencios y conversaciones triviales intentando evitar hablar de lo que realmente les había llevado a estar juntos aquella noche. Aun así, Anselmo le recalcó al chico que lo había dejado todo preparado para que tuviera un futuro mejor y que por favor, no abriera el sobre hasta su muerte. Anselmo se despidió con lágrimas en los ojos mientras volvía a pedirle perdón al chico, quien a su vez no tuvo palabras y se limitó a abrazarle intuyendo que sería la última vez que se vieran.

Años más tarde, en una pista fluvial al otro lado del mundo, un chico llamado Daniel ganaría tres medallas de oro en unas Olimpiadas. Las tres medallas cuelgan hoy del borde de un marco en la pared, con aquella fotografía en blanco y negro de su madre, junto a la que se encuentra otra de Anselmo y la hoja de un libro con la siguiente frase:

Cada uno es el autor del libro de su propia vida. Ahora, chico, debes decidir de qué tratará el siguiente capítulo del libro de tu vida y todos los que le sigan hasta el final.

ACERO CONTRA ACERO

M^a Teresa Toronjo Urquiza

Acero contra acero. Parada y vuelta a la guardia, retrocediendo, alejándome de mi oponente. Esta vez la cosa se me iba de las manos, y es que cada vez las piernas me pesaban más. La mano derecha, la que sujetaba la empuñadura de mi espada, estaba entumecida. Unas gruesas gotas de sudor me resbalaban por la frente y se metían en mis ojos, haciéndome parpadear continuamente para mitigar el escozor.

Todos mis esfuerzos se limitaban a evitar que alguna de las estocadas que me tiraba a destajo mi oponente diera en el blanco. En mi mente un único objetivo, ganar. Su posición de guardia era sencillamente perfecta, impecable, nada quedaba al descubierto o desprotegido. Nada a la vista a lo que intentar atinar con mi punta desde donde me encontraba. Probé la mano, el brazo, el hombro, incluso el pie en un par de ocasiones. No había manera.

Parecía intuir y anticiparse a cada uno de mis movimientos, y solo mi rapidez de reflejos y mi desesperación por ganar habían impedido que me diera una última estocada. Sin embargo me encontraba exhausto, y cada vez me resultaba más trabajoso volver a la guardia después de alguno de mis infructuosos ataques, los últimos ya a la desesperada.

Entonces todo ocurrió muy rápido, como suelen ocurrir los asuntos de espada. El muy pirata se lanzó a tocarme el brazo desde fuera, pues debido al cansancio yo había descuidado mi posición de guardia y mi codo se hacía visible a la derecha de la cazoleta. Paré en sexta, momento que el bribón, que tan solo estaba fintando, aprovechó para hacerme un pase por debajo de la cazoleta, al tiempo que se tiraba en fondo apuntando a mi pecho. Intenté reaccionar retrocediendo para dejar corto a mi atacante, pero el italiano era una flecha y me alcanzó de lleno en el pecho, sacándome el aire de los pulmones.

- ¡Alto!

La luz roja, la de mi contrincante, se había encendido y el juez había parado el asalto.

- Tocado a la izquierda. Cinco a cuatro. Asalto terminado.

Me quité la careta, resoplando, me acerqué al centro de la pista y estreché la mano de mi contendiente. Nos dimos las gracias al unísono, dimos la mano y las gracias al juez y salí de la pista.

Las sensaciones se agolpaban en mi pecho. Por un lado, sentía alivio, las piernas me temblaban pero por fin estaban relajadas, la mano, aunque dolorida, ya no tenía que soportar el peso de la espada, y además sin la careta puesta respirar se hacía mucho más fácil.

Y sin embargo, a pesar de que no podía haber imaginado que conseguiría darle cuatro tocados al italiano, a pesar de que, como decía mi maestro de esgrima “no me habían dado la del pulpo”, sentía un pequeño resquemor por dentro... yo quería ganar.

Este era mi tercer torneo de esgrima...

Después de tres meses entrenando esgrima por primera vez me había federado. A los cuatro meses había ido a mi primer torneo y decir que me habían dado la del pulpo habría sido demasiado condescendiente. No había ganado ni un solo asalto, y en cinco asaltos había dado tres tocados. Al final de la competición mi nombre se encontraba en el honorífico lugar de primero por la cola. Un magnífico estreno.

227

El segundo torneo, a los seis meses, podía haber sido más de lo mismo, pero fue peor. Después de dos meses de entrenamiento desde mi primer torneo mis expectativas eran, sencillamente, ganar un asalto. ¿El problema? No tenía un plan. Cuando perdí el primer asalto se me ocurrieron todo tipo de frases de esas de “¡Pardiez!”, “¡Mal rayo me parta!”, y un último pensamiento antes del segundo asalto: “He leído demasiados libros de Alatríste”. Ya sabes, esos en los que el joven Iñigo, en su primer enfrentamiento con los muy diestros secuaces del malvado italiano (hermosa coincidencia) sale ileso y tan campante. Pero claro, allí no había ningún Alatríste para sacarme las castañas del fuego y de nuevo me llevé un buen rapapolvo.

Lo cierto es que sin saber muy bien por qué yo sentía que tenía que estar ganando aquellos asaltos... como si fuera campeón olímpico y se diera por sentado que aquello tenía que ser pan comido para mí. Si te fijas, el problema seguía siendo el mismo, yo seguía obsesionado con ganar. Por eso, cuando perdí el tercer asalto tenía los ojos vidriosos y los dedos crispados, la empuñadura se me clavaba en la palma de la mano, y con toda certeza, debajo del guante mis dedos estaban blancos y rojos de la presión que ejercían sobre mi arma. Me acordaba de las instrucciones de mi maestro: “La empuñadura hay que cogerla como si fuera un pajarito, lo suficientemente fuerte para que no se escape, pero no tan fuerte como para

aplastarlo"... Mi pajarito ya había muerto... probablemente había muerto varias veces.

Cuando llegó el ucraniano y me despachó en un minuto, recogí mis cosas, me fui a casa y dejé la esgrima... Nadie había dicho nada de un malvado espadachín ucraniano en los libros de Pérez Reverte. Volví a clase una semana después. Cuando llegué, mi maestro me estaba esperando para charlar largo y tendido. El resto de mis compañeros me miraba de reojo, y de la conversación que mantuvimos saqué lo que en adelante llamé "La tabla de los cinco mandamientos de esgrima" (también aplicable a cualquier otro deporte):

1. No siempre se gana, es más, casi nunca se gana. Mi maestro sacó la lista de la clasificación del torneo y señaló al primero: "Este ha ganado", dijo, "los otros cuarenta han perdido". (Pero no hay que olvidar que yo figuraba el último en aquella página, un poco más y me habrían tenido que poner en una nota al pie).
2. Eso no quiere decir que no puedas querer ganar. Más bien al contrario, siempre hay que querer ganar. (En ese punto no hizo mucho hincapié, parecía leer mis pensamientos, que eran algo así como "con este solo mandamiento se hace una 'tabla del mandamiento' muy pero que muy completa, a veces lo más sencillo es lo más eficiente, etc.").
3. Además de querer ganar también tienes que intentar ganar. (Seguro que te parece muy obvio, pues bien, para mí fue una revelación... casi como un mandamiento de verdad, del tipo "no matarás".)
4. Para intentar ganar, primero tienes que aprender a perder y ser consciente de tus errores. (Este punto en mi versión de "los cuatro mandamientos de la esgrima" no aparece, el quinto mandamiento pasa a ser el cuarto).
5. Para conseguir todo lo anterior, lo más importante es divertirse.

Yo me quedé con el quinto mandamiento. Sinceramente, en la esgrima tienes que estar pensando es muchas cosas y si esta idea engloba a todas las demás... en fin, llámalo pereza si quieres.

En este mi tercer y último torneo de la temporada, fui a divertirme, pero sobre todo, y a pesar de las advertencias y del cuarto mandamiento (que como ya dije anteriormente, y sin que sirva de excusa sino de recordatorio, no figura en mi tabla), fui a ganar.

El asalto con el italiano había sido el quinto de los cinco asaltos que tenía que hacer antes de que elaboraran la lista para ver quien pasaba a las eliminatorias directas. Yo, obviamente, nunca había pasado a eliminatorias directas, tampoco era

Yo, deportista

mi objetivo en este tercer torneo, yo me conformaba con ganar un asalto... y divertirme, claro, pero a ser posible divertirme ganando.

Pensemos en cualquier otro deporte, por ejemplo, el fútbol, deporte muy popular y con gran acogida entre el público español (a pesar de que no se dan estocadas, lo que siempre hace más enriquecedor un deporte). No es lo mismo perder todos los partidos para subir a primera y no subir, que ganar algún que otro partido aunque no subas. En el atletismo, no es lo mismo quedarse en cuartos de final que pasar a la semifinal aunque quedés último y no pases a la final.

En cualquier caso, y aunque parezca que me esté justificando... que es exactamente lo que estoy haciendo, lo cierto es que yo quería ganar, pero la diferencia esta vez es que no solo lo quería con todo mi corazón, sino que también lo intenté con todas mis ganas.

Y ahora dime la verdad, ¿prefieres saber si me divertí en alguno de los cuatro asaltos anteriores a los del italiano?, ¿o prefieres saber si gané alguno de los cuatro?

Pues bien, a tu pregunta responderé que gané tres asaltos, pasé a eliminatorias directas. Y aunque no te lo estés preguntando, ¡me divertí más que nunca!

POR ELLA

Manuel Valero Olmedo

Ahí va ella, otra vez, con su andar de siempre. ¿Quién puede resistirse a su caminar apasionado?

Los muchachos se pelean por tenerla aunque sea un instante para demostrarle que nadie la va a tratar mejor. Pero ella va sin más deseos que el de ser acariciada, sin más deseos que el de ser respetada por lo que es.

Pisando la tierra, levantando polvo o rodando por el césped fresco, siempre cerquita del que la sepa seducir.

La infaltable de los sueños del niño, la que cambia el ritmo de nuestros corazones, esa que tiene reacciones impensables y que es el centro de todas las miradas. La que hace detener los vehículos cuando sale a la calle, la que por un simple antojo puede cambiar la historia de nuestras alegrías.

Ella te da todo y nada, ya la conocemos, no le pidas promesas. Solo quiere que la traten como se merece, busca al que sabe, al que la quiere de compañera, al que le jura amor eterno sin tratar de cambiar su personalidad infiel.

Es que no se sabe quedar quieta, y si la obligan se resigna esperando al que con encanto la invite a bailar. Si se lo sabes pedir hace lo que quieras, pero no es fácil, tiene su carácter y a veces, sin importarle el momento, suele hacer bromas para las que hay que estar bien preparado.

Es tan sensible que siempre nos pide lo mejor de nosotros y solo ahí se dispone a mostrar lo que es capaz de hacer.

El precio de llevarla al lado es la obligación de conocerla bien y estar siempre listo para cualquier cosa.

Esa que extrañamos tanto cuando no llega y que cuando la tenemos deseamos no defraudarla para que se quede el mayor tiempo posible. Esa que se enoja si la dejamos afuera o llora cuando deja de ser el centro de la fiesta.

Yo, deportista

Es que sabe bien que no puede faltar, simplemente porque es ella la que enciende la pasión de los que se reúnen para verla.

Su espíritu es travieso y alegre, no importa si está vestida de trapos viejos o de fino cuero, no le interesa si con ella te va la vida o el honor, lo único que quiere es divertirse.

Te puede llenar de tristeza y al instante llenarte de alegría.

Amiga inseparable de los más famosos reyes y príncipes, sin olvidarse de los que están del otro lado del alambrado palpitando sus movimientos.

Sin ella no podríamos recordar esos momentos únicos, sonrisas que no caben en la cara, dolores que no se pueden disimular, vidas enteras que su mágico girar cambió para siempre llenándolas de historias inolvidables.

No tiene secretos, ella misma es un secreto. Un secreto que solo pueden descubrir los que saben que ella es la protagonista y le agradecen su presencia en cada beso. Esos que saben que su seductora forma no sabe resistirse al que con mágica poesía sepa llevarla hasta el altar.

Si nos habrá hecho trepar vallas, saltar paredes, y hasta subir a los árboles haciéndonos prometer que íbamos a tener más cuidado la próxima vez.

Ella guarda en su corazón la imagen de todo el planeta, nos hace tocar el cielo y a veces morder el pasto.

Es la del barrio pobre, la de las copas, la del patio de la escuela, la del mundo.

El juguete favorito de los que perdemos noción de tiempo y lugar cuando ella nos invita a su ritual.

La que puede transformar al baldío en el estadio Santiago Bernabéu, Maracanã o Wembley o al partido de los amigos en el clásico de los clásicos.

Esa que alguna vez pedimos para el cumpleaños o para Reyes y que cuidamos con el orgullo de creernos su dueño, tratando de que no se moje, cuidando de que no le falte aire y hasta llevándola al ladito de la cama para soñar juntos con la jugada perfecta.

Esa que compartimos con los amigos y que queremos demostrar a los demás que nos quiere más que a nadie.

Es que ella nos acompaña desde siempre y aunque a veces se rinda a nuestros pies simulando estar loca por nosotros, somos nosotros los que estamos realmente "locos por ella".

El IAD
publicó
este libro electrónico
en Málaga,
el 28 de febrero de 2012,
Día de Andalucía